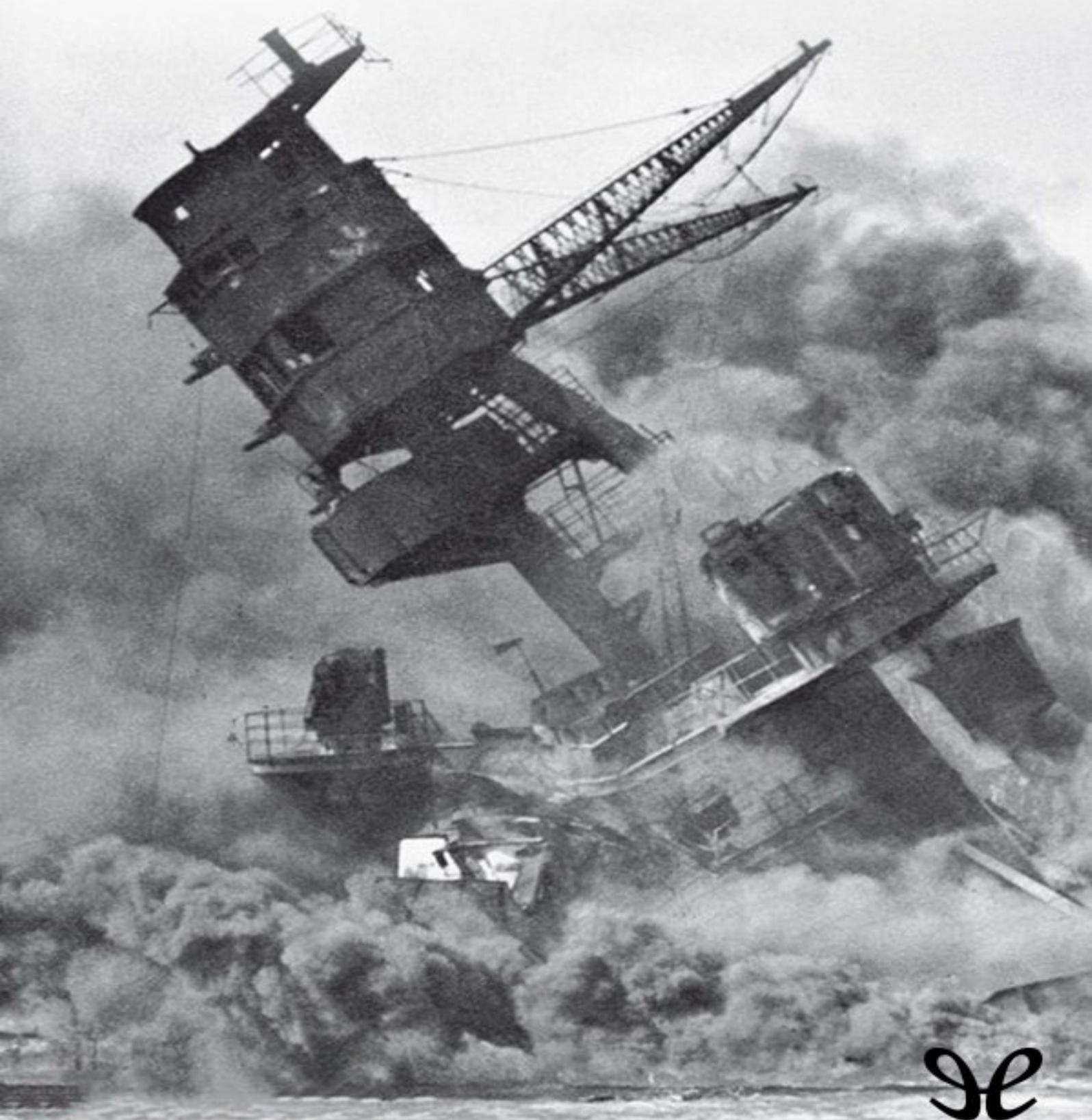


Eri Hotta

Japón 1941

El camino a la infamia: Pearl Harbor



se

Cuando Japón inició las hostilidades contra Estados Unidos en 1941, la mayor parte de sus líderes comprendieron que estaban entrando en una guerra que seguramente perderían. Basándose en documentos prácticamente desconocidos hasta ahora, Eri Hotta plantea una pregunta esencial: ¿por qué esos hombres pusieron innecesariamente en peligro a su país y a sus ciudadanos? A través de los personajes que llevaron al país a la conflagración, la autora nos muestra un Japón oculto que deseaba evitar la guerra, pero estaba plagado de tensiones con Occidente, cegado por un militarismo temerario que descansaba en nociones tradicionales de orgullo y honor, y tentado por el insensato sueño de una gran victoria, por improbable que fuera. Retrata una cúpula de poder llena de ambición territorial y arrogancia: muchos de los que trataron de evitar la guerra con Estados Unidos siguieron apoyando el expansionismo asiático, esperando continuar, la ocupación de China que comenzó en 1931, y sin querer aceptar la creciente repulsa de Washington respecto a sus incursiones continentales. A pesar de que los diplomáticos japoneses continuaron negociando con el Gobierno de Roosevelt, Matsuoka Yosuke –el ególatra ministro de Asuntos Exteriores que cortejó tanto a Stalin como a Hitler– y sus seguidores consolidaron el lugar de Japón en la alianza fascista con Alemania e Italia, sin ser conscientes (o sin que les importara) que, al hacerlo, destruían la bona fides de su país con Occidente. Hotta desmonta setenta años de mitología histórica, tanto japonesa como occidental, y nos muestra a los líderes japoneses, divididos y llenos de dudas, en los meses precedentes al ataque. Más preocupados por salvar su propia piel que por salvar vidas humanas, se vieron finalmente arrastrados a la guerra tanto por la incompetencia y la falta de voluntad políticas como por la belicosidad que les caracterizaba. Imprescindible para cualquier lector interesado en la Segunda Guerra Mundial, este libro cambiará radicalmente nuestra forma de entender el inicio de la contienda.



Eri Hotta

Japón 1941

El camino a la infamia: Pearl Harbor

ePub r1.0

Watcher 24-04-2018

Título original: *Japan 1941*

Eri Hotta, 2014

Traducción: Belén Urrutia Domínguez

Editor digital: Watcher

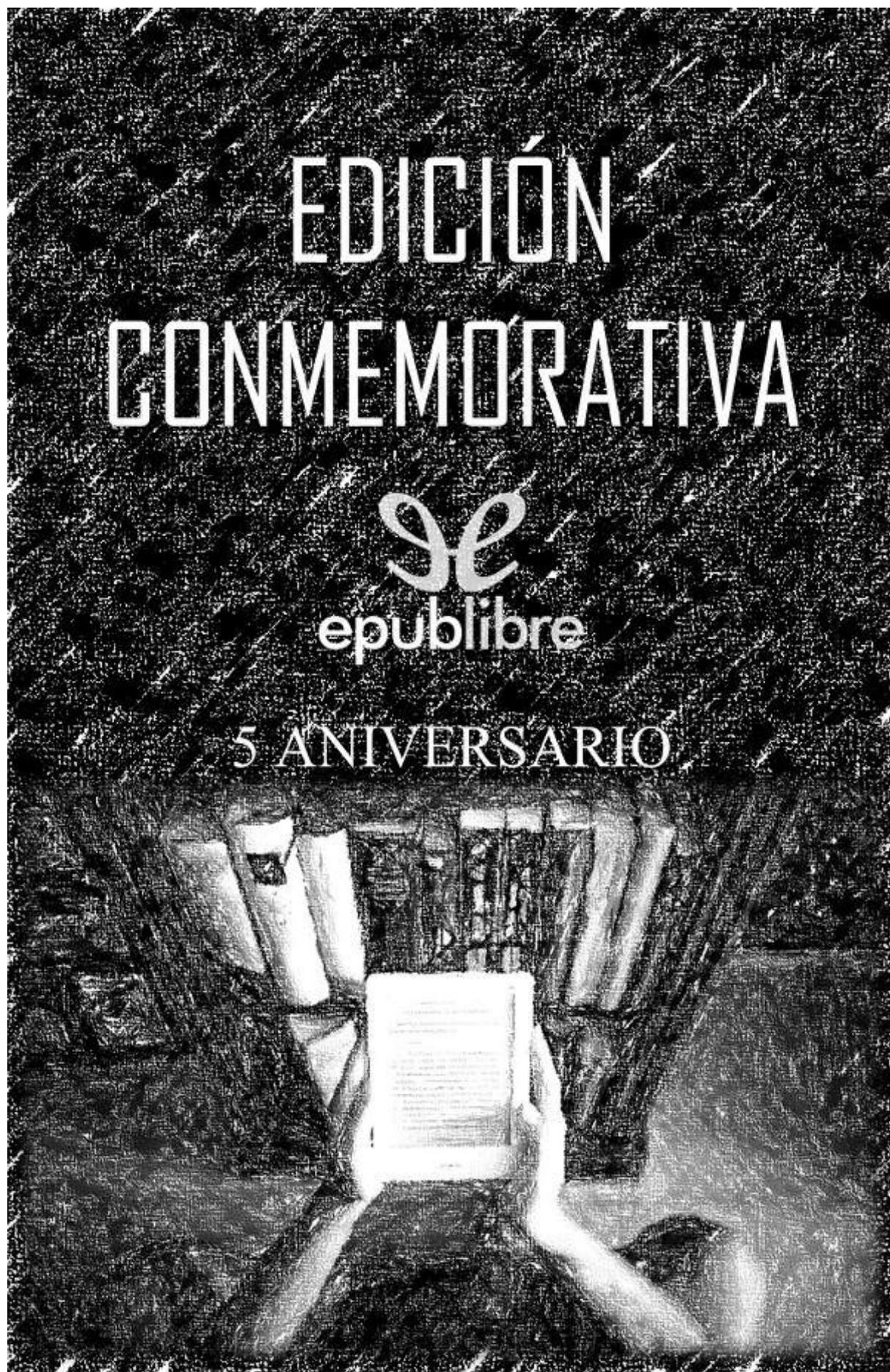
ePub base r1.2



EDICIÓN CONMEMORATIVA

de
epublibre

5 ANIVERSARIO



Para JLH

Existe una marea en los asuntos humanos que, tomada en pleamar, conduce a la fortuna; pero, omitida, todo el viaje de la vida transcurre entre escollos y desgracias. En la pleamar flotamos ahora, y debemos aprovechar la corriente cuando es favorable o fracasar en nuestra empresa.

SHAKESPEARE, *Julio César*

Nota sobre los nombres, traducciones y fuentes

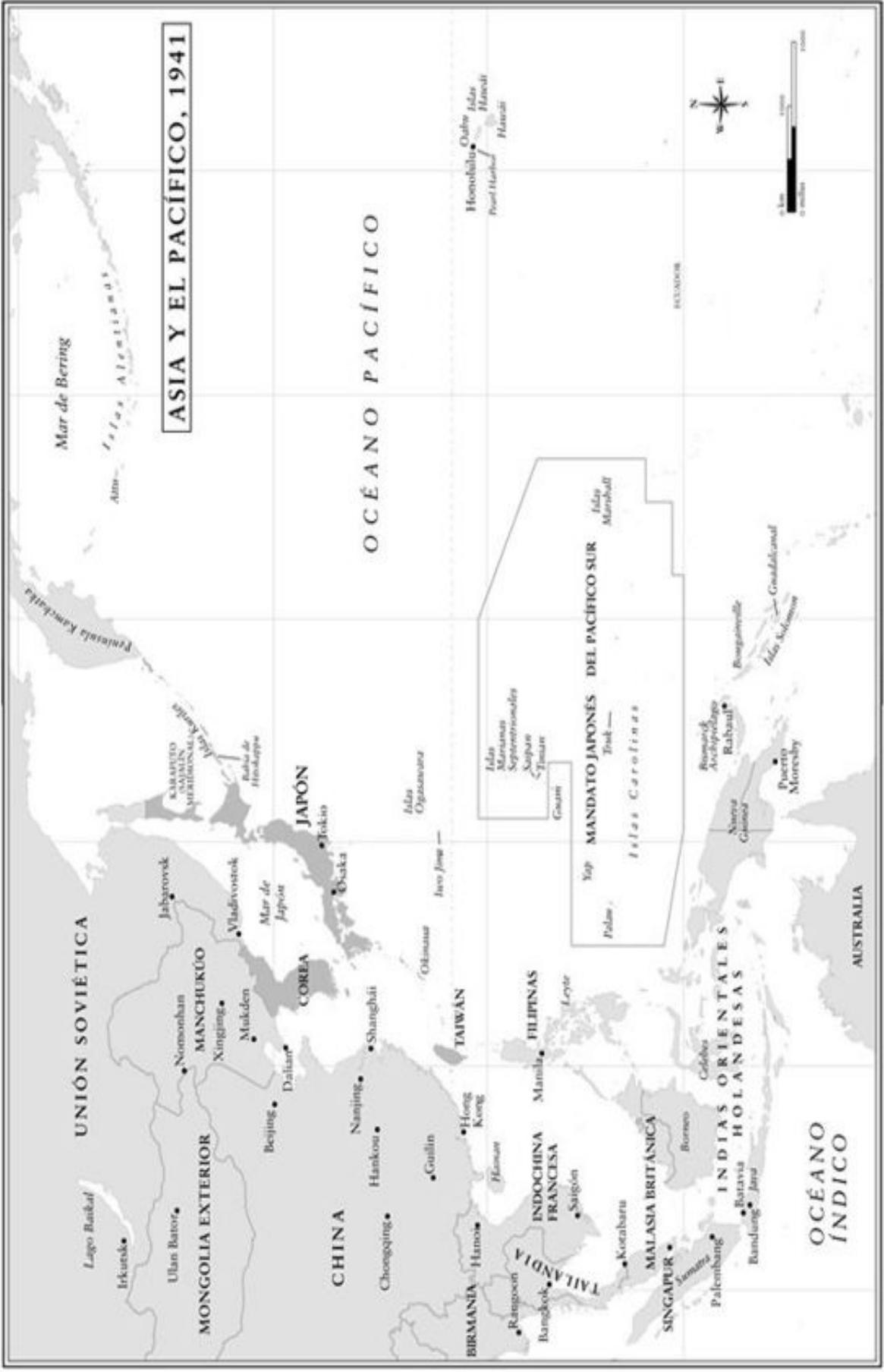
Todas las fuentes japonesas citadas en este libro están publicadas en Tokio.

Si no se indica otra cosa en las notas, la traducción de las fuentes japonesas es mía.

He mantenido la grafía tradicional Konoye, en vez de Konoe, en las citas contemporáneas. En los demás casos, para la transliteración de los nombres y palabras japonesas he utilizado el sistema Hepburn simplificado, sin macrones para indicar las vocales largas.

En todo el libro he respetado la convención de poner primero el apellido de los hombres y mujeres japoneses (por ejemplo, Tojo Hideki, en vez de Hideki Tojo). Únicamente no mantengo esta convención cuando cito fuentes inglesas y en los agradecimientos.

Para los nombres chinos he utilizado el sistema estándar de transliteración pinyin, aunque con algunas excepciones. Para los nombres históricos chinos muy conocidos, como Sun Yat-Sen (Sun Zhongshan), Chiang Kai-shek (Jiang Jieshi) y Manchukúo (Manzhouguo), he conservado la grafía de la literatura inglesa de la época.



Los principales actores

HIGASHIKUNI NARUHIKO príncipe imperial; general del ejército conocido por sus ideas liberales; tío político del emperador Hirohito.

HIROHITO emperador Showa; gobernó Japón de 1926 a 1989.

KAYA OKINORI ministro de Economía desde octubre de 1941.

KIDO KOICHI marqués, señor guardián del sello privado desde junio de 1940; consejero de confianza de Hirohito.

KONOE FUMIMARO príncipe; primer ministro de junio de 1937 a enero de 1939 y de julio de 1940 a octubre de 1941, estuvo al frente del país durante la mayor parte del periodo en que se agudizó la crisis internacional.

KURUSU SABURO embajador en Berlín en el momento en que el gobierno de Konoe firmó el Pacto Tripartito.

MATSUOKA YOSUKE ministro de Asuntos Exteriores de Konoe de julio de 1940 a julio de 1941; artífice de la diplomacia japonesa pro Eje, que culminó en la firma del Pacto Tripartito en septiembre de 1940.

NAGANO OSAMI almirante; jefe del Estado Mayor de la Armada desde abril de 1941.

NOMURA KICHISABURO almirante; en enero de 1941 fue nombrado embajador en Estados Unidos.

OIKAWA KOSHIRO almirante; ministro de Marina de Konoe desde septiembre de 1940.

SAIONJI KINKAZU asesor del primer ministro Konoe en materia de política exterior; nieto del príncipe Saionji Kinmochi.

SAIONJI KINMOCHI príncipe; el último superviviente de los padres fundadores

del Japón moderno y uno de sus estadistas más poderosos; durante un tiempo consideró a Konoe su protegido.

SHIMADA SHIGETARO almirante; sucedió a Oikawa como ministro de Marina en octubre de 1941.

SUGIYAMA HAJIME general; jefe del Estado Mayor del Ejército desde 1940; ministro del Ejército en el primer gobierno de Konoe (1937-1939), que exacerbó la guerra de Japón con China.

SUZUKI TEIICHI director general del Consejo de Planificación del Gobierno; oficial retirado del ejército, gozaba de la confianza de Konoe y de Tojo, y con frecuencia actuó como enlace entre los dos.

TAKAMATSU NOBUHITO príncipe imperial; miembro del Estado Mayor de la Armada en 1941; hermano menor del emperador Hirohito.

TOGO SHIGENORI embajador en Berlín y Moscú a finales de la década de 1930; fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores en octubre de 1941.

TOJO HIDEKI general; ministro del Ejército en el gobierno de Konoe de enero de 1939 a octubre de 1941; se convirtió en primer ministro tras la dimisión de Konoe.

TOYODA TEIJIRO almirante; ministro de Asuntos Exteriores de Konoe desde julio de 1941; viceministro de Marina en el momento de la firma del Pacto Tripartito.

Acontecimientos destacados de la historia japonesa anteriores a abril de 1941

Aquí y en el resto del libro las fechas se indican en hora local.

- 1853 julio** El comodoro Matthew Perry presiona a Japón para que ponga fin a su aislamiento.
- 1854 31 de marzo** El shogunato Tokugawa firma el desfavorable Tratado de Paz y Amistad con Estados Unidos, que puso término a su política aislacionista y abrió los puertos japoneses al resto del mundo.
- 1868 3 de enero** El shogunato cae y se proclama la Restauración Meiji.
- 1882 4 de enero** Se emite el Edicto Imperial a Soldados y Marineros, un código de conducta militar que será un elemento vital del nacionalismo japonés.
- 1889 11 de febrero** Se promulga la Constitución Meiji.
- 1890 1 de julio** Japón celebra sus primeras elecciones generales.
- 25 de noviembre** Se convoca la primera sesión de la Dieta, el parlamento bicameral de Japón, que se reúne cuatro días después.
- 1894 1 de agosto** Japón declara la guerra a la China Qing, dando comienzo a la guerra chino-japonesa.
- 1895 17 de abril** Japón derrota a China y la guerra concluye con la firma del Tratado de Shimonoseki, en virtud del cual Taiwán y la península de Liaodong, estratégicamente situada para acceder al noreste de

China (Manchuria), pasaban a estar bajo control japonés.

23 de abril Rusia, Alemania y Francia presionan a Japón para que devuelva a China la península de Liadong (la llamada Triple Intervención), lo que ocurre el 5 de mayo.

1898 27 de marzo Rusia obtiene el arrendamiento de la península de Liadong.

1902 30 de enero Se forma la Alianza Anglo-Japonesa, un tratado entre iguales.

1904 8 de febrero Japón ataca a la Rusia zarista en Port Arthur y declara la guerra dos días después.

1905 27-28 de mayo La armada japonesa obtiene una gran victoria en la batalla de Tsushima.

5 de septiembre La guerra ruso-japonesa acaba con la firma del Tratado de Portsmouth por mediación del presidente estadounidense Theodore Roosevelt.

17 de noviembre Corea se convierte en protectorado japonés.

1906 1 de agosto Japón forma el Ejército de Kwantung para proteger sus posesiones en Manchuria, recién cedidas por Rusia.

1910 29 de agosto Japón se anexiona Corea.

1912 30 de julio Muere Mutsuhito, el emperador Meiji, y le sucede su hijo, Yoshihito.

1914 28 de julio Estalla la Primera Guerra Mundial.

23 de agosto Japón entra en la guerra contra Alemania y en noviembre ha ocupado las posesiones alemanas en China y el Pacífico.

1915 18 de enero Japón presenta las Veintiuna Exigencias a la China de Yuan Shikai; se granjea la animadversión china, pero no obtiene

concesiones diplomáticas.

1918 11 de noviembre Termina la Primera Guerra Mundial y se convoca la Conferencia de Paz de París en 1919.

1922 6 de febrero Japón ratifica el Tratado de las Nueve Potencias y el Tratado Naval de Washington, dando comienzo a su periodo de política exterior liberal internacionalista.

1923 1 de septiembre El gran terremoto de Kanto y el posterior incendio destruyen gran parte de Tokio.

1926 25 de diciembre Muere Yoshihito y el príncipe heredero Hirohito se convierte en emperador.

1929 29 de octubre El Martes Negro marca el comienzo de la Gran Depresión.

1930 21 de enero Se inaugura la Conferencia Naval de Londres.

4 de noviembre El primer ministro Hamaguchi Osachi sufre un grave atentado a manos de un ultranacionalista por su apoyo a la ratificación japonesa del Tratado Naval de Londres.

1931 18 de septiembre El Ejército de Kwantung escenifica el Incidente de Manchuria: la invasión japonesa del noreste de China después de dinamitar un tramo del ferrocarril cerca de Mukden y culpar del atentado a los chinos.

24 de septiembre El gobierno del primer ministro Wakatsuki Reijiro perdona la insubordinación militar y acepta la ocupación de la provincia manchuriana de Jilin por parte del Ejército de Kwantung.

1932 1 de marzo El Ejército de Kwantung proclama el establecimiento del Manchukúo, un Estado títere de Japón nominalmente dirigido por gobernantes chinos.

2 de octubre La Comisión Lytton emite su informe, en el que condena la invasión japonesa de Manchuria.

1933 28 de enero El Ejército de Kwantung ocupa Rehe, la zona de separación entre el Manchukúo y China (en la actual provincia de Hebei), con vistas a establecer un bastión en el norte de China.

24 de febrero Matsuoka Yosuke, embajador plenipotenciario de Japón, anuncia la decisión de su país de abandonar la Sociedad de Naciones después de que ésta apruebe las conclusiones del Informe Lytton.

31 de mayo Japón logra que Chiang Kai-shek, líder del Guomindang (o Kuomintang, con frecuencia denominado Partido Nacionalista Chino), acepte la Tregua de Tanggu, en virtud de la cual se crea una zona desmilitarizada en la región oriental de Hebei, cerca de la frontera con el Manchukúo.

1935 junio Aumenta la presión japonesa sobre Chiang Kai-shek, por lo que éste retira sus tropas de Hebei y Chahar, en Mongolia Interior, lo que permite a Japón afianzar su esfera de influencia en torno al Manchukúo.

1936 26 de febrero Casi tiene éxito un intento de golpe de Estado en Tokio instigado por jóvenes oficiales, pero fracasa debido a la intervención decisiva de Hirohito.

12 de diciembre Chiang Kai-shek es secuestrado por el señor de la guerra antijaponés Zhang Xueliang, que le obliga a modificar su política y finalmente consigue su integración, junto a los comunistas chinos, en un frente unido contra Japón.

1937 4 de junio Konoe Fumimaro es nombrado primer ministro.

7 de julio Comienza la guerra con China tras el enfrentamiento en el puente de Marco Polo, cerca de Beijing.

13 de diciembre Conquista de Nanjing, capital del Guomindang, por las fuerzas japonesas, seguida de semanas de matanzas y violaciones en masa.

1938 16 de enero El primer ministro Konoe declara que Japón no

«negociará» con Chiang Kai-shek.

24 de marzo La Dieta aprueba la Ley de Movilización Nacional, seguida de una serie de medidas centralizadoras de emergencia a fin de facilitar la movilización de Japón para la guerra.

1 de julio Estados Unidos comienza su «embargo moral» de aviones y piezas de aviones contra Japón.

3 de noviembre Konoe anuncia que el objetivo de Japón en la guerra con China es la creación de un «Nuevo Orden de Asia Oriental».

1939 **5 de enero** Dimite el gobierno de Konoe.

10 de febrero Comienza la ocupación japonesa de la isla de Hainan.

26 de julio Estados Unidos anuncia su intención de revocar el Tratado de Comercio y Navegación de 1911 con Japón.

1940 **30 de marzo** Wang Jingwei forma un gobierno projaponés en la Nanjing ocupada.

7 de mayo Se establece en Pearl Harbor la principal base de la flota estadounidense del Pacífico.

4 de junio Estados Unidos suspende las exportaciones de equipo industrial a Japón.

14 de junio Las fuerzas alemanas llegan a París, lo que conduce a la caída de Francia.

22 de julio Konoe es nombrado primer ministro por segunda vez; Matsuoka Yosuke se convierte en ministro de Asuntos Exteriores.

Entre finales de julio y principios de agosto las exportaciones estadounidenses a Japón de metales, combustible para la aviación y aceite lubricante son sometidas a un estricto control federal.

1 de agosto Matsuoka utiliza el término «Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental» para describir la ambición gubernamental de

crear un bloque regional autosuficiente bajo el liderazgo de Japón.

23-29 de septiembre Japón ocupa la mitad septentrional de la Indochina francesa.

25 de septiembre Estados Unidos incrementa su ayuda económica a Chiang Kai-shek.

26 de septiembre Estados Unidos decreta la suspensión de las ventas de acero y chatarra de hierro a Japón a partir del 16 de octubre.

27 de septiembre Japón firma el Pacto Tripartito con Alemania e Italia.

12 de octubre Bajo la presidencia de Konoé se forma la Asociación de Apoyo al Régimen Imperial, que pone fin al sistema de partidos en Japón y marca el Movimiento por el Nuevo Orden.

31 de octubre Se cierran las salas de baile y se prohíbe la música de jazz en Japón.

10 de noviembre En todo el país se celebran los dos mil seiscientos años de reinado de la casa imperial japonesa.

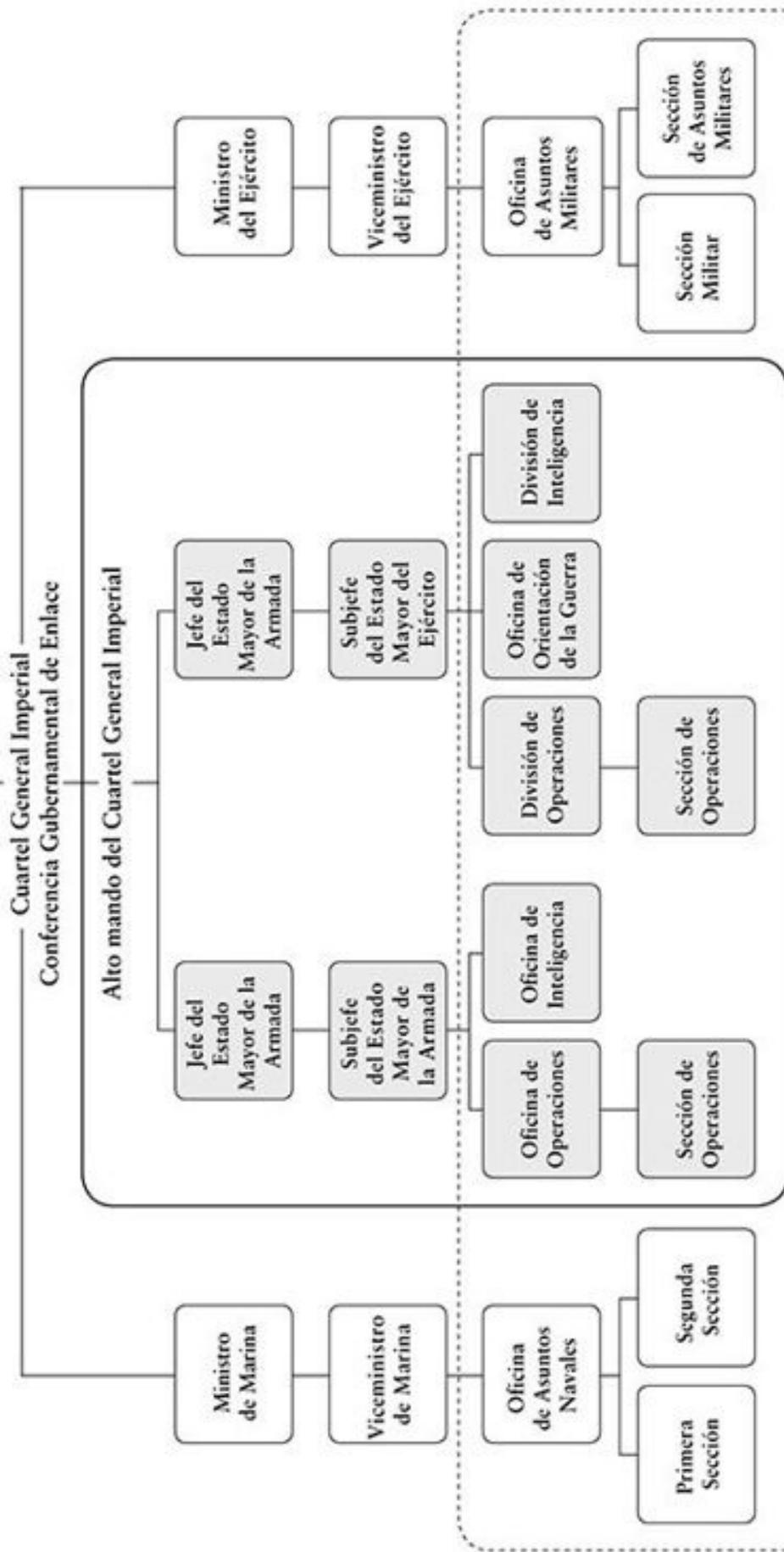
1941 8 de enero El ministro del Ejército Tojo Hideki emite las «Instrucciones para el campo de batalla», en las que ordena a los soldados morir antes que rendirse; este código, que glorifica la muerte heroica, será la base del ideario japonés durante la guerra.

11 de febrero Llega a Washington D. C. Nomura Kichisaburo, el embajador japonés en Estados Unidos.

12 de marzo Matsuoka inicia su gran viaje por Europa para reunirse con sus socios del Eje, Hitler y Mussolini.

LA CÚPULA MILITAR JAPONESA EN 1941

CONFERENCIA IMPERIAL



—Dentro del recuadro de puntos aparecen los actores encargados de proponer propuestas estratégicas elaboradas en reuniones interinstitucionales de distintos niveles.
 —En este gráfico sólo están representadas las principales divisiones y secciones.

PRÓLOGO

Hasta qué punto puede un día ser decisivo

En las principales horas de la mañana de un frío día, el 8 de diciembre de 1941, los japoneses se enteraron de una noticia asombrosa. Poco después de las siete se anunció que^[1] Japón «estaba en guerra con Estados Unidos y Gran Bretaña en el Pacífico occidental desde antes del amanecer». Aunque no se daban detalles, para entonces la base naval estadounidense de Pearl Harbor en Oahu ya había sido bombardeada –la primera oleada de aviones había salido a las 1.30 hora japonesa, y a las 5.30 la operación había concluido. Cuando se difundió la noticia del ataque a las 11.30 el país estaba electrizado. No tardó en ser seguida por la declaración de guerra formal de Japón a los Aliados y el informe de sus otros éxitos militares en la Malasia Británica y en Hong Kong. (La operación en Malasia realmente precedió en casi dos horas a la ofensiva del Pacífico). Durante todo el día, la emisora pública, NHK, emitió doce boletines de noticias especiales, además de los seis habituales, a los millones de japoneses que se mantenían atentos a sus radios.

En el que, debido a la diferencia horaria, había sido 7 de diciembre en Hawái, la división aérea de la Armada Imperial japonesa había hundido o dejado inutilizados numerosos barcos, aviones e instalaciones militares. Unas 2.400 personas murieron durante el bombardeo o poco después a causa de las heridas. El devastador ataque se llevó a cabo sin una ruptura formal de las relaciones diplomáticas por parte de Japón, y mucho menos una declaración de guerra, lo que constituye un infame y gravoso legado para el país. Pero esos pormenores tácticos no le interesaban al común de los ciudadanos japoneses aquel 8 de diciembre. La reacción pública inmediata fue de júbilo.

Cuando Japón envió sus aviones a atacar Pearl Harbor, se encontraba sumido en incertidumbres económicas y políticas. A medida que el Estado asumía un control cada vez mayor de la vida pública se fue apoderando de la

gente una sensación de indefensión. Desde el comienzo de la guerra con China a mediados de 1937, se había hecho creer a la población en la inminencia de una victoria rápida y decisiva. Sin embargo, pese a todos los anuncios de victorias japonesas en China, Chiang Kai-shek, el líder del Guomindang (o Kuomintang, frecuentemente denominado Partido Nacionalista), no estaba dispuesto a rendirse. De forma parecida a lo que le ocurrió al Ejército de Napoleón en Rusia, las fuerzas japonesas se habían adentrado en un territorio desconocido e inhóspito demasiado profundamente como para poder operar con eficacia. Pese a que los medios de comunicación japoneses mantuvieron su tono patriotero, en privado la gente empezaba a preguntarse por qué la guerra no había terminado aún. Aunque desconocían en qué situación se encontraba realmente la diplomacia japonesa, les habían dicho que Nomura Kichisaburo, almirante de la Armada y exministro de Asuntos Exteriores, había sido enviado a Washington D. C. a principios de 1941 para negociar una salida pacífica al aislamiento internacional de Japón. Pero las buenas noticias no llegaban y su ausencia inquietaba a la población. Muchas personas sabían que Estados Unidos no veía con buenos ojos algunas iniciativas japonesas recientes –como aliarse con la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, y la sucesiva ocupación del norte y del sur de la Indochina francesa– y que, si no se alcanzaba pronto un acuerdo diplomático, parecía decidido a castigar a Japón con sanciones económicas.

Los bienes de lujo habían desaparecido rápidamente de la vida cotidiana y escaseaba la comida; en especial un alimento básico, el arroz. A medida que se prolongaba el conflicto con China, los que permanecían en el campo –los hombres más capaces estaban en el ejército y en las industrias relacionadas con la guerra– se vieron presionados crecientemente a producir más comida para las tropas. Desde el verano de 1940, incluso los restaurantes más elegantes de Tokio tuvieron que conformarse con servir arroz importado más barato –una clase de arroz más seco que algunos llamaban despectivamente «cacas de ratón»– mezclado con patatas. A partir de abril de 1941, en seis grandes zonas metropolitanas que habían disfrutado de todas las comodidades de la vida moderna, la gente sólo podía obtener arroz con cupones de racionamiento. En diciembre de 1941 este sistema se aplicaba al 99 por ciento de Japón. En un país en el que el arroz cultivado localmente ocupaba un lugar privilegiado, casi sagrado, en la dieta nacional, esto se veía como una privación escandalosa.

La vida se estaba volviendo monocromática^[2], «de una gravedad sepulcral», como la describió un observador contemporáneo. Sofisticados

hombres y mujeres que hasta hacía poco se vestían con llamativos quimonos o a la última moda occidental y frecuentaban cines y salas de baile ahora intentaban pasar lo más inadvertidos que fuera posible. El novelista Nagai Kafu (conocido como Kafu), un bohemio cronista de la vida urbana, ya entrado en años, que se sentía en casa tanto en los garitos de opio del Chinatown neoyorquino y en los cafés de Montmartre como en los barrios disolutos del viejo Tokio, deploraba esos cambios. Alto y flaco, Kafu no daba la impresión de ser muy puntilloso con su indumentaria. En realidad, la moda le interesaba mucho y la tenía muy en cuenta –un residuo de su educación burguesa–, aunque se esforzaba por no tener un aspecto demasiado impecable en sus trajes de confección europea. Pero le parecía que la reciente indiferencia japonesa hacia las apariencias había ido demasiado lejos, incluso para su heterodoxo gusto. En el otoño de 1940, a los sesenta y cuatro años^[3], se quejaba en su diario:

El paisaje urbano [del centro de Tokio] desmiente su prosperidad de sólo hace medio año. No hay actividad alguna y todo está en silencio. Hacia las seis de la tarde se llena de gente que regresa a casa, lo mismo que antes. Pero ¡qué ropa llevan esos hombres y mujeres! Decir que se visten discretamente es quedarse muy corto. Tienen un aspecto avejentado y anticuado. A las mujeres parece que ya no les importa su aspecto y no se molestan en maquillarse. La calle no está iluminada de noche, por lo que todos se apresuran a llegar a casa. Todas esas personas que se apretujan en los trenes, empujándose unas a otras, parecen refugiados.

Esta pérdida del *glamour* de la vida urbana reflejaba el sonoro triunfo de una campaña publicitaria –motivada por la prolongación de la campaña militar japonesa en China– para promover la austeridad en todo el país, que se inició en el verano de 1940. Por todo Tokio se colocaron 1.500 carteles con eslóganes como «El verdadero japonés no puede permitirse ceder a los caprichos» y «El lujo es el enemigo» (*Zeitaku wa Tekida*), aunque, la inserción de una sílaba por un graffitero transformaba frecuentemente esta frase en «El lujo es maravilloso» (*Zeitaku wa Su-Tekida*).

Voluntarias de las asociaciones patrióticas de mujeres se echaron a las calles para promover esta campaña. Estas virtuosas mujeres reprendían^[4] a quienes sus vigilantes ojos descubrían con el tipo de ropa vistosa al que ellas habían renunciado y les entregaban unas tarjetas en las que les pedían: «Por favor, sea recatada». Las mujeres que se habían hecho permanentes en el pelo, que se pintaban las uñas o los labios, o que llevaban anillos o gafas con montura de oro también eran objeto de censura, pues se las acusaba de preconizar un estilo de vida occidental «corrupto» e «individualista». Hubo alguna resistencia exasperada a esta especie de caza de brujas. En cierta ocasión, una mujer se puso a llorar y a gritar histéricamente: «¡No soporto

esto!». Un joven se paseó por la calle maquillado, desafiando a la policía patriótica de la moda: «Miren, ¿no van a decir nada?». Pero no eran más que pequeños actos de rebeldía en el contexto más amplio de la situación.

Los grandes almacenes, en los que antes se vendía todo lo que uno pudiera desear, también fueron sometidos a una vigilancia estricta. Se les indicó que aplicaran la política de un artículo por cliente para desalentar el consumo excesivo, que se consideraba irrespetuoso con los esfuerzos generales de austeridad. En 1935 la compañía de cosméticos Shiseido empezó a ofrecer lecciones de maquillaje gratuitas a cargo de «azafatas» atractivamente arregladas en sus mostradores de los grandes almacenes. Las ventas de su loción de belleza se multiplicaron por veintitrés en dos años. Pero a medida que se prolongaba la guerra con China, los «paquetes de ayuda» sustituyeron a los cosméticos como los productos más vendidos. Estos paquetes, que contenían pequeños refrigerios, pañuelos, lápices y cuadernos, se enviaban a los soldados del frente como muestra del apoyo moral de su país.

En la noche del 31 de octubre de 1940, el día anterior a la prohibición de las salas de baile y la música de jazz (a las que también se acusaba de socavar la moral de la población y el orden público), todas las salas estaban llenas a rebosar de hombres y mujeres en una última y desesperada jugada. Abarrotaban las pistas de baile como «patatas nuevas hirviendo en la cazuela, chocando constantemente unos con otros», como lo describió el periódico metropolitano *Asahi* al día siguiente. De hecho, desde mediados de 1938 sólo se había permitido la entrada en las salas de baile a mujeres que fueran bailarinas profesionales, y el número de éstas se había reducido a la mitad, pues se las presionaba para que ingresaran en las asociaciones de mujeres, que competían entre sí por atraer a nuevas adeptas, a las que pedían que se dedicaran a trabajos más «respetables» (pero mucho menos rentables) como mecanógrafas y obreras. Pero en aquella velada, incluso después de que las orquestas hubieran acabado tocando la canción de despedida «Auld Lang Syne», hombres y mujeres se negaron a abandonar las pistas de baile, como desafiando –también en este caso con un gesto muy, demasiado, insignificante– la llegada del largo viaje hacia la noche de Japón.

Pero el 8 de diciembre de 1941 todo cambió. La sombría atmósfera que se había apoderado del país en el último par de años de parálisis nacional se convirtió en euforia casi de forma instantánea cuando la mayoría de los japoneses celebraron el ataque. Un hombre que en aquella época^[5] iba al

colegio y cuyo padre tenía una tienda de radios en Tokio recuerda su sorpresa al ver formarse una larga cola ante el comercio familiar. La gente llevaba sus radios a arreglar, pues esperaba más comunicados importantes del gobierno. Nunca vio tanta actividad en el negocio de su padre como aquel día, ni antes ni después.

Aquel día brilló por su ausencia la célebre reserva japonesa. Los extraños se felicitaban por la calle. Infinidad de personas se congregaron ante el palacio imperial, en el centro de Tokio, donde se echaron al suelo dando las gracias al emperador por su divina orientación. Por la tarde, en un tren abarrotado^[6] de gente, el cronista Kafu vio con indiferencia cómo un «individuo pronunciaba discursos con voz chillona», al parecer, incapaz de contener su excitación por la noticia del día. Este desbordamiento de la emoción contrastaba marcadamente con el artificio de las numerosas celebraciones de victorias que el gobierno había orquestado en los años anteriores a fin de suscitar apoyo a la prolongada guerra en China.

Los hombres de letras no fueron inmunes al hechizo de Pearl Harbor. Uno de los poetas más célebres^[7] del Japón del siglo xx, Saito Mokichi, que por aquellas fechas contaba cincuenta y nueve años, anotó en su diario: «¡La roja sangre de mi vejez estalla de vida!... ¡Hemos atacado Hawái!». Ito Sei, un novelista de treinta y seis años^[8], escribió en su diario: «Gran hazaña. La táctica japonesa recuerda asombrosamente a la empleada en la guerra ruso-japonesa». De hecho, aquella guerra comenzó^[9] con el ataque sorpresa japonés a los barcos rusos en Port Arthur el 8 de febrero de 1904, dos días antes de que Japón hiciera una declaración formal de guerra. En aquella ocasión Japón fue el vencedor.

Incluso aquellos japoneses que anteriormente habían criticado el expansionismo de su país en Asia ahora estaban entusiasmados por la guerra de Japón con Occidente. En un instante, la versión oficial de pretender liberar Asia de la intromisión occidental, que el gobierno japonés había adoptado de forma gradual en la década anterior, ganó legitimidad a sus ojos. Hasta entonces, les había atormentado la naturaleza intrínsecamente contradictoria de librar una guerra antiimperialista en pro de Asia luchando contra otros asiáticos en China. Takeuchi Yoshimi, un sinólogo de treinta y un años^[10], decía que él y sus amigos se habían equivocado al dudar de las verdaderas intenciones de sus líderes:

Hasta ese momento temíamos que, escudándose en el hermoso eslogan de «construir Asia oriental», Japón hubiera estado abusando de los débiles. [Pero ahora nos damos cuenta de que]

nuestro Japón no tenía miedo de los poderosos, después de todo... Libremos juntos, codo con codo, esta ardua guerra.

A pesar del ambiente festivo que reinaba en el país el 8 de diciembre, seguía habiendo personas que mantenían la cabeza y el corazón fríos y en quienes la noticia de la nueva guerra suscitó recelo, si no consternación. Con frecuencia los sentimientos privados también diferían sustancialmente de las manifestaciones públicas de júbilo. Mucha gente simplemente estaba cansada de la guerra y sus restricciones en la vida cotidiana. A otras personas les angustiaba la posibilidad de que sus seres queridos tuvieran que ir a luchar.

Un niño de nueve años que vivía en una aldea arrocerá^[11] setenta y dos kilómetros al noreste de Tokio se enteró del ataque a Pearl Harbor al volver del colegio. Su madre le estaba esperando a la puerta de casa. Llorando, le dijo: «Estamos en guerra». No eran lágrimas de alegría, sino de temor por las vidas de sus seis hijos mayores. Si esta guerra era como la de China, quién sabía cuánto se iba a prolongar; incluso podría arrebatarse a su hijo menor. Al muchacho le impresionó el marcado contraste entre la profunda tristeza que reinaba en su aldea y el optimismo de la voz que se escuchaba en la radio.

Los pocos japoneses que conocían bien Occidente tampoco estaban para celebraciones. Eran muy conscientes de los limitados recursos de Japón y estaban convencidos de que, al final, el país sería aniquilado. Un joven que trabajaba en la fábrica^[12] de Industrias Pesadas Mitsubishi en Nagoya recordaba haber sentido una extraña mezcla de excitación y temor al escuchar la noticia por la radio en el trabajo. Pese a sentir cierta satisfacción por el éxito del ataque a Pearl Harbor, le preocupaba qué supondría para Japón a largo plazo. Su fábrica, dedicada a la producción del caza Zero, sería uno de los principales objetivos de los bombardeos estadounidenses unos años después. La mayoría de sus colegas perecieron y él apenas pudo escapar con vida.

Pero expresar tales inquietudes en medio del entusiasmo que despertó Pearl Harbor significaba arriesgarse a ser detenido por falta de patriotismo. La mayoría de los japoneses sintieron una gran oleada de entusiasmo tras las victorias en el Pacífico y el Sudeste Asiático. Al menos por el momento, pudieron olvidar la inmensidad de la tarea que les aguardaba.

Al otro lado del Pacífico, Pearl Harbor estimuló una respuesta igualmente amplia y patriótica. Con tono mesurado pero decidido, el presidente Franklin Delano Roosevelt pronunció un discurso en una sesión conjunta de las cámaras del Congreso: «Ayer, 7 de diciembre de 1941, una fecha que vivirá

en la infamia, Estados Unidos de América fue atacado repentinamente y deliberadamente por fuerzas navales y aéreas del Imperio japonés». El gabinete de Roosevelt, dirigido por el secretario de Estado Cordell Hull, había pedido al presidente que presentara al Congreso una relación completa de las tropelías de Japón en su política internacional. Por el contrario, Roosevelt prefirió una alocución accesible de quinientas palabras, de forma que su mensaje llegara al mayor número de personas posible: el ataque japonés había sido traicionero y Estados Unidos tenía que derrotar a cualquier precio a este cobarde enemigo.

La táctica del presidente para agitar las emociones más profundas del país contra Japón tuvo éxito. La oposición aislacionista^[13], a la que Roosevelt se había enfrentado en su voluntad de llevar a Estados Unidos al teatro europeo de la guerra, se evaporó y su petición de declaración de guerra fue aprobada de inmediato, con el único voto en contra de Jeannette Rankin, una republicana pacifista de Montana. Desde ese histórico momento Pearl Harbor quedaría inscrito en la psique estadounidense, reforzado por el potente grito de batalla que celebraba la famosa canción «Recuerda Pearl Harbor». Grabada diez días después del ataque, animaba así a los estadounidenses: «Recordemos Pearl Harbor cuando vayamos a enfrentarnos al enemigo. Recordemos Pearl Harbor, como hicimos con El Álamo... ¡Recordemos Pearl Harbor y no nos detengamos hasta la victoria!».

Antes de la agresión japonesa^[14], a la mayoría de los estadounidenses Hawái les debió parecer un exótico país extranjero. Irónicamente, casi el cuarenta por ciento de su población estaba formado por japoneses y estadounidenses de origen japonés. De repente este singular territorio de islas en el océano Pacífico se encontró inextricablemente unido a la narración patriótica estadounidense.

El ataque a Pearl Harbor también cambió la suerte de los que ya estaban en guerra. Chiang Kai-shek se entusiasmó al oír la noticia. Según cuentan, se puso a bailar mientras escuchaba el «Ave María» (se había convertido al metodismo) en el gramófono. Para Gran Bretaña los muchos meses de lucha en solitario pertenecían por fin al pasado. Winston Churchill estaba cenando con Averell Harriman y John Gilbert Winant, enviado especial y embajador de Estados Unidos respectivamente, cuando recibió una llamada de Roosevelt para informarle del ataque. Churchill dijo que aquella noche^[15] se acostó y durmió «el sueño de los salvados y agradecidos». La declaración de guerra de Hitler a Estados Unidos cuatro días después vino a reafirmar la sensación de

alivio de Churchill.

La tarde del 8 de diciembre de 1941 los cines y teatros de Japón tuvieron que suspender sus espectáculos para transmitir un discurso que el primer ministro Tojo Hideki había grabado ese día. Las películas estadounidenses –como *Caballero sin espada*, que a los japoneses les había gustado mucho en tiempos más tranquilos– fueron prohibidas oficialmente. Esa noche el público escuchó la voz de un líder que nada tenía que ver con James Stewart.

Tojo era un hombre de mediana edad, calvo y con gafas, cuyo único rasgo distintivo era el bigote. Sus dientes exageradamente salientes sólo existían en las caricaturas occidentales, pero no tenía el aspecto de un importante estadista que hubiera llevado a su país a la guerra contra un poderoso enemigo, y su voz sólo era memorable por su monotonía. Recitó el discurso «Aceptamos el Gran Mandato Imperial» con la dicción afectada de un actor de segunda fila.

Nuestros magníficos Ejército Imperial y Armada Imperial^[16] están librando una batalla desesperada. A pesar de que el Imperio ha hecho todos los esfuerzos posibles para salvaguardar la paz, ésta ha fracasado en la región de Asia oriental. En los últimos tiempos, el gobierno ha empleado todos los medios a su alcance para normalizar las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Japón. Pero Estados Unidos no estaba dispuesto a ceder un ápice en sus exigencias. Todo lo contrario. Ha reforzado sus lazos con Gran Bretaña, Países Bajos y China, exigiendo concesiones unilaterales de nuestro Imperio, como la retirada completa e incondicional de las fuerzas imperiales de China, el repudio del gobierno de Nanjing [títere japonés] y la revocación del Pacto Tripartito con Alemania e Italia. Incluso ante esas exigencias, el Imperio se ha esforzado en todo momento por llegar a un arreglo pacífico. Pero Estados Unidos se ha negado a reconsiderar su posición hasta este momento. Si el Imperio cediera a todas sus exigencias, Japón no sólo perdería su prestigio y se vería imposibilitado de llevar a buen término el Incidente de China, sino que peligraría su existencia misma.

En su selectiva explicación de los acontecimientos que condujeron a Pearl Harbor, Tojo insistió en que la guerra que Japón acaba de comenzar era «defensiva». Se hacía eco así de los arraigados sentimientos de persecución, orgullo nacional herido y ansia de mayor reconocimiento de Japón, que, a falta de una definición mejor, se pueden denominar «antioccidentalismo». Fue un discurso sentimental, notable por lo que omitió.

Entre los líderes japoneses no había habido un consenso mayoritario e inequívoco para llevar a cabo acciones preventivas en el Pacífico y en Asia suroriental. Muchos de ellos se habían mostrado inseguros o ambivalentes sobre esta cuestión. Es bien sabido que Tojo^[17] dijo: «En ocasiones, uno tiene que reunir el valor necesario, cerrar los ojos y saltar desde la plataforma del Kiyomizu», y esas palabras, en las que alude a un templo budista de Tokio conocido por su mirador sobre un acantilado, con frecuencia se citan como

muestra de su temerario afán aventurero. Pero incluso Tojo, vilipendiado como el dictador militar que llevó a Japón ciegamente a la guerra, mantuvo una actitud ambivalente, especialmente en los dos meses que precedieron al ataque. Durante las últimas discusiones del gobierno sobre la entrada en la guerra, Tojo fue muy consciente de las escasas probabilidades de una victoria japonesa. Por ello, en el último minuto, intentó apaciguar a los partidarios de la guerra inmediata. Cuando se convirtió en primer ministro el 18 de octubre de 1941, la primera tarea que se impuso fue tratar de revitalizar las opciones diplomáticas con Estados Unidos.

Algunos líderes estaban engañosamente esperanzados, pero *ninguno* daba por segura la victoria de Japón. El predecesor de Tojo, el príncipe Konoe Fumimaro, un político civil, había sido primer ministro en distintos momentos durante casi tres de los cuatro años inmediatamente anteriores a Pearl Harbor. Sus coqueteos con un estilo de liderazgo totalitario hicieron un daño incalculable a la reputación internacional de Japón y contribuyeron a potenciar al máximo la voz de los militares en el gobierno. No obstante, al mismo tiempo, Konoe se oponía de forma inequívoca a la guerra con Occidente. Según su ayudante y yerno^[18], Hosokawa Morisada, al escuchar la noticia de la entrada de Japón en la guerra, Konoe apenas pudo decir: «¡Es increíble! Presiento que se avecina una terrible derrota. Esto [la situación favorable para Japón] sólo va a durar dos o tres meses».

A diferencia del príncipe Konoe, el novelista Ito Sei no tenía acceso a fuentes políticas o estratégicas. Pero precisamente esa falta de información hizo que su intuición fuera correcta. El 22 de diciembre, sólo dos semanas después^[19] de que hubiera comparado alegremente Pearl Harbor con la guerra ruso-japonesa, expresaba un recelo creciente en su diario:

Hasta ahora sólo han anunciado que un par de barcos de vapor [japoneses] sufrieron daños al atracar en Malasia y en Filipinas. ¿No ha habido más daños después de eso? ¿O es que su política consiste en no anunciar nuestras pérdidas? Me preocuparía si fuera esto último.

Con independencia de su temor sobre el desenlace de la guerra, la mayoría de los japoneses tendían a verla como una guerra de liberación, no sólo de Japón sino de toda Asia. Esto era comprensible, especialmente en el caso de los soldados. ¿Quién no preferiría creer que iba a morir por una buena causa en vez de por una injusta?

Desde luego, la llamada Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental se anunció con gran fanfarria cuando las posesiones coloniales occidentales fueron cayendo una a una ante el avance militar japonés entre finales de 1941

y principios de 1942. Casi todos los países de la esfera –incluidos Birmania (ahora Myanmar), la Malasia británica (Malasia y Singapur), las Indias Orientales holandesas (Indonesia), la Indochina francesa (Vietnam, Camboya y Laos) y Filipinas– habían formado parte de los imperios coloniales occidentales (aunque los últimos ya no eran colonias en el momento de la invasión japonesa). Así que a los ocupantes japoneses les venía bien poder decir que por fin estaban liberando a sus oprimidos hermanos y hermanas de Asia para ayudarles a reorganizar sus sociedades en un bloque cultural, económico y político viable liderado por Japón. Pese a este barniz de misión civilizadora, la esfera estaba al servicio del imperialismo económico japonés, con objeto de reforzar el control sobre gran parte de los recursos del este y del Sudeste Asiático que Japón necesitaba para continuar la lucha. Esa necesidad se haría cada vez más acuciante con el tiempo.

La Marina Imperial no tardaría en perder su ímpetu victorioso debido a la gran derrota que sufrió en Midway en junio de 1942. La planificación táctica de esa batalla la había llevado a cabo el mismo equipo que había preparado el ataque a Pearl Harbor. Esta vez, Japón sufrió más de 3.000 bajas y perdió 289 aviones y cuatro portaaviones. Midway también reveló que los japoneses habían dejado mucho trabajo por hacer en Pearl Harbor.

El 7 de diciembre de 1941 los pilotos comandados por el vicealmirante Nagumo Chuichi cumplieron su objetivo más inmediato, que eran los ocho acorazados estadounidenses, hundiendo cuatro y causando daños en los restantes. Pero el equipo de Nagumo dejó intactos otros blancos vitales, que resultaron ser de importancia decisiva. Los depósitos de combustible y munición no fueron alcanzados por los bombardeos japoneses, como tampoco las instalaciones de reparación, lo que permitió que la mayoría de los acorazados dañados fueran reparados, o incluso mejorados, en muy poco tiempo. De los ocho acorazados alcanzados por los japoneses, sólo el *Arizona* y el *Oklahoma* no pudieron ser recuperados. Lo que es más importante, durante el ataque no había en Pearl Harbor ningún portaaviones estadounidense, lo que permitió a Estados Unidos vencer en Midway.

A partir de entonces, casi todo le fue mal a Japón. A consecuencia de la estricta censura que Ito ya había intuido en su diario en diciembre de 1941, los japoneses ignoraron durante mucho tiempo las pérdidas de su país. Pero a medida que pasaban los meses y los años, se daban cuenta de que Japón estaba perdiendo el control de la guerra, y el hambre cada vez más acuciante era prueba de ello. El sistema de racionamiento no funcionaba porque, para

empezar, había demasiado poco que racionar. Se formaban colas cada vez más largas, y pronto fue imposible encontrar productos frescos como verdura y pescado. Una mujer de mediana edad^[20], esposa de un médico, que había vivido en Estados Unidos muchos años antes de la guerra, anotó en su diario: «El racionamiento no significa que no pagas por los alimentos. Pagas por todo, pero te tratan como a un mendigo. ¡Es indignante!».

La falta de calorías se hizo evidente en el segundo y el tercer año de guerra. La dieta del racionamiento únicamente proporcionaba unas mil cuatrocientas calorías diarias. (Un varón adulto de 64 kilos necesita dos mil cuatrocientas calorías diarias). El gobierno dijo a la población que fuera «imaginativa» para procurarse comida. Esto significaba, por ejemplo, comprar en el mercado negro, cultivar sus propias verduras o utilizar paja, serrín o cascarilla de arroz como relleno para hacer «pan».

A finales de 1944 la vida en el frente interno era aún más desesperada, y las principales ciudades de Japón –Tokio, Osaka, Kobe, Sendai, Nagoya y Yokohama– habían quedado reducidas a cenizas por los bombardeos en alfombra estadounidenses. En la madrugada del 10 de marzo de 1945, ardió gran parte de la zona antigua de Tokio en uno de los ataques aéreos más devastadores llevados a cabo por los bombarderos B-29. Kafu, alertado por los gritos de los vecinos^[21], recogió apresuradamente su diario y sus manuscritos y escapó con su cartera. Mientras corría entre la cegadora humareda ayudó a otras personas a salvarse, pero cuando por fin llegó a una parcela vacía en una colina, tuvo el impulso irresistible de volverse para ver qué había ocurrido con la casa que había sido su hogar durante veintiséis años. Aquel edificio se había salvado portentosamente en el devastador incendio que siguió al gran terremoto de Kanto de 1923, por lo que quizá esperaba otro milagro. Se ocultó tras los árboles y los postes del telégrafo para no ser visto por un policía que estaba indicando a la gente que se alejara del peligro. Kafu logró acercarse a donde vivía pero le detuvo un humo negro. De repente surgió una llamarada y miró a lo alto, convencido de que la causa había sido el incendio de su biblioteca. Aunque sostenía que no le unían^[22] lazos fuertes con las personas, lamentó «hondamente tener que separarse de aquellos libros».

Kafu y su diario sobrevivieron. Muchos no lo lograron. Se cree que más de cien mil personas murieron sólo en una noche, aunque se desconoce la cifra exacta. Para entonces, salvo que uno estuviera completamente engañado, estaba claro que Pearl Harbor y el estimulante sentido de liberación que trajo

consigo no habían sido más que el comienzo de una guerra catastrófica.

Los observadores superficiales tienden a tachar de apologista a todo el que trata de explicar el pasado ignominioso de su país al mundo exterior. En las páginas siguientes debería quedar claro que justificar los actos de Japón es lo último que intento en mi relato de los ocho meses que condujeron al ataque a Pearl Harbor. Por el contrario, los líderes del país fueron los responsables de iniciar una guerra que era evitable y estaba abocada a la derrota. Habría sido necesario oponerse a la guerra con mucho más vigor y mucha más constancia.

Sin duda, resulta muy fácil adoptar un aire de superioridad moral al acusar a quienes vivieron hace muchos años. Pero eso no debe impedir una valoración crítica de cómo y por qué comenzó una guerra tan irresponsable. En todo caso, es un gran enigma histórico que todavía está por resolver. Y la distancia emocional que sólo el tiempo proporciona debería permitirnos mirar atrás, a este periodo extremadamente emotivo de la historia, con una visión más clara.

Sin embargo, la fatídica decisión japonesa está rodeada de tantas paradojas y complejidades que, por desgracia, la claridad se resiste. Es indudable que la mayoría de los líderes japoneses, por preferencias institucionales o personales, evitaron entrar en un conflicto abierto entre ellos. Su alambicado lenguaje hace especialmente difícil la interpretación de los documentos. Para la mayoría de los líderes militares, había que evitar cualquier indicio de debilidad, por lo que, incluso si albergaban serias dudas, era impensable que hablaran pública y categóricamente contra la guerra. Ésa es la razón por la que se puede ver a las mismas personas argumentando a favor y en contra de la contienda, según el momento, el lugar y la ocasión. Algunos apoyaban la guerra en una conferencia de enlace de los máximos líderes políticos y militares, por ejemplo, mientras que manifestaban su deseo de evitarla cuando hablaban en privado con otras personas. Muchos esperaban que alguien expresara sus opiniones por ellos.

La falta de actas de las reuniones también presenta una gran dificultad. El Memorándum de Sugiyama –el nombre oficial dado a las notas que conservaba Sugiyama Hajime, jefe del Estado Mayor del Ejército– nos proporciona la valiosa posibilidad de entrever lo que se debatía en las reuniones de alto nivel. Los documentos se han conservado por azar, gracias a la iniciativa de un joven oficial que, convencido de su valor histórico, no cumplió la orden de destruirlos y los guardó en un bidón de petróleo en el sótano de su casa cuando se aproximaba el final de la guerra. No obstante,

esos documentos no bastan. Para empezar, no son sistemáticos. Después de cada conferencia, Sugiyama se reunía con los altos oficiales de su Estado Mayor para informarles de lo que se había tratado y para ello recurría a su memoria y a sus notas; entonces, uno de los oficiales anotaba lo que Sugiyama decía. Por supuesto, no se registraba cada palabra y faltan descripciones que nos ayuden a imaginar la atmósfera y el estado de ánimo en la sala de reuniones, lo que refuerza la extraña impresión de que las decisiones trascendentales de Japón se tomaron en un vacío simbólico. Con frecuencia, el lenguaje pasa de ser altisonante a ser fluido, con distintos grados de formalidad, lo que hace más difícil aún determinar el verdadero tono, y mucho más los matices, de las palabras anotadas. Ni siquiera una traducción precisa e intachable logra transmitir lo que estaba en juego en aquellas conferencias.

No obstante, lo que atestiguan los documentos que se han conservado es que, después de numerosas reuniones oficiales, los altos mandatarios tomaron la decisión consciente y conjunta de entrar en guerra contra Occidente. Una vez se convencieron a sí mismos de que eran víctimas de las circunstancias en vez de agresores, descartaron otras opciones menos heroicas aunque más racionales y, pese a todas sus vacilaciones, lanzaron al país a la guerra. El discurso de Tojo del 8 de diciembre pone de manifiesto la percepción autocompasiva de que Japón estaba siendo empujado a la guerra e intimidado por implacables fuerzas externas, ya fueran éstas las sanciones económicas estadounidenses, la tergiversación deliberada por parte de Estados Unidos de las intenciones pacíficas de Japón o, más en general, la arrogancia y los prejuicios occidentales.

Por descontado, no se debe subestimar la enorme presión a la que aquellos líderes estaban sometidos en vísperas de Pearl Harbor. Les parecía que tenían que elegir entre librar una guerra temeraria o evitarla, a costa de perder todas las conquistas imperialistas que Japón había logrado a lo largo de muchos años. Soslayaban el hecho de que esa disyuntiva tan extrema era resultado de sus propios actos y decisiones recientes. A medida que cometían más desatinos diplomáticos y se comprometían en una guerra inviable, declarando que estaban más preparados que nunca, se reducían considerablemente sus opciones políticas, tanto en su país como en el mundo exterior. Era como si Tokio se hubiera deslizado hasta el extremo estrecho de un embudo. A los dirigentes les debió de parecer que la opción de la guerra proporcionaba la forma más rápida y segura de salir de aquella angustiosa situación. Que no pensaran qué ocurriría después fue una negligencia trágica.

¿Por qué no lo hicieron? Principalmente por razones que tienen que ver con el propio Japón, como mostrará este libro. No obstante, es innegable que Japón y su entorno inmediato en 1941 eran producto de las turbulentas experiencias de los años veinte y treinta, en las que el mundo sufrió una transformación significativa. Después de la Primera Guerra Mundial, que para muchos fue un choque de ambiciones imperialistas, se realizaron varios intentos de crear un nuevo tipo de orden internacional que impidiera el estallido de otra guerra devastadora. La Sociedad de Naciones, la Conferencia de Washington (1921-1922) sobre el desarme y el Pacto Briand-Kellogg (1928) que proscribían las guerras eran manifestaciones de esos esfuerzos por regular y facilitar los asuntos internacionales de forma que todos los países, grandes y pequeños, pudieran trabajar juntos por el objetivo de un mundo más pacífico. Sin embargo, muchos países se sintieron defraudados por este orden emergente, más democrático y extremadamente idealista.

Alemania, la potencia derrotada, es el ejemplo que mejor viene al caso. Su deseo de hacer realidad un sueño imperialista –conseguir la expansión territorial, la gloria, la fortaleza militar y la autosuficiencia mediante conquistas– la había llevado a iniciar la Primera Guerra Mundial, perderla y ser desarmada. Sin embargo, estaba más que dispuesta a resucitar aquellas ambiciones y percibía los acuerdos de la posguerra y los movimientos internacionalistas que habían generado como una conspiración de los vencedores para debilitarla, lo que finalmente permitió el auge del nacionalsocialismo. De 1933 a 1938, en un proceso hábilmente gradual, la Alemania de Hitler abandonó la Sociedad de Naciones, rearmó el país, ocupó Renania y se anexionó Austria. Las potencias liberales occidentales, que preferían mantener la paz a cualquier precio, sacrificaron Checoslovaquia, la única democracia viable de Europa central. Cuando se dieron cuenta de que Hitler nunca estaría satisfecho y que sus exigencias no dejarían de aumentar, ya era demasiado tarde y a mediados de 1940 la mayor parte de Europa occidental había sucumbido a la invasión nazi. Esta disuasoria experiencia tendría repercusiones en cómo percibía Occidente a Japón, aliado nazi, en 1941.

Japón había luchado en el lado vencedor en la Primera Guerra Mundial y la Sociedad de Naciones le recompensó con derechos territoriales y mandatos. Durante un tiempo muchos japoneses suscribieron con entusiasmo el principio del internacionalismo liberal, aunque algunos seguían insatisfechos. Sostenían que las llamadas potencias del statu quo, o «pudientes», especialmente Gran Bretaña y Estados Unidos, buscaban impedir que Japón

alcanzara una verdadera grandeza por racismo o egoísmo. A finales de la década de los veinte y principios de los treinta, cuando Japón afrontaba graves problemas sociales a causa de la profunda depresión económica, esa idea se hizo popular.

Por supuesto, en todas partes se estaban experimentando problemas socioeconómicos similares y la gente buscaba soluciones en ideologías diversas que iban desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, lo que dividió al mundo y a algunos países (como España y Francia). En la década de los treinta, un número considerable de japoneses sucumbió a la tentación fácil de culpar de sus males sociales a potencias extranjeras, al mismo tiempo que atribuían una significación metafísica, excesiva, al nacionalismo japonés, hinchándolo hasta el grado del ultranacionalismo. La veneración al emperador, al que se consideraba un dios vivo y el benevolente patriarca del Estado-familia japonés, desempeñó un papel central en esta intensificación del nacionalismo nipón. Muchos japoneses afirmaban que una nación incompleta alcanzaría su plenitud mediante la expansión imperialista en el exterior y la militarización interior. Y, como ocurrió en la Alemania nazi, la consecución de antiguos objetivos imperialistas –algunos de los cuales ya no eran viables– se convirtió en parte integral de la agenda ultranacionalista.

Esta clase de nacionalismo agresivo era especialmente atractiva para los oficiales jóvenes de baja y media graduación de las fuerzas armadas, pues les otorgaba un papel clave. Acusaban con vehemencia a las potencias «pudientes» de crear tras la Gran Depresión bloques comerciales que gravaban con altos aranceles las importaciones de productos japoneses y afirmaban que era una conspiración occidental. Los ultranacionalistas también veían el auge del bolchevismo en la Unión Soviética, el nacionalismo moderno chino y la afirmación de la presencia económica y militar estadounidense en el patio trasero de Japón, como amenazas para el dominio regional del país. Pero también tenían enemigos internos concretos. A los capitalistas occidentalizados dueños de conglomerados empresariales y a sus clientes de los partidos políticos, simpatizantes del liberalismo democrático, se les culpaba prácticamente de todos los males y se convirtieron en blancos de la violencia ultranacionalista, que en ocasiones llegó al asesinato. Aunque los terroristas ultranacionalistas nunca lograron hacerse con el poder en Japón, sí crearon el clima de temor que fue una de las causas de la ambigüedad de los líderes japoneses en 1941.

Muchas de las limitaciones, reales o imaginarias, que los líderes nipones

afrontaron en 1941 tenían raíces históricas que se remontaban a la apertura del país a un mundo más amplio, y con frecuencia hostil, en la segunda mitad del siglo XIX. El final del autoimpuesto aislamiento de Japón, la caída del shogunato Tokugawa y la ulterior fundación del moderno Estado japonés coincidieron con un realineamiento a gran escala de las potencias mundiales. El carácter predatorio del colonialismo occidental, así como el derrumbamiento de los antiguos imperios chino, español y otomano, convenció a Japón de que el poder era el requisito fundamental para la supervivencia. Además, era la época de la aceptación acrítica del progreso lineal, el nuevo imperialismo, el darwinismo social y la supremacía blanca, que, a su vez, confirmaban una concepción racista del mundo. Como alumno modélico, Japón se esforzó por convertirse en una auténtica potencia, alimentando, educando e industrializando a su sociedad para alcanzar a Occidente, aunque los japoneses no podían, claro está, cambiar el color de su piel.

Es importante señalar que, en sus primeros años, el Japón moderno comprendió muy bien que convertirse en una gran potencia no consistía sólo en industrializarse y militarizarse. También debía actuar de acuerdo con las normas del juego y adquirir respetabilidad internacional; de ahí que fuera necesario ganarse una opinión mundial favorable. Después de la victoria^[23] sobre la China Qing en 1895, el emperador de Japón advirtió a sus súbditos que no se volvieran «arrogantes, mostrándose ufanos por el triunfo y despreciativos con los demás, lo que provocaría la pérdida del respeto por parte de las potencias extranjeras... Particularmente desaprobamos los insultos a los demás y el orgullo vano derivado del júbilo por las victorias, que podrían conducir a que los Estados amigos nos retirasen su confianza». No obstante, en los años treinta la mayoría de los japoneses ya habían olvidado deliberadamente esa modestia y humildad. Su éxito como Estado-nación moderno, unido a su resentimiento histórico por haber recibido un trato injusto por parte de Occidente, alimentaron la convicción irracional de que Japón podría superar crisis internas e internacionales con la mera fuerza de voluntad (y buena suerte, que no solía faltarle). Esa convicción acabaría llevando a Japón a conquistar Manchuria, a extender su esfera de influencia en el norte de China, a intensificar su conflicto con ésta y a buscar recursos en el Sudeste Asiático a fin de llevar dicho conflicto a una conclusión favorable, al mismo tiempo que rompía su dependencia económica del mundo exterior, dando el primero de una serie de pasos equivocados hacia la guerra en el Pacífico. La debilidad general de las colonias asiáticas, causada por la guerra

de Hitler en Europa, haría doblemente tentadora para Japón esta actitud temeraria.

Los autojustificativos llamamientos de Japón a la expansión en vísperas de la guerra del Pacífico impidieron un examen preciso de sus errores políticos más recientes y una reconsideración de su imperialismo agresivo durante las décadas precedentes en China, Corea y Taiwán. Sin embargo, su convicción de que era un país destinado a la grandeza, pese a la desventaja de no contar con suficientes recursos naturales propios, se mantuvo hasta el final. Entre los políticos japoneses, la actitud predominante se caracterizaba por la confianza, sino por la arrogancia, cuando examinaban las opciones de su país en 1941.

La versión oficial japonesa de que era Occidente quien había llevado a Japón a la guerra reflejaba una mentalidad basada en una dilatada memoria histórica. En parte, explica por qué fue tan fácil convencer al público de que apoyara sin reservas una guerra suicida en diciembre de 1941. Pero, al final, los sentimientos negativos reprimidos por sí solos no explican por qué Japón se embarcó en una guerra a pesar de las genuinas reservas de sus líderes.

Uno de los principales politólogos^[24] japoneses de la posguerra, Maruyama Masao, reflexionaba sobre esta cuestión en 1949:

Temerosos ante la posibilidad de un fracaso, [los líderes] siguieron adelante tapándose los ojos con las manos. Si preguntamos: «¿Querían la guerra?», la respuesta es sí; si preguntamos: «¿Querían evitar la guerra?», la respuesta también es sí. Al mismo tiempo que querían la guerra, trataban de evitarla; al mismo tiempo que querían evitarla, eligieron deliberadamente el camino que conducía a ella.

Resulta especialmente difícil determinar el grado de culpa cuando las responsabilidades individuales son vagas y difusas, como lo son en este caso. A diferencia de sus socios fascistas, Japón nunca fue una dictadura, aunque su política parlamentaria había dejado de existir formalmente en el otoño de 1940. Su proceso de toma de decisiones era largo y, con frecuencia, desconcertante. Se basaba en una compleja estructura y una cultura política que abarcaba distintas instituciones, incluidos el Ejército, los ministerios y el Palacio Imperial.

Sobre todo, no ayudaba el hecho de que el gobierno estuviera formalmente dividido. De acuerdo con la Constitución, los militares podían «aconsejar» al emperador sin contar con el gobierno civil, una prerrogativa a la que se solía aludir como «la independencia del mando supremo». Esto significaba que Japón podía tener dos gobiernos con políticas exteriores

totalmente contradictorias. Y, para complicar más las cosas, en el seno de esos dos «gobiernos» había profundas divisiones políticas e ideológicas. El Ejército y la Armada estaban constantemente enfrentados, y cada uno estaba dividido a su vez por simpatías políticas, concepciones del mundo, camarillas y preferencias estratégicas, y sus enemigos principales eran distintos en cada caso. A la luz de tales diferencias, es sorprendente que los líderes japoneses pudieran acordar embarcarse en una guerra que ninguno sabía realmente cómo ganar.

La cultura japonesa, con su preferencia intrínseca por el consenso y la armonía –incluso si son completamente superficiales–, no podía fomentar una discusión honesta sobre el futuro del país en las distintas coyunturas cruciales que se presentaron durante 1941. La propia lengua japonesa, brillante para vencer intrincadas relaciones sociales, preservar matices y salvar la cara, no destaca por sus recursos para clarificar pensamientos o fomentar el debate abierto. No obstante, aunque esas consideraciones estructurales, culturales, sociales e incluso lingüísticas puedan ayudar a explicar lo ocurrido, no son excusa para los calamitosos errores políticos.

La mejor forma de entender la funesta decisión de Japón de ir a la guerra es verla como una gigantesca apuesta nacional. Los factores sociales hacían que para los líderes fuera más difícil resistirse a la apuesta, pero su decisión final de dar el salto fue consciente. Viendo que los europeos que luchaban contra Hitler habían dejado sus posesiones coloniales relativamente desprotegidas, algunos estrategas belicosos de los órganos de planificación militar impulsaron sus propuestas agresivas y convencieron a sus superiores de que cuanto más esperaran, menos recursos les quedarían para la guerra y mejor podría prepararse Estados Unidos para lo que les parecía un choque «inevitable»: la necesidad geopolítica de determinar quién era el líder de la región pacífico-asiática. Si en cualquier caso iba a ocurrir, ¿por qué no decidir el momento? Objetivamente, era una estrategia temeraria preparar una guerra adquiriendo nuevos territorios para pertrechar y equipar esa guerra, como expresaba concisamente el antiguo proverbio romano *Bellum se ipsum alet* (la guerra se alimenta a sí misma). Desde luego, muchos líderes de Japón no veían el choque en el Pacífico como una inevitabilidad histórica. Algunos no renunciaron por completo a un acuerdo diplomático con Estados Unidos hasta muy tarde. Pero nadie estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de que su país «perdiera el autobús», en una expresión popular de la época, para conseguir una ventaja estratégica.

Hay una ley según la cual cuanto menores son las probabilidades de éxito al asumir un riesgo, más dulce es la victoria. Animados por el recuerdo de las guerras que Japón había librado recientemente –ambas victoriosas (la chino-japonesa de 1894-1895 y la ruso-japonesa de 1904-1905)–, los líderes creían que siempre existía la posibilidad de que esta guerra también fuera un éxito, aunque no se detuvieron a pensar en cómo iban a lograrlo. Su actitud pudo ser de desesperación, pero también estuvo animada por una extraña euforia de jugador. Especialmente cuando se concentraban en las perspectivas a corto plazo, la euforia era aún más imprudente. En cualquier caso, con independencia del estado psicológico de los dirigentes, la guerra fue completamente temeraria. La improbable victoria de Japón dependía por completo de condiciones externas que (aparte de la determinación japonesa, por supuesto) estaban fuera de su control, tales como escenarios quiméricos en los que Estados Unidos suplicaba la paz o la Alemania nazi conquistaba Europa. De igual forma que los líderes japoneses afirmaban que los estaban empujando a la guerra, parecían pensar que, de alguna manera, les empujarían a la paz. En vísperas de Pearl Harbor, podría decirse que aquellos líderes recordaban a Hermann, el antihéroe de Pushkin en *La dama de picas*, que se prepara en secreto para obtener la máxima ganancia en un juego de cartas y pierde la razón.

La gran ironía en la decisión de Japón de ir a la guerra es que sus líderes ni siquiera habrían pensado en entrar en un juego de tal magnitud si no hubiera sido por el almirante Yamamoto Isoroku, que era fundamentalmente contrario a la guerra. Como prudente analista político^[25], Yamamoto advirtió al Estado Mayor de la Armada en Tokio a finales de septiembre de 1941 que «no se debe librar una guerra con unas probabilidades tan pequeñas de victoria». Pero, al mismo tiempo, Yamamoto, estratega de operaciones y el comandante mejor informado, actuó como el jugador más imprudente e insistió en que se adoptara su estrategia para Pearl Harbor aunque sabía que Estados Unidos no abandonaría la lucha fácilmente.

Las personas pueden derrochar su dinero en las mesas de los casinos. Pero la apuesta nacional de Japón puso en peligro a su población y a la de los países que atacó o invadió. Explicar una decisión de esa magnitud limitándose a decir que la guerra era «inevitable» resulta completamente inadecuado. Así que, ¿quiénes y qué llevaron a Japón a atacar Pearl Harbor?

CAPÍTULO 1

Rumores de guerra

El príncipe Konoe Funimaro, un esteta alto y flaco, con bigote, que en el pasado había traducido el ensayo de Oscar Wilde *El alma del hombre bajo el socialismo*, ahora era el primer ministro de Japón y su estado de ánimo era melancólico. Rara vez se le veía sonriendo en las fotografías oficiales y parecía absorto en sus pensamientos, pero en la primavera de 1941 tenía razones poderosas para estar especialmente taciturno.

En el otoño anterior las relaciones de Japón con Estados Unidos habían entrado en una nueva fase, mucho más tensa. La llegada de fuerzas de ocupación japonesas al norte de la Indochina francesa el 23 de septiembre de 1940 alarmó a la Administración Roosevelt. Desde la perspectiva japonesa, la ocupación era en parte una medida tomada en respuesta al «embargo moral» estadounidense a las exportaciones a Japón de todo tipo de material de aviación desde mediados de 1938 y a la cancelación por parte de Estados Unidos en enero de 1940 del Tratado de Comercio y Navegación, que llevaba treinta años vigente, lo que tuvo como consecuencia un control más estricto de las exportaciones de productos industriales norteamericanos. La decisión estadounidense de establecer en Pearl Harbor la base de la flota del Pacífico en mayo de 1940 no hizo más que aumentar la preocupación japonesa. Estados Unidos estaba reaccionando a lo que consideraba provocaciones de Japón, que habían comenzado con la guerra en China.

Además, la creciente preponderancia nazi en Europa estaba alimentando el expansionismo japonés. La caída de París en junio de 1940 parecía el momento propicio para que Japón obtuviera acceso a las estratégicas materias primas de las que ahora carecía debido a la política estadounidense. Al ocupar el norte de la Indochina francesa, Japón también buscaba cerrar una de las principales rutas por las que Chiang Kai-shek recibía ayuda británica y

estadounidense, y terminar la guerra con China.

Sin embargo, esa política resultó contraproducente. Aunque teóricamente la ocupación se llevó a cabo de acuerdo con un tratado de defensa firmado con el gobierno colonial francés (tanto en la Indochina francesa como en las Indias Orientales holandesas, los colonialistas europeos permanecían en el poder a pesar de la invasión nazi de sus países), la actuación japonesa se vio como una manifestación clara de su ambición de apoderarse de grandes zonas del Sudeste Asiático. Por esa razón, Estados Unidos respondió con medidas económicas de represalia. Inmediatamente intensificó su apoyo^[26] a Chiang, concediendo a su régimen 50 millones de dólares en ayuda económica a través del Export-Import Bank. Asimismo, dictó un embargo sobre todos los cargamentos de chatarra que se enviaran a Japón, lo que dificultaría considerablemente su producción de metales.

Un día después de la respuesta estadounidense, el 27 de septiembre de 1940, Japón firmó en Berlín el Pacto Tripartito, por el que entraba a formar parte de una alianza militar con Alemania e Italia. Alemania había enviado a un representante diplomático especial a Tokio para negociar directamente con el gobierno de Konoe, soslayando al descontento embajador japonés en Berlín, que se oponía con vehemencia a la alianza. Alemania estaba muy interesada en un acercamiento a Japón debido a sus dudas cada vez mayores de conquistar Inglaterra. La derrota de la Luftwaffe en la batalla de Inglaterra, que se libró de julio a octubre de 1940, supuso un revés para los planes nazis de invadir las islas Británicas. Aliándose con Japón e Italia, Alemania esperaba disuadir a Estados Unidos y minimizar las probabilidades de su participación en una guerra europea. De forma análoga, los japoneses veían en la alianza fascista una forma de equilibrar las fuerzas. Matsuoka Yosuke, ministro de Asuntos Exteriores, era partidario de cerrar cuanto antes la alianza, porque estaba convencido de que así mejoraría decisivamente la posición negociadora de Japón frente a Estados Unidos.

En una tarjeta de propaganda japonesa de la triple alianza que llevaba el título «Los tres son buenos amigos» se veía a jubilados niños de Alemania, Japón e Italia ondeando sus banderas nacionales. En la parte superior, una hilera de pequeñas fotografías mostraba a Hitler y a Mussolini con el príncipe Konoe en el centro, que conseguía parecer elegante y absurdo al mismo tiempo. La boa de plumas blancas del sombrero, seguramente de algún uniforme oficial de estilo occidental decimonónico, era, sin duda, un adorno poco afortunado. Con su débil mentón y sus ojos soñadores no podía evitar

tener un aspecto un tanto irreal y demacrado.

En realidad esta tarjeta se había creado unos años antes para conmemorar el Pacto Antikomintern, firmado por Alemania y Japón a finales de 1936 y al que Italia se unió más tarde. Aunque resulta tentador pensar que la nueva alianza del Eje de 1940 era una continuación natural de la anterior, lo cierto es que no fue así. El Pacto Antikomintern no había sido concebido únicamente como una alianza fascista; de hecho, el ministro de Asuntos Exteriores japonés había intentado convencer a otros países, como Polonia y Gran Bretaña, de que participaran sin conseguirlo, mientras que Oshima Hiroshi, que posteriormente sería embajador en Alemania de 1938 a 1939 y de nuevo a finales de 1940, y en esas fechas era agregado militar en la embajada japonesa en Berlín, había logrado hábilmente la participación nazi en el acuerdo. (Oshima había recibido una educación alemana desde la infancia y tenía excelentes relaciones con los nazis). En los años siguientes, siempre que llegaba a las altas esferas de Tokio una propuesta de alianza militar con el Eje, el Ministerio de Marina la rechazaba porque temía provocar una guerra con Estados Unidos y Gran Bretaña. Además, en Tokio causó gran alarma la noticia del Pacto Molotov-Ribbentrop, el acuerdo de no agresión que Alemania y la Unión Soviética firmaron el 23 de agosto de 1939 (en el momento álgido de los combates entre japoneses y soviéticos en la frontera entre Mongolia y Manchuria), con un protocolo secreto que dividía a Polonia y consagraba el predominio soviético en la región báltica. Esto dejaba en entredicho el anterior acuerdo antisoviético, anticomunista, de Japón con Alemania. El primer ministro Hiranuma Kiichiro, que había sucedido a Konoé al término del primer mandato de éste, se quedó anonadado; dimitió alegando que «el estado de los asuntos europeos es demasiado complicado y extraño».

Los éxitos militares alemanes en Europa tras la primavera de 1940 volvieron a poner sobre la mesa la necesidad de reforzar los lazos de Japón con Alemania. Convencido todavía de que una alianza fascista sería un error, el ministro de Marina, Yoshida Zengo, se opuso en el otoño de ese año a la firma de un pacto con el Eje con tal vehemencia que tuvo que ser hospitalizado por una dolencia de corazón (aunque algunos piensan que se trató de un intento de suicidio) y se vio obligado a dimitir justo antes de que los negociadores alemanes llegaran a Tokio. Sin Yoshida, y con un número creciente de admiradores de Alemania entre sus mandos (en buena medida, debido a los éxitos iniciales de la *Blitzkrieg*), la armada acordó apoyar el pacto, siempre que explicitara que Japón no quedaría obligado

automáticamente a participar en una guerra de Alemania contra Estados Unidos. (Para recompensar su apoyo a las preferencias del gobierno y del Ejército, a la Armada se le prometió un incremento de su presupuesto). Había comenzado una nueva era de la diplomacia japonesa.

A principios de 1941 empezaron a circular rumores de guerra en la comunidad diplomática de Tokio. Debido al deterioro de sus relaciones con Japón, Estados Unidos empezó a repatriar a las familias de su personal diplomático en ese país. En Tokio un colegio estadounidense fue obligado a anunciar su cierre en febrero, en el momento en que una importante editorial publicó un libro que predecía y analizaba una hipotética guerra entre Japón y Estados Unidos (en la que Japón vencería, claro está), del que se vendieron cincuenta y tres mil ejemplares en un mes.

Las relaciones con Gran Bretaña también se habían tensado en los últimos tiempos. Tradicionalmente la actitud británica hacia Japón se había caracterizado por el pragmatismo y la conciliación. En julio de 1939 los dos países habían llegado al acuerdo Arita-Craigie, firmado por el ministro de Asuntos Exteriores, Arita Hachiro, y el embajador británico, sir Robert Craigie: Gran Bretaña se comprometía a no oponerse activamente a las acciones japonesas en China aunque tampoco las reconociera legalmente. Un año después de aquel acuerdo, en julio de 1940, Gran Bretaña accedió a la petición japonesa de cerrar la carretera de Birmania, una vía vital para el abastecimiento de material de Chiang Kai-shek. No obstante, la ocupación japonesa del norte de Indochina acabó convenciendo a Gran Bretaña de que debía abandonar su política de apaciguamiento. En diciembre de 1940 Gran Bretaña concedió un préstamo de diez millones de libras al Guomindang y reabrió la carretera de Birmania. Y no hay que olvidar que, en el norte, acechaba la Unión Soviética con la amenaza del bolchevismo. Japón comenzó 1941 con más enemigos de los que nunca podría enfrentar.

Para la población japonesa la escasez de comida y combustible no hizo más que agravarse durante 1941. El sibarita Kafu, que se había aficionado a la carne durante sus largas estancias en Estados Unidos y Francia, siempre había estado dispuesto a pagar un precio alto por una buena comida. Pero incluso él tenía dificultades. «En comparación con hace medio año^[27] –se quejaba aquella primavera–, la calidad de la carne y la verdura ha bajado en picado». Esto sólo fue el principio. Unos meses después^[28], escribió: «En los últimos días no he visto verdura ni fruta. Tampoco hay tofu. La gente está angustiada». Incluso un selecto establecimiento del distrito de Ginza, famoso

por el mimo que dispensaba a sus frutas (manzanas relucientes envueltas en delicado papel *washi*, fragantes melones en cajas individuales de madera y exquisiteces por el estilo) se había quedado sin nada que vender, excepto unos pocos melocotones deteriorados. En cuanto a la carne que Kafu tanto echaba de menos: «No hay buey en ningún sitio». Para cocinar y calentarse, la población tenía que arreglarse con carbón vegetal, ya que el petróleo y el carbón estaban reservados para uso militar. Los autobuses funcionaban con carbón vegetal y ese combustible también empezaba a escasear.

Al igual que los vehículos movidos con sucedáneos de combustibles, la diplomacia japonesa también estaba paralizada. Joseph Grew, el embajador estadounidense en Japón^[29], expresaba así su desánimo en una carta que dirigió al presidente Roosevelt –con el encabezamiento «Querido Frank»– el 14 de diciembre de 1940:

Seguramente has visto algunos de mis telegramas en los que he intentado presentar la situación con toda la claridad posible en este destino en el que tenemos que ir escudriñando y buscando a tientas información precisa, simplemente porque entre los propios japoneses la mano derecha con frecuencia no sabe qué está haciendo la izquierda. Su llamada «Nueva Estructura» [el programa de centralización de Konoe, más conocido como Movimiento por un Nuevo Orden, que acababa de poner fin a la política de partidos en Japón] es un caos tremendo y en el seno del propio gobierno se están produciendo disputas y controversias hasta extremos inimaginables. Cada nueva medida totalitaria se presenta revestida de algún eslogan pretendidamente justo. Desde luego, éste no es el Japón que hemos conocido y amado.

De acuerdo con el análisis de Grew^[30], Estados Unidos tenía que «detener el programa japonés». Sólo había que decidir cuándo y cómo.

Mientras tanto, la participación de Estados Unidos en la guerra europea cada vez parecía más probable. Estrategas británicos y estadounidenses se reunieron en Washington, D. C., del 29 de enero al 29 de marzo de 1941 (las llamadas conversaciones norteamericano-británicas, o ABC), para examinar futuras estrategias conjuntas, al mismo tiempo que la aprobación de la Ley de Préstamo y Arriendo acabó definitivamente con cualquier apariencia de no intervencionismo por parte de Estados Unidos. Esta ley les permitía proporcionar material de guerra a los Aliados y actuar como el «arsenal de la democracia», a pesar de las Leyes de Neutralidad y de la firme posición aislacionista a la que tuvo que enfrentarse el presidente Roosevelt.

A su vez, el apoyo cada vez más decidido de Washington a los Aliados contribuyó a intensificar las relaciones entre Estados Unidos y Japón. Incluso mientras el gobierno japonés se abría camino por el Sudeste Asiático colonial, entablaba amistades dudosas en Europa y se enemistaba con Estados Unidos y sus aliados, Konoe no deseaba que Japón fuera a la guerra con Occidente.

Bajo su mandato, Japón siguió luchando por salir del atolladero de la guerra de China, a la que los japoneses se referían con el eufemismo del «Incidente de China», en parte porque nunca hubo una declaración de guerra oficial, pero también porque no se suponía que fuera a durar años. El país no estaba en condiciones de empezar otra guerra. Era una percepción compartida por muchos altos mandos militares y autoridades civiles. Después de todo, eran conscientes que Estados Unidos, de donde procedía el 93 por ciento del petróleo de Japón en 1940, tenía muchos más recursos para la guerra que los que Japón podría conseguir en un futuro previsible.

En enero de 1941, Konoe envió a Yoshizawa Kenkichi, un experimentado diplomático, para reanudar las negociaciones con las autoridades holandesas en Batavia (Yakarta) a fin de que Japón pudiera asegurarse una provisión alternativa de petróleo sin recurrir a la fuerza. En febrero, otro veterano, el almirante Nomura Kichisaburo, llegó como embajador a Washington. Había sido necesario convencer a Nomura, un fornido hombre de sesenta y dos años y sonrisa afable, de que abandonara su semirretiro para esta decisiva misión. Era público que simpatizaba con Estados Unidos y Gran Bretaña –lo mismo que la mayoría de los hombres de la Armada de su generación, que habían llegado a la mayoría de edad en el apogeo de la Alianza Anglo-Japonesa (1902-1923)–, así como que se oponía a la guerra. Se le consideraba el mejor candidato para esa tarea porque Roosevelt y él eran viejos conocidos.

Sin embargo, todos los líderes sabían que las causas últimas de los problemas del príncipe Konoe no estaban en las Indias Orientales holandesas o en Estados Unidos, sino en China. Desde el bastión del Guomindang en Chongqing, el general Chiang Kai-shek había estado oponiendo una resistencia obstinada a Japón desde la caída de su antigua capital, Nanjing, a finales de 1937. Para evitar sanciones internacionales sobre material de guerra, ninguno de los dos bandos llamaba guerra a las hostilidades, pero lo cierto es que la ferocidad del conflicto confirmaba la reputación de Estado canalla que Japón se había ganado tras invadir Manchuria en 1931. Cuando Konoe fue nombrado primer ministro por segunda vez en julio de 1940, esperaba poner fin al conflicto, especialmente porque en su primer mandato había desperdiciado la oportunidad de hacerlo.

El primer mandato de Konoe había comenzado con optimismo en 1937. No fue elegido por votación popular. (Tradicionalmente, el primer ministro japonés era nombrado por el emperador siguiendo las recomendaciones de los poderosos oligarcas que habían fundado el Japón moderno y que de facto

ungían a los mandatarios. Más tarde, era propuesto por un grupo de altos estadistas que aconsejaban al príncipe Saionji, el último oligarca vivo, para ser aprobado por el emperador. En este caso, Saionji había propuesto a Konoe). No obstante, parecía que todo el país quería que este príncipe de cuarenta y cinco años fuera su líder. Su ascendencia y su relativa juventud daban prestigio a su imagen pública en un país que había adoptado el culto al emperador como política nacional desde la segunda mitad del siglo XIX. Ostentaba uno de los títulos más nobles y su linaje se remontaba a la poderosa familia Fujiwara, que había surgido en el siglo VII y cuyos miembros habían gobernado Japón en el pasado como regentes imperiales y estaban vinculados a la casa imperial por el matrimonio de sus hijas.

Konoe no era un político corriente. Aunque se decía de él que tenía un toque de vulgaridad (en una ocasión se le oyó tararear una cursi canción de amor muy popular, «Te anhele», mientras paseaba por el campo), estaba acostumbrado a una vida de comodidades. En la época en que fue designado para su primer mandato, se habló mucho de su extremado remilgo con la comida. Se sabía que, en el transcurso de opíparos banquetes políticos, el príncipe había rechazado hasta el *sashimi* más fresco y preparado con más delicadeza. (La gente supuso que el pescado crudo le parecía demasiado primitivo para su refinado gusto). Le servía una geisha que introducía el pescado cortado en un cuenco de agua hirviendo, como en una *fondue*, y se lo iba dando con los palillos.

Según el perfil suyo que medio en broma publicó un periódico en la víspera de su nombramiento, Konoe comía su fruta favorita, las fresas, de la misma forma. (En realidad, el príncipe sólo pedía que se las lavaran en agua esterilizada). En una entrevista publicada en una revista admitió estos puntos flacos y explicó que no tomaba alimentos crudos porque tenía el estómago delicado. Sin embargo, estas rarezas, en vez de hacerle parecer demasiado débil para dirigir el país, no hicieron más que reforzar su mística aristocrática y su carisma político. A los ojos del impresionado público, Konoe no podía equivocarse.

La popularidad de Konoe quizá se basara en impresiones superficiales, pero las expectativas de cambio que despertó su nombramiento eran auténticas. El 4 de junio de 1937 Konoe asumió el más alto cargo político de Japón entre los vítores de una nación que había sufrido la depresión económica, desastres naturales, malas cosechas y la amenaza de una rebelión armada que preconizaba una reforma radical. Sin embargo, la elección de los

miembros de su gobierno decepcionó a algunos observadores agudos. Un columnista dijo que toda su fanfarria de cambio quedaba en papel mojado, pues Konoé había optado por mantener a los ministros del Ejército, Marina y Justicia del gobierno anterior. «Sería muy preocupante^[31] –declaró el columnista– que se nos devolviera al acomodacionismo [de los gobiernos anteriores]». A pesar de la apabullante victoria que en la primavera anterior habían obtenido los principales partidos políticos, lo que había provocado la caída del último gobierno, Konoé se negó a incluir a miembros de esos partidos en su nuevo gobierno. Los dos únicos ministros con afiliación partidaria pertenecían a un nuevo partido de tendencia promilitar y totalitaria. No había ningún indicio de que Konoé quisiera resucitar el débil sistema parlamentario japonés. El país estaba demasiado fascinado con Konoé para ver el peligro latente de su aparente aversión a la política multipartidista.

Cuando sólo llevaba un mes en el cargo, el estallido de la guerra con China obligó a Konoé a endurecer su postura política. En la noche del 7 de julio de 1937 se produjo una escaramuza entre fuerzas chinas y japonesas, aunque su origen exacto todavía es controvertido. La versión más extendida es que un pequeño grupo de soldados japoneses estaban realizando ejercicios con balas de foguero en las orillas del río Yongding. (Las fuerzas japonesas se encontraban estacionadas allí de acuerdo con el tratado internacional de 1901, firmado después de que una expedición multinacional –de la que formaban parte Estados Unidos y varias potencias europeas– aplastase la Revuelta de los bóxers). Para su consternación, los japoneses oyeron que sus disparos de foguero estaban siendo respondidos con balas reales, seguramente por parte de las fuerzas chinas. Su alarma aumentó cuando al pasar lista inmediatamente después se comprobó que faltaba un soldado. Los guardias chinos rechazaron la petición japonesa de entrar a buscarlo en una ciudad próxima que quedaba fuera de su jurisdicción, y tras el altercado que se produjo a continuación ambas partes se movilizaron. El soldado perdido volvió sano y salvo, pues, al parecer, sólo se había ausentado para ir a las letrinas, pero eso no cambió nada. La escaramuza entre las fuerzas chinas locales y japonesas rápidamente desembocó en intensas hostilidades. Como aquel enfrentamiento nocturno tuvo lugar a las afueras de Beijing, cerca del puente de Marco Polo, cuya belleza había evocado el mercader veneciano del siglo XIII, en Occidente fue conocido como el Incidente del Puente de Marco Polo.

Inicialmente Konoé estaba demasiado ocupado con cuestiones internas como para que atrajera su atención un pequeño enfrentamiento en el exterior.

Una de sus principales preocupaciones era obtener el perdón para los oficiales ultranacionalistas que habían sido juzgados en consejo de guerra el año anterior por su casi exitoso intento de golpe de Estado. Sus esfuerzos mostraron no sólo hasta dónde estaba dispuesto a llegar para asegurarse el apoyo de la extrema derecha, sino también su radical falta de interés, a pesar de sus viajes internacionales, por el mundo exterior. Sin embargo, ahora los acontecimientos de China reclamaban su atención.

Ishiwara Kanji, el carismático estratega que había planeado la invasión japonesa de Manchuria en 1931, sostenía que convenía evitar un enfrentamiento militar con China, mientras existiera la amenaza de un enemigo mayor desde el norte como era la Unión Soviética. Sin embargo, según ciertos oficiales que estaban en Tokio y en China, Japón estaba perdiendo una oportunidad de oro de asestar a Chiang Kai-shek un golpe decisivo, especialmente en un momento en que los soviéticos estaban inmersos en el caos de una purga estalinista y no era probable que intervinieran si Japón intentaba ampliar su dominio hasta China. Al final, prevaleció la opinión de que Japón no estaba en absoluto preparado para una guerra en China y se acordó una tregua con ese país en la noche del 11 de julio. Parecía que las hostilidades quedarían limitadas a conflictos locales, similares a otras escaramuzas que se habían producido durante el año anterior.

No obstante, el mismo día que se firmó la tregua, Konoe impuso la aprobación de un plan para enviar más tropas al norte de China, en teoría para proteger a los japoneses que residían en las zonas de conflicto, y se esforzó para que no quedara duda alguna de su deseo de aplacar y agrandar a los partidarios de la línea dura en el ejército, que estaban descontentos con la política conciliadora que representaba la tregua. Los refuerzos podían percibirse como una movilización militar, al mismo tiempo que Konoe enviaba a China el mensaje de que, pese al alto el fuego, Japón no se iba del país y mantenía sus objetivos expansionistas.

Konoe lanzó una ofensiva personal a fin de granjearse apoyos para su política sobre China. En la tarde del 11 de julio invitó a miembros del parlamento, del mundo de las finanzas y de los medios de comunicación a su residencia oficial. Anunció el refuerzo de las tropas y pidió ayuda para movilizar a Japón a favor de esta empresa patriótica en nombre de una emergencia nacional. Al día siguiente, los diarios informaban de que el nuevo envío de tropas al norte de China tenía por objeto «facilitar el debido arrepentimiento» de los chinos y restaron importancia a la noticia de la tregua

o la ignoraron por completo.

Muy consciente de que su popularidad era la mejor arma^[32], Konoe tomó la iniciativa de unir al país en torno a la bandera para proyectar una imagen de firmeza ante Chiang Kai-shek, sus colegas del gobierno, el ejército y el público en general. No quería y, con toda probabilidad, no esperaba una guerra prolongada con China. Pensaba que meros gestos y mensajes enérgicos bastarían para fortalecer la posición de Japón. Frecuentemente retransmitía sus discursos por la NHK (se había convertido en presidente de la emisora el año anterior y conservó el cargo hasta su suicidio en diciembre de 1945). Pero, en palabras de un astuto observador contemporáneo^[33], Konoe fue «el hombre que ordenó al país cruzar el Rubicón cuando se escucharon los primeros disparos».

La tregua ya era papel mojado el 20 de julio, pues Chiang se había tomado su tiempo para darle su aprobación oficial. Mientras la guerra se extendía e intensificaba –Japón bombardeó Nanjing, Shanghái, Hangzhou y otras grandes ciudades chinas–, Konoe culpaba a otros, especialmente a los elementos belicosos del ejército, que, muy oportunamente, no tenían nombres ni rostro. En el verano de 1937^[34] dijo al teniente coronel Ikeda Sumihisa, un alto oficial que acababa de ser llamado de China por su oposición a la escalada bélica, que el conflicto era «obra de jóvenes oficiales del ejército». Ikeda respondió:

Príncipe, me temo que no es el ejército, sino usted, el primer ministro, quien ha fabricado esta guerra... Mire lo que dice la prensa, a pesar de que su gobierno había prometido que no agravaría la tensión. Lo que sería sorprendente es que no estuviéramos en guerra [después de todo lo que usted ha dicho y hecho para promover y reforzar a esos oficiales belicosos].

La intencionadamente corta memoria de Konoe y su tendencia a aplicar políticas contradictorias como forma de mediación política, simplemente para evitar conflictos internos, se mantuvieron. Es significativo que en enero de 1938, tras la caída de Nanjing –la capital del Guomindang–, y la matanza, el saqueo y las violaciones que la siguieron, Konoe, convencido erróneamente de que el final de la guerra estaba cerca, hizo unas de las declaraciones más chovinistas y despreciativas de su carrera política. Afirmó que los actos de agresión del Guomindang^[35] no habían cesado a pesar de su derrota, lo que estaba «causando un gran sufrimiento a su pueblo». A Japón se le había acabado la paciencia y no iba a «tratar con» Chiang Kai-shek. Seis días después de estas arrogantes palabras, Konoe pronunció un discurso por la radio. Su mensaje era enérgico, pero lo leyó con una voz aguda que resultaba desconcertantemente femenina. Reiteró que Japón no tenía ninguna culpa y

que el Guomintang había acabado con la paz en el este de Asia.

Los bombardeos y atrocidades japoneses en distintos lugares de China después de agosto de 1937 no sólo fueron inhumanos sino también autodestructivos. No impulsaron a China a suplicar la paz, sino que, por el contrario, fortalecieron su determinación y, al mismo tiempo, cristalizaron la hostilidad de la opinión mundial contra Japón. El bombardeo alemán de Guernica ocurrido aquella primavera, y la crítica internacional que provocó, seguían frescos en la memoria occidental. La guerra de China se estaba convirtiendo en un tremedal. Sus victorias le habían permitido a Japón ocupar ciertos «puntos» (ciudades) y «líneas» (ferrocarriles y rutas de transporte), pero cuanto más se retiraban las fuerzas del Guomintang, más difícil le resultaba conquistar y mantener esos puntos y líneas. Sus recursos humanos eran limitados, lo mismo que su conocimiento del terreno. Los comunistas chinos, aliados coyunturales de Chiang Kai-shek, permitían a los japoneses ocupar ciudades y pueblos en sus bastiones del norte, desaparecían rápidamente y regresaban cuando los japoneses se habían marchado. (El Guomintang habría preferido que se hubieran enfrentado abiertamente y hubieran luchado. El haber conservado sus fuerzas en la guerra facilitó más tarde su victoria sobre el Guomintang).

Konoe no sabía cómo poner término al conflicto. El resultado fue una incongruencia desastrosa en su política hacia China. Al mismo tiempo que aprobaba el envío de más tropas al continente, el aumento del presupuesto militar sin necesidad de que las fuerzas armadas lo solicitaran y leyes que permitían una movilización de guerra más intensa, Konoe mantenía, a pesar de su intransigencia verbal, el contacto directo con Chiang para negociar el fin de las hostilidades. Pero siempre que había una posibilidad de paz, cedía a las expectativas de los militares más belicistas, tardaba demasiado en decidir cómo responder o simplemente cometía un error de juicio. Por ejemplo, a principios de diciembre de 1937, cuando, a través del embajador alemán en China, Chiang se mostró dispuesto a negociar con Japón, la caída de Nanjing era inminente y Konoe rechazó la propuesta china.

Estaba claro que los asuntos exteriores nunca fueron el fuerte de Konoe. Sin embargo, tenía un talento excepcional para hacer sentir a los que le rodeaban que prestaba una halagadora atención a todo lo que decían. Su peculiar forma de simulación le permitió neutralizar a representantes de distintas tendencias políticas y encauzar hábilmente su carrera en los años más agitados de la política japonesa, quizá de forma muy parecida a como sus

antepasados habían perpetuado su existencia en una corte plagada de intrigas durante siglos. Pero esto presentaba desventajas evidentes. «No tengo enemigos^[36] ni aliados claros –observó en una ocasión–. Incluso si se tienen cinco enemigos, es posible enfrentarse a ellos políticamente con cinco aliados verdaderos. Pero diez aliados [como los que yo tengo] pueden convertirse fácilmente en diez enemigos en cualquier momento».

La sensación de aislamiento del príncipe quizá fuera consecuencia de su complicada infancia. Era hijo único del primer matrimonio de su padre y su madre había muerto una semana después de que él naciera. Su padre no tardó en volver a casarse. Su nueva esposa era la hermana pequeña de su primera mujer y tuvo varios hijos con ella, que por tanto eran algo más que medio hermanos de Fumimaro. El patriarca murió a la edad de cuarenta y un años, dejando a la que probablemente era la más noble de las antiguas familias en una precaria situación económica. Con doce años, Fumimaro heredó la residencia familiar, así como las enormes deudas que había contraído su padre a causa de sus actividades políticas. El joven príncipe se sentía abandonado y era propenso a la melancolía. Fue el marqués Saionji Kinmochi^[37] (nombrado príncipe más tarde), descendiente, como los Konoe, de la antigua familia Fujiwara, quien discretamente se aseguró de que la familia no padeciera dificultades económicas.

Konoe ya estaba en la universidad cuando conoció a Saionji y no congenió con él de inmediato. Muy influido por la filosofía marxista de la época, al joven príncipe le ofendía la insistencia de Saionji en que se le llamara «mi señor». La realidad es que tenían mucho en común. En cuanto a su aspecto físico, ambos eran esbeltos y les sentaba bien la ropa cara, ya fueran trajes occidentales o quimonos. Y lo que es más importante, tenían una combinación de inteligencia y ambición que no era frecuente en su entorno social. Se hicieron amigos cuando Konoe decidió seguir la carrera política después de graduarse. Saionji estaba entusiasmado con un protegido tan brillante.

Como hombre práctico que era^[38], Saionji se oponía a la deificación del emperador, pero pensaba que su figura era importante en la unificación del Japón moderno. En su opinión, los rituales cortesanos, innecesariamente elaborados, habían sido creados por antiguos aristócratas que no tenían nada mejor que hacer o por nobles recientes de pésimo gusto (durante la modernización de Japón a finales del siglo XIX). No obstante, al mismo tiempo que criticaba la importancia excesiva que se atribuía al sistema de

clases, Saionji conocía muy bien las ventajas de tener un título aristocrático en un país tan consciente del estatus como Japón. La clave era utilizar el título en beneficio propio. Le parecía que Konoe, cuarenta años más joven que él, era lo suficientemente inteligente como para participar en este precario juego.

Por desgracia, Saionji no participó impartiendo sus valores a su joven discípulo. Nacido en 1849, era un liberal clásico, producto de la Europa del siglo XIX, que llegó a la mayoría de edad cuando estudiaba en París en los meses de la Comuna, donde hizo amistad con su compañero de alojamiento George Clemenceau, que más tarde se convertiría en un famoso político. La conciencia política de Saionji se despertó en la adolescencia, en la misma época en que la corte imperial de Kioto se encontró repentinamente en el centro de una transformación política que culminó en la Restauración Meiji de 1868. Desde entonces su vida pública consistiría en sobrevivir a cambios políticos radicales sin poner en entredicho sus principios.

Konoe, que nunca había vivido fuera de Japón y había crecido en un entorno sobreprotegido, tenía una concepción distinta de la vida. Ávido estudioso de filosofía política, sus intereses intelectuales incluían el marxismo y el fascismo (parece que nunca se sintió atraído por el liberalismo). Estaba convencido de que Japón debía buscar la grandeza en el exterior, pues le obsesionaba la idea de que su país no pareciera débil en la competencia política entre Estados-nación. Como personificación del privilegio, quería que Japón ocupara una posición parecida en el escenario internacional. Su primer viaje al extranjero cuando contaba veintisiete años confirmó sus rígidas convicciones. En 1919, carente de experiencia política, acompañó a Saionji a la Conferencia de Paz de París, en la que se discutieron las condiciones de paz tras la Primera Guerra Mundial. Presintiendo que aquel acontecimiento tendría gran importancia histórica, había pedido a Saionji que le llevara con él.

El momento también le resultó conveniente a Konoe por razones personales. La geisha que tenía como amante desde la universidad, Kiku, a la que se había llevado de Kioto a Tokio hacía unos años, estaba esperando un hijo suyo, y estaba consternado. Al principio había buscado su compañía para tomarse respiros de su numerosa familia. La función de su esposa era producir descendientes con el apellido Konoe, y la estaba cumpliendo a la perfección. Él sabía que el bebé acapararía todo el cariño de su madre y que ya no tendría sentido mantenerla como amante. La envió a casa. Y con el dinero que reunió subastando algunos tesoros familiares se marchó a París.

Konoe se involucró emocionalmente en la conferencia de paz. En vísperas del armisticio había escrito un artículo titulado «Llamo a rechazar la paz anglo-estadounidense», que se publicó en una revista nacionalista. Aunque no se oponía completamente a la idea de Woodrow Wilson de crear una organización intergubernamental, recelaba de los ambiciosos y moralizantes objetivos de la Sociedad de Naciones. Sostenía que el nuevo orden de la posguerra, tal y como lo concebían Gran Bretaña y Estados Unidos, no estaba diseñado para promover la democracia o la paz, como afirmaban esas potencias. Por el contrario, lo consideraba un reflejo del deseo anglo-estadounidense de seguir beneficiándose de su imperialismo económico gracias al prestigio de su posición internacional. Que los dos objetivos – mantenimiento del statu quo y la coexistencia pacífica– pudieran reforzarse mutuamente habría sido una interpretación más sofisticada.

Konoe creía que sus compatriotas que apoyaban la propuesta liberal internacionalista lo hacían por puro sentimentalismo y porque les impresionaba su florido lenguaje sobre la justicia y la humanidad. Pedía a sus lectores japoneses que despertaran a la cruda realidad de la desigualdad y la injusticia internacionales, y mencionó el prejuicio racial contra la población de piel amarilla imperante en Estados Unidos, Australia y Canadá. Señaló que, en esos países^[39],

dan la bienvenida a los inmigrantes blancos, pero persiguen a los amarillos, entre los que, por supuesto, estamos nosotros, los japoneses. Este hecho no es nuevo y constituye una fuente constante de ira y frustración para nosotros. Al juzgarnos por el color de nuestra piel, los blancos nos impiden que obtengamos empleos y arrendemos casas o tierras. A veces ni siquiera se nos permite pasar una noche en un hotel, si no tenemos un garante blanco. Es un problema deplorable desde el punto de vista humanitario.

Konoe había escrito este polémico artículo pensando sólo en los lectores japoneses, pero también se conoció fuera del país. Fue traducido al inglés y criticado en *Milliard's Review of the Far East*, con sede en Shanghái, lo que dio a Konoe cierta notoriedad como radical. Saionji, que consideraba el artículo irreflexivo, provocativo, imprudente e inapropiado para alguien que estaba a punto de asistir a la Conferencia de Paz de París con la delegación oficial, expresó su desagrado. Pero Sun Yat-sen, el líder del nacionalismo chino moderno y panasianista, invitó a Konoe a cenar con él en Shanghái, donde ambos coincidieron sobre la importancia del nacionalismo asiático.

En París Konoe presenció el cónclave intergubernamental con más personalidades de la historia. A cierta distancia observó a Clemenceau y a Wilson. Le asombró la variedad de tonos de piel entre los participantes. Como

a cada delegación se le asignaba un número determinado de puestos, y Konoe no estaba incluido en la japonesa, en una ocasión consiguió un pase de periodista para asistir a una de las sesiones plenarias. Saionji le regañó después^[40] por no actuar con suficiente dignidad. También le reprendió por arrancar una flor en un parque público: «No te comportas como un miembro de una gran nación», le dijo. Saionji se escandalizó incluso más cuando oyó a Konoe bromear sobre cómo engañar a los oficiales de aduanas.

Para Konoe, nuevo miembro de la Cámara de los Pares –una de las dos cámaras de la Dieta japonesa–, el viaje constituyó una gran ocasión para conocer el mundo. Le proporcionó –o eso creía él– una perspectiva más global de cómo funcionaba la diplomacia. Cuando dejó la delegación para viajar por Europa por su cuenta, lo que más le entusiasmó fue la belleza de los jardines ingleses. Después visitó Estados Unidos. Pero, en último término, su primera gran aventura en el extranjero no modificó su convicción de que los acuerdos tomados tras la Primera Guerra Mundial eran una paz cartaginesa, impuesta a los vencidos para mantener el statu quo. Aunque los japoneses se encontraban en el lado vencedor, le parecía que también eran perdedores. En su opinión, el intento japonés de incluir las cláusulas de igualdad racial y libertad religiosa en el pacto de la Sociedad de Naciones fracasó por los prejuicios blancos.

Poco después de su regreso a Japón, Konoe publicó un folleto en el que recogía sus impresiones de sus viajes por Occidente. Se preguntaba cómo podría conseguir Japón un estatus internacional más elevado sin tener que rebajarse a pedirlo. En sus comentarios sobre el creciente sentimiento antijaponés^[41] en Estados Unidos debido a la inmigración, Konoe escribió:

Que todos los blancos –y los anglosajones en particular– generalmente aborrecen a quienes no lo son es un hecho evidente, que se puede observar con claridad meridiana en cómo trata Estados Unidos a su población negra. Por mi parte, sentí una cierta opresión racial en Londres, más que en París, y esa sensación se agudizó cuando llegué a Nueva York.

El joven Konoe seguía describiendo con admiración el éxito de las relaciones públicas chinas en Estados Unidos, al tiempo que lamentaba el relativo fracaso de Japón para promover su causa nacional. Explicaba que los jóvenes chinos que estudiaban en Estados Unidos conseguían mostrar la realidad de su país a sus compañeros estadounidenses y, lo que era más importante, ganarse sus simpatías mucho mejor que los japoneses. Curiosamente, no consideraba a China una potencia aliada en la meritoria lucha de Japón contra el tratamiento discriminatorio por parte de los anglo-estadounidenses. Por el contrario, en opinión de Konoe, China era un

peligroso rival por el respeto y el reconocimiento occidentales como potencia asiática. Temeroso de que China pudiera superar a Japón, pedía a su país una diplomacia más enérgica. Al final, era mucho más un chovinista japonés que un nacionalista asiático. Y, como les ocurre a tantos chovinistas, su pretensión de grandeza nacional iba unida a una buena dosis de inseguridad y temor al rechazo.

Por todo ello, Konoe, que estaba preparando a su hijo mayor, Fumitaka, para la carrera política, le envió a Lawrenceville, un elitista colegio estadounidense, y después a Princeton, de forma que algún día pudiera ser un eficaz defensor de los intereses japoneses entre las élites estadounidenses. Cuando sus amigos de extrema derecha le preguntaban cómo se le había ocurrido enviar a su hijo a Estados Unidos, el príncipe Konoe respondía que era más fácil formar un verdadero espíritu japonés en el extranjero, pues las universidades nacionales tendían a sofocar ese espíritu en sus estudiantes. Por otra parte, sostenía que vivir en el extranjero alimentaba el amor de la gente por su país. La razón más convincente de Konoe para enviar a su hijo a Estados Unidos era que la mayoría de sus ayudantes más próximos y amigos que, como él, eran de origen aristocrático, se habían formado en las mejores instituciones educativas anglo-estadounidenses. Todos ellos disponían de los recursos sociales y lingüísticos necesarios para ser ciudadanos del mundo privilegiado. Konoe, debido a la prematura muerte de su padre, no tuvo acceso a una experiencia formativa como ésta y es muy probable que ello le causara cierto complejo de inferioridad. Sus críticas a Estados Unidos y Gran Bretaña han de verse bajo esta luz. No hace falta decir que también tenía sentimientos contradictorios respecto a China: admiraba su antigua civilización, pero en su nacionalismo ascendente percibía una amenaza.

La queja favorita de Konoe –que Japón era víctima del imperialismo y el racismo del Occidente predador– no era en absoluto original en el contexto de aquella época. No obstante, él se las arregló para exponer sus ideas sin parecer abiertamente reaccionario o peligroso (al menos, la mayoría de las veces), de forma que tanto en Japón como en el extranjero con frecuencia no se percibían sus verdaderas convicciones políticas. Debido a su aparentemente estrecha relación con el príncipe Saionji, a veces se le calificaba erróneamente de liberal.

En sus últimos años Saioniji veía con decepción e inquietud crecientes las provocativas declaraciones de su antiguo protegido en materia de política exterior. Que Konoe se presentara ataviado como Hitler en un baile de

disfraces celebrado en la víspera de la boda de su hija, en la primavera de 1937, no contribuyó a mejorar sus tensas relaciones. Todo ello podía interpretarse benévolamente como un entretenimiento aristocrático. Pero la noticia enfureció a Saionji, y Konoe se volvió más cauteloso a la hora de exhibir su admiración por el nazismo. Sin embargo, la ulterior política de Konoe a menudo sugeriría que se sentía atraído al menos por algunos aspectos de la ideología fascista, en particular la idea del «Nuevo Orden europeo» propugnado por Mussolini y Hitler. El supuesto de que las naciones superiores estaban destinadas a dirigir a las demás en el renacimiento de una gran civilización concordaba con su visión japocéntrica de Asia. Por esa razón, a finales de 1938 anunció su intención de construir un «Nuevo Orden de Asia Oriental»: un vano intento de contrarrestar el daño causado por su política anterior y dar algo de coherencia política a los objetivos bélicos de Japón en China.

Pero esto no iba a resultar tan fácil. La declaración que Konoe había hecho en enero de 1938 de que no «trataría con» Chiang Kai-shek le había granjeado la enemistad del líder del Guomindang y obstaculizaría los futuros intentos japoneses de llegar a un arreglo diplomático. Como Saionji explicó a su nieto^[42] en privado, Japón tenía que convertir a Chiang Kai-shek

en un interlocutor legítimo... El negociador chino del final de la guerra chino-japonesa [de 1894-1895], Li Hongzhang, también tenía una reputación terrible en Japón. Pero entonces no había nadie más en China con quien se pudiera negociar. Así que uno tiene que arreglárselas con lo que tiene. Lo único que se puede hacer es identificar quién es el que manda y negociar con él.

La impaciencia de Konoe con Chiang revelaba su afinidad temperamental con los que creían que podían vencer rápidamente a China. Entretanto, la prolongación de la guerra bajo el mandato de Konoe estaba provocando cada vez más estrecheces en la vida japonesa. Para movilizar eficazmente al frente interno, en el otoño de 1937 se creó el Consejo de Planificación del Gobierno, cuya misión era encargarse de la asignación de recursos. Se preparó así el camino para la Ley de Movilización General, que entró en vigor en abril de 1938. Invocando el Estado de emergencia nacional, esta ley intentaba regular todos los aspectos de la vida profesional, económica y social, que quedaban bajo el control último del Estado. Puso en marcha la conversión de la economía japonesa de semiguerra en una economía de guerra, reduciendo drásticamente el flujo de materias primas al mercado y preparando al país para una posible guerra total.

No obstante, la Ley de Movilización Nacional era un contrasentido cuando se aplicaba a los casos concretos. En su diario, Kafu anotó que un

bienintencionado pastelero que había recompensado a sus empleados con una bonificación había sido sancionado con una fuerte multa. «¿Por qué castigar a alguien^[43] por dar demasiado? ¡En qué mundo tan extraño vivimos!», se lamentaba. Sin duda era sintomático que el Estado conociera cada pequeño acto y que una persona pudiera ser castigada por razones equivocadas.

Debido a la guerra de China, el núcleo de la estructura de poder también estaba cambiando rápidamente, lo que más adelante resultaría decisivo. En noviembre de 1937 Konoé instituyó un sistema de reuniones conjuntas entre el gobierno y las fuerzas armadas. Se las llamó reuniones o conferencias de enlace y su objetivo era ayudar a los dirigentes a superar la división civil-militar y a unificar la política en un momento de agudas crisis internacionales. Estas reuniones, que se hicieron más frecuentes durante el segundo mandato de Konoé, se celebraron en la residencia oficial del primer ministro hasta julio de 1941 y en el Palacio Imperial durante su tercer mandato. Asistían regularmente el primer ministro, el ministro de Asuntos Exteriores, el ministro del Ejército, el ministro de Marina y los jefes del Estado Mayor del Ejército y de la Armada, todos ellos en pie de igualdad. Sin embargo, en contra de lo previsto inicialmente, las conferencias se convertirían en un foro para promover agendas estratégicas, más que de debate. Como cuatro de los seis asistentes clave eran militares (aunque las responsabilidades de los ministros del Ejército y de Marina técnicamente estaban integradas en el gobierno civil), sus preferencias tendían a imponerse. Esto sería un fallo estructural decisivo en la toma de decisiones en el Japón de los años previos a la guerra.

Bajo el gobierno de Konoé, se puso en marcha un ambicioso programa para instaurar otro mando en el Guomindang aliado de Japón, que estaría encabezado por Wang Jingwei, discípulo de Sun Yat-sen y el principal rival de Chiang. Al contrario que el duro y pragmático Chiang, Wang era un idealista ingenuo y romántico. Había escapado de Chongqing, la nueva capital del Guomindang, en diciembre de 1938, pero su gobierno no se formó en Nanjing hasta la primavera de 1940, después de numerosos contratiempos, incluido un atentado que a punto estuvo de costarle la vida. Además del patriotismo, a Wang le movía la ambición personal. Por su parte, Japón necesitaba un interlocutor más maleable. A finales de noviembre de 1940, dos meses después de que Japón firmara el Pacto Tripartito con Alemania e Italia, el segundo gobierno de Konoé reconoció a Wang como el nuevo líder de China. Konoé quizá se sintiera moralmente obligado a reconocer un régimen que se había creado con su complicidad. Pero no pudo haber escogido un

momento peor. Para entonces, el gobierno de Wang había perdido toda su credibilidad en China. (Y, además, Japón nunca concedió todo el control de China a Wang, pues mantuvo a regímenes clientelares, coloniales y de ocupación como el Manchukúo, Taiwán, el norte de China y Mongolia Interior, lo que mermaba el prestigio de Wang en el país). De nuevo, Konoe demostraba su ineptitud en los asuntos exteriores.

La versión oficial siempre fue que las fuerzas japonesas no dejaban de avanzar en China. La realidad era que Japón estaba actuando como el ofuscado protagonista de la comedia negra clásica *La eterna marcha hacia delante* (*Kagirinaki Zenshin*), una película basada en una historia de Ozu Yasujiro, que se estrenó poco después del estallido de la guerra en 1937. A los cincuenta y dos años, Tokumaru es despedido de la empresa en la que ha trabajado la mayor parte de su vida. Creyendo que le iban a ascender, poco antes de ser despedido había empezado a construirse una casa que no podía permitirse. La depresión le lleva entonces al borde de la locura, y no es capaz de distinguir sus deseos de la realidad. Se convence de que le han ascendido y empieza a ir al trabajo comportándose como alguien importante, lo que avergüenza a su familia y sus antiguos colegas. En su demencia, Tokumaru «marcha eternamente hacia delante».

Las raíces del problema de Japón en China, que complicaría las opciones políticas de Tokio en 1941, se remontaban mucho más allá del príncipe Konoe. A lo largo de su existencia como nación, Japón había importado (con frecuencia a través de Corea) y sintetizado muchos aspectos de la civilización china, como el sistema de escritura, el pensamiento confucionista y el budismo. Históricamente, Japón había mirado a China con respeto, aunque con cierto distanciamiento, propio de una sociedad insular aislada geográficamente. En la década de 1840, ante la amenaza imperialista occidental, el antaño glorioso Reino del Centro se mostraba inerme y decadente, adicto al opio y súbitamente decrepito; ya no parecía un modelo para Japón.

Después de dos siglos y medio de relativa tranquilidad bajo el shogunato Tokugawa, Japón se vio obligado a abandonar el autoimpuesto aislamiento que había limitado su contacto con el mundo exterior. La debilidad china a mediados del siglo XIX le impedía servir de amortiguador y Japón tendría que hacer frente a las potencias occidentales por sí solo. Igualmente preocupante era que, al norte de Japón y China, la Rusia zarista parecía deseosa de seguir ampliando su ya extenso territorio.

Recién llegado al juego de las grandes potencias, Japón tuvo que aprender sus reglas rápidamente. Que lo consiguiera se debió en gran parte a un grupo de jóvenes visionarios de extraordinario talento que crearon el Japón moderno. A principios del siglo xx, Japón había conseguido cierta reputación en el elitista club de los imperialistas occidentales –algo asombroso para una potencia asiática–, aunque nunca se sintió completamente a gusto en su compañía. El pretendido elogio que, al parecer, Theodore Roosevelt dedicó a los japoneses diciendo que eran una «raza blanca honoraria» explica por qué. Con frecuencia Japón se sentía superior y solitario, al tiempo que se veía mortificado por sentimientos contradictorios de inferioridad y recelo.

La susceptibilidad de Japón en ocasiones no era más que una respuesta paranoica. No obstante, otras veces tenía buenas razones para sentirse menospreciado e incluso excluido. Los esfuerzos diplomáticos en las primeras décadas del nuevo régimen Meiji, formado en 1868, se dirigieron a conseguir la revocación de los tratados desiguales que Japón se había visto obligado a firmar con las potencias occidentales, incluido Estados Unidos (que no expiraron hasta 1911). Estos tratados, impuestos por la diplomacia del cañonero, privaron a Japón de su soberanía comercial y jurídica, dictándole la apertura de varios puertos al comercio exterior, el establecimiento de aranceles bajos y la extraterritorialidad de los residentes extranjeros.

Ni siquiera la victoria en la guerra chino-japonesa de 1894-1895, que se libró en territorio coreano, estuvo exenta de la intervención occidental. El Tratado de Shimonoseki, que le puso fin, concedía a Japón la isla de Formosa (la actual Taiwán) y la península de Liaodong. Con sus estratégicos puertos de Dalián y Port Arthur, que constituían la vía de entrada a Manchuria y al noreste de China, los derechos de concesión sobre la península se habían convertido en objeto de litigio entre las potencias, particularmente entre Rusia y Japón debido a su proximidad. No obstante, una vez que se hizo público el acuerdo favorable a Japón, Rusia, Francia y Alemania, mediante la llamada Triple Intervención, consiguieron que Japón devolviera la península, mientras Gran Bretaña y Estados Unidos miraban hacia otro lado.

Japón no se dejó intimidar. Prosiguió su resuelta búsqueda de mayor respetabilidad, expansión territorial y un ejército más fuerte. En 1904-1905 luchó contra Rusia y venció –una fantasía imperialista hecha realidad– con el beneplácito de numerosos países, en especial de Gran Bretaña y Estados Unidos. Japón poseía ahora derechos de protectorado sobre Corea, que se anexionaría en 1910. También adquirió los antiguos derechos rusos sobre la

minería y el ferrocarril en el sur de Manchuria. Japón reclamó o trató de recuperar algunos territorios del Imperio ruso, como el arrendamiento de la disputada Liadong y el sur de Sajalín, una isla al norte de Japón en la que hacía mucho se habían asentado ainos, la población indígena de Japón. Pero permanecía el gran interrogante de qué hacer con China.

Tras la derrota de su país en la guerra chino-japonesa, los chinos reformistas, impresionados por el rápido auge japonés, fueron en masa a Japón, con frecuencia como estudiantes de ciencia política y pensamiento político occidentales. Los japoneses habían adquirido esas herramientas para proteger su independencia y muchos chinos, entre ellos el primer líder del Guomindang, Sun Yat-sen, les admiraban por ello y consideraban a Japón un exitoso modelo de modernización. A su vez, hubo japoneses que se adhirieron a la causa de Sun y sus compañeros. Uno de ellos, el magnate cinematográfico Umeya Shokichi, financió el movimiento nacionalista de Sun, al igual que otros que creían que una China más fuerte sería positiva para el futuro de Asia en su conjunto.

El padre de Konoé, el príncipe Konoé Atsumaro, propugnaba una fuerte alianza chino-japonesa. Como miembro de la Cámara de los Pares, en 1898 secundó la fundación de una organización cultural llamada Sociedad del Mismo Carácter, cuyos miembros creían que los dos países debían apoyarse mutuamente porque ambos, emparentados étnicamente, compartían el mismo sistema de escritura. Su proyecto más notable fue la fundación de una academia en Shanghái, cuyos graduados se convirtieron en los mayores expertos chinos en política, diplomacia, periodismo y economía de Japón.

A pesar de estos intentos para fortalecer las relaciones chino-japonesas a varios niveles cívicos, Japón, como Estado, mantuvo siempre una postura intransigente e imperialista en su trato con China. La caída de la dinastía Qing en 1912 desencadenó la competencia entre los propios chinos, así como entre las potencias extranjeras, para hacerse con el control del inmenso país y sus aparentemente ilimitados recursos; Japón adquirió varios derechos de concesión mediante pactos y coacciones, sin excluir amenazas del empleo de la fuerza.

En 1915 Japón reveló sus ambiciones respecto a China. Aprovechando la grave crisis interna que atravesaba la recién creada República de China y la guerra en Europa, Japón presentó las llamadas Veintiuna Demandas al presidente Yuan Shikai, que, al estilo de Napoleón, pronto se coronaría a sí mismo emperador. Entre otras cosas, Japón exigía las concesiones alemanas

en Shandong, donde los japoneses acababan de derrotar a Alemania; la ampliación hasta el siglo XXI del arrendamiento del territorio del Ferrocarril Surmanchuriano, que había obtenido de los rusos y expiraba en 1923; y la incorporación de asesores japoneses al gobierno chino. Los chinos se opusieron y la última exigencia, que prácticamente habría convertido a China en un régimen títere de Japón, fue retirada. Al final, este episodio resultó ser un desastre de relaciones públicas, pues Japón sólo consiguió consolidar más o menos los derechos que ya poseía mientras que, lo que era más importante, se enemistó con Estados Unidos, que se había erigido en el autodesignado vigilante de la política de Puertas Abiertas en China. Algunos japoneses interpretaban esto como un interesado rechazo por parte de Estados Unidos de su propia doctrina Monroe, con objeto de permitir la intervención estadounidense en el patio trasero de Japón e impedir que éste reclamara el liderazgo regional en Asia.

Por supuesto, las demandas de Japón también indignaron a China, donde el nacionalismo se galvanizó aún más cuando Japón obtuvo la provincia de Shandong en la Conferencia de Paz de París como recompensa por haberse unido al lado vencedor en la guerra contra Alemania. Esto no hizo más que avivar el potente y amplio nacionalismo chino que culminó en el Movimiento del Cuatro de Mayo de 1919, de carácter antijaponés y antiimperialista. En consecuencia, los intereses japoneses en China quedaron en una situación más expuesta y vulnerable. (Más tarde, en la Conferencia Naval de Washington de 1922, Japón se avendría a devolver el control de Shandong a China como resultado de la mediación estadounidense, una concesión humillante a ojos de los nacionalistas japoneses). En cualquier caso, se trataba de episodios fundamentalmente diplomáticos.

El Incidente de Manchuria, escenificado por el coronel Ishiwara Kanji, cambió todo. El 18 de septiembre de 1931, varios soldados del Ejército de Kwantung, estacionado en la zona del ferrocarril gestionada por los japoneses para proteger los intereses de Japón en el sur de Manchuria, hicieron explotar un pequeño artefacto en el ferrocarril y culparon de ello a elementos chinos antijaponeses. Las tropas niponas utilizaron el incidente como pretexto para lanzar un ataque a gran escala contra las tropas chinas locales y ocuparon todo el noreste del país en los cinco meses siguientes.

Ishiwara era un oficial excéntrico y carismático que había formulado una teoría apocalíptica de la guerra unos años antes. Su papel central en la invasión de Manchuria haría de él una figura clave en los preparativos

militares japoneses para la guerra en China (aunque él personalmente se opuso a esa guerra) y, llegado el momento, en el Pacífico. Hacía tiempo que consideraba históricamente inevitable un choque titánico entre Oriente y Occidente, probablemente entre Japón y Estados Unidos, pero quizá también con la Unión Soviética. Este tipo de retórica que glorificaba el destino heroico de Japón influiría a numerosos estrategas de rango intermedio tanto en el Ejército como en la Armada.

Poco antes del Incidente de Manchuria, Ishiwara creía que el nacionalismo agresivo de Chiang Kai-shek, apoyado por muchos industriales, así como el cada vez mayor reconocimiento por parte de Occidente del poder de Chiang, se habían convertido en grandes problemas para Japón. En 1925 Chiang accedió a la dirección del Guomindang tras la muerte de Sun Yat-sen. Poco después lanzó la Expedición del Norte con ayuda de los comunistas para poner bajo su control las zonas de China que estaban en manos de distintos señores de la guerra. En el curso de la expedición se enemistó con los comunistas y los masacró en abril de 1927 en Shanghái, lo que provocó la ruptura temporal de las facciones «derecha» e «izquierda» en el seno del Guomindang, la segunda dirigida por Wang Jingwei. No obstante, a pesar de una serie de reveses, la Expedición del Norte prosiguió durante 1928, cuando la tropas del Guomindang se enfrentaron por primera vez con fuerzas de Japón, que habían sido enviadas para proteger a los ciudadanos japoneses. En 1931 Chiang había conseguido afirmar su liderazgo sobre una China unificada, aunque éste sería impugnado repetidas veces por señores de la guerra aliados suyos y por los comunistas. Desde la perspectiva japonesa una cosa era segura: Chiang se inclinaba cada vez más a la cooperación con las potencias occidentales (principalmente Estados Unidos), al tiempo que se distanciaba de Japón y adoptaba una fuerte retórica antijaponesa.

Eran muchos en Japón los que veían el apoyo occidental recibido por Chiang en un periodo de tiempo relativamente breve como una amenaza, un abandono del método imperialista, tácito y tradicional de mantener a China dividida, de forma que las potencias occidentales pudieran beneficiarse de su debilidad. A finales de los años veinte, Japón también estaba obsesionado con el auge del bolchevismo, cuando la Unión Soviética lanzó sus planes quinquenales para fortalecer su economía al tiempo que reforzaba su presencia en el Lejano Oriente, directamente al norte del país. Todos estos factores impulsaron a Ishiwara y a sus partidarios a ir más allá del cumplimiento del deber e invadir Manchuria. Su temeraria iniciativa fue una sorpresa para la mayoría de los líderes en Tokio, aunque los que participaron

en la trama seguramente contaban con apoyos en las altas esferas del Estado Mayor del Ejército. Al comienzo de la campaña de Manchuria, el primer ministro, Wakatsuki Reijiro, y el ministro de Asuntos Exteriores, Shidehara Kijuro, entre otros, deseaban frenar las hostilidades. Por el contrario, la opinión pública japonesa, incitada por los medios chovinistas, apoyó con entusiasmo las aventuras de Ishiwara. Los reportajes que llegaban al público elogiaban el valor de las tropas sobre el terreno y alimentaban desmesuradamente el orgullo nacional. Los principales periódicos competían entre sí publicando números extraordinarios con fotos exclusivas de cada movimiento estratégico de Japón y obtuvieron pingües beneficios gracias al repentino aumento de su circulación. Enviaban a las zonas de guerra a corresponsales^[44] que escribían titulares tan dramáticos como «Nuestro Ejército marcha con heroísmo desde Changchun a Jilin» o «¡Nuestro Ejército Imperial asalta Qiqihar, y su gran valor traspasa los cielos!».

Los periódicos de la época tomaron una decisión política consciente que les perseguiría en la década siguiente: la autocensura. A pesar de que ciertos oficiales del ejército les habían revelado en privado que el atentado supuestamente orquestado por China era un ardid, decidieron no publicar esa información. Nunca divulgaron al público lector el falso pretexto de la trama china y respaldaron sin reservas la versión del Ejército de Kwantung, publicando sucesivamente reportajes falsos que supuestamente desvelaban «la verdad del Incidente [de Manchuria]». Estos reportajes iban acompañados de fotografías de la plataforma ferroviaria tras la explosión y el cadáver de un soldado chino presuntamente responsable del acto. (La realidad era que los japoneses le habían matado y colocado junto al ferrocarril).

El aparentemente inequívoco apoyo público, alimentado en buena medida por la cobertura que la prensa había dado al incidente, no dejó muchas opciones al gobierno de Wakatsuki, que el 24 de septiembre aprobó con renuencia las operaciones militares. Se había establecido un modelo: un gobierno completamente pasivo aceptaba una agresión militar que no había iniciado ni apoyado. Incapaz de atar corto a los militares, Wakatsuki dimitió en diciembre y fue sucedido por el líder del partido de la oposición: Inukai Tsuyoshi.

En febrero de 1932 las tres provincias manchurianas de Liaoning, Heilongjiang y Jilin estaban bajo el control del ejército japonés. Que fuerzas de una guarnición pudieran ocupar zonas de China sin una orden formal sentaba un peligroso precedente. Soldados jóvenes y frustrados, que culpaban

a los que ostentaban el poder de las dificultades sociales y económicas que atravesaba Japón, deseaban imponer un cambio radical desde hacía tiempo. Ahora, la inacción de Tokio y la falta de instrucciones claras de sus superiores invitaban a cometer más actos violentos. Un antiguo samurái habría dicho que el sirviente estaba suplantando a su señor. En términos militares modernos sólo se podía calificar de insubordinación. Sin embargo, ningún mando del ejército estuvo dispuesto a poner orden.

Los actos de Japón en Manchuria constituían un gran paso hacia el aislamiento político, aunque muy pocos japoneses lo reconocieron como tal. El 1 de marzo de 1932 el Ejército de Kwantung estableció el régimen títere del Manchukúo en las provincias conquistadas. La condena internacional no se hizo esperar. El 15 de mayo un grupo de jóvenes oficiales navales y cadetes del ejército irrumpieron en la residencia oficial del primer ministro y dispararon a Inukai, que murió aquella tarde. Los asesinos temían que Inukai fuera a mostrarse blando con China e incluso le devolviera el control del Manchukúo. Japón había sido un miembro ejemplar de la Sociedad de Naciones durante la mayor parte de su existencia, pero en marzo de 1933 renunció a su pertenencia a causa del Manchukúo.

Sin embargo, la confluencia de intereses pragmáticos por ambas partes impidió una ruptura completa de las relaciones chino-japonesas. Hasta mediados de la década de los treinta Japón estuvo oscilando entre una política más cautelosa, e incluso amistosa, respecto a China y una actitud intransigente respaldada por la presión militar. Chiang, preocupado por las dificultades de consolidar su control sobre el resto de China, y especialmente por combatir a los comunistas, que habían establecido «repúblicas soviéticas» independientes en el sur y el centro del país, parecía dispuesto a soslayar la delicada cuestión del Manchukúo por el momento. Desde luego, se esforzó por evitar enfrentamientos serios con Japón en el norte. El Ejército de Kwantung vio en ello una oportunidad y expandió la esfera de influencia japonesa primero hacia la provincia de Rehe (Jehol), al oeste de Manchuria, y después hacia las zonas próximas de Hebei y Chahar (Mongolia Interior). En una serie de acuerdos chino-japoneses firmados en 1933 y 1935, el Guomindang aceptaba condiciones humillantes que incluían la desmilitarización parcial del norte de China, la retirada de sus organizaciones de las proximidades del Manchukúo y el establecimiento de gobierno autónomos projaponeses en el este de Hebei y en Chahar.

En Japón, la sociedad luchaba por recuperarse de la depresión económica

causada, entre otras razones, por la crisis mundial, en medio de un temor y malestar crecientes. El 26 de febrero de 1936, en esta atmósfera sombría, varios jóvenes oficiales organizaron un golpe de Estado que a punto estuvo de triunfar y, antes de rendirse, asesinaron a varias figuras clave del gobierno. El príncipe Saionji, el principal blanco de los asesinos, logró escapar. El 9 de marzo se formó el gobierno del primer ministro Hirota Koki, pero sólo después de que el príncipe Konoé hubiera declinado asumir el cargo, alegando problemas de salud. (Es muy posible que no quisiera purgar a los elementos que simpatizaban con los oficiales rebeldes, pues él mismo deseaba mantener buenas relaciones con ellos. Su ulterior intento de perdonar a los oficiales encausados corrobora esta idea).

El gobierno de Hirota adoptó una política exterior más agresiva con objeto de desviar la atención del descontento interno. Anunció preparativos militares en previsión de una posible guerra con China, la Unión Soviética y las potencias occidentales, al mismo tiempo que planificaba la campaña en el Sudeste Asiático. El cambio político se dejó sentir de inmediato en China, lo que explica la volátil atmósfera en el puente de Marco Polo. En 1936 las fuerzas militares japonesas se habían triplicado y casi sumaban seis mil efectivos, sin haber consultado previamente a los chinos.

Para entonces, la situación interna en China había cambiado sustancialmente. El expansionismo japonés y la ambición de Chiang de liderar una China fuerte y unificada ya no podían cohabitar por más tiempo. Debido a sus anteriores concesiones a Japón, Chiang era más vulnerable a la propaganda comunista, que lo presentaba como un traidor a la nación que había claudicado a la presión imperialista japonesa y estaba dispuesto a sacrificar a sus compatriotas. El punto de inflexión decisivo se produjo en diciembre de 1936, cuando Chiang fue secuestrado por el joven mariscal, Zhang Xueliang, hijo de Zhang Zuolin, un señor de la guerra manchuriano asesinado por los japoneses en 1928; Zhang quería que Chiang formara parte de un frente común con los comunistas contra Japón. Para mantener su legitimidad como líder nacional de China, Chiang decidió que ya no podía seguir dando la imagen de ser conciliador respecto a Japón. Esto significaba que él y el ejército japonés dejaban de compartir la misma prioridad de derrotar a los comunistas, ya fueran éstos chinos o soviéticos. A su vez, este cambio convenció a los militares belicistas japoneses de que debían presionar para imponer una política más agresiva, especialmente en el norte, a fin de mantener y maximizar sus intereses.

Konoe, que acababa de acceder al cargo cuando se produjo el Incidente del Puente de Marco Polo, consiguió intensificarlo, como hemos visto, aunque negara tener esa intención. Formuló y fomentó políticas que con mucha frecuencia se contradecían, sin llegar a aplicar completamente ninguna de ellas, y el efecto acumulado fue desastroso.

Se enviaron a las zonas de guerra más y más hombres, incluso de edades próximas a los cuarenta años. La Ordenanza de Reclutamiento Obligatorio de 1873 había sido sustituida por una Ley del Servicio Militar Universal en 1927, que se mantendría en vigor hasta 1945. De acuerdo con el nuevo sistema, un recluta del ejército debía cumplir dos años de servicio activo y permanecía como reservista aproximadamente durante quince años. En el caso de la Armada, cumplía tres años de servicio activo y nueve como reservista. A medida que se intensificaba la guerra con China, el ejército empezó a rebajar sus requisitos físicos y de salud (por ejemplo, la altura mínima se redujo de 1,55 m a 1,50 m) a fin de producir levadas masivas de soldados. Para no ser enrolados, muchos hombres fingían discapacidades físicas y enfermedades. Algunos se bebían una gran botella de salsa de soja antes de un examen físico con la esperanza de inducirse un fallo cardíaco o hepático temporal. Otros se provocaban una pérdida de peso considerable con laxantes. Pero la movilización no se frenó. El número de hombres aptos para el servicio militar^[45] pasó de aproximadamente el 20 por ciento en 1935 al 23 en 1937 y al 47 en 1939.

Un soldado, Ushiotsu Kichijiro^[46] –nos referiremos a él como el Soldado U, pues podría haber sido cualquiera de las decenas de miles de reclutas– fue llamado a filas en agosto de 1937, inmediatamente después del estallido de la guerra de China. Hasta que su unidad llegó a la desembocadura del río Yangtsé, este comerciante de Kioto nunca había oído un disparo. Tampoco había oído nada tan repugnante como el penetrante hedor del cadáver en descomposición de un soldado chino con el que tropezó, que estaba cubierto por miles de voraces moscas. El zumbido de éstas resonaba tan fuerte que no podía creer que sólo fueran insectos. A los treinta y un años de edad, el Soldado U no se sentía preparado para su nueva encarnación.

Mientras patrullaba por una de las ciudades que los japoneses habían ocupado, el Soldado U estaba registrando casas para ver si todavía quedaba alguien en su interior, cuando se le acercó una bonita niña de unos doce años. Para su asombro, ella le condujo voluntariamente a su cama. A él le horrorizó y le entristeció el gesto desesperado de la niña, consciente de que otros se

habrían aprovechado de la situación. (Más tarde, la decisión japonesa de establecer el sistema de «mujeres de placer» –en realidad, esclavas sexuales que con frecuencia eran reclutadas por la fuerza en la península de Corea y en otros lugares– estuvo motivada por la imperiosa necesidad de mantener el impulso sexual de los soldados bajo cierto control).

En otra ocasión, el Soldado U vio cómo una joven china que acababa de dar a luz salía dando traspies de su casa para escapar de un tiroteo. Murió a consecuencia de varios disparos, mientras sostenía a su recién nacido en los brazos, sin haberle cortado aún el cordón umbilical. Guardó en la memoria otras imágenes sobrecogedoras: sin poder hacer nada, vio cómo los soldados japoneses arrojaban a prisioneros chinos a un arroyo y los mataban a tiros mientras ellos braceaban y el agua se teñía con su sangre.

A finales de octubre de 1937, cuando el Soldado U oyó el rumor de que las conversaciones entre Tokio y el Guomindang se habían estancado, temió que lo que se suponía que iba a ser una campaña rápida y fácil pudiera prolongarse por algún tiempo. En su peligroso camino hacia Nanjing, la capital de Chiang Kai-shek, se llevó una agradable sorpresa al encontrarse con su hermano mayor, que había sido llamado a filas tras la partida del Soldado U. Le costaba creer que un hombre de treinta y seis años estuviera sirviendo en el ejército, lo que confirmaba que las cosas no iban tan bien para Japón.

Pero el Soldado U todavía no había visto lo peor. Cuando su unidad entró en la ya caída ciudad de Nanjing, se apoderó de él el familiar hedor de los cadáveres. Los cuerpos se amontonaban en la Puerta de Yijiang, la única vía de escape de los aterrorizados soldados chinos y habitantes de Nanjing que huían del avance japonés el 12 de diciembre de 1937. Su unidad tuvo que avanzar sorteando los cuerpos amontonados, algunos de los cuales habían quedado completamente aplastados, como hojas de papel, en las estampidas. Mientras avanzaba penosamente, iba diciendo sus plegarias budistas.

La repentina expansión de las fuerzas armadas japonesas con hombres como el Soldado U hizo que la guerra de China proporcionase una gran oportunidad a los soldados profesionales para ascender rápidamente. Éstos debían encargarse de vigilar a los reclutas, que con frecuencia carecían de voluntad y preparación necesarias para la lucha, lo cual acrecentaba la importancia de los profesionales. Asimismo propició que se extendiera la militarización de la sociedad japonesa, una de cuyas manifestaciones fue la aparición de asociaciones patrióticas de mujeres. Éstas pedían a sus

voluntarias que aportaran «cinturones de mil puntadas» –fajas con adornos bordados por mil mujeres distintas a fin de hacerlos supuestamente a prueba de balas–, que eran enviados a los campos de batalla de China como muestra de apoyo. Para horror de muchos de sus portadores, los cinturones fueron caldo de cultivo de chinches (llamadas peyorativamente chinches de Nanjing).

La guerra de China impidió a Japón recuperar la respetabilidad internacional que había perdido con su incursión en Manchuria. En julio de 1936, exactamente un año antes del estallido de la guerra, Tokio había sido elegida sede de los Juegos Olímpicos de 1940. Los japoneses se habían volcado para obtener ese honor. Sería uno de los proyectos nacionales más importantes del Japón moderno, el primer anfitrión no occidental de los juegos. Enseguida empezaron a construirse los estadios. Sin embargo, en 1938 la presión internacional para que Japón renunciara a los juegos iba en aumento. Algunos países, incluido Estados Unidos, insinuaron la posibilidad de un boicot.

Viendo que el final de la guerra de China no estaba próximo, y preocupado por los recursos que iba a necesitar, el ejército sugirió que para los proyectos relacionados con los juegos sólo se utilizaran piedras y maderos. Importantes periódicos que habían celebrado con entusiasmo la elección de Tokio para los juegos mantuvieron un clamoroso silencio sobre esta cuestión. A finales de junio de 1938, el gobierno de Konoé estableció cuotas para el uso de materiales industriales en proyectos que no estuvieran destinados a la guerra. Esto acabó de facto con el sueño olímpico de Japón. Tokio tendría que esperar otros veinticuatro años para su momento de gloria olímpica.

Es irónico que el endurecimiento de la opinión internacional contra Japón se produjera precisamente cuando el país estaba experimentando un auge de confianza en sí mismo que no estaba relacionado con su poder militar. En la Exposición de París de 1937, el arquitecto de treinta y seis años Sakakura Junzo, discípulo de Le Corbusier, ganó el primer premio por su pabellón japonés. En agosto, Tokio fue la orgullosa anfitriona de la séptima conferencia bianual de la Federación Mundial de Asociaciones Educativas, a la que asistieron tres mil participantes de cuarenta y ocho países. Y después estuvo el vuelo del *Kamikaze*. Cuando el biplaza partió de Tokio el 6 de abril de 1937, en Europa nadie parecía haberse dado cuenta del gran desafío al que se enfrentaban Iinuma Masaaki, el piloto de veinticuatro años, y Tsukagoshi

Kenji, su ingeniero de vuelo de treinta y seis años. Japón era una entidad completamente desconocida en el glamuroso pero extremadamente arriesgado mundo de los récords de vuelos de larga distancia, que estaba dominado por pilotos europeos y norteamericanos. El fin declarado del vuelo japonés era celebrar la coronación del rey Jorge VI, que iba a tener lugar el 12 de mayo, y hacer visitas de buena voluntad a varias capitales europeas. De hecho, fue una gran operación publicitaria para el *Asahi*, que siguió los pasos de los periódicos europeos empleando a sus propios pilotos para promocionarse (y obtener noticias, por supuesto).

Con todo el país pendiente de las hazañas de los dos pilotos, el *Kamikaze* se convirtió en mucho más que publicidad corporativa. El aparato, un prototipo fabricado por Mitsubishi en Nagoya para reconocimiento militar, era elogiado como «puramente» japonés, lo que contribuyó al fervor patriótico. (En realidad, los metales empleados en su construcción eran importados, lo mismo que el combustible con el que volaba. Y Tsukagoshi era medio inglés). El nombre del avión se eligió entre aproximadamente quinientas mil entradas de los lectores del *Asahi*. El 1 de abril la ceremonia de bautizo estuvo presidida por el príncipe imperial Higashikuni Naruhiko, tío político del emperador, lo que convirtió todavía más el éxito del vuelo en un motivo de orgullo nacional.

Los medios de comunicación occidentales, indiferentes al principio, ahora estaban fascinados. Cuando el avión salió de Karachi y llegó al espacio aéreo mediterráneo el 8 de abril, Europa empezó a contener la respiración. El 9 de abril, el avión apareció en el cielo de Croydon, al sur de Londres. Hizo varios círculos en el aire, como para saludar a los cuatro mil espectadores entusiasmados, entre los que había trescientos japoneses llenos de alegría y orgullo. A las tres y media realizó un aterrizaje impecable. Los aviadores habían completado el vuelo entre Tokio y Londres en cincuenta y una horas, diecinueve minutos y veintitrés segundos, a una velocidad media de 299,2 kilómetros por hora, estableciendo así el récord mundial de larga distancia. *The Times* de Londres informó: «Al descender del *Viento Divino*, los aviadores fueron recibidos con ovaciones y gritos de “Banzai” (vida eterna), engalanados con guirnaldas de flores, y todos querían darles apretones de manos y saludarles». Continuaron las bienvenidas entusiastas y las muestras de reconocimiento, como la Legión de Honor que les concedió el gobierno francés. El 16 de abril, en Bruselas, fueron a recibirlos con flores la violinista Suwa Nejiko, antigua niña prodigio que estaba comenzando su carrera de concertista en Europa, y la familia del embajador japonés en Bélgica, Kurusu

Saburo.

Como los aviadores del *Kamikaze*, la violinista Suwa también sabía lo que era el peso de despertar grandes expectativas nacionales. Sus éxitos en la escena internacional habían sido una gran fuente de orgullo japonés durante la mayor parte de su juventud. Sin embargo, se sentía como cualquier otra admiradora de diecisiete años cuando conoció a los pilotos. «¡Son de ensueño, los dos!^[47] Especialmente Inuma es tan guapo... ¡y pude contemplarle y admirarle todo lo que quise! ¡Ha sido un día tan feliz!», anotó en su diario. Aquel breve encuentro en un aeropuerto de Bruselas presentó una instantánea de esa belleza y exuberancia juvenil que pronto sería elusiva en Japón, como un efímero espejismo. Era una imagen de lo que Japón podría haber sido.

Para celebrar el éxito del vuelo del *Kamikaze*, el orgulloso patrocinador publicó un mensaje a la nación británica en las páginas de *The Times* el 10 de abril de 1937. Decía que el vuelo favorecería «una atmósfera de paz y cordialidad entre las tormentas y los truenos que braman con furia sobre las relaciones internacionales en el día de hoy y que amenazan la paz del mañana». Si hubiera sido cierto... Pero el liderazgo de Konoe no estuvo a la altura de las proezas del *Kamikaze*.

Konoe era muy consciente de sus fracasos. En la primavera de 1938 empezó a decir a sus ayudantes que estaba dispuesto a dimitir. No lo hizo hasta enero de 1939. Convencido siempre de que estaba en el lado correcto, sin saber muy bien qué lado era ése, y dividido entre intereses, creencias y obligaciones en conflicto, Konoe abandonó a su país cuando éste se encontraba empantanado en China. A la población aún se le decía que Japón iba de victoria en victoria (de «punto» en «punto») en China, de forma que la marcha del príncipe resultó incomprensible para muchos japoneses. Empezaron a surgir dudas sobre los supuestos triunfos.

Ninguno de los tres efímeros gobiernos formados antes del regreso de Konoe en julio de 1940 resolvió la guerra en China. Al mismo tiempo, los éxitos militares de Alemania desde septiembre de 1939 ofuscaron el pensamiento estratégico japonés. Con Países Bajos y buena parte de Francia bajo la ocupación nazi, y tras la retirada británica de Dunquerque, parecía que sus posesiones coloniales en las Indias Orientales, Indochina y Malasia caerían por sí solas. Esto indujo a algunos estrategas a concluir que Japón probablemente podría obtener suficientes recursos en el Sudeste Asiático para inclinar a su favor de forma decisiva el conflicto con China. Pensaban que si Alemania vencía, el régimen de Chiang Kai-shek, respaldado por Occidente,

tendría que pedir la paz. Por lo tanto, parecía imperativo que Japón consolidara su amistad con Alemania.

El 22 de julio de 1940, Konoe se convirtió en primer ministro por segunda vez cuando su predecesor, el almirante Yonai Mitsumasa, decidió no alinear a Japón con los nazis. El príncipe Saionji, cada vez más débil físicamente, se negó a apoyar el nombramiento de Konoe. El deterioro de su relación era irreparable y así continuó hasta la muerte de Saionji en noviembre de ese año.

Animado por la fuerza de Alemania –otro país «no pudiente», según pensaba Konoe–, comenzó su segundo mandato, como hemos visto, esperando poner fin a la guerra con China y llevar a cabo una reforma política a gran escala. Tenía en mente una fuerte institución política centralizada que sustituyera a la política parlamentaria, y confiaba en que sus partidarios, tanto de derechas como de izquierdas, apoyarían su Movimiento por el Nuevo Orden. No está claro cómo pensaba evitar los conflictos ideológicos. Al principio, Ozaki Hotsumi, consejero de Konoe y simpatizante comunista en secreto, llamó a la creación de nuevas asociaciones y asambleas locales que debían constituir la base de apoyo del gobierno. Pero los burócratas lograron mantener la estructura de gobierno existente, evitando así la destrucción de sus propias bases de poder. Las decisiones de Konoe para elegir a sus colaboradores reflejaban su tendencia a querer agradar a todos, y fue incapaz de mantener una agenda política concreta. Al país se le impuso la Asociación de Apoyo al Régimen Imperial, una entidad política producto de incontables componendas, cuyo programa seguía en parte el ideario fascista de controlar cada aspecto de las actividades humanas, incluida la reproducción.

Uno de los turbios proyectos de la nueva asociación fue «redefinir la belleza del tipo-IRAA». Poco después de su formación, la asociación convocó una conferencia^[48] de médicos, bailarines, artistas y etnólogos para tratar el tema. Su conclusión fue que la belleza ideal era una mujer robusta de huesos grandes y amplias caderas. A diferencia de las mujeres esbeltas preferidas en el pasado, se creía que estas bellezas de caderas anchas estaban mejor dotadas para tener muchos hijos fuertes, y por tanto había que alabarlas.

La formación obligatoria de asociaciones de vecinos en el otoño de 1940 transformaría la vida cotidiana en los años venideros. El Ministerio del Interior creó grupos de aproximadamente una docena de hogares, que se convertirían en las unidades más pequeñas y básicas para la movilización nacional. Estas asociaciones debían cumplir numerosas obligaciones patrióticas como organizar unidades de bomberos (pensando en la posibilidad

de ataques aéreos), participar en manifestaciones patrióticas y, cada vez más, distribuir los productos racionados.

Los representantes de las asociaciones de vecinos se turnaban para hacer largas colas y comprar los bienes racionados. Luego, los dividían escrupulosamente de acuerdo con el número de miembros de cada hogar. Cada vez que llegaba un aviso del centro de distribución^[49] (lo que ocurría aleatoriamente), los que estuvieran de turno en ese momento debían «abandonarlo todo, dejar nuestro arroz a medio hacer o la valiosa agua caliente para lavar, para lo que habíamos utilizado el escaso combustible racionado, y correr al centro de distribución», se quejaba la esposa de un médico en su diario. Los vigilantes y celosos ojos de los vecinos convertían la distribución equitativa en una pesadilla. Las hojas de lechuga pasadas se tomaban como una ofensa, aunque fueran las únicas que había.

La posibilidad de ser denunciado por los vecinos significaba que, en muchos casos, las asociaciones eran todo menos amistosas. Frecuentemente, el sistema de vigilancia mutua se basaba en sospechas y temores. Se daba por sentado que la Policía Superior Especial, notoria por su brutal persecución de delitos ideológicos, tenía informantes en cada asociación. Este cuerpo se formó en 1911 y fue adquiriendo poder en la década de los veinte, cuando sus principales enemigos eran marxistas, comunistas, pacifistas y anarquistas, todos ellos considerados amenazas para el sistema imperial japonés. En el Estado de emergencia nacional provocado por la guerra de China, la Policía Superior Especial amplió considerablemente sus objetivos, lo que desencadenó cambios fundamentales en la naturaleza misma de las relaciones sociales.

Pese a estas transformaciones, la política exterior de Konoé en su segundo mandato fue parecida a la del primero: indecisa e impulsiva. Se tomaba demasiado tiempo cuando se imponía la rapidez, mientras que actuaba impulsivamente cuando la precaución resultaba esencial, y tenía una alarmante propensión a hacer caso a los que más vociferaban. A fin de contrarrestar las crecientes restricciones a la importación de material industrial de Estados Unidos, su gobierno aprobó en 1940 una propuesta para que las tropas establecieran una base más firme en el Sudeste Asiático. Se escudaba en una directriz del ejército formulada antes del regreso de Konoé. La ocupación japonesa del norte de Indochina puesta en marcha el 23 de septiembre, que dio comienzo a la escalada de represalias entre Estados Unidos y Japón, fue una consecuencia directa de este cambio de política.

La firma del Pacto Tripartito con Alemania e Italia el 27 de septiembre no hizo más que agravar las tensiones. Como su nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Konoe creía que la alianza con las potencias fascistas disuadiría a Estados Unidos y facilitaría negociaciones diplomáticas más ventajosas para Japón. El vizconde Ishii Kikujiro, exembajador en Estados Unidos, y otros miembros del consejo del emperador eran escépticos sobre la política de alianzas de Konoe. En una reunión celebrada el día antes de la firma del pacto^[50], Ishii expresó su preocupación ante el emperador y sus consejeros. Aludió a la observación de Bismarck de que «en las alianzas internacionales debe haber un burro y un jinete, y Alemania siempre debe aspirar a ser el jinete». Italia tampoco era de fiar porque, después de todo, era «el país que engendró a Maquiavelo». Pero Ishii no pudo disuadir a Konoe^[51], que aquel mismo día había declarado a los consejeros imperiales: «Hemos de actuar desafiantes con Estados Unidos para que no subestime a Japón... Pero si se presenta el peor escenario, mi gobierno está resuelto a afrontarlo».

Konoe siguió fanfarroneando^[52], esta vez más públicamente, en una conferencia de prensa el 4 de octubre: «Creo que será mejor para Estados Unidos que trate de comprender las intenciones de Japón y participe activamente en la construcción del nuevo orden mundial. Si Estados Unidos malinterpreta deliberadamente la verdadera voluntad de Japón, Alemania e Italia... y continúa con sus provocaciones, no nos quedará más opción que ir a la guerra». Sus faroles no funcionaron. En los seis meses siguientes no hubo ningún avance diplomático. Konoe se encontró ante su «peor escenario»: un choque frontal con Estados Unidos.

Por todo esto, la melancolía del príncipe en la primavera de 1941 era comprensible. Su gobierno se enfrentaba a presiones económicas estadounidenses cada vez mayores y a una débil perspectiva de victoria –o incluso de «salir de China honorablemente», como habría dicho Richard Nixon– en la guerra de China. Konoe lamentaba su decisión de aliar a Japón con las potencias fascistas pero aún podía ver un destello de esperanza. Mientras que los militares exaltados y los ultranacionalistas llamaban a la guerra con Estados Unidos, los líderes próximos a Konoe reconocían que esa guerra estaba abocada al fracaso.

Para muchos jefes militares el problema implícito era cómo salvar las apariencias, es decir, eliminar la opción de la guerra sin perder la credibilidad militar. No se decidían a ceder ante Chiang Kai-shek o ante Estados Unidos, en parte porque también había que apaciguar a sus propios oficiales

descontentos. El Ejército y la Armada imperiales siempre estaban compitiendo por la gloria o por el dinero, y ninguno de los dos podía permitirse aparecer más débil que el otro. (Hay que recordar que una de las principales razones de que la marina finalmente accediera a la firma del Pacto Tripartito fue el incremento de su presupuesto).

El ejército no era la única institución en la que pugnaban distintas facciones. El Ministerio de Asuntos Exteriores estaba dividido principalmente entre la facción proalemana y la pro anglo-estadounidense. En el verano de 1940 el ministro de Asuntos Exteriores de Konoe había relevado a muchos de los diplomáticos pro anglo-estadounidenses de puestos destacados y nombrado consejero especial a Shiratori Toshio, exembajador en Italia y partidario del Eje. Esta medida debilitó de forma crucial a las facciones liberales del ministerio, lo que tendría graves implicaciones en los días a venir.

La incierta posición constitucional del emperador también complicaba las cosas. Aunque Hirohito se había retirado cada vez más al papel simbólico de divino patriarca del Estado-familia, seguía siendo el jefe supremo de las fuerzas armadas japonesas. En estos tiempos turbulentos, Hirohito parecía aún más sagrado a ojos de los japoneses (los que ostentaban el poder se aseguraron de ello). El 10 de noviembre de 1940 casi cincuenta mil personas se congregaron ante el Palacio Imperial con motivo de la ceremonia de conmemoración, presidida por el primer ministro Konoe, de la supuesta existencia durante dos mil seiscientos años de la casa imperial japonesa. La ceremonia fue transmitida por la radio y en todo Japón se organizaron eventos parecidos. A la población se le pedía desde hacía algún tiempo que no hiciera planes de vacaciones, pero se le invitó a realizar peregrinaciones a santuarios sintoístas famosos. Muchas personas siguieron la recomendación, aunque sólo fuera para librarse de la gris monotonía de la vida cotidiana. Los entretenimientos ostentosos eran censurados categóricamente, otro signo de la dificultad de los tiempos.

El aniversario imperial elevó aún más el estatus del emperador, pero, al mismo tiempo, al presentar a la casa imperial como una venerable institución casi religiosa, redujo la autoridad *terrena* del soberano celestial. Esto significaba que Konoe no podría esperar que el emperador le apoyara abiertamente para reconducir la política de Japón por una senda más segura. Como el más noble de la aristocracia japonesa, Konoe debería haber podido tratar sin ambages las cuestiones políticas con Hirohito. Pero el marqués Kido

Koichi, señor guardián del sello privado desde junio de 1940, dificultaba la comunicación directa con palacio. Era necesaria una paciencia extraordinaria para dirigir el gobierno. Por eso el príncipe se sentía tan angustiado y con frecuencia cedía a la tentación de ausentarse de su despacho para visitar a su amante favorita. A primera hora del 18 de abril de 1941 por fin llegaron buenas noticias de Estados Unidos. Nomura, embajador en Washington, D. C. desde mediados de febrero, había enviado un telegrama al ministro de Asuntos Exteriores en el que resumía el llamado Borrador de Acuerdo entre Estados Unidos y Japón. En términos muy vagos, el plan incluía una resolución conjunta de ambos países sobre el reconocimiento del Manchukuo, la fusión de los gobiernos de Chiang Kai-shek y Wang Jingwei para poner término a la guerra de China y la normalización de las relaciones comerciales. Como mínimo, la propuesta podría llevar a las partes enemistadas a la mesa de negociaciones.

La oferta estadounidense bastó para poner exultante al viceministro de Asuntos Exteriores, Ohashi Chuichi. Un tanto agitado tras la lectura del telegrama^[53], parece que exclamó: «¡Si este plan se hiciera realidad, el destino del mundo cambiaría para mejor!». Hirohito también se alegró al conocer la noticia. Según la entrada del 12 de abril del diario de Kido^[54], el emperador comentó al guardián del sello privado: «Ha sido una sorpresa que el presidente de Estados Unidos se dirija a nosotros tan dispuesto a discutir las cosas. Supongo que se puede decir que todo esto ha ocurrido a consecuencia de la alianza de Japón con Alemania e Italia. Al final, lo más importante es ser paciente y persistente, ¿no le parece?». Hablaba como si la paz ya estuviera al alcance de la mano. En la conferencia de enlace que celebraron esa tarde los cargos con más poder de decisión del país, los jefes militares, incluido el ministro del Ejército, Tojo, se mostraron muy satisfechos. La posibilidad de un acercamiento entre Estados Unidos y Japón fue especialmente bien recibida, pues llegaba poco después de la decisión conjunta del Ejército y la Armada de rebajar el ambicioso plan del año anterior para expandirse hacia el sur. Los recursos en las Indias Orientales holandesas debían obtenerse^[55] «en principio, por medios diplomáticos únicamente», según la mencionada decisión, y Japón debía evitar la ocupación militar de Singapur y de otras partes del Sudeste Asiático.

Contrariamente a la especulación de Hirohito de que Roosevelt estaba «tan dispuesto a discutir las cosas», el Borrador de Acuerdo en realidad era obra de varios diplomáticos inexpertos de ambos lados del Pacífico que

deseaban evitar la guerra entre los dos países. El obispo James Edward Walsh y el padre James M. Drought, dos católicos estadounidenses que pertenecían a Maryknoll, una sociedad misionera con sede al norte de Nueva York, lanzaron la iniciativa a su llegada a Japón el 25 de noviembre de 1940. Provistos de cartas de presentación de poderosos personajes de Wall Street, durante el mes que permanecieron allí, solicitaron entrevistas con figuras clave de la política, las fuerzas armadas y los negocios japoneses, entre los que estaba Matsuoka Yosuke, el ministro de Asuntos Exteriores de Konoé. En esas reuniones, los sacerdotes hicieron hincapié en la importancia de mejorar las relaciones entre los dos países. Cuando se les preguntó sobre la naturaleza exacta de su relación con el gobierno estadounidense, dieron respuestas enigmáticas y rehuyeron el tema.

A su regreso a Estados Unidos, los sacerdotes contactaron con Frank C. Walker, director general de Correos del presidente Roosevelt. Católico devoto, Walker les organizó en enero de 1941 una visita a la Casa Blanca, en la que informaron a Roosevelt de que los líderes japoneses con los que se habían entrevistado deseaban mejorar las relaciones con Estados Unidos. El presidente siguió buscando contactos con los japoneses por mediación de Walker y los sacerdotes, que finalmente presentaron el Borrador de Acuerdo que sería revisado por sus amigos japoneses (de los que hablaré más tarde).

En la reunión de enlace del 18 de abril la mayoría de los líderes japoneses expresaron su deseo de responder a la oferta estadounidense de inmediato. No obstante, el viceministro de Asuntos Exteriores, Ohashi, consideraba que para dar una respuesta afirmativa convenía que estuviera presente su superior, el ministro Matsuoka, que iba a regresar de Europa cuatro días después. La opinión de Ohashi se impuso. No suponían que lo que esperaban era la llegada de una gran tormenta.

CAPÍTULO 2

El regreso de Don Quijote

Una tarde de primavera de 1941, mientras soplaban el aire fresco en las estepas rusas, el ministro de Asuntos Exteriores japonés viajaba eufórico en el ferrocarril transiberiano. Rodeado del esplendor de un lujoso vagón de primera clase en el Flecha Roja, equipado con salón y baño privados, Matsuoka Yosuke se regodeaba en su mayor logro diplomático. Acababa de firmar, el 13 de abril de 1941, un pacto de neutralidad con la Unión Soviética. Por cortesía de Iósif Stalin^[56], el vodka y el caviar no escasearon en el último tramo de su *grand tour*. Y Matsuoka se iba poniendo cada vez más rojo, mientras bebía un vaso tras otro.

Cuando el ministro de Asuntos Exteriores embarcó para Europa el 12 de marzo fue criticado por otros miembros del gobierno. El objetivo declarado del viaje era celebrar la firma del Pacto Tripartito, a pesar de que había reportado nulos beneficios diplomáticos. Muchos colegas se quejaban de que el insufriblemente vanidoso y extravagante Matsuoka en realidad estaba promoviendo sus propios intereses y no los de su país. Pensaban que no era necesario ni útil que Matsuoka emprendiera una gran gira internacional cuando los ministros de Asuntos Exteriores japoneses tradicionalmente habían llevado a cabo su misión dando instrucciones a los diplomáticos destinados por todo el globo desde su base en Tokio.

Matsuoka visitó a Hitler en Berlín, donde fue recibido espléndidamente. Había una suerte de belleza rígida y disciplinada en la recepción teutónica que abrumó a su séquito de miembros del ministerio, oficiales militares y periodistas. Todas las estaciones de ferrocarril en Berlín^[57] estaban adornadas con banderas de la esvástica y del sol naciente. Cuando llegó el tren de Matsuoka, fue recibido con redoble de tambores y gritos de «¡Heil, Hitler! ¡Heil, Matsuoka!». El ministro hizo que abrieran las ventanillas del tren y

respondió a las impecables Juventudes Hitlerianas levantando el brazo en el saludo nazi. El gesto pareció instintivo, como si Matsuoka fuera un actor de kabuki entrenado desde su nacimiento para ejecutar los efectos teatrales más artificiosos. Sólo el rubor de sus mejillas traicionaba su excitación ante el ceremonial nazi. Más tarde, en Roma fue recibido cordialmente por Mussolini y por el papa, pero la recepción de Italia no fue comparable a ésta.

Matsuoka creía que su pacto con Stalin era el mayor regalo que podía llevar a su país. Ampliaría el Pacto Tripartito, convirtiéndolo en una entente cuatripartita (o una «alianza euroasiática continental», en sus propias palabras) dirigida contra la alianza liberal anglo-estadounidense. Desde hacía tiempo tenía en mente un acuerdo de este tipo. «Estrechar la mano a Alemania^[58] es una excusa temporal para estrechar la mano a la Unión Soviética –explicó a su secretario antes de partir hacia Europa–. Pero estrechar la mano a la Unión Soviética tampoco es más que una excusa para estrechar la mano a Estados Unidos». Mantenía que la mera fuerza de esta reunión de potencias «no pudientes» presionaría a Estados Unidos, una arrogante potencia «pudiente», para que hiciera gestos diplomáticos conciliadores. Entonces Japón podría vivir en un mundo pacífico –tal y como lo entendía Matsuoka– sin tener que disparar una sola bala.

A Matsuoka le gustaba asombrar y le encantaba acaparar la atención. Si Konoe era el melancólico Hamlet, Matsuoka era un Don Quijote megalómano. O, por usar de nuevo una metáfora teatral japonesa, era un actor de kabuki que exageraba cada movimiento y verso para seducir al público, mientras que Konoe era un actor *noh* que apenas se movía y ocultaba sus sentimientos tras una máscara silenciosa e inexpresiva, dejando que los demás le interpretaran.

Físicamente no había nada que llamase la atención en aquel hombre de estatura media, con gafas y bigote. Sin embargo, Matsuoka fue uno de los ministros de Asuntos Exteriores más influyentes del Japón moderno. Lo que le hacía especial eran su extraordinaria energía y su confianza en sí mismo. Nada le gustaba más que explicar la filosofía de su política exterior durante horas, especialmente si mientras tanto iba dando cuenta de alguna bebida alcohólica fuerte. No dejaba pasar ninguna oportunidad de perorar ante cualquiera que estuviera dispuesto, aunque sólo fuera por educación, a escucharle. Un intérprete alemán señaló que fue una de las pocas personas^[59] lo suficientemente osadas como para mantener lo que parecía una discusión espontánea en plano de igualdad con Hitler.

Al contrario que muchos japoneses, Matsuoka no trataba de ocultar su falta de modestia. En el verano de 1940 presionó todo lo que pudo para ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores en el segundo gobierno de Konoe. Logró impresionar a Konoe, que veía en él a un hombre que había llegado a donde estaba por sus propios medios, con un talento para medrar que podía ponerse al servicio de Japón. El príncipe creía que Matsuoka era el tipo de portavoz que el país necesitaba desesperadamente. No obstante, la profunda reorganización del ministerio que llevó a cabo poco después de su nombramiento fue algo inédito y no le hizo precisamente popular entre sus colaboradores. No le importó.

En un gobierno cuyos miembros rara vez estaban dispuestos a asumir responsabilidades individuales por las consecuencias de una política, y en un proceso de toma de decisiones que tendía a reducir las tensiones al mínimo denominador común, la fuerte personalidad de Matsuoka tenía un mérito indudable. Significaba que podía encargarse de que las cosas se hicieran con rapidez. Pero su excesiva energía con frecuencia desorientaba a los que lo rodeaban, como pronto vio Konoe. Matsuoka era tan hiperactivo que algunos pensaban que era adicto a la cocaína, una sustancia que, según se rumoreaba, había empezado a consumir en sus años de estudiante en Estados Unidos. A diferencia de Konoe, a quien en su privilegiada vida se le había dado todo, incluida la jefatura del gobierno, Matsuoka había tenido que luchar para llegar a donde estaba. Nacido en 1880 –once años antes que Konoe– en la prefectura de Yamaguchi, en el extremo suroccidental de la principal isla japonesa, su familia de comerciantes marinos había conocido tiempos mejores. A causa de las deudas por las inversiones especulativas de su padre y la disipación de sus hermanos mayores, la fortuna familiar había mermado considerablemente, por lo que, a los trece años, Matsuoka se embarcó para la costa Oeste de Estados Unidos, donde un pariente había emprendido un negocio.

Durante sus aventuras en el Nuevo Mundo, Matsuoka, que adoptó el nombre de Frank, vivió con familias estadounidenses en Portland, Oregón, y en Oakland, California. Ambicioso, continuó sus estudios mientras trabajaba en empleos temporales como ayudante de camarero, jornalero, portero, obrero del ferrocarril e incluso sustituto del pastor en varias bodas. Pese a las privaciones, Estados Unidos representó para Matsuoka un refugio de la pobreza familiar y una tierra de oportunidades. Llegó a amar el país, aunque le afectaban profundamente los prejuicios raciales y sociales que constituían una parte innegable y ofensiva de su existencia cotidiana. También fue en Estados Unidos donde conoció el cristianismo y se hizo metodista (unas horas

antes de su muerte se convirtió al catolicismo). Se graduó en Derecho –el segundo de su promoción– por la Universidad de Oregon, mientras aprendía por su cuenta derecho japonés. Pero no era un mero ratón de biblioteca. Sus compañeros de la universidad estaban impresionados^[60] por su talento para el póker, lo que sin duda le ayudó en su carrera diplomática.

Debido a la mala salud de su madre, Matsuoka regresó a Japón en 1902, a la edad de veintidós años, tras haber pasado nueve formándose en Estados Unidos. A pesar de su postura agresiva respecto a ese país como ministro de Asuntos Exteriores, lo consideraba su segunda patria. En su madurez, cuando ya había cumplido los cincuenta años^[61], regresó al lugar donde había pasado su adolescencia para poner una placa y plantar un árbol en la tumba de su «madre norteamericana», Isabelle Dunbar Beveridge, una devota cristiana que le había llevado a la fe metodista.

En 1904, el joven Matsuoka aprobó el examen del Ministerio de Asuntos Exteriores con la mejor nota de su clase (sólo lo aprobaron siete de un grupo ya selecto de 130) y comenzó su carrera diplomática. Al elegir este camino profesional, evitó por muy poco ser enrolado como soldado en la guerra ruso-japonesa. Pasó muchos años en China y un breve periodo en Rusia, donde, según se vanagloriaba más tarde, fue seducido por hermosas mujeres. En realidad, prefería el alcohol a la compañía femenina.

Como Matsuoka tenía un talento especial para hacer discursos memorables –una valiosa cualidad en las conferencias multilaterales–, se le envió como portavoz japonés a la Conferencia de Paz de París de 1919. Fue allí donde conoció a Konoe y experimentó por primera vez lo que era estar en lo más alto. Deseaba ser más que un burócrata. Por eso, en 1921, a los cuarenta y un años, abandonó el Ministerio de Asuntos Exteriores para entrar en el consejo del Ferrocarril Surmanchuriano, una compañía japonesa semiprivada con numerosas empresas subsidiarias relacionadas con el desarrollo del noreste de China. Fue ascendiendo y en 1927 se convirtió en vicepresidente de la compañía. Tres años más tarde, se presentó y fue elegido para la Cámara baja de la Dieta, la Cámara de Representantes, como miembro del partido político conservador Amigos del Gobierno Constitucional.

El Incidente de Manchuria, en septiembre de 1931, cuando unos jóvenes oficiales japoneses prepararon el terreno para la anexión del noreste de China, fue de tremenda importancia para la incipiente carrera política de Matsuoka. Aunque él no había defendido la ocupación militar de Manchuria en sí, apoyó la anexión. Sostenía que Japón debía adoptar una política firme respecto a

China en aras de su seguridad regional, pues temía un posible avance desde el norte soviético. Como «especialista en Manchuria», su carrera pública comenzó proclamando que Manchuria era «vital para Japón».

Aproximadamente un año y medio después del Incidente de Manchuria, el 24 de febrero de 1933, en un auditorio del elegante Palais Wilson de Suiza, un antiguo hotel de lujo en la parte occidental del lago Lemán, Matsuoka era el centro de atención. La gran sala estaba iluminada por cinco candelabros de cristal de Bohemia que colgaban del techo de arabescos decorado con pan de oro. Los delegados de unos cuarenta países miembros de la Sociedad de Naciones escuchaban en silencio mientras Matsuoka leía solemnemente una declaración que llevaba preparada. Anunció que Japón, uno de los Cinco Grandes que prepararon el Pacto de la Sociedad de Naciones, tenía la intención de retirarse de la Sociedad: un paso decisivo que puso a Japón en la senda del aislamiento internacional.

La Sociedad acababa de aprobar por cuarenta y dos votos frente a uno –el solitario voto de Japón– el informe de la Comisión Lytton. El documento, presentado a la Sociedad en septiembre de 1932, había sido preparado por una comisión independiente, dirigida por el británico lord Lytton, enviado a Extremo Oriente para verificar lo que había ocurrido en Manchuria. Su recomendación fue que Japón retirara sus tropas y devolviera a China la soberanía de la región. De acuerdo con sus constantes y, a menudo, tensas consultas con Tokio, Matsuoka se negó a aceptar el veredicto.

Personalmente, Matsuoka se oponía a la retirada de Japón de la Sociedad y dudaba de la probidad de la apresurada decisión de Tokio, basada como estaba en su renuencia a afrontar la humillación pública de la decisión de la Sociedad. Los líderes japoneses sostenían que, mientras Japón permaneciera en la Sociedad, con toda probabilidad sería víctima de sanciones económicas punitivas (como le ocurriría a Italia por la invasión de Etiopía). Les parecía que tales sanciones no serían tolerables. Al final, el gobierno soslayó la posibilidad de las sanciones abandonando el foro intergubernamental. Para un país al que durante toda su existencia moderna había preocupado la opinión internacional, ésta era una forma de salir del atolladero expeditiva y miope.

Para minimizar las consecuencias de abandonar la Sociedad, Matsuoka trató de explicar detalladamente la situación de Japón. En el podio, Matsuoka dejó el texto que llevaba preparado^[62] y elevó la voz todo lo que pudo: «¡Recuerden la historia! Nosotros recuperamos Manchuria de Rusia. La convertimos en lo que es hoy... Japón ha sido y siempre será un garante de la

paz, el orden y el progreso en el Extremo Oriente». Se opuso al control internacional de Manchuria: «¿Aceptaría el pueblo estadounidense un control semejante de la zona del Canal de Panamá? ¿Lo permitirían los británicos en Egipto?». Al terminar el discurso, hizo un gesto con la mano a su delegación y todos salieron de la sala.

Sin duda, ésta fue la reunión más dramática en la historia de la Sociedad de Naciones. Según el corresponsal de United Press enviado a Ginebra^[63], «la delegación, dirigida por el apuesto Yosuke Matsouka», parecía «grave y resuelta», y, cuando partió, «las abarrotadas tribunas prorrumpieron en silbidos mezclados con aplausos».

Aunque el Informe Lytton condenaba la acción militar japonesa, intentaba reconocer los intereses actuales de Japón en la región, así como sus aportaciones al desarrollo de ésta. Después de todo, muchas de las grandes potencias, pese a su teórico reconocimiento de la importancia de la soberanía, la autodeterminación, la igualdad, la paz y el entendimiento de todas las naciones del mundo, aún conservaban posesiones coloniales nada desdeñables. Acusar a Japón habría puesto en entredicho sus propios imperios. Así que para la asamblea fue una auténtica sorpresa cuando la delegación de Matsuoka abandonó la sala de una forma tan teatral.

Matsuoka había sido elegido para encabezar la delegación japonesa en la sesión especial de la Sociedad de Naciones en parte por su conocimiento de Manchuria. Debía convencer a la asamblea internacional de la legitimidad del Manchukúo –como hemos visto, una creación del Ejército japonés–, apelando a la armonía racial asiática, la planificación urbana hipermoderna y las vastas extensiones agrícolas del tamaño de Francia y Alemania juntas, y poner a la opinión internacional a favor de Japón. Poco después de su llegada a Ginebra el 8 de diciembre de 1932, Matsuoka improvisó, como le gustaba hacer, un discurso memorable por su excentricidad. «Actualmente nadie ve su significado^[64] –afirmó, refiriéndose al Manchukúo–, [pero] el mundo acabará por reconocer que Japón tenía razón». Y continuó con su característico estilo dramático: «Japón está a punto de ser crucificado como Cristo, y lo mismo que éste fue redimido más tarde en las sociedades europeas, Japón también será redimido». La alocución duró casi veinte minutos. Matsuoka recibió una ovación de la audiencia puesta en pie, que probablemente estaba aplaudiendo la terminación de su prolijo discurso más que su contenido.

Irónicamente, Japón había sido un miembro ejemplar de la Sociedad de Naciones desde su constitución en 1920, había enviado a la organización a sus

representantes más capaces y había hecho sustanciales aportaciones económicas, en buena medida porque consideraba que el multilateralismo y la cooperación internacional se estaban convirtiendo rápidamente en las normas aceptadas de la diplomacia del siglo xx. Para su decepción, y pese a todos sus esfuerzos, Japón no tardó en ganarse el apodo de Socio Silencioso, debido a la extremada reticencia de sus representantes. A muchos de los que estaban en Ginebra les divertía el locuaz embajador plenipotenciario, y le halagaban diciéndole que Japón por fin había pasado del cine mudo al sonoro.

La votación sobre el Informe Lytton supuso una gran decepción para Matsuoka, pues el intenso trabajo de relaciones públicas que había llevado a cabo en los dos meses anteriores resultó completamente inútil. Desde el Hotel Metropole, junto al lago Lemán, él y su equipo se habían dedicado a promover su causa con toda clase de actividades, como la proyección de un documental propagandístico sobre el Manchukúo. El ayudante de Matsuoka recordaba más tarde que, aunque su jefe era obstinado y reclamaba atención como un niño terco, durante aquellas tensas deliberaciones casi siempre fue amable con sus subordinados. El mismo ayudante reveló^[65] que Matsuoka ensayaba sus discursos «improvisados» durante horas en su habitación del hotel.

En aquel día fatídico en que Matsuoka anunció^[66] la intención de Japón de retirarse de la Sociedad, señaló a los allí reunidos:

Ahora el gobierno japonés se ve obligado a concluir que Japón y otros miembros de la Sociedad tienen ideas distintas sobre cómo lograr la paz en el Extremo Oriente, y el gobierno japonés cree que sus intentos para cooperar con la Sociedad respecto a las diferencias chino-japonesas han llegado al límite. No obstante, el gobierno japonés no escatimará esfuerzos para instaurar la paz en el Extremo Oriente, así como para mantener y reforzar unas relaciones cordiales con las demás potencias.

La desafiante salida de Matsuoka del cónclave internacional le convirtió en uno de los rostros más reconocibles del país. Los principales diarios japoneses, proclives a un exagerado chovinismo para aumentar su circulación, tomaron la iniciativa en presentarle como un hombre que había hecho frente a los arrogantes y prepotentes occidentales y a sus patéticos Estados clientelares. La entusiasta reacción japonesa sorprendió a Matsuoka, pero no tardó en empezar a disfrutar con su papel de héroe que retorna a casa. Ahora era un populista declarado y un político de éxito. Decidido a capitalizar su recién adquirida fama, en diciembre de 1933 dimitió de la Cámara de Representantes y abandonó los Amigos del Gobierno Constitucional. Durante el año siguiente se dedicó a viajar^[67] por todo Japón dando conferencias y

promoviendo su llamada Liga para la Supresión de los Partidos Políticos: pronunció 184 discursos ante un total de setenta mil personas. Durante la gira empezó a colocar una gran bandera del sol naciente detrás del podio, lo que se convertiría en una práctica habitual para demostrar las convicciones patrióticas.

En un discurso pronunciado en diciembre de 1933 ante un auditorio abarrotado en el Centro de la Juventud Japonesa de Tokio, habló de los males del capitalismo y del comunismo, y anunció la extinción del sistema parlamentario japonés: «No creo que la política de partidos sea la única forma^[68] de alcanzar un gobierno constitucional... La política de partidos no es más que una de ellas».

Para entonces, su credo político se había inclinado hacia el fascismo. Pero, como en el caso de Konoe, su fascinación por el fascismo era superficial y con reservas. Sin duda, a Matsuoka le impresionaba la Alemania nazi, aunque evidentemente no podía asumir la base racial del nacionalsocialismo alemán, que colocaba a los asiáticos en una posición subordinada. No se puede decir que previera el genocidio nazi, pero sí fue crítico con la política nazi. El general de división Higuchi Kiichiro, destacado en Harbin^[69], acudió a él en calidad de presidente del Ferrocarril Surmanchuriano, donde volvió a trabajar de agosto de 1935 a febrero de 1939. Higuchi había sufrido y presenciado la discriminación mientras estuvo destinado en Polonia y Alemania, lo que le llevó a interesarse por el sionismo y la situación de los judíos europeos. Después de que Japón firmara el Pacto Antikomintern con Alemania en 1936, Higuchi declaró públicamente que había que dar a los judíos un suelo patrio antes de expulsarlos de Europa. En marzo de 1938, cuando se enteró de que a un grupo de judíos que había escapado de Alemania se le negaba la entrada en el Manchukúo, pidió ayuda a Matsuoka. Éste intervino para que los trenes de su compañía trasladaran a los refugiados a Shanghái y los pusieran a salvo.

Así, el afán de Matsuoka por ser un líder fuerte y carismático que pudiera cautivar y movilizar a un país como un dictador fascista explica en parte su fascinación por las potencias del Eje, aunque, tal y como la concebía, la razón principal de su política de alianzas era obtener una ventaja relativa en las negociaciones diplomáticas con Estados Unidos. Su superficial visión de las ambiciones del Eje también explica el hecho de que fuera incapaz de valorar la profunda aversión anglo-estadounidense tanto a los nazis como a la alianza japonesa con ellos.

«La diplomacia es poder, mi joven amigo^[70]. La diplomacia del Eje es una palanca que se puede utilizar para obtener poder. Nadie tiene que decirme eso. Lo sé muy bien», decía un ebrio Matsuoka mientras el Flecha Roja rugía a través de Rusia el 13 de abril de 1941. Sólo estaba repitiendo a Saionji Kinkazu, un asesor del Ministerio de Asuntos Exteriores de algo más de treinta años, lo que ya había dicho antes durante el viaje. Matsuoka sermoneaba a Saionji en un estado de dichosa embriaguez: «¡El Pacto Tripartito no es una alianza para promover la guerra. Es para mantener la paz!».

Matsuoka insistía en que a él le guiaba el poder. Admiraba a Metternich, el estadista austríaco célebre por su talento para crear un equilibrio de poder sostenible entre Estados y poner fin a las guerras napoleónicas en el Congreso de Viena. Pero los tiempos habían cambiado. El fascismo, el liberalismo, el comunismo, con todas sus variedades, competían entre sí. Saionji creía que Matsuoka estaba cometiendo un grave error al obviar las grandes diferencias que existían entre unos y otros regímenes.

Saionji, que se había formado en Gran Bretaña, siempre se había sentido muy próximo a su liberal abuelo, el príncipe Saionji Kinmouchi. No creía que el hecho de que Japón hubiera firmado un pacto de neutralidad con la Unión Soviética fuera a intimidar al presidente Roosevelt o al secretario de Estado Hull para que llegaran a un acuerdo con Japón. Durante sus charlas regadas con abundante alcohol, Saionji dijo a Matsuoka que Japón no debía aproximarse demasiado a las potencias del Eje. Sabiendo que Konoe lamentaba ahora el Pacto Tripartito, deseaba que Matsuoka también lo viera como un desacierto diplomático. «Debería apoyar al príncipe Konoe^[71]», dijo Saionji a Matsuoka, que repuso: «Sí, sí, ya apoyo al príncipe. Incluso dije que me ponía a su disposición para ser ministro cuando formara gobierno... Pero, Kinkazu-san, la diplomacia exige experiencia. Y yo soy el que mejor sabe lo que hay que hacer ahora».

Mientras el tren avanzaba, Matsuoka se sentía cada vez más seguro de que la jefatura del gobierno de Japón estaba a su alcance. Probablemente el alcohol tenía algo que ver con ello. Pero también le ofuscaba el recuerdo de la reciente generosidad de Stalin. Unas horas antes, cuando el tren de Matsuoka estaba a punto de salir, Stalin apareció entre la densa niebla moscovita seguido del ministro de Asuntos Exteriores, Vyacheslav Molotov. El líder soviético había venido a despedir a Matsuoka personalmente, un gesto insólito, pues Stalin casi nunca se dejaba ver en público, ni siquiera con

dignatarios extranjeros. «Ve usted, yo soy asiático^[72] –dijo Stalin–. ¡Soy de Georgia! ¡Somos hermanos, así que debemos colaborar!».

Esta vez Stalin había firmado el pacto con Matsuoka sin su habitual demora. En cuanto la delegación japonesa regresó a Moscú desde Berlín, Alemania atacó Yugoslavia, lo que aumentó la ansiedad de Stalin y quizá le condujo a sobrevalorar la alianza de Japón con los nazis. Para Stalin, el pacto de neutralidad era muy ventajoso, pues garantizaba la seguridad del frente soviético del este sin necesidad de ceder territorio a Japón. Como Matusuoka había sugerido el pacto de neutralidad después de visitar Berlín, Stalin creía que la Unión Soviética también quedaba a salvo de un ataque alemán en su frente occidental, al menos por el momento. Pese a todo, Stalin delató su inquietud a su peculiar manera. Cuando las delegaciones japonesa y soviética^[73] estaban firmando los documentos del tratado en el amplio y espartano despacho de Molotov en el Kremlin, Stalin se presentó caminando lentamente y fumando, con su característico terno gris marengo de cuello alto sin adornos de medallas o insignias. Entonces se dirigió a la mesa del buffet que estaba dispuesta junto a una pared y empezó a inspeccionar y a recolocar los vasos y los cubiertos como si fuera el mayordomo de una gran mansión. Finalmente todo transcurrió sin contratiempos.

Cuando Stalin y Matsuoka se despidieron con un fuerte abrazo en la estación, ambos estaban alegres y ebrios. Mucho después de que se pasara el efecto del alcohol, Matsuoka aún sentía la euforia del triunfo. La creciente tensión entre él y Konoé pareció ceder algo gracias a las buenas noticias que llevaba Matsuoka. Al oír las novedades de Moscú, Konoé dijo: «¡Matsuoka es un hombre competente!»^[74].

Los japoneses, que, como siempre, aceptaron el tono general de las acríticas informaciones de la radio y la prensa, se entusiasmaron al conocer la noticia. El 23 de abril el *Asahi* elogiaba a Matsuoka por «instilar nueva vida en el Pacto Tripartito» y sugería que había asegurado la paz para Japón cuando se encontraba al borde de la guerra con Occidente. Ni Estados Unidos ni Gran Bretaña se atreverían a provocar a Japón ahora que la Unión Soviética había mostrado sin lugar a dudas que no era un peón de los Aliados. En el momento de máxima popularidad de Matsuoka, sus fotografías se vendían más que las de las estrellas cinematográficas más famosas, como Li Xianglan, una actriz de películas de propaganda del Manchukúo. (En realidad, era una actriz japonesa nacida en China llamada Yamaguchi Yoshiko, que mantenía en secreto una relación con el hijo mayor de Matsuoka).

Matsuoka regresó triunfante a Japón el 22 de abril, cuatro días después de que el embajador Nomura telegraficara a Tokio el resumen del Borrador de Acuerdo con Estados Unidos. Aunque esta noticia de Washington fue una sorpresa, a Matsuoka le agradó al principio, pues supuso erróneamente que él había sido responsable de la repentina oferta estadounidense de iniciar negociaciones diplomáticas y que su idea del equilibrio de poderes con la Unión Soviética había dado fruto de forma inmediata.

Durante su estancia en Moscú, Matsuoka se había reunido tres veces con el embajador estadounidense Laurence Reinhardt para averiguar si sería posible convencer a Roosevelt de que hablara con él a la luz «de la nueva situación». Según un periodista que le acompañó^[75] en su *grand tour*, Matsuoka tenía un plan para conseguir la atención del presidente: solicitaría una reunión con Chiang Kai-shek y éste accedería. Después del fructífero encuentro, volarían a Washington para reunirse con el presidente estadounidense. Roosevelt, Chiang y Matsuoka acordarían la neutralización de los territorios al norte de la Gran Muralla china, la retirada de las tropas japonesas de China y el reconocimiento del Manchukuo como Estado independiente. Entonces se firmarían tratados de no agresión entre China y Japón y entre Estados Unidos y Japón. Cuando Konoé le informó del Borrador de Acuerdo^[76] por teléfono, mientras esperaba en Dalián el avión que le llevara a casa, Matsuoka dijo lleno de optimismo a su secretario: «¡Pronto iremos a Estados Unidos!». Una prueba más de su megalomanía. Cuando Matsuoka se enteró del verdadero origen del Borrador de Acuerdo, se sintió postergado. No había autorizado a ninguno de los participantes por el lado japonés –de hecho, ni al embajador Nomura– que mantuviera contactos diplomáticos importantes y le exasperaba que el Borrador de Acuerdo propusiera una reunión entre Konoé y Roosevelt, no entre Matsuoka y Roosevelt, en Hawái. Le parecía que la noticia representaba una amenaza para su autoridad y, de hecho, tuvo el efecto de desviar de él el foco de atención.

La noche en que Matsuoka regresó a Tokio se celebró una conferencia de enlace del gobierno y los estados mayores para coordinar la respuesta japonesa a Washington. Asistieron los ministros más importantes, los jefes del Estado Mayor del Ejército y de la Armada, y el viceministro de Asuntos Exteriores Ohashi, que acababa de recibir la noticia del Borrador de Acuerdo. Matsuoka estaba decidido a sabotear la discusión. Éste debería haber sido su momento. Abrió la conferencia jactándose de sus logros en su viaje por Europa. Cuando se pasó a tratar la propuesta «estadounidense», Matsuoka

gritó a los asistentes que Nomura no sabía lo que estaba haciendo y que era importante mostrar lealtad a Alemania como aliado. Por esa razón, insistió en que los alemanes debían ser informados del contenido del Borrador. Estaba convencido de que la propuesta^[77] «era fruto en un 70 por ciento de un designio malicioso y sólo en un 30 por ciento de buena voluntad». Postergó la decisión sobre cómo se debía actuar y abandonó la sala excusándose en su agotamiento y su mala salud.

Después de que Matsuoka se marchara, Ohashi afirmó que, cuando volvían del aeropuerto, Matsuoka le había dicho que no pensaba responder a Estados Unidos por el momento. Pero la mayoría de los asistentes a la reunión^[78], incluidos los militares, estaban a favor de comenzar las negociaciones cuanto antes. En una exhibición típica de indecisión y falta de interés, Konoe se retiró a su villa afirmando que tenía fiebre alta.

Impacientes por recibir instrucciones, los negociadores japoneses en Washington llamaron por teléfono a Matsuoka el 29 de abril, pero fue inútil. Nomura estaba indignado y decepcionado; había supuesto que Matsuoka aprovecharía la oportunidad para comenzar las negociaciones de inmediato, dado que el Borrador de Acuerdo se ajustaba al principio diplomático de Matsuoka de resolver las cosas mediante conversaciones. Durante sus frecuentes visitas^[79] al secretario de Estado en el Hotel Carlton, Nomura tuvo que excusarse repetidas veces por la demora y pidió a Hull que no se impacientara, pues «en Japón había maniobras políticas en juego».

Roosevelt y Hull no habían aceptado la afirmación de los sacerdotes católicos de que la mayoría de los líderes japoneses deseaban evitar la guerra. Washington simplemente consideraba el documento una forma de iniciar la comunicación oficial con el país. No obstante, en Tokio la mayoría ignoraba el hecho de que el documento no tenía relación directa con la Casa Blanca y que había sido una iniciativa de diplomáticos aficionados de ambas partes.

Del lado japonés, el más destacado de aquellos aspirantes a pacificadores era Ikawa Tadao, un banquero de cuarenta y siete años. Ikawa había ido al colegio con Konoe y había ayudado a crear un grupo de expertos para el príncipe unos años antes. Después de casarse con una mujer estadounidense, fue tesorero del consulado japonés en Nueva York durante la mayor parte de los años veinte y estableció muchos contactos en Estados Unidos. Gracias a su intermediación los dos sacerdotes estadounidenses fueron recibidos por los líderes japoneses durante su visita a Tokio el invierno anterior. En el transcurso de su estancia decidió que a él también le gustaría participar en el

proyecto de paz.

Afable y bien parecido, Ikawa parecía sentirse tan cómodo con el mundo que podía llegar a dar una impresión frívola y displicente de la que muchos, entre ellos Matsuoka, recelaban. Pero poseía energía y ambición en igual medida. Cuando los sacerdotes le dieron la noticia de que Roosevelt había accedido a intentar una solución diplomática, Ikawa fue a Nueva York en un viaje privado, supuestamente para arreglar las cosas con su exesposa estadounidense. Llegó el 27 de febrero de 1941.

Como no trabajaba oficialmente para el Ministerio de Asuntos Exteriores, el personal de la embajada japonesa en Washington le trató con frialdad. No obstante, consiguió ganarse la confianza del miembro de más categoría de la delegación. Nomura, que acababa de ser nombrado embajador y por tanto tampoco estaba completamente integrado en la embajada, al principio no confiaba en Ikawa. Aunque Matsuoka le había indicado que le evitara, Nomura tomó a Ikawa más en serio después de que, el 8 de marzo, el banquero organizara una reunión secreta en la residencia del titular del Departamento de Estado para presentar a Hull al embajador. Con la llegada del coronel Iwakuro Ideo, un alto oficial de cuarenta y dos años, que conocía bien el conflicto chino-japonés, no tardaron en comenzar las «conversaciones informales» –como las llamaron los estadounidenses– entre Japón y Estados Unidos.

Iwakuro, en consulta con Nomura, los agregados militares de la embajada y un especialista en tratados, introdujo numerosas modificaciones en la propuesta que los sacerdotes habían redactado. El equipo japonés se reunía en una sala del sótano de la embajada, mucho después de que los demás miembros de la misión diplomática se hubieran marchado a casa, para preparar un extenso documento cuyos puntos fundamentales pueden parafrasearse como sigue:

1. Estados Unidos y Japón reconocerían que eran poderosos vecinos en el Pacífico y se esforzarían por lograr la paz en la región y una relación amistosa.
2. Japón afirmaría que el objetivo del Pacto Tripartito era impedir la expansión de la guerra europea. Japón sólo se vería obligado por su compromiso militar si Alemania era atacada agresivamente por un tercer país que no hubiera entrado en la guerra todavía. La respuesta de Estados Unidos a la guerra europea estaría determinada únicamente por la protección de su bienestar y seguridad.
3. El presidente de Estados Unidos recomendaría al gobierno de Chiang Kai-shek que firmara la paz con Japón si el presidente aprobaba –y el gobierno japonés mostraba su acuerdo– las siguientes condiciones: a) independencia de China, b) retirada de las tropas japonesas de acuerdo con los tratados chino-japoneses, 3) ninguna anexión de territorio chino, d) ninguna

- indemnización, e) reanudación por parte de China de la política de Puertas Abiertas, f) fusión del gobierno de Wang Jingwei, respaldado por los japoneses, con el de Chiang Kai-shek, g) freno japonés a la emigración masiva a China y h) reconocimiento del Manchukuo.
4. Tanto Estados Unidos como Japón renunciarían a utilizar su potencia aérea y naval en el Pacífico con fines intimidatorios.
 5. Ambos gobiernos reanudarían el Tratado de Comercio y Navegación que habían firmado previamente.
 6. Japón no recurriría a la fuerza y sólo se serviría de medios pacíficos en el Pacífico suroccidental (incluido el Sudeste Asiático). Por su parte, Estados Unidos ayudaría a Japón a obtener recursos como petróleo, caucho, aluminio y níquel.
 7. Para facilitar la estabilización política del Pacífico ni Estados Unidos ni Japón aceptarían el avance europeo en esa región, ambos garantizarían la independencia de Filipinas y Estados Unidos se comprometería a que los inmigrantes japoneses fueran tratados como los demás, sin discriminación alguna.

El 16 de abril Hull preguntó a Nomura^[80] si estaría dispuesto a comenzar las negociaciones sobre la base del documento revisado por los japoneses, que «contenía numerosas propuestas con las que mi gobierno estaría de acuerdo». Hull también dijo que el documento necesitaría «modificación, ampliación o eliminación completa» de algunas secciones, además de «incorporar nuevas sugerencias independientes». El telegrama de Nomura en el que informaba de su reunión con Hull no decía explícitamente que el Borrador de Acuerdo no era una propuesta oficial del gobierno estadounidense. Según admitió más tarde Iwakuro, uno de los ayudantes de Nomura se había encargado de redactarlo así deliberadamente; el ministro consejero Wakasugi Kaname consideró más efectivo poner de relieve la buena disposición de Estados Unidos y minimizar la intervención japonesa en el documento. Sin embargo, el telegrama de Nomura a Tokio dejaba claro que el gobierno estadounidense deseaba introducir más modificaciones. Es posible que el viceministro de Asuntos Exteriores Ohashi, al recibir el telegrama de Nomura, descuidara con la agitación inicial señalar la matización estadounidense, de forma que los líderes de Tokio quizá recibieran la impresión de que, en su propuesta, Washington se avenía a las exigencias japonesas mucho más de lo que los estadounidenses probablemente estuvieron nunca dispuestos a conceder.

Hay que reconocer a Matsuoka el mérito de haberse dado cuenta de que sus colegas del gobierno se habían alegrado demasiado pronto. Rechazó la versión revisada del Borrador de Acuerdo que había enviado Nomura y pidió consultar el texto inglés original. A principios de mayo se quejó en privado a un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores^[81] de que «el Borrador de Acuerdo que ha llegado de Estados Unidos es alarmante» porque

está claro que no es un documento estadounidense. Eso lo han escrito japoneses. Todo el mundo, incluido el príncipe Konoe, parece creer que lo más difícil ha pasado, que sólo nos queda dar a

Estados Unidos una respuesta positiva. ¡Qué ingenuos!... Puedo asegurarle que, una vez que comencemos las negociaciones, empezarán a surgir toda clase de problemas... Como el Incidente de China todavía no se ha resuelto, no podemos negociar [con Washington] con entera libertad... Y si la negociación fracasa, eso dará al ejército una excusa para comenzar la guerra. Sé que tengo razón.

Matsuoka tenía razón en que las cosas no serían tan fáciles como habían parecido al principio. Pero en vez de ver la propuesta como lo que era –una oportunidad para mostrar la disposición de Japón a dialogar– sobrerreaccionó en parte por mezquindad y resentimiento. En la conferencia de enlace de los ministros y jefes militares más importantes celebrada el 3 de mayo, Matsuoka, tras haber salido finalmente de su autoimpuesta reclusión (aunque durante su ausencia se había sentido lo suficientemente bien como para criticar a Konoé en un discurso público), presentó lo que dio en llamarse el Plan del 12 de Mayo (la fecha en que Nomura se lo presentó a Hull). Se podría haber llamado el Plan Matsuoka. Aunque teóricamente se basaba en el Borrador de Acuerdo, el contenido difería considerablemente. Uno de los cambios más llamativos^[82] se refería al futuro de la guerra europea:

Los gobiernos de Estados Unidos y Japón hacen suyo el objetivo de promover la paz mundial [sic]; por lo tanto, se esforzarán conjuntamente no sólo por impedir la extensión de la guerra europea, sino también por restablecer cuanto antes la paz en Europa.

La aspiración de Matsuoka –impulsada por su insaciable sed de «grandeza»– de intermediar para devolver la paz a Europa quizá fuera bienintencionada, pero perdía de vista completamente la realidad de la situación: la Administración Roosevelt no tenía ninguna intención de negociar con el régimen nazi. Además, ¿cómo podía ayudar a los demás un país que era incapaz de poner término a su propia guerra con China? La nueva propuesta de Japón eliminaba todas las condiciones para mantener conversaciones de paz con China, probablemente porque Matsuoka no quería verse atado por ninguna limitación concreta. Insistía en que si Chiang Kai-shek no accedía a firmar la paz con Japón, Estados Unidos debía dejar de apoyar a su régimen. Japón quería que se le ayudara y se le dejara solo al mismo tiempo. Matsuoka ofreció garantizar la independencia de las Filipinas a condición de que las islas mantuvieran «un estatus de neutralidad permanente» y que «la inmigración japonesa en Estados Unidos recibiera una consideración amistosa, en términos de igualdad con otras nacionalidades y sin sufrir discriminación alguna». El Borrador de Acuerdo había estipulado que «las actividades japonesas en el área del Pacífico suroriental deberán llevarse a cabo por medios pacíficos, sin recurrir a las armas». Esta especificación desapareció en la nueva propuesta porque se consideraba

«inapropiada e innecesariamente crítica» y porque «la política pacífica del gobierno japonés ha quedado clara en numerosas ocasiones en las distintas declaraciones realizadas tanto por el primer ministro como por el ministro de Asuntos Exteriores». Esta supresión significaba que Japón no iba a renunciar a sus operaciones militares en el Sudeste Asiático, lo que alarmaba a la Administración Roosevelt.

Matsuoka sorprendió incluso al ejército japonés con su intransigencia. Quería que todo el mundo supiera que sólo negociaría desde una posición de fuerza, o, más bien, de apariencia de fuerza. Estaba convencido de que una actitud desafiante y resuelta era la que mejor resultado podía dar en una negociación con Estados Unidos.

En su deseo de que Japón se mostrara más inflexible, Matsuoka y Konoé coincidían plenamente, pese a sus personalidades tan distintas. Cuando acababa de regresar de Estados Unidos^[83], a los veintidós años, al parecer Matsuoka dijo a su maestro que «lo más importante es recordar que los estadounidenses nunca nos deben subestimar». Y a continuación describió un escenario hipotético en el que un japonés y un estadounidense se cruzaban en un estrecho camino:

El estadounidense no te agradecería que te inclinaras y le cedieras el paso educadamente. De hecho, te despreciaría y pensaría que eres un blando. Si le das un puñetazo en la cara, entonces te verá como un igual y empezará a respetarte. Los diplomáticos japoneses deberían tomar nota [del carácter estadounidense] desde ahora mismo.

El «Plan Matsuoka» no hizo más que reforzar la absoluta aversión de Hull hacia el ministro de Asuntos Exteriores japonés. (Entre Hull y Nomura se había creado una curiosa afinidad sobre esto en los últimos tiempos. El 11 de mayo, el día antes de recibir el nuevo plan^[84] de Matsuoka, Hull se quejó a Nomura de lo difícil que resultaba confiar en los «actos y declaraciones» del ministro de Asuntos Exteriores japonés y señaló que «[el embajador] no sólo no mostró su desacuerdo con nada de lo que dije, sino que me pareció que se identificaba con lo que manifesté sobre Matsuoka»). Cuando Nomura le entregó el documento^[85] y descubrió la supresión del pasaje «sin recurrir a las armas», Hull murmuró por lo bajo: «Así que esto significa que no hay garantías de que no vayan a ir al sur», en referencia a las incursiones de Japón en el Sudeste Asiático para reforzar su posición estratégica.

Washington había sugerido inicialmente que el Borrador de Acuerdo, un documento no oficial, debía constituir el punto de partida para que ambos países retomaran el diálogo. Pero Matsuoka insistía en que Japón no estaba

dispuesto a comenzar las negociaciones si Estados Unidos no aceptaba primero determinadas exigencias. Creía que, poniendo dificultades, Japón se estaba ganando el respeto de Washington. La realidad era que Japón estaba desperdiciando una oportunidad de alcanzar un acuerdo viable.

En aquellos momentos Washington aún estaba dispuesto a hacer concesiones sustanciales a Japón. Por ejemplo, Hull había dicho que negociaría^[86] con Japón sólo si aceptaba sus Cuatro Principios: 1) respeto a la integridad territorial y la soberanía de todos y cada uno de los países, 2) apoyo al principio de no injerencia en los asuntos internos de otros países, 3) apoyo al principio de igualdad, incluida la igualdad de oportunidades comerciales, y 4) mantenimiento del statu quo en el Pacífico, aunque el statu quo pueda cambiarse por medios pacíficos. Pero en una conversación personal con Nomura^[87], Hull afirmó que el cuarto principio «no afectaría... al “Manchukúo”, sino que sería aplicable en el futuro desde el momento en que se aprobase un acuerdo general». La respuesta de Matsuoka había establecido una premisa irreversible para los negociadores japoneses, así como para el ejército. Al insistir en el derecho de Japón al uso de la fuerza en el sur, había creado innecesariamente un problema sobre algo a lo que los propios militares habían estado dispuestos a renunciar. El ejército, en concreto, quería evitar más aventuras después de haber librado con la Unión Soviética una serie de combates fronterizos desastrosos en Nomonhan, cerca del Manchukúo, de mayo a septiembre de 1939. Matsuoka, un civil que había eludido el servicio militar, estaba instando al ejército a adoptar una actitud más beligerante.

Konoe dijo que había ido al aeropuerto para recibir personalmente a Matsuoka después de su viaje por Europa y para tratar con él el trasfondo del Borrador de Acuerdo. No quería que el hipersusceptible Matsuoka se ofendiera porque le hubieran dejado al margen en este asunto. Pero, según Konoe, Matsuoka se negó a volver en el coche con él e insistió en que el primer deber del ministro de Asuntos Exteriores era rendir sus respetos en el Palacio Imperial. Desconcertado por la frialdad de Matsuoka, Konoe renunció a hacer el camino de regreso en su compañía. Más tarde afirmó que esto no hizo sino profundizar la distancia que los separaba.

A pesar de su creciente descontento con Matsuoka, Konoe le permitió que se hiciera cargo de la diplomacia de su gobierno, aun a riesgo de provocar animadversión en Washington. Konoe simplemente se negaba a enfrentarse con su ministro de Asuntos Exteriores. Matsuoka repetía a los demás líderes

que sabía mucho más que ellos sobre el mundo grande y hostil que había más allá de las playas japonesas. Nadie podía refutarlo. Como recordaba más tarde un oficial^[88] del Estado Mayor del Ejército, «el método habitual de Matsuoka era traer su propuesta directamente a la reunión de enlace e imponerla a toda costa. La forma en que lo conseguía era realmente admirable». En una cultura política en la que las sorpresas suscitaban rechazo y las consultas previas eran la norma, Matsuoka era un caso único. La expresión japonesa «cavar alrededor de la raíz del árbol antes de trasplantarlo» no describía sus métodos.

Konoe, por el contrario, prefería los acuerdos entre bastidores y estaba empezando a preparar poco a poco la salida de su ministro de Asuntos Exteriores. Matsuoka no era un enemigo cualquiera, y el príncipe creía que su caída debía orquestarse cuidadosamente en la antigua tradición de la intriga política, en la que el príncipe se desenvolvía perfectamente por naturaleza. Pero, para ello, Konoe necesitaba tiempo, mucho más tiempo del que Japón se podía permitir.

CAPÍTULO 3

El comienzo de todo

El año 1882 fue decisivo en la historia militar japonesa por un documento oficial que emitió el recién nombrado gobierno de Japón.

Mutsuhito, de veintinueve años, el primer emperador moderno de Japón, sostenía aquel documento en sus manos el cuarto día del nuevo año, en una sala del Palacio Imperial cubierta con una alfombra roja. Lo mismo que ocurría con tantas otras cosas en el nuevo Estado, el palacio en el que el emperador se reunía con su selecta audiencia era provisional. La residencia oficial –la anterior había quedado destruida en un incendio unos años antes– todavía estaba en construcción. Ataviado con un uniforme militar negro y guantes blancos ceremoniales, Mutsuhito permanecía de pie, completamente recto como un gimnasta, tras un podio adornado por un brocado de oro sólo apropiado para ocasiones solemnes como ésa. En aquel escenario en el que predominaba el estilo occidental destacaba la tradicional estufa de carbón vegetal o *hibachi* colocada detrás de él para calentar la imperial espalda de Su Majestad.

Para la media de aquella época Mutsuhito era alto: 1,68 m. (La altura de los japoneses aumentaría debido a la dieta occidentalizada, con carne y productos lácteos, que se introdujo bajo su mandato). Tenía una expresión grave, ojos penetrantes y una espesa barba negra. Al otro lado del podio se encontraba el ministro del Ejército, Oyama Iwao. Rechoncho, diez años mayor que Mutsuhito, Oyama compartía la debilidad del emperador por los placeres sibaritas occidentales, en especial los bistecs y los buenos vinos franceses. Oyama, al que sus colegas llamaban cariñosamente Sapito, también llevaba un uniforme oscuro de estilo prusiano (copiado, junto con otras disposiciones institucionales, del ejército prusiano, que en aquellos momentos

se encontraba en la cumbre de su poder). Cuando llegó el momento en que le correspondía aceptar el documento imperial, Oyama extendió los brazos con toda la ceremoniosa solemnidad de que la que era capaz. Entonces se inclinó profundamente ante el emperador. Con gran pompa, el Edicto Imperial a Soldados y Marineros, el decreto del emperador sobre cómo ser un buen soldado, descendía de las manos del soberano celestial a las de su humilde súbdito. La ceremonia, destinada tanto para el mundo exterior como para el público interior, transmitía el mensaje de que Japón se tomaba en serio la modernización y no aceptaría el tratamiento desigual que las potencias occidentales le habían impuesto.

Algunos testigos occidentales ridiculizaron los primeros intentos de Japón de hacer suya la solemnidad oficial. Es bien conocida la parodia de los japoneses que el marino y novelista francés Pierre Loti presentó en su *Madame Chrysanthème*, la historia autobiográfica de un breve matrimonio de conveniencia entre un oficial naval francés y una mujer japonesa, que inspiraría la ópera de Puccini *Madame Butterfly*. No tan famoso, *Un Bal à Yeddo*^[89] (*Un baile en Yeddo*) relata una velada en el Rokumeikan, un edificio de dos plantas de Tokio, en el que a finales de 1883 se abrió un salón de baile para visitantes extranjeros. Así es como Loti describe a los caballeros japoneses que trataban de modernizarse y sus desmañados atuendos occidentales: «El frac, tan feo incluso cuando lo llevamos nosotros, les da un aspecto extraño... No sabría decir exactamente por qué, pero de alguna manera me recuerdan a monos».

Como buen seductor, Loti es un poco más benévolo con el sexo opuesto:

¡Oh, y esas mujeres!... jóvenes solteras pegadas a la silla, y sus madres, alineadas contra la pared como tapices, resultan criaturas sorprendentes si se las examina de cerca. ¿Qué es lo que resulta extraño? Por mucho que lo intente no puedo definirlo con precisión: probablemente sus pechos son excesivos o insuficientes, los tienen demasiado altos o demasiado bajos o no conocen el corsé que realza las curvas. Pero su aspecto no es vulgar ni ordinario, con sus manos pequeñitas y sus trajes importados directamente de París... No, a pesar de todo, son verdaderamente raras y siguen sin resultar convincentes cuando sonrían, con sus ojos estrechos, patizambas, de narices planas.

Aquellas veladas del Rokumeikan que, con su tímida suntuosidad, empezaron a organizarse tras la promulgación del Edicto Imperial a Soldados y Marineros eran parte del proyecto nacional de Japón, una demostración de que el Estado se estaba modernizando. Diseñado por el joven arquitecto británico Josiah Conder, el Rokumeikan, que no parecía ni completamente oriental ni totalmente occidental, iba a ser escenario de espectaculares fiestas. Pero no era sólo Loti, con su actitud de superioridad, a quien desconcertaba lo extraño que resultaba todo aquello. La inquietud también se extendió a los

propios japoneses. Muchas mujeres no se atrevían a bailar, por decoro o por vergüenza, y por eso los hombres eran bastante más numerosos. Pero nada impedía que algunos japoneses patriotas literalmente bailaran por el Japón moderno. Okura Kihachiro, un hotelero excéntrico^[90] y amante de la diversión, cofundador del Hotel Imperial de Tokio así como del Rokumeikan, describía así a una extraña pareja que vio en la pista de baile una noche:

Los dos eran hombres, uno de ellos era muy fornido, como un luchador de sumo, mientras que el otro estaba especialmente flaco; la pareja bailaba con toda seriedad, pero como hacían un contraste tan peculiar, causaron conmoción entre los espectadores, que intentaban averiguar su identidad. Después de observarlo más de cerca, resultó que el hombre grueso era Oyama, el ministro de la Guerra de Japón, y el flaco era el gobernador de Tokio... Ahora bien, en esta ocasión, Oyama iba vestido con un atuendo militar occidental, mientras que su compañero llevaba kimono y *hakama* al estilo japonés, y ambos bailaban con toda seriedad, aunque sin mucho arte.

Para Japón, la llamada época Rokumeikan representó una era de profundas transformaciones. El Edicto Imperial a Soldados y Marineros fue un paso decisivo en este sentido. Junto con el Edicto Imperial sobre la Educación, emitido en 1890, con el tiempo definiría el carácter mismo del nacionalismo japonés y del Estado Meiji. (Tras la muerte de Matsuhito, a su reinado se le llamó Meiji, que significa «gobierno iluminado»). No constituía simplemente un código de conducta militar sino que también era una orden imperial a los militares, que debían alimentar y conservar un espíritu japonés esencial en un mundo que se estaba modernizando rápidamente. El preámbulo del edicto afirmaba que el emperador era el jefe supremo de las Fuerzas Armadas, formadas por militares profesionales, así como por reclutas que debían cumplir un servicio militar obligatorio de tres años, instituido en 1873. Como principios rectores, los hombres debían cultivar cinco virtudes: lealtad, cortesía, valentía, honor y frugalidad. La más importante era la lealtad, que ponía de relieve la absoluta deferencia del hombre hacia el emperador (en vez de hacia un gobierno elegido). «Somos vuestro Comandante en Jefe Supremo»^[91] empezaba el decreto, y seguía así:

Nuestras relaciones con vosotros serán las más estrechas cuando Nos apoyemos en vosotros como Nuestros miembros y vosotros Nos reverenciéis como vuestra cabeza. Que seamos capaces de proteger al Imperio y, así, demostrar que somos dignos de las bendiciones celestiales y corresponder a la benevolencia de Nuestros Ancestros, depende de que cumpláis fielmente vuestros deberes como soldados y marineros... El soldado y el marinero deben considerar la lealtad su deber fundamental... Recordar que, como la protección del Estado y el mantenimiento de su poder dependen de la fuerza de sus armas, el aumento o el declive de su vigor ha de afectar al destino de la nación para bien o para mal; por lo tanto, que no os confundan las opiniones del momento ni os mezcléis en política, sino que, de todo corazón, cumplid vuestro deber fundamental de lealtad y tened presente que ese deber es más poderoso que una montaña, mientras que la muerte es más ligera que una pluma. Nunca hagáis nada de lo que tengáis que avergonzaros ni deshonréis vuestro nombre por faltar a los principios morales.

A pesar de la redacción, resultaría extremadamente difícil definir la relación exacta entre el gobierno y las Fuerzas Armadas.

La Constitución Meiji, que entró en vigor aproximadamente ocho años después, no aclaró la cuestión, pues no subordinaba las Fuerzas Armadas al gobierno. Medio siglo después, esto permitió a políticos de derecha y oficiales radicalizados afirmar que eran libres de seguir sus propias políticas cuando «aconsejaron» al emperador e invocar la noción de la independencia del mando supremo. Por esto, el decreto imperial de 1882 puede considerarse una de las causas subyacentes de la militarización de Japón durante la década de los treinta y, en último término, del ataque a Pearl Harbor.

Al principio, el edicto cumplió su función inmediata de consolidar las recién creadas Fuerzas Armadas del nuevo régimen. Fue redactado por destacadas figuras militares e intelectuales de la época, especialmente el arquitecto de la Armada Imperial, Yamagata Aritomo. Su objetivo era, sobre todo, aplacar el descontento que se estaba gestando entre ciertos segmentos del nuevo y abierto Japón. En 1882 muchos samuráis sin señor estaban descontentos con el régimen que había sustituido al shogunato Tokugawa en 1868. Tras perder sus privilegios sociales como casta guerrera, estaban resentidos contra el Estado Meiji y añoraban el antiguo orden.

Más allá de ese prosaico rencor, había muy buenas razones para estar descontento con el nuevo gobierno. Las personas de mentalidad progresista – en general, jóvenes idealistas de la clase educada de los samuráis– creían que las reformas Meiji no eran lo bastante profundas. En la década de 1870 esas opiniones cristalizaron en el primer movimiento de masas en Japón por la libertad y los derechos de la población, que se extendió a todas las clases económicas y sociales. Inspirados por los filósofos liberales occidentales como John Stuart Mill y Jean-Jacques Rousseau, los activistas democráticos atacaban las tendencias oligárquicas del nuevo régimen y propugnaban la implantación de una constitución y una asamblea legislativa elegida. También hicieron esfuerzos precursores por promover el bienestar social y los derechos individuales, incluidos los de las mujeres y otros grupos discriminados históricamente por su asociación hereditaria con oficios «contaminados», como los curtidores y los carniceros.

En la década de 1880 ya se había convertido en un fuerte movimiento de masas, a veces subversivo. Como habría hecho cualquier gobierno cuyo poder recién adquirido se apoyara en la fuerza, el nuevo régimen reaccionó inicialmente con medidas represivas. No tuvieron demasiado éxito. Con

sorprendente flexibilidad, el gobierno cambió de táctica y reconoció el éxito del movimiento, prometiendo en 1881 que en diez años se elegiría una asamblea nacional.

Cuando, al poco tiempo, se emitió el Edicto Imperial a Soldados y Marineros, la exigencia de lealtad y obediencia al emperador no satisfizo precisamente a los activistas democráticos. Pero el decreto de 1882 era confuso. Los emperadores japoneses podían jactarse de pertenecer a la estirpe monárquica ininterrumpida más antigua del mundo, pero apenas habían ejercido el poder terrenal durante siglos. En vísperas del nacimiento del Japón moderno, el shogun Tokugawa era sin duda un líder mucho más evidente que Mutsuhito.

Durante mucho tiempo, la tarea de centralizar el poder y ejercerlo sobre Japón, en sentido político, se había dejado en manos de los samuráis, mientras que los emperadores quedaban relegados a un papel secundario, refrendando con su bendición a los gobernantes guerreros. En 1603 el señor de la guerra Tokugawa Ieyasu salió victorioso de la lucha más sangrienta por el poder y su familia gobernó el país unificado durante más de doscientos cincuenta años. Se creó un sofisticado sistema de jerarquía y patronazgo para evitar rebeliones internas. Los gobernantes Tokugawa tomaron precauciones contra la llegada de ideas e influencias extranjeras subversivas, entre las cuales el cristianismo se consideraba la más amenazadora. Aunque los chinos y los coreanos aún podían entrar en Japón, los Tokugawa sólo permitieron a un reducido número de comerciantes holandeses (los menos proselitistas de todos los occidentales) establecer un pequeño puesto comercial en la bahía de Nagasaki.

Hay que reconocer que la institución imperial había demostrado su resistencia adaptándose repetidas veces a los nuevos tiempos. En la era de los señores de la guerra, los emperadores a duras penas conservaron su posición como guardianes del sintoísmo, una religión animista y sincrética basada en un culto ancestral a la naturaleza. Pero gracias a los gobernantes Tokugawa, que buscaron en los emperadores la legitimación de su poder temporal, la corte experimentó una suerte de renacimiento. Al otorgar su aprobación imperial a la familia Tokugawa para gobernar Japón, los emperadores restablecieron su legitimidad como depositarios últimos e inviolables del poder celestial para hacer y deshacer reyes. Esta relación simbiótica no era distinta de la que había entre algunos monarcas europeos y el Vaticano.

Cuando los jóvenes reformistas sustituyeron al gobierno Tokugawa durante la Restauración Meiji, también acudieron al emperador en busca de su

bendición. Pero ellos fueron más lejos. Hicieron de Mutsuhito, de quince años, el símbolo de unión para el renacimiento de Japón como potencia moderna. Un año después de que en enero de 1868 se declarase la restauración del gobierno imperial «directo» sobre el país, la familia imperial se trasladó de Kioto, donde había tenido su sede tradicionalmente, al antiguo castillo Edo en Tokio, en el que habían residido los Tokugawa hasta hacía muy poco tiempo. Durante los primeros quince años de su vida, el niño-emperador había permanecido oculto a las miradas de sus súbditos. Ahora su retrato se exhibía en los espacios públicos y hogares.

En los primeros años Mutsuhito fue presentado por todo el país –271 veces en la primera década de su reinado– a fin de que conectara con sus súbditos, que ni siquiera sabían que tuvieran un emperador. Erwin von Bälz, un médico alemán^[92] que fue a Japón a enseñar medicina occidental, anotó en su diario en 1880 que era preocupante «el poco interés que mostraba la plebe por su gobernante». Era necesario obligar a la población a celebrar el cumpleaños de Mutsuhito: «Sólo decoran las casas con banderas cuando la policía les conmina a ello. De lo contrario, hacen lo mínimo».

El Mutsuhito que ceremoniosamente emitió el Edicto Imperial a Soldados y Marineros era un emperador moderno, un emperador que, en su aspecto, comportamiento y lenguaje, se mostraba como la antítesis del adolescente vestido con quimono que había sido en la antigua capital. La vestimenta occidental del emperador y su vello facial eran admirados como símbolos de civilización, modernidad e ilustración, y eran emulados por personas corrientes. Los japoneses pronto demostraron su gusto por las novedades y empezaron a adoptar la dieta de carne que seguía Mutsuhito, de forma que el *sukiyaki*, un plato consistente en lonchas de carne de buey guisadas en cazuela con salsa de soja, pronto se convirtió en un popular plato nacional.

Mutsuhito se adaptó a su nuevo rol con facilidad, aunque, de entrada, ser el primer emperador moderno de Japón estaba lleno de contradicciones. El emperador debía encarnar la antigua y sagrada institución imperial, pero también representaba una nueva monarquía occidentalizada. La Constitución Meiji de 1889 convirtió el sintoísmo en una religión casi estatal, cuyo sumo sacerdote era Mutsuhito. Los padres fundadores del Japón Meiji, que habían estudiado a las potencias europeas, sabían que el cristianismo proporcionaba a esos países un elemento de cohesión y pensaban que el sintoísmo podría cumplir esa función en su país. También se daban cuenta de que un gobierno secular es un aspecto importante de los sistemas parlamentarios consolidados

y que Japón debía suscribir el moderno concepto europeo de separar la Iglesia y el Estado. En consecuencia, la posición de Mutsuhito tenía que volverse más simbólica y la Constitución estableció que el trono era sagrado y sacrosanto, y estaba por encima de la política, aunque el emperador siguiera siendo el jefe militar supremo. La glorificación del emperador como la esencia del sistema político nacional resultó ser una forma muy eficaz de inventar una identidad japonesa moderna. En la década de 1930, la sociedad japonesa estaba formada por personas imbuidas del culto al emperador. Sin embargo, en 1882 había muchas cosas sobre el nuevo Estado Meiji y el papel del emperador que no estaban claras. Era un gobierno que carecía de fundamento sólido, tanto espiritual como práctico. La Restauración Meiji había dejado heridas emocionales que tendrían que cerrarse y deficiencias institucionales que debían subsanarse.

La Restauración Meiji fue resultado de la alianza militar que en 1866 establecieron los dos clanes feudales del sur: Satsuma y Choshu. Tradicionalmente anti-Tokugawa y, por tanto, clanes de segunda fila, tanto Satsuma como Choshu estaban descontentos con el shogunato desde hacía mucho tiempo. A finales de la década de 1860, una serie de errores políticos de los Tokugawa proporcionaron la oportunidad para que samuráis idealistas y ambiciosos de esos dos clanes finalmente pasaran a la acción. Gracias a su conexión con Gran Bretaña, Satsuma poseía tecnologías de guerra modernas (aunque desde 1867 el shogunato Tokugawa también estaba modernizando su ejército rápidamente bajo los auspicios de asesores militares franceses). Una vez obtenida la bendición imperial, las fuerzas de Satsuma y Choshu se fueron abriendo paso hacia el norte para derrocar a los partidarios del shogunato. La guerra civil de Boshin de 1868-1869 consolidó su conquista del poder.

Los jóvenes samuráis de baja graduación de esos clanes victoriosos dominaron el nuevo gobierno y más tarde recibieron títulos aristocráticos. Algunos fueron corrompidos por los despojos del poder que habían obtenido con tanto esfuerzo. Pero muchos más eran hombres de iniciativa, talento, disciplina e imaginación extraordinarios que deseaban que Japón se convirtiera en un poderoso Estado-nación.

El ministro del Ejército, Oyama, era uno de ellos. Perteneciente al clan Satsuma, era el primo hermano del llamado último samurái, Saigo Takamori, el afamado héroe de la guerra de Boshin, conocido por su imponente físico y su sencilla pero magnética personalidad. El propio Oyama también había

participado en esa guerra revolucionaria y en la búsqueda de una identidad moderna de Japón. En la guerra anglo-satsuma de 1863 (en realidad, más una escaramuza que una verdadera guerra), le había impresionado la tecnología de las armas británicas, por lo que se dedicó a estudiar las armas de fuego occidentales. (Satsuma, con vistas al futuro, había decidido cultivar los contactos con Gran Bretaña).

La trayectoria profesional de Oyama estuvo íntimamente unida al desarrollo del propio Ejército Imperial. Después de participar en la represión de las rebeliones contra el nuevo régimen en los primeros años del gobierno Meiji, se marchó a Europa para profundizar su conocimiento de las tecnologías bélicas occidentales. Fue testigo de la guerra franco-prusiana y asistió a un curso de estudios estratégicos en Ginebra a comienzos de la década de 1870. Su competencia como comandante en la guerra chino-japonesa de 1894-1895 y en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 le dio credibilidad y ostentó de forma sucesiva los cargos de ministro del Ejército y ministro de Interior, además de recibir el título de príncipe.

Estados Unidos no intervino en las guerras de Japón de la era Meiji. Pero algunos de los estrechos e importantes vínculos, con frecuencia personales, que se habían creado hicieron que pareciera inconcebible una futura confrontación entre los dos países. El innovador *ethos* del nuevo Estado japonés era, en realidad, bastante estadounidense.

En el verano de 1882, el año del Edicto Imperial a Soldados y Marineros, una belleza alta y esbelta, de rostro perfectamente oval, se encontraba en el estrado del salón de actos de su *college* en Poughkeepsie, Nueva York. Era una de las seleccionadas de su promoción para pronunciar un discurso de despedida basado en el tema de su tesis. Yamakawa Sutematsu destacaba entre sus compañeras de clase de Vassar. Era la delegada de la clase, se había graduado magna cum laude y pertenecía a varias prestigiosas sociedades. Se comportaba como una mujer occidental perfecta, pero su suave y elegante aspecto y sus impecables maneras ocultaban una voluntad de hierro. Era la primera mujer japonesa en graduarse en una universidad.

Stematz (así era como había adaptado su nombre para sus compañeras estadounidenses), que había vivido en Estados Unidos desde los once años, era un producto de la exitosa ingeniería social emprendida por el joven gobierno Meiji con ayuda de estadounidenses bienintencionados. Era una de las cinco jóvenes enviadas a Estados Unidos con becas del gobierno para convertirse en prototipos de la mujer japonesa moderna, una idea concebida

originalmente por Kuroda Kiyotaka, un samurái convertido en estadista que estaba a cargo del desarrollo de Hokkaido, la isla más septentrional de Japón. Durante su viaje a Estados Unidos en 1871 le habían impresionado las mujeres de aquel país, especialmente las robustas damas que había visto cultivando las tierras de la frontera junto a sus hombres. Igual que el Oeste norteamericano había sido conquistado por hombres y mujeres, Kuroda pensaba que las mujeres japonesas, como esposas, madres e incluso trabajadoras, debían desempeñar un papel protagonista en el nacimiento de Japón como una gran nación.

Los Yamakawa, una venerable y antigua familia samurái, estaban al servicio del señor de Aizu. En la guerra civil japonesa, Aizu había apoyado al debilitado shogunato Tokugawa y, junto con otros clanes septentrionales que habían hecho lo propio, fueron tachados de enemigos de la corte imperial. En agosto de 1868, en una de las últimas y más feroces batallas de la guerra, Stematz, con ocho años de edad, luchó junto a los hombres y mujeres de Aizu, asediados por las fuerzas enemigas. Su misión era evitar las explosiones en el castillo del clan, cubriendo con colchones los proyectiles que no habían estallado. Aquellos proyectiles los había disparado un batallón Satsuma dirigido por su futuro esposo, el ministro del Ejército Oyama.

Los clanes rebeldes del norte se vieron completamente impotentes ante el apoyo tecnológico que los británicos prestaban a las fuerzas del sur. Con la caída de Aizu quedó sellada la suerte de la familia Yamakawa. Había que hacer algo drástico para recuperar la respetabilidad social. La educación era la mejor, y con frecuencia la única, forma de recuperar el estatus. En aquellos momentos, el gobierno estaba convocando a los aspirantes a estudiar en el extranjero, animando a los jóvenes a adquirir conocimientos en Occidente. Muchos jóvenes de las familias en decadencia de los clanes derrotados aceptaron el desafío. Aunque muy pocas familias estaban dispuestas a enviar a sus hijas tan lejos durante tanto tiempo, los Yamakawa, en su apurada situación, decidieron enviar a la suya.

Stematz se educó en el hogar de Leonard Bacon, un clérigo abolicionista de New Haven, Connecticut. Junto con sus catorce hijos, fue a colegios locales antes de matricularse en Vassar. Su mejor amiga era la hija menor de Bacon, Alice Mabel, que muchos años después participaría en la fundación del primer *college* para mujeres en Japón. A diferencia de otros estudiantes japoneses, que se integraron hasta el punto de olvidar casi por completo su lengua materna, Stematz decidió conservarla y escribía cartas a casa todos los

días.

A principios del verano de 1882, las lealtades de Stematz eran múltiples: al nuevo gobierno japonés, que le había permitido estudiar en Estados Unidos; a su familia, que intentaba rehabilitarse; a los Bacon, que la aceptaron como a una hija propia, y a Vassar, que le permitió convertirse en una mujer independiente. Estaba deseosa de ser útil en el mundo real.

Su regreso a casa a finales de 1882, después de once años en el extranjero, fue un tanto decepcionante. Estaba sobrecualificada para los puestos de trabajo a los que podían aspirar las mujeres en el Japón Meiji. Entonces se casó con uno de los hombres más poderosos del gobierno Meiji. Oyama Iwao era viudo y le llevaba dieciocho años. También era el general responsable de la caída del clan al que pertenecía su familia. Una unión así habría sido impensable en círculos menos sofisticados. Después de la boda, Stematz pudo dedicarse a diversas iniciativas filantrópicas y educativas.

La historia del príncipe Oyama y su esposa de Vassar era un ejemplo de cómo la innovación, el esfuerzo, una gran ambición y la imaginación individuales podían superar las heridas históricas que dividían a Japón. Estados Unidos, el futuro enemigo de Japón, era una de las principales fuentes de inspiración de esa unión. Tanto Japón como Estados Unidos eran potencias emergentes que estaban alcanzando su madurez precisamente cuando el mundo estaba sufriendo un profundo cambio. En palabras de un historiador^[93], era «un mundo de imperios obtenidos y mantenidos por el poder militar» y, sin embargo, también era «un mundo en proceso de internacionalización; un mundo cada vez más consciente de su unicidad» debido a la interdependencia económica, los movimientos por la paz y los medios de comunicación (aunque el término «globalización» todavía no se había acuñado). En un mundo de agendas rivales y grandes incertidumbres, Japón consideraba a Estados Unidos un mentor propicio. «Alcanzar y sobrepasar a Occidente» era el mantra de la empresa nacional japonesa. Y, casi siempre, Occidente significaba Estados Unidos, no la vieja Europa.

Siguiendo fielmente el Edicto Imperial a Soldados y Marineros, en las décadas siguientes Oyama rehuyó un poder político excesivo y prefirió vivir como militar. No obstante, los Oyama, verdaderas historias de éxito por esfuerzo propio, tanto en su vida pública como en la privada, tenían una posición sólida en la clase dirigente Meiji. A través de su hijo, que se casó con una hermana pequeña del príncipe Konoé Fumimaro, incluso establecieron vínculos con una antigua familia aristocrática. El innovador espíritu Meiji

desapareció gradualmente en esta nueva versión del antiguo orden.

La era Meiji terminó en 1912 con la muerte del emperador Mutsuhito. Su gobierno había durado cuarenta y cinco años (superando al de la reina Isabel I de Inglaterra por un año). Japón, que había comenzado como un país feudal aislado en la periferia de Asia, se había convertido en un poderoso Estado industrial. Ahora poseía instituciones de educación superior, una red de ferrocarriles eficaz y un servicio postal excelente. No obstante, el mayor orgullo Meiji lo constituían su ejército y su marina, que habían ganado dos guerras sucesivamente, contra la China Qing y contra la Rusia zarista. Al final de la era Meiji, el nuevo Japón parecía cada vez más una antigua potencia o, al menos, una imitación muy lograda. El *ethos* innovador y las iniciativas individuales de Estados Unidos que tanto habían impresionado a los constructores del Estado Meiji empezaron a parecer una amenaza para el glorioso futuro imperialista de Japón, pues obstaculizaban su búsqueda de la hegemonía en la región asiática del Pacífico.

Al Japón de Yoshihito, el hijo del emperador Mutsuhito, con frecuencia se le atribuye una energía positiva y creativa. Este periodo presenció el auge de un sistema parlamentario sólido pese a sus deficiencias. En el exterior, Japón estaba afianzándose como gran potencia emergente. Había comenzado un periodo lleno de esperanza que dio en llamarse «Democracia Taisho». (Taisho, que significa «gran rectitud», es como se designa al reinado de Yoshihito, que duró de 1912 a 1926).

Este periodo no estuvo caracterizado únicamente por la actividad de las instituciones democráticas. La vida japonesa se volvió más libre en muchos aspectos. Especialmente en las ciudades, más personas disfrutaban por menos dinero de los placeres de las salas de baile, cafés, grandes almacenes, teatros y cines. Como observó un poeta, la marca de la civilización es que cualquiera puede tomarse una taza de café por la mañana y permitirse un periódico cada día.

Pero, por desgracia, Yoshihito no estaba a la altura de su misión. Carente de carisma personal y fuerza física, a los ojos de su formidable padre, no era un heredero satisfactorio al trono. Fue emperador porque no había otro candidato, ya que todos sus hermanos mayores habían muerto en la infancia. De niño sufrió meningitis y debido a su condición física y mental, cada vez más frágil, los estadistas que le rodeaban concluyeron, hacia 1921, que su papel imperial había de ser pasivo. Era primordial que su primogénito, Hirohito, accediera al trono cuanto antes.

Como preparación para su gran cometido, de marzo a septiembre de 1921 Hirohito emprendió un *grand tour* por Europa, durante el que visitó Gran Bretaña, Francia, Bélgica e Italia. Aprendió las normas occidentales de etiqueta en la mesa a bordo del *Kagatori*, en cuya cubierta también disfrutó practicando golf. Ningún príncipe heredero japonés había estado antes en Europa. Hirohito, que cumplió veinte años durante el viaje, regresó a casa convertido en un gran anglófilo. En Gran Bretaña había recibido una bienvenida entusiasta, en parte debido a la Alianza Anglo-Japonesa de 1902, una alianza entre iguales. Un documental japonés informaba con orgullo que el rey británico, Jorge V, había atendido al joven príncipe heredero con «bondad paternal». El príncipe aparecía reservado pero, sin duda, contento, y mostraba un agradable aire de curiosidad juvenil.

Uno de los momentos culminantes del viaje de Hirohito fue su estancia, invitado por el duque de Atholl, en el castillo de Blair en Perthshire. El príncipe heredero se sintió verdaderamente conmovido por la simplicidad y la frugalidad de la vida del noble escocés. Cuando faltaba poco para que terminara una fiesta organizada en honor de Hirohito, la sala de baile se llenó de gente común de la hacienda. «Permítame mostrarle cómo bailamos realmente los escoceses», se supone que le dijo el duque, y su esposa y él se unieron a la danza de los campesinos. El asombro de Hirohito se transformó en aprecio y concluyó que mientras los aristócratas y las personas acomodadas llevaran una vida sencilla, no habría que preocuparse por la lucha de clases. Además de adquirir el hábito de tomar cada mañana el desayuno tradicional inglés, que mantuvo durante toda su vida, Hirohito parecía muy atraído por la máxima de «reinar pero no gobernar» de la monarquía británica.

Poco tiempo después de su regreso a Japón, debido al rápido empeoramiento de la salud de su padre, Hirohito fue nombrado regente, lo que equivalía a ser el soberano y ejercer una autoridad comparable a la del emperador. Hirohito era ahora comandante en jefe de las Fuerzas Armadas japonesas. Cuarenta años después del Edicto Imperial a Soldados y Marineros, el Ejército y la Marina imperiales se habían convertido en poderosas instituciones.

Hirohito tenía opiniones muy definidas sobre las cuestiones militares. Había vuelto de Europa convencido de los horrores de la guerra. Después de pescar salmón en las Highlands escocesas, le habían llevado al infame campo de batalla de Ypres, en Flandes. La Gran Guerra había acabado hacía tres

años, pero aquellos campos desolados todavía estaban llenos de restos de las sangrientas batallas que habían costado la vida de cientos de miles de jóvenes. Por doquier había proyectiles rotos y casquillos, como si formaran parte del paisaje. El poeta inglés Laurence Binyon, que fue profesor en la Universidad Imperial de Tokio a finales de los años veinte, escribió un famoso tributo a los muertos en la guerra en su poema de 1914 «A los caídos»: «No envejecerán, como nosotros, los que quedamos, / no les pesará la edad, ni les condenarán los años». No era sólo que hubieran muerto jóvenes lo que tanto impresionó al sensible príncipe heredero, sino también cómo perduraba el dolor. El oficial belga que guió a Hirohito en su recorrido se derrumbó mientras le explicaba algo. Al príncipe se le llenaron los ojos de lágrimas cuando se enteró de que su hijo había perecido en el campo de batalla.

La filosofía monárquica de Hirohito y su aversión a la guerra no tardarían en ser puestas a prueba. A finales de 1923, un joven revolucionario anarquista trató de asesinarle. (En 1932 se produjo otro intento de asesinato, en esta ocasión a manos de un nacionalista coreano). Esto mermó su confianza en la posibilidad de ganarse el apoyo popular mezclándose con la gente corriente. Debido a las paradójicas ambigüedades de ser un comandante en jefe divino que prefería reinar pero no gobernar, el papel imperial de Hirohito y su responsabilidad personal no dejarían de complicarse. Reinaba tanto sobre el gobierno como sobre las Fuerzas Armadas y en varias ocasiones decidió ejercer su poder sobre ellos, aunque no lo hiciera con frecuencia. No obstante, durante el breve periodo de calma que experimentó Japón tras la Primera Guerra Mundial, Hirohito parecía todo lo relajado que podía estar alguien que era esencialmente solitario y con tendencia a la angustia. Se había preparado cuidadosamente para ascender al trono imperial y mantener los logros conseguidos desde la época de su abuelo, al que idolatraba. En diciembre de 1926 Yoshihito murió a los cuarenta y siete años e Hirohito se convirtió oficialmente en el emperador de Japón.

CAPÍTULO 4

Los dilemas de los soldados

En octubre de 1921, poco después de que Hirohito regresara de su viaje por Europa, se puso en marcha una silenciosa revolución en el ejército japonés. Comenzó en el lugar más inverosímil, la pintoresca ciudad balnearia de Baden-Baden, en la Selva Negra, donde Nagata Tetsuzan, Obata Toshio y Okamura Yasuji, tres miembros de la promoción de 1904 de la Academia Militar Imperial Japonesa, se habían reunido en secreto. Ninguno de los oficiales –ya cercanos a los cuarenta años, pertenecientes a la élite del ejército y destinados a Europa– tenía aspecto de combatiente. Flacos y con gruesas lentes, más bien daban la impresión de preferir los libros al agotador ejercicio al aire libre y, desde luego, al combate. A aquellos hombres, conocidos por su brillante expediente académico y su habilidad política en una enorme institución militar que estaba empezando a funcionar como un órgano burocrático impersonal, se les llamó «los tres pilares del Ejército». Un día después, se les unió otro oficial, también destinado a Alemania, con las mismas ideas que ellos: Tojo Hideki, de la promoción de 1905.

Lejos de miradas indiscretas, hicieron un juramento secreto sobre la reforma interna del Ejército Imperial. Acordaron eliminar el faccionalismo en las Fuerzas Armadas, llevar a cabo una reorganización radical del personal y del sistema militar, y establecer un método para la movilización general. En la década siguiente se intentó introducir paso a paso una reforma a gran escala a medida que, de acuerdo con sus expectativas, los cuatro oficiales iban ascendiendo en el cuerpo de intendencia. Cada uno a su manera, todos propugnaban un ejército más fuerte y más unido, y, por tanto, un Japón también más fuerte con el ejército a su cabeza.

Las cicatrices de la guerra civil y la rápida modernización del periodo Meiji pervivían en muchos lugares, incluido el ejército. En 1921 la estructura

de poder de la Restauración Meiji parecía consolidada. Uno de los dos padres fundadores del ejército japonés moderno, el príncipe Yamagata Aritomo, que ahora tenía más de ochenta años, seguía activo políticamente. Se creía que, mientras viviera, todo el que no perteneciera al clan Choshu del sur, que él había dirigido, no podría ascender en el exclusivo cuerpo de intendencia. En realidad, el predominio de la facción de Yamagata era cada vez menor, conforme se iban incorporando extraños a los puestos de mando. Pero su influencia aún molestaba a los oficiales que se reunieron en Baden-Baden, ninguno de los cuales pertenecía al clan Choshu.

El padre de Tojo había sido víctima de ese faccionalismo, pues procedía de uno de los clanes rebeldes del norte que lucharon contra la alianza Choshu-Satsuma en la década de 1860. Aunque había sido el primero de su promoción en la Escuela Militar de la Guerra, su carrera nunca progresó. Tojo había sentido como propia la decepción profesional de su padre y estaba decidido a ajustar viejas cuentas con la élite militar que había sido tan injusta con él.

La muerte del príncipe Yamagata a principios de 1922, sólo unos meses después de la reunión en la Selva Negra, resolvió el problema del predominio de Choshu. No obstante, la consecuencia fue que la cultura militar se volvió más rígida y estrecha de miras. En nombre de la meritocracia, se puso un énfasis cada vez mayor en el expediente escolar, lo que benefició a los cuatro oficiales de Baden-Baden, que habían sido estudiantes brillantes, especialmente Nagata Tetsuzan. Con el tiempo se vio claramente que Nagata estaba destinado a dirigir el ejército en un futuro no tan lejano. A Obata no le agradaba demasiado el ascenso de su correligionario. Aunque coincidía con Nagata en la necesidad de reformar el ejército, estaba en completo desacuerdo sobre cómo había de ser dicha reforma. Obata era una de las principales personalidades de la facción del Camino Imperial, fundada por el pomposo general ultranacionalista Araki Sadao y su aliado Masaki Jinzaburo. Los miembros más jóvenes del grupo solían ser oficiales ultranacionalistas descontentos, conocidos por su defensa de métodos radicales y terroristas. Veían un Japón idealizado, unido bajo el poder divino del emperador, que contaría con la ayuda del ejército en su cometido concreto de guiar a la nación. Sostenían que el nuevo Japón tenía que superar la corrupción política y la influencia corporativa. Acusaban al régimen saliente de todos los males de Japón desde la década de 1920.

Nagata representaba un grupo reformista rival, al que generalmente se denominaba facción del Control, aunque no se había fundado oficialmente y

estaba integrado por la mayoría de los que se oponían a la agenda del Camino Imperial. Nagata, que prefería no participar en la política de facciones, imaginaba a Japón en el futuro como un Estado-nación extremadamente eficiente y centralizado bajo la tutela del ejército, un país reorganizado como una eficaz máquina bélica, preparado para la guerra total. La facción del Control era completamente pragmática y maquiavélica, y estaba desprovista de todo sentimentalismo. En otros ministerios Nagata tenía simpatizantes que también querían «transformar» Japón sobre la base de la eficiencia. Por cierto, muchos de aquellos presuntos «nuevos burócratas» apoyarían el Movimiento por el Nuevo Orden de Konoé cuando éste volvió como primer ministro en 1940.

La facción del Camino Imperial, por otra parte, era proclive al sentimentalismo, invocaba valores seudotradicionalistas y presentaba al ejército como el guardián del espíritu guerrero de Japón. Consideraba que la sociedad japonesa era demasiado corrupta para poder recuperarse y sostenía que debía reconstruirse desde la base. No obstante, ambas facciones coincidían en la necesidad de militarizar la vida política del país. Con independencia de la facción que ganara, Japón tendría un ejército deseoso de inmiscuirse en la política, en claro desafío a los preceptos imperiales de 1882.

A mediados de los años treinta Nagata, apoyado por otros dos juramentados de Baden-Baden, Okamura y Tojo, había llegado a la cima, tras superar numerosos reveses a base de astucia y habilidad para establecer alianzas. Nombrado jefe de la Oficina de Asuntos Militares del Ministerio del Ejército a principios de 1934, Nagata estaba perfectamente situado para introducir cambios significativos, entre ellos de personal. En la mañana del 12 de agosto de 1935 sus sueños encontraron un abrupto final cuando un intruso irrumpió en su despacho de hermosos paneles de caoba en el Ministerio del Ejército y le atacó con una espada de samurái. Nagata, desarmado, recibió un corte en la frente, dos en la espalda y, otro en la garganta. Murió en el suelo de su despacho.

El asesino, Aizawa Saburo, era un teniente coronel próximo a los cincuenta años a quien habían indignado algunas de las decisiones de Nagata sobre figuras clave de la facción del Camino Imperial, incluido su líder, Araki. Nagata tenía cincuenta y un años y estaba en la cumbre de su carrera. Irónicamente, se encontraba en una reunión para tratar cómo se podía atajar el comportamiento incontrolado de los oficiales radicalizados cuando irrumpió su asesino. Durante el juicio, Aizawa recibió grandes muestras de apoyo y

simpatía populares. Aunque fue declarado culpable y ejecutado, a algunos este respaldo les afectó tanto como el propio asesinato.

La violencia continuó y alcanzó su momento álgido el 26 de febrero de 1936 con el intento de golpe de Estado instigado por jóvenes oficiales influidos por el Camino Imperial (ellos afirmaban que constituían un grupo distinto), que defendían valores especialmente ultranacionalistas. Después de movilizar a casi mil quinientos soldados en un Tokio cubierto de nieve, asesinaron a varias figuras clave del gobierno, incluidos el ministro de Hacienda y el señor guardián del sello privado. Muchos de los soldados que tomaron parte en este intento de golpe no estaban demasiado politizados; simplemente tenían que cumplir las órdenes. Los oficiales rebeldes, no los soldados, eran quienes creían que la violencia revolucionaria constituía una forma de cambiar el statu quo. Pero los oficiales podían explotar fácilmente los agravios de los soldados de inferior graduación, muchos de los cuales eran víctimas de la pobreza endémica que el campo japonés había empezado a sufrir mucho antes de la depresión económica mundial. Con demasiada frecuencia se oían historias de mujeres jóvenes y niños vendidos a sórdidos intermediarios que los enviaban a burdeles de las ciudades.

Los oficiales rebeldes que habían tramado el golpe afirmaban que no buscaban tomar el poder y justificaban sus actos como un medio legítimo para salvar al emperador de las corruptas influencias de la democracia y el capitalismo. De hecho, los cerebros de la conspiración querían que su nuevo líder fuera el príncipe imperial Chichibu, el mayor de los hermanos más jóvenes de Hirohito. El príncipe era un militar que tenía una popularidad inmensa en el ejército.

Hirohito mostró más resolución de lo habitual e inmediatamente denunció el golpe. Le horrorizaba e indignaba la cobardía de los ataques nocturnos; hombres desarmados de más de setenta y ochenta años habían sido asesinados en pijama. Curiosamente, la inusitada muestra pública de rechazo por parte del emperador pronto fue seguida de otra manifestación de simpatía popular por los golpistas. Como el asesino de Nagata, los conspiradores eran elogiados por su objetivo presuntamente puro y desinteresado de evitar que el emperador y el imperio tomaran el camino equivocado. La ejecución de los principales cabecillas los convirtió en mártires. La filosofía del Camino Imperial siguió siendo popular, aunque después de este incidente no hubo más intentos serios de golpe de Estado por parte del ejército.

Esto significaba que, a pesar de toda la sangre derramada, no había un

vencedor claro en la lucha entre facciones y que la cúpula militar tendría que vivir con una bomba de relojería –el temor latente a un levantamiento desde abajo– que podía estallar en cualquier momento. Tojo, sucesor de Nagata como líder de la facción del Control, se enfrentó al problema recurrente de tener que aplacar la violenta impetuosidad de los jóvenes oficiales. Su posición se complicaba por el hecho de que siempre fue un fiel servidor del emperador y no habría rechazado categóricamente el culto al emperador que practicaba la facción del Camino Imperial simplemente porque era el credo de sus rivales. Había crecido en el seno de una familia de militares y desde la infancia se le había educado para ser soldado: un producto del Edicto Imperial a Soldados y Marineros llevado al extremo. Le gustaba decir: «Un soldado sirve al emperador las veinticuatro horas del día. Incluso comer es parte de su deber, para poder servirle mejor». En palabras de Tojo: «Su Majestad no es humano. Es Dios».

Tojo se enorgullecía de sus sólidos principios. Era un trabajador incansable y sabía perseverar. De niño no le interesaban los estudios, pero después de que un día le diera una paliza un grupo de chicos mayores, se propuso derrotarles en las notas de los exámenes, y eso fue lo que hizo. Era una especie de igualitarista que despreciaba el nepotismo y prefería comer lo mismo que los oficiales de menor graduación. Su meticulosidad era casi neurótica. Tomaba notas compulsivamente en tres tipos distintos de tarjetas, que cada día de su vida clasificó y organizó con meticulosidad en orden cronológico, sin asistencia de ningún ayudante.

Aunque no era cruel ni corrupto, Tojo era mezquino y suspicaz. Extremadamente sensible a la crítica, penalizaba a quienes se atrevieran a contrariarle. Recordaba cada desaire y con frecuencia el castigo no se hacía esperar. En casa era muy estricto con sus hijos. Sin embargo, con sus hijas era cariñoso e indulgente. No fumaba. No se le conocían relaciones fuera del matrimonio. Casi nunca bebía. Desde luego, no destacaba por su encanto personal, pero era un burócrata muy competente. La disciplina y la devoción al emperador definían su vida, y exigía lo mismo a los demás.

En julio de 1940 Tojo fue nombrado ministro del Ejército en el segundo gobierno del príncipe Konoé, un cargo que el brillante Nagata habría desempeñado mejor. Desde su eminente posición, el siempre leal siervo del emperador elaboró un documento sobre el comportamiento que debían tener sus soldados. El 8 de enero de 1941, casi sesenta años después de que el emperador Meiji emitiera el Edicto a Soldados y Marineros, Tojo presentó las

«Instrucciones para el campo de batalla», que describían el ideal de conducta del soldado. El código debía inculcar e inspirar el tipo de autocontrol al que él mismo aspiraba. Incluía el notorio pasaje «No sufras la vergüenza de ser capturado vivo». Con su glorificación de la muerte, esta instrucción se consideraría una orden de suicidarse ante una captura inminente y tendría un efecto devastador. Se imprimió un folleto del código y se distribuyó a todos los soldados, pese a la grave escasez de papel por la que atravesaba el país. Además, los ciudadanos de a pie podían adquirir la grabación para fonógrafo de Tojo recitando las instrucciones.

Sólo dos días antes del anuncio de Tojo, el presidente Roosevelt pronunció un memorable discurso sobre el estado de la Unión conocido como el «Discurso de las cuatro libertades» y que fue inmortalizado en la pintura de Norman Rockwell del mismo nombre, publicada por *The Saturday Evening Post*. Defendía la libertad de expresión, la libertad de culto, la libertad de vivir sin penurias y la libertad de vivir sin miedo para todo el mundo. El discurso de Roosevelt, que presagiaba la Declaración Universal de los Derechos Humanos, explicaba el valor central de su Administración: que un Estado existe para garantizar la seguridad de sus ciudadanos, no para ponerla en peligro y sacrificarla. Además, el presidente sugería que las libertades individuales debían ser salvaguardadas de las amenazas, incluso fuera de las fronteras de Estados Unidos.

Pero en Japón esta clase de pensamiento individualista –y, por tanto, «egoísta»– era tachado de antipatriótico en 1941. Esto era así incluso en un instituto de enseñanza primaria^[94] en Morioka, el feudo ancestral de Tojo, conocido en el pasado por su cultura creativa y liberal, que había producido formidables talentos literarios. De acuerdo con un alumno de doce años que había logrado ser admitido, el examen oral que tuvo lugar a lo largo de tres días en marzo de 1942 consistía en preguntas como «¿Cuándo se emitió el Edicto Imperial sobre la Educación?». «El Edicto dice: Nuestros súbditos han de estar siempre unidos en la lealtad y el amor filial. ¿Qué significa eso?». «¿Puedes mencionar otros eslóganes parecidos?». Esta clase de preguntas mostraban el límite del pensamiento creativo que se permitía en aquellas circunstancias.

Conforme las preguntas del examinador pasaban a ser más y más específicas, se hacía patente el temor al bloqueo económico y a una posible guerra con Occidente: «¿Hace cuántos años comenzó el Incidente de China?». «¿Cómo se llama el santuario donde honramos a nuestros héroes caídos en la

guerra?». «¿Qué países están obstaculizando los esfuerzos de Japón por construir el “Nuevo Orden de Asia Oriental”?». «Nombra dos países europeos que sean buenos amigos de Japón». «¿Qué materia prima quiere comprar Japón a las Indias Orientales holandesas?».

Otra sección del examen tenía por objeto arrojar luz sobre el carácter moral del candidato: «¿Por qué debemos ser frugales en estos tiempos?». «¿Qué esfuerzos estás haciendo en tu vida cotidiana para ser frugal?». «¿Cómo se ahorra energía al utilizar una pantalla?». «¿Conoces la cifra exacta del objetivo de ahorro nacional de Japón?».

Este muchacho aprobó el examen pero no tardaría en descubrir desilusionado que el uniforme del instituto, símbolo de éxito y distinción para quienes lo llevaban, iba a ser suprimido y sustituido por una indumentaria color caqui, impuesta en todo el país, que recordaba a los uniformes militares y que hacía que los estudiantes parecieran pequeños soldados. En su segundo año, el programa del instituto, tan riguroso en el pasado, había cambiado drásticamente, pues cada vez más profesores eran reclutados para el ejército. En vez de aprender en el aula, los estudiantes debían cultivar los campos y participar en ejercicios militares, en previsión del día en que ellos también tuvieran que servir al emperador como soldados.

El Ejército Imperial japonés siempre había sido una institución segura de sí misma debido a su papel primordial en la Restauración Meiji. La Armada Imperial, sin la que ni siquiera habría cabido imaginar la guerra de Japón con Estados Unidos y sus aliados en 1941, se desarrolló más despacio. Cuando se fundó la Academia Naval en 1876, Japón no tenía acorazados. En 1888, seis años después de que el Ejército fundara una escuela militar de élite, la Armada fundó la suya para educar a sus futuros oficiales de intendencia. Inicialmente, la academia naval tenía menos alumnos, pero este desequilibrio se fue corrigiendo después de que Japón formara en 1902 una alianza con Gran Bretaña, de la que adquirió acorazados y conocimientos estratégicos y de construcción naval.

El 28 de mayo de 1905 Japón ganó en el mar la batalla de Tsushima, una de las más decisivas de la guerra ruso-japonesa. Aseguró la victoria última de Japón sobre la Rusia zarista, que le disputaba su esfera de influencia en el norte de China y en Corea. Tsushima fue el ansiado momento de gloria de la Armada Imperial. Un diplomático de veinticinco años destinado al consulado japonés en Shanghái había detectado un movimiento inusual en la flota rusa del Báltico. La oportuna advertencia de Matsuoka Yosuke les costó a los

rusos numerosos barcos, incluidos ocho acorazados, así como la vida de más de cinco mil hombres, lo que les llevó a pedir la paz.

Con la mediación del presidente Theodore Roosevelt, el 5 de septiembre de 1905 se firmó un tratado en Kittery Maine, cerca de Portsmouth. Roosevelt recibiría el Premio Nobel de la Paz por sus buenos oficios. Japón necesitaba el tratado porque había incurrido en enormes deudas de guerra y no podía permitirse seguir luchando por mucho más tiempo. Los términos del tratado fueron recibidos con indignación en Japón, especialmente la renuncia a exigir reparaciones a Rusia. Ignorantes de los apuros económicos y militares de su gobierno, muchas personas salieron a la calle para manifestarse contra la diplomacia de sus líderes. La ulterior simpatía popular hacia el ministro de Asuntos Exteriores Matsuoka, que daba una inusitada impresión de fiabilidad, se explica en el contexto de esta decepción histórica. También es probable que las poco realistas expectativas niponas de que Estados Unidos actuara como mediador en la guerra de China, cuya resolución sería un punto de fricción en las negociaciones de 1941 entre Estados Unidos y Japón, tuvieran su origen en esta mediación presidencial estadounidense.

Pese al descontento popular por los términos del tratado de paz de Portsmouth, la noticia de la victoria japonesa reforzó la confianza de gran parte de la población. Fuchida Mitsuo, un piloto de bombardero^[95] que dirigiría las fuerzas aéreas de la Armada Imperial en Pearl Harbor –su avión envió la famosa señal codificada de «¡Tora! ¡Tora! ¡Tora!» en el momento del ataque sorpresa– tenía tres años en 1905. Formaba parte de una generación de jóvenes que estaba fascinada por la dulce victoria y aspiraba a una carrera en la Armada. La victoria sobre Rusia dejó un profundo legado que fue mucho más allá de la formación de futuros soldados japoneses. Se celebró como la primera guerra moderna de importancia en la que un pueblo de color vencía a uno blanco. La victoria japonesa rompió el mito de la supremacía racial innata de los occidentales y, con ello, fomentó las aspiraciones anticoloniales en el mundo colonizado. A Jawaharlal Nehru, el futuro primer ministro indio, le impresionó cuando era un muchacho. «Las victorias japonesas despertaron mi entusiasmo^[96] y cada día esperaba con impaciencia las noticias que traerían los periódicos –recordaba–. Adquirí un gran número de libros sobre Japón e intenté leer algunos de ellos... Se me llenó la cabeza de ideas nacionalistas. Soñaba con la liberación india y asiática de la servidumbre de Europa».

La victoria japonesa atestiguaba la fuerza del avance material y cultural.

La dieta de la Armada Imperial incluía mucha cebada, que impedía la propagación del beriberi, una enfermedad causada por la falta de vitamina B, que sufrían muchos marineros rusos. (Con frecuencia se mencionaba la cebada como una de las razones de que la Armada superara al Ejército, cuyos soldados se alimentaban principalmente de arroz blanco procesado). Por la época de la guerra ruso-japonesa, Japón había alcanzado la extraordinaria tasa de alfabetización del 75 por ciento, más alta que la de cualquier país occidental, lo que facilitó en gran medida el entrenamiento de sus soldados. Las Fuerzas Armadas japonesas podían emplear manuales para enseñar el manejo de armas complicadas. Por el contrario, se estimaba que más de la mitad de los soldados rusos eran analfabetos. Los cerca de setenta mil prisioneros de guerra rusos fueron tratados con dignidad en Japón y se los mantuvo en condiciones de relativo bienestar. Los japoneses se atuvieron al espíritu de la Convención de La Haya de 1899 y dieron un tratamiento humano a sus prisioneros. Esto impresionó a la comunidad internacional.

Fue entonces cuando comenzó realmente la modernización y la ampliación de la Armada Imperial. A la par aumentó la rivalidad entre los dos servicios armados, que competían por más fondos y mayor gloria. Temiendo la venganza rusa después de 1905, el Ejército consideraba que su amenaza más peligrosa se hallaba al norte de Japón. A la Armada cada vez le preocupaba más Estados Unidos, que parecía deseoso de ampliar su esfera de influencia en el océano Pacífico, especialmente después de haber conseguido el control de Guam y de Filipinas como resultado de la guerra con España de 1898. Cualesquiera que fuesen sus diferencias, la guerra ruso-japonesa convirtió en competidores iguales al Ejército y a la Armada del emperador.

Un cadete de veintiún años que formaba parte de la tripulación del *Nisshin* tuvo que pagar un precio muy alto por la victoria naval de Japón. Su puesto estaba en la proa del crucero japonés en la batalla de Tsushima, donde fue herido por un fragmento de metralla que le abrasó la parte inferior del cuerpo. También le hizo un orificio tan grande como una cabeza de recién nacido en el muslo derecho y perdió los dedos índice y corazón de la mano derecha. Tuvo que permanecer los 160 días siguientes en un hospital naval en Nagasaki. Cuando se declaró una infección, el cirujano sugirió que se le amputara el brazo izquierdo. «Me alisté en la marina con la gran ambición^[97] de convertirme en un soldado naval e ir a la guerra –dijo el marinero–. O muero a causa de esta herida infectada –porque me niego a que me amputen el brazo– o me recupero y sigo siendo un soldado. Tengo una probabilidad de salvarme del 50 por ciento ¡y voy a apostar por ella!». Ganó la apuesta. Se

recuperó sin perder el brazo. Ésta no fue la última gran apuesta en la vida de Yamamoto Isoroku, que un día sería el cerebro del ataque japonés a Pearl Harbor.

Durante toda su vida, Yamamoto consideró sus heridas de guerra como una medalla al valor. Asimismo era muy consciente del hándicap que le suponían. Se esforzaba por no quedarse atrás, por no demostrar a los demás que necesitaba una ayuda especial. Cuando empezó a jugar a la pelota^[98] con su hijo pequeño, ésta se le caía constantemente de la mano de tres dedos. Pero con su silenciosa tenacidad, no tardó en poder atraparla desde cualquier ángulo con esa mano. Se mantenía en forma y era capaz de subir a bordo de un acorazado con pasos rítmicos y ágiles. Hasta cierto punto, Yamamoto, a quien muchos consideran uno de los grandes estrategas de la historia de la Armada Imperial, siguió una trayectoria típica de la élite, similar a la de Tojo Hideki. Ambos nacieron en 1884. Se formaron en instituciones de educación superior accesibles sólo a un puñado de graduados de la academia militar con expedientes académicos especialmente brillantes. Los dos procedían de familias de samuráis originarias de las provincias «rebeldes» del norte, que se habían opuesto a la Restauración Meiji. Por su nacimiento habían heredado los agravios del honor perdido y la necesidad de demostrarse que eran miembros valiosos del nuevo Estado japonés.

Como recompensa por su esfuerzo, ambos recibieron prestigiosos destinos en el extranjero: Yamamoto en Estados Unidos y Tojo en Alemania. Su contacto directo con Occidente los llevó a suscribir una modernización radical de las fuerzas armadas. Desde los años veinte, Yamamoto fue especialmente consciente de la importancia del poder aéreo para la Armada. Aunque no se había formado como piloto, desempeñó un papel crucial en el desarrollo de la división aérea naval; esa experiencia fue decisiva cuando más tarde formuló sus estrategias para el Pacífico.

Sin embargo, sus personalidades no podían ser más distintas. Al contrario que Tojo, Yamamoto tenía un temperamento abierto y era amante de la diversión. Incluso después de haber cumplido los cincuenta años tenía un aspecto de muchacho curioso e inquisitivo para el que el mundo está lleno de descubrimientos. No llevaba gafas ni tenía vello facial. Sus ojos brillantes y sus labios gruesos resaltaban más aún su aspecto juvenil. Las únicas marcas que delataban los años eran las arrugas cada vez más profundas en la frente y las canas de su pelo rapado. Exudaba un carisma y una confianza que para muchos resultaban atractivos. Sólo medía 1,60, pero su físico proporcionado y

su aplomo desmentían su corta estatura. Además, al contrario que al virtuoso Tojo, a Yamamoto le gustaba apostar. Era bien sabido que pasaba su tiempo libre jugando al póker y al bridge, incluso cuando estaba de servicio a bordo de un acorazado. (El ministro de Asuntos Exteriores Matsuoka también tenía reputación de jugar bien al póker). Solía decir en broma que, cuando se jubilara, le gustaría irse a vivir a Mónaco y jugar a la ruleta; se rumoreaba que había ganado tanto dinero cuando visitó Montecarlo que le habían prohibido la entrada en el casino. Tenía talento para farolear pues estaba acostumbrado a ocultar hábilmente sus grandes debilidades. Como los buenos jugadores, era lo suficientemente audaz para aceptar los riesgos llegado el momento. El juego le parecía casi un rasgo de virilidad: «Un hombre no es un hombre si no apuesta», parece que dijo en una ocasión.

En último término, Yamamoto veía la vida como una serie de opciones básicas que al final se reducían a optar entre la vida y la muerte. Siempre estuvo dispuesto a morir para poder vivir más plenamente. Quería que sus soldados estuvieran tan preparados para la muerte como él. Profundamente afectado por las graves heridas que sufrió de joven, le parecía que los soldados, especialmente los que luchaban en el frente, debían tener tan pocos vínculos personales con este mundo como fuera posible, y ésa es la razón de que aconsejara a los jóvenes oficiales que dejaran el matrimonio para más adelante. (De hecho, él se casó a los treinta y cuatro años y tuvo su primer hijo a los cuarenta). No es que Yamamoto tratara la muerte con ligereza. En la pequeña agenda de piel negra^[99] que siempre llevaba consigo, anotaba los nombres y datos familiares de todos los que morían estando a sus órdenes. Siempre que se encontraba cerca del domicilio de un marinero caído, se acercaba para visitar a la familia, rezar en el altar de los antepasados y a veces incluso llegaba a derrumbarse emocionalmente.

Yamamoto apreciaba a Estados Unidos. Estuvo en Harvard de 1919 a 1921 y fue destinado a la embajada japonesa en Washington como agregado naval de 1926 a 1928. Le parecía que los estadounidenses rebosaban una energía parecida a la suya. En su correspondencia, informaba de cómo era la vida cotidiana en Estados Unidos y en sus viajes por el país tomó fotografías que captan a su gente y sus paisajes con una intimidad conmovedora. Siempre que los jóvenes japoneses le pedían consejo^[100] para mejorar su inglés, les recomendaba que leyeran la biografía de Abraham Lincoln que había escrito Carl Sandburg. Se identificaba con Lincoln, en el que veía a otro hombre que había ascendido por sus propios medios desde sus humildes orígenes (la

familia de Yamamoto era muy pobre, pues había caído en desgracia tras la Restauración Meiji) y admiraba su laboriosidad, sus altas aspiraciones y su imaginación. Seguramente también habría admirado a F. D. Roosevelt, otro hombre tenaz que había superado una discapacidad física.

Los estimulantes años que Yamamoto pasó en Estados Unidos coinciden con el apogeo del internacionalismo liberal de entreguerras. La cuestión de cómo convivir pacíficamente con otras potencias estaba muy presente en la mente de muchos hombres y mujeres reflexivos. Surgieron numerosos movimientos internacionales e intergubernamentales, tales como la Sociedad de Naciones, promovida por el presidente Wilson. ¿Cómo se compagina el deber militar de hacer la guerra o, al menos, de preparar el país para la guerra, con el ideal de un mundo en paz? Los militares tuvieron que enfrentarse a este serio dilema, y Yamamoto con frecuencia representó a la Armada en conferencias internacionales de desarme. Durante un tiempo pareció que Japón se iba a convertir en uno de los líderes en la búsqueda de un mundo más pacífico.

En la Conferencia Naval de Londres, celebrada del 21 de enero al 22 de abril de 1930, a la que Yamamoto asistió como consejero naval, el compromiso japonés con el internacionalismo hubo de superar una difícil prueba. En aquel momento el primer ministro de Japón era Hamaguchi Osachi, del Partido Democrático Constitucional, un liberal extremadamente popular, cuya actitud digna y melena leonina le habían hecho merecedor del apodo de «Premier León». Hamaguchi prometió mantener la reputación de Japón como miembro respetable y constructivo de la comunidad internacional cuando muchos países, hundidos en la Gran Depresión, se habían retraído. Hamaguchi estaba decidido a ratificar el Tratado Naval de Londres, que esbozaba las normas relativas a la guerra naval y limitaba el número de barcos que podían mantener las principales potencias navales. A partir de los acuerdos alcanzados en la Conferencia de Washington, los reunidos en Londres plantearon que la proporción de tonelaje entre Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón se ajustase de 5:5:3 a aproximadamente 10:10:7.

Como su cuota había aumentado, el Ministerio de Marina japonés se mostró a favor de la ratificación del nuevo tratado. Pero, consciente del fuerte liderazgo de Hamaguchi y temiendo que pudiera debilitar la autoridad de las Fuerzas Armadas, el Estado Mayor de la Armada –los militares, no los funcionarios nombrados por el gobierno– lanzó una campaña de oposición al tratado. Con el respaldo del ala derecha, del partido de la oposición Amigos

del Gobierno Constitucional y, en las últimas fases, de los conservadores del Consejo Privado –un grupo de consejeros del emperador–, el Estado Mayor naval se aferraba a algo relativamente baladí como que la cifra propuesta era un 0,4 por ciento menor que el objetivo original. (Yamamoto apoyó el argumento del Estado Mayor en este punto, pues todavía no se había convertido al credo de la reducción de armamento). Sabiendo que el comandante supremo^[101] de las Fuerzas Armadas –el emperador Hirohito– respaldaba su política, Hamaguchi se mantuvo firme: «Es indiferente que el Consejo Privado se oponga a nosotros. Tengo la intención de solicitar una sanción imperial [contra el consejo] y no daré ningún paso para facilitar un compromiso». El 19 de septiembre el Consejo Privado cedió. El 27 de octubre, los primeros ministros de Gran Bretaña y Japón y el presidente de Estados Unidos anunciaron simultáneamente por la radio la ratificación formal. Fue un golpe publicitario sin precedentes, que mostró con éxito el espíritu de la cooperación y la buena voluntad internacionales que permanecían vivos incluso en una época de dificultades.

No obstante, el triunfo de la política parlamentaria japonesa con Hamaguchi tuvo un coste elevado. Los Amigos del Gobierno Constitucional, aliados con los intransigentes, hicieron suyo el argumento del Estado Mayor naval y acusaron a Hamaguchi de violar la independencia del mando supremo (cuyo objetivo original era, por supuesto, mantener a los militares apartados de la política). El más dañino de tales ataques vino del parlamentario de Amigos Hatoyama Ichiro, que participó en la fundación del conservador Partido Liberal Democrático de Japón después de la guerra y fue primer ministro de 1954 a 1956. En la primavera de 1930 Hatoyama afirmó que el control de armamento no entraba en la jurisdicción del Ministerio de Marina. Insistía en que a los estados mayores se les debía conceder competencias políticas. En vez de poner coto a los militares y reforzar la base de la política de partidos, Hatoyama, a fin de obtener réditos políticos, estaba contribuyendo a debilitar la política parlamentaria.

La degeneración de los partidos políticos se aceleró tras este episodio. Más adelante, en 1930, cuando la controversia aún no se había apagado, el primer ministro Hamaguchi fue gravemente herido por un pistolero ultranacionalista, que no estaba de acuerdo con la ratificación del tratado. Aprovechando la situación, Hatoyama exigió que el primer ministro herido fuera al parlamento para defender su opinión. Aquella sesión fue una de las más hostiles de la historia japonesa y marcó el punto más bajo de la política parlamentaria hasta la fecha. Los miembros de Amigos, empeñados en hundir

al rival del partido, interrumpieron las sesiones y atacaron físicamente al primer ministro en funciones cuando Hagamuchi no asistió. Resuelto a que se aprobaran los proyectos de ley de reforma social del gobierno, Hamaguchi decidió asistir a las sesiones de 1931, desatendiendo el consejo de los médicos. Los proyectos de ley afectaban a los sindicatos y al arrendamiento de granjas, reducían los impuestos y propiciaban una redistribución más equitativa (posible gracias a los ahorros derivados de los recortes del presupuesto militar), rebajaban la edad de voto masculino de los veinticinco a los veinte años y concedía a las mujeres el derecho a voto en las elecciones locales.

Calzado con unas zapatillas de fieltro a las que se había dado apariencia de zapatos –pues le producía un dolor insoportable llevar zapatos de cuero– el otrora robusto y ahora trágicamente demacrado Hamaguchi, se dirigió con pasos inseguros al podio para responder a las preguntas con una voz apenas audible. La oposición gritaba «Hable más alto» y «Piérdase, muérase». Después de asistir a diez sesiones de esa índole, el primer ministro dimitió en abril, cuatro meses antes de su muerte. Con él murieron los ambiciosos intentos de reforma de Japón.

Durante la década de los treinta la inquietud social y la incertidumbre no dejaron de aumentar en Japón, como si quisieran ocupar el vacío dejado por el experimento democrático fallido. Más tramas de asesinatos acabaron con las vidas de liberales y de moderados que se oponían al militarismo ciego. Entre los objetivos hubo incluso militares: por ejemplo, el propio Nagata Tetsuzan en el verano de 1935, como hemos visto. Había un temor generalizado a esta clase de estallidos violentos. Cuando el Ejército de Kwantung ocupó el noreste de China en septiembre de 1931, sus comandantes también afirmaron que sus acciones no autorizadas tenían motivos elevados y desinteresados. Lo mismo que el parlamentario Hatoyama, se escudaban en la independencia inviolable del mando supremo para acallar cualquier crítica.

Como ya he señalado, el sucesor de Hamaguchi, Wakatsuki Reijiro, no estuvo a la altura de esta emergencia. «Si el gobierno hubiera dimitido^[102] a los pocos días de la crisis... Si el gobierno hubiera emitido una declaración de protesta y tratado el asunto con el mismo espíritu –decía el cónsul general de Japón en Mukden en la época del Incidente de Manchuria–, todo, incluida la dignidad del gobierno, la posición internacional de Japón, su economía, su política de partidos, se podría haber salvado». Por el contrario, el gobierno titubeó durante casi tres meses «aunque sabía muy bien que la situación [en

Manchuria] se estaba deteriorando por momentos».

En 1936 Nagano Osami era ministro de Marina y Yamamoto su viceministro. Nagano era un hombre calvo de mirada intimidante; podría haber pasado por un jefe mafioso. Había precedido a Yamamoto en su trayectoria elitista –muy envidiada– de estudios y nombramientos, que incluía una estancia en Harvard y la participación en varias conferencias internacionales. Se graduó en la Academia Naval como segundo de su promoción, lo que prácticamente le garantizaba una carrera brillante. Pero no era un líder popular, pues carecía del carisma y el magnetismo de Yamamoto. Conocido como el Almirante Durmiente, pasaba mucho tiempo dormitando en su despacho. Los periodistas decían a sus espaldas que necesitaba descansar durante el día para seguir el ritmo de su cuarta esposa (las otras tres habían muerto), que era treinta años más joven que él.

Yamamoto tuvo un superior mucho más atrayente mientras el almirante Yonai Mitsumasa fue ministro de Marina de abril de 1937 a agosto de 1939. Cuando Yonai fue nombrado primer ministro a principios de 1940, la revista *Time* describió su aspecto físico:

Su sobrenombre –El Elefante Blanco– [es] de admiración... Se refiere a su tamaño; su tez excepcionalmente clara y aristocrática, cuya blancura está acentuada por su cabello, negro y brillante como un disco fonográfico; y su aspecto de fuerza y sabiduría.

Esta visión era mucho más elogiosa que la que de él tenía el ejército japonés, que le llamaba el Pez Dorado: decorativo pero esencialmente inadecuado para desempeñar una función importante en el gobierno.

El ejército subestimaba la capacidad política de Yonai. Había sido ministro de Marina en tres gobiernos distintos y su carrera no estuvo exenta de errores políticos, especialmente cuando al principio apoyó al príncipe Konoé en su política intransigente hacia Chiang Kai-shek. Pero en todo momento se opuso con firmeza a la alianza fascista de Japón cuando el gobierno empezó a volverse abrumadoramente proalemán. En una conferencia ministerial clave, celebrada en agosto de 1939, el ministro de Finanzas preguntó a Yonai qué ocurriría si Japón, como consecuencia de una alianza con las potencias fascistas, tuviera que librar una guerra contra el frente unido de Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética y Estados Unidos. Una guerra así sería sobre todo naval, por lo que la respuesta de Yonai resultaba crucial. Afirmó que no había probabilidad alguna de victoria porque la Armada japonesa no estaba preparada para librar una guerra contra las fuerzas combinadas anglo-estadounidenses. Al menos por el momento, Yonai

mantuvo a Japón^[103] fuera de la contraproducente alianza, lo que hizo que Hirohito le dijera: «Gracias a la Armada, nuestro país se ha salvado». Yonai era muy consciente de que ese desafío pondría su vida en peligro. En 1941, los líderes japoneses no tuvieron ni un ápice de su valor y su franqueza.

Pese a la oposición de algunos jefes de la Armada al Pacto Tripartito, sería un error suponer que la Armada, como institución, era más cautelosa y racional que el ejército sobre el acercamiento de Japón a las potencias fascistas. Yonai y sus aliados más poderosos, Yamamoto e Inoue Shigeyoshi, jefe de Asuntos Militares, se encontraban cada vez más en minoría. Mano derecha de Yonai y autoproclamado liberal radical, Inoue comprendió enseguida la superficialidad y el peligro de la ideología nazi. Había leído *Mein Kampf* en alemán y conocía sus despreciativas referencias a Japón, que se omitieron en la traducción japonesa. Pero Yonai y sus aliados tenían enfrente no sólo al ejército sino también a los admiradores nazis de la Armada, que no dejaban de aumentar a consecuencia de los éxitos del *Blitzkrieg* de Hitler y presionaban a favor de una alianza con el Eje.

El contraalmirante Oka Takazumi, que dirigiría la Oficina de Asuntos Navales del Ministerio de Marina y nombraría al belicista más exaltado de ese organismo, Ishikawa Shingo, jefe de sección en el otoño de 1940, pensaba que la alianza con el Eje era positiva, pues se podría poner término a la guerra con China intimidando a Gran Bretaña. Sostenía que, aliándose con Alemania e Italia, Japón estaría en condiciones de forzar a Gran Bretaña a concertar la paz entre Japón y China. Yonai, Yamamoto e Inoue rechazaban una sugerencia tan irreal. Por el contrario, estaban convencidos de que la alianza con el Eje no sólo llevaría a la guerra con Gran Bretaña sino también con Estados Unidos. «Históricamente aislacionista, Estados Unidos^[104] no intentaría hacer frente a la poderosa alianza germano-italo-japonesa poniéndose del lado de Gran Bretaña, que ya está en declive», insistía Oka.

El consiguiente debate con el bando pro eje fue tan intenso que Yonai temió por la vida de su joven colaborador. En agosto de 1939, a instancias de Yonai, Yamamoto, que insistía en permanecer en el Ministerio de Marina, fue nombrado comandante en jefe de la Flota Combinada. Irónicamente, al buscar la protección de Yamamoto con un nombramiento militar, Yonai estaba eliminando la posibilidad de que se opusiera a las cuestionables decisiones políticas del gobierno. Más aun, posteriormente se sentiría obligado a preparar su plan para el ataque por sorpresa a Pearl Harbor. Inoue también fue transferido a un cargo que le apartaba de la política de Tokio. Desde enero de

1940 Yonai continuaría su lucha contra la alianza con el Eje como primer ministro, nombramiento que, al parecer, Hirohito veía con buenos ojos. Pero Yonai no tardó en caer. Animados por los éxitos nazis en Europa, Konoe y otros partidarios del Eje, muchos de ellos militares, lanzaron una campaña para debilitar a Yonai en junio de 1940. El ministro del Ejército Hata Shunroku dimitió del gobierno y el ejército se negó a proponer a un sustituto. La falta de cooperación del ejército significaba la disolución del gobierno. Así fue como, en julio, Konoe comenzó su segundo mandato como primer ministro, junto con su grandilocuente ministro de Asuntos Exteriores, Matsuoka.

Durante un tiempo, el ministro de Marina Yoshida siguió los pasos de Yonai, oponiéndose a la alianza con el Eje. Pero pronto enfermó repentinamente y fue sustituido por Oikawa Koshiro en septiembre de 1940. Oikawa era un hombre de aspecto agradable, con el pelo gris rapado y un poblado bigote, aunque sus grandes ojos saltones le daban un aspecto más bien inseguro y desorientado. Aunque simpatizaba con la postura de acercamiento al bloque anglo-estadounidense de la escuela Yonai-Yamamoto, Oikawa se caracterizó por su silencio, que con frecuencia resultaría pernicioso durante discusiones políticas cruciales. Procedía del norte de Japón, donde la reticencia se consideraba una virtud que convenía cultivar, debido a que – según decían los extraños bromeando– el frío extremado de la zona te impedía abrir la boca. Oikawa exhibía esta tendencia local hasta tal punto que la gente se preguntaba si tenía opiniones propias. A su inclinación al silencio se añadía su convicción de que un marinero no debía inmiscuirse en política, opinión institucional que estaba muy extendida en la Armada. Personalmente, sentía aversión a las confrontaciones y evitaba las discusiones a cualquier precio. El desafiante rechazo a una alianza con el Eje que Yonai había mantenido desde 1939 era un acto inimaginable para Oikawa. Por tanto, a nadie le sorprendió que no se opusiera al Pacto Tripartito en el otoño de 1940. No tenía la intención de enemistarse con Konoe y Matsuoka, y mucho menos con los miembros de la marina recién convertidos al pacto y con el ejército en general.

En abril de 1941 la marina tuvo que proponer a un sucesor del príncipe imperial Fushimi Hiroyasu, que dejaba de ser jefe del Estado Mayor de la Armada, para que fuera nombrado por Hirohito. A quienes no querían una confrontación con Occidente, se les presentaba la oportunidad de recuperar su voz. Fushimi era un veterano de la guerra ruso-japonesa formado en Alemania, que durante algún tiempo había ejercido una gran autoridad en los

asuntos navales. Marinero de la vieja escuela, creía que la fuerza y el prestigio de un país estaban en proporción directa con el número de buques de guerra que poseía (de ahí la oposición del Estado Mayor Naval que Hamaguchi firmara el Tratado Naval de Londres por en 1930). Esto significaba que Fushimi y sus cohortes –con frecuencia denominados el Grupo de Escuadrones por sus ideas tradicionalistas– estaban en abierto desacuerdo con Yonai, Yamamoto e Inoue, que propugnaban la conciliación con las demás potencias (aunque al mismo tiempo trabajaran para desarrollar tecnologías más actuales, como la fuerza aérea).

Para decepción de aquellos que deseaban un acercamiento a Estados Unidos y habían presionado para que se nombrara a Yonai, Oikawa, perfectamente situado para proponer un nombre al emperador, escogió al Almirante Durmiente para suceder a Fushimi. Esto se hizo de acuerdo con los deseos del príncipe saliente, cuya experiencia en combate, unida a su linaje imperial, le convertía en una figura demasiado venerable para enfrentarse a él o, al menos, así le parecía a Oikawa. Cuando Yamamoto se enteró del nombramiento^[105] de su antiguo jefe Nagano, lo lamentó: «Ese hombre, que se cree un genio estratégico cuando no lo es en absoluto, es ahora el jefe del Estado Mayor... ¡Es como si la guerra hubiera empezado ya!».

La valoración negativa que hacía Yamamoto también podía interpretarse como si ya se hubiese resignado a una guerra a la que públicamente se oponía, y seguiría haciéndolo, pero que también deseaba planear. Sin duda, el lado objetivo y crítico de Yamamoto creía que Japón no podría ganar dicha guerra. Pero si había que librarla, no veía a nadie más que a sí mismo para dirigirla. Podía intentar prepararse para ella lo mejor que pudiera, y sus esfuerzos maximizarían, a su vez, la viabilidad estratégica de una operación audaz que nadie más podría haber concebido: un plan de jugador con probabilidades de victoria mínimas. Yamamoto comprendía que, para que Japón tuviera alguna posibilidad de éxito, debía inclinar la balanza a su favor al comienzo del enfrentamiento, de forma que *quizá* fuera posible inducir a negociar a Estados Unidos.

Cuando Grew escribió a Hull^[106] el 27 de enero de 1941, sobre «los rumores de guerra» en Tokio, señaló que a su colega de la embajada le habían llegado noticias «de muchas fuentes, incluida una japonesa» de que «las fuerzas militares japonesas estaban planeando un ataque sorpresa masivo en Pearl Harbor». Según Grew, «el plan parecía fantástico», y de hecho lo era. Pero Yamamoto estaba decidido a hacer realidad esa fantasía. Desde finales

de 1940, a raíz de la firma del Pacto Tripartito, estaba inmerso en la planificación de las estrategias niponas en el Pacífico. No bastaría con una estrategia normal; ese plan extraordinario necesitaría un apoyo fuera de lo común.

A principios de febrero de 1941^[107], el capitán Genda Minoru, miembro de la plana mayor de la Primera División Aérea, se encontraba a bordo de un portaaviones japonés anclado cerca de la bahía de Shibushi, en la prefectura de Kagoshima, en el extremo suroriental de la isla meridional de Kyushu. Genda, de treinta y seis años, era el piloto estrella de la Armada. En el pasado había dirigido un equipo de pilotos acrobáticos que organizaban exhibiciones por todo el país para promover la popularidad de la aviación naval. Aquel día de invierno, desembarcó del *Kaga* en Kanoya, una de las principales instalaciones navales en el sur de Japón, tras haber sido convocado por el contraalmirante Onishi Takijiro, jefe de la plana mayor de la Undécima División Aérea. Cuando ambos estaban sentados en un sofá en el despacho de Onishi, el oficial superior sacó despreocupadamente una carta del bolsillo interior de su chaqueta. «Por qué no echa un vistazo a esto», le pidió. Genda miró el remite del sobre y vio con sorpresa la firma de Yamamoto Isoroku escrita con la cuidada caligrafía que caracterizaba al comandante. La carta de Yamamoto, según recordaba Genda, decía lo siguiente:

Dependiendo de los cambios que se produzcan en la situación internacional, podríamos vernos arrastrados a luchar con Estados Unidos. Si Japón y Estados Unidos fueran a la guerra, tendríamos que recurrir a una táctica radical... Deberíamos intentar, con toda la fuerza de nuestras Primera y Segunda Divisiones Aéreas, asestar un golpe a la flota estadounidense en Hawái, de forma que, durante un tiempo, Estados Unidos no pudiera avanzar hacia el Pacífico occidental [donde Japón se enfrentaría a otros enemigos, esto es, los holandeses y los británicos]. Nuestro objetivo sería un grupo de acorazados estadounidenses... No sería fácil llevar a cabo algo así. Pero estoy decidido a darlo todo para realizar este plan, supervisando yo mismo las divisiones aéreas. Me gustaría que investigara pormenorizadamente la viabilidad de un plan de estas características.

Desde la fundación en 1908 de la base naval estadounidense en Pearl Harbor, Hawái, la Armada japonesa se había sentido amenazada por un posible ataque de Estados Unidos. La designación de Pearl Harbor en mayo de 1940 como la base principal de la flota del Pacífico estadounidense reforzó ese sentimiento. El consenso general era que una guerra entre Estados Unidos y Japón sería una lucha desigual a favor de los primeros y que la planificación estratégica de la Armada japonesa tenía que ser puramente defensiva. Lo máximo a lo que los japoneses podían aspirar era contener el avance naval estadounidense con ataques aéreos y submarinos lanzados desde la costa japonesa. Evidentemente, Yamamoto pensaba otra cosa.

Cuando terminó de leer la carta de Yamamoto, Genda, sin saber muy bien qué decir, sólo pudo exclamar: «¡Qué gran idea!». Onishi continuó: «Bien..., entonces quiero que averigüe si podría hacerse o no». Genda estaba atónito, pero también muy intrigado.

El obstáculo más evidente para el plan era la viabilidad de ataques con torpedos a los barcos enemigos. El torpedo aéreo más avanzado de Japón requería una profundidad de unos treinta metros para hundirse y navegar antes de alcanzar la profundidad óptima. Dado que las aguas de Pearl Harbor no eran profundas –en promedio tenían doce metros de profundidad–, era evidente que los torpedos se empotrarían en el lecho marino y serían inútiles. Además, estaba la dificultad de llevar suficientes portaaviones a la zona del ataque sin ser detectados. Esta operación no iba a ser fácil. A principios de abril, dos meses después de enseñarle a Genda la carta de Yamamoto, Onishi presentó un plan de ataque. No satisfizo las expectativas de Yamamoto. El plan eliminaba los ataques con torpedos aéreos y los sustituía por bombardeos en picado y en altura –los que se llevaban a cabo desde un avión que volaba horizontalmente y que requerían cálculos complejos para ajustar la trayectoria hasta el objetivo, por lo que con frecuencia eran imprecisos–. Yamamoto respondió que si los torpedos existentes no servían, habría que hacer que valieran mejorándolos y entrenando a los pilotos. Insistía en que era posible.

CAPÍTULO 5

Buen viaje, amigos

Gracias a lo que el ministro de Asuntos Exteriores Matsuoka llamaba «diplomacia relámpago», la nueva alianza de Japón, Alemania, Italia y la Unión Soviética debía proporcionar una solución rápida y pacífica a todos los problemas de Japón en el exterior, incluidas la guerra con China y las crecientes tensiones diplomáticas con Estados Unidos. Pero no fue así. Y en las semanas que transcurrieron desde que Matsuoka respondió a Washington el 12 de mayo de 1941 no ocurrió nada. Sin embargo, pese a la inactividad en el Pacífico, en Europa la guerra hacía estragos.

Después de Yugoslavia, Atenas cayó ante las fuerzas invasoras alemanas el 27 de abril, por lo que el gobierno griego y el rey Jorge II –con ayuda de fuerzas británicas de la Commonwealth– se trasladaron a Creta, donde sufrieron otra gran derrota a manos de la Luftwaffe (aunque los alemanes también tuvieron numerosas bajas). A finales de mayo los gobernantes griegos se habían retirado a Egipto. Pero Egipto tampoco sería seguro durante mucho tiempo. Desde febrero había ido llegando a Libia el recién formado cuerpo expedicionario alemán, el Afrika Korps, a las órdenes del Zorro del Desierto, Erwin Rommel, para ayudar a Italia, que se disponía a ocupar el norte de África.

Entretanto, seguían los bombardeos sobre las islas Británicas; Belfast, Hull y, más tarde, Liverpool quedaron devastadas tras siete noches consecutivas de bombardeos aéreos a principios de mayo. Pero los intensos bombardeos alemanes estaban en su fase final, pues la atención de Hitler se estaba dirigiendo hacia el este.

El 22 de junio de 1942, un caluroso domingo en Tokio, el ministro Matsuoka había invitado a Wang Jingwei a una función matinal en el Kabukiza, un

teatro de representaciones tradicionales del distrito de Ginza. El edificio era una respuesta nacionalista japonesa al Rokumeikan del siglo anterior. A pesar de su exagerado tradicionalismo, con cubierta empizarrada al estilo de los castillos medievales japoneses, había sido inaugurado en 1925, no hacía mucho tiempo. Construido de hormigón y con capacidad para dos mil setecientas personas, parecía exhibir ante sus visitantes los modernos logros de Japón.

En los últimos tiempos el país cada vez tenía menos de lo que vanagloriarse. En abril, la industria siderúrgica quedó «unificada» bajo la Asociación para el Control del Acero, lo que equivalía a su centralización de acuerdo con la Ley de Movilización Nacional. Esta medida fue seguida de la fusión de otras grandes industrias, lo que otorgó al Estado un mayor control sobre la asignación de recursos y la fijación de precios. En consecuencia, los ciudadanos tenían restringido el uso de metales e incluso se confiscaron los botones metálicos de los uniformes escolares, que fueron sustituidos por botones de cristal. Para la tradicional fiesta de los niños que se celebraba en mayo, los juguetes más deseados eran aviones, tanques y cascos, pero todos estaban hechos de madera, bambú y celuloide.

La función matinal en el Kabukiza atrajo a los ciudadanos más privilegiados de Tokio, que se ataviaron vistosamente para una ocasión tan especial como era conmemorar el establecimiento de un gobierno chino respaldado por Japón en Nanjing bajo la autoridad de Wang. Durante toda la representación, Kase Toshikazu^[108], joven diplomático y secretario de Matsuoka, se mostró inquieto, deseoso de confirmar una información que le había llegado ese día. Varias veces abandonó discretamente la sala para hablar con el Ministerio de Asuntos Exteriores desde el guardarropa del sótano. Finalmente, mientras sonaban los aplausos al acabar el primer acto, pasó una nota a Matsuoka. Confirmaba que Alemania había atacado a la Unión Soviética aquella mañana.

Matsuoka contaba con que Alemania atacaría a la Unión Soviética en algún momento y así lo dijo en alguna ocasión. El embajador japonés en Berlín, Oshima Hiroshi, había recibido informes de una ofensiva alemana inminente. Pero Matsuoka reaccionó con escepticismo, pues esperaba que los alemanes le informarían directamente. Ahora estaba desconcertado.

La Operación Barbarroja, el nombre en clave que recibió la invasión nazi de la Unión Soviética, convirtió a Hitler en una especie de profeta: «El mundo contendrá la respiración y guardará silencio», afirmó. En efecto, aquel día

fatídico la mayor parte del mundo enmudeció. Stalin había ignorado las repetidas advertencias sobre la movilización alemana, convencido de que el Pacto Molotov-Ribbentrop de agosto de 1939 mantendría a su país a salvo por el momento y de que Hitler, ocupado como estaba en Gran Bretaña, no abriría un segundo frente. Según uno de los numerosos relatos contradictorios (debido a la naturaleza cambiante y poco fidedigna de la historiografía del Kremlin), Stalin se encontraba pescando en Sochi, en una dacha próxima al mar Negro. Era un domingo caluroso. Cuando la noticia de la ofensiva alemana^[109] llegó a su embarcación, sacó lentamente la caña del agua y dijo: «¿Quién lo habría pensado ahora?». Esta historia quizá sea apócrifa, y es posible que en realidad estuviera en Moscú o cerca de allí, de acuerdo con la opinión mayoritaria, pero lo que sí es cierto es que durante días no se supo nada de Stalin, lo que parece corroborar la impresión de que la invasión le cogió por sorpresa.

Para el ministro del Ejército Tojo y otros líderes japoneses que creían que su país era un fiel aliado de Alemania esto planteaba una situación complicada. Suzuki Teiichi fue enviado por el primer ministro Konoe para averiguar qué pensaba Tojo de la noticia. Suzuki, teniente general del ejército retirado, era ministro de Estado, así como director general del Consejo de Planificación del Gobierno, creado en 1937 para unificar y supervisar la política gubernamental de movilización de recursos. La importancia del consejo había ido aumentando a medida que se intensificaba la guerra con China, y Suzuki, un ambicioso manipulador, desempeñaría un papel decisivo en la valoración de la viabilidad de una guerra contra Occidente. Tras dirigirse a Tojo, que le llevaba varios años, con fórmulas de respeto, le dijo que Konoe pensaba que el ataque alemán a la Unión Soviética proporcionaba a Japón una buena oportunidad para abandonar el Pacto Tripartito. Le parecía que situarse en una posición diplomática menos comprometida era esencial para que Japón lograra la paz con el resto del mundo. Al escuchar esto, Tojo se indignó y gritó a Suzuki: «¿Cree usted realmente que podemos^[110] actuar de una forma tan inmoral y contraria a la humanidad y la justicia?». Por supuesto, los alemanes habían violado la clase de lealtad que se les inculcaba a los soldados japoneses como la más importante. El Edicto Imperial a Soldados y Marineros de 1882 declaraba que «el soldado y el marinero deben considerar la lealtad su deber esencial». No obstante, fue imposible disuadir a Tojo.

Otto D. Tolischus, un periodista prusiano de nacimiento que había

obtenido el Premio Pulitzer, corresponsal de *The New York Times* en Tokio tras haber sido expulsado de la Alemania nazi en marzo de 1940, escribió el 22 de junio: «El estallido de la guerra entre Alemania y Rusia... fue recibido por el Japón oficial con un gélido silencio. El único comentario oficial fue que no habría comentarios».

Mucho antes de que la Operación Barbarroja le obligara a aceptar el hundimiento irreversible de su diplomacia a cuatro bandas, Matsuoka había empezado a perder influencia política en el gobierno de Konoe. Pero cuanto mayor era la fractura entre Konoe y Matsuoka sobre el Borrador de Acuerdo, más ambicionaba Matsuoka la jefatura del gobierno y más abiertamente criticaba al gabinete del que todavía formaba parte. Matsuoka se autoengañaba suponiendo que contaba con el apoyo del emperador, lo que desde luego no era el caso. «Hitler probablemente ha sobornado a Matsuoka»^[111], fue la reacción de Hirohito a las declaraciones abiertamente proalemanas que el ministro de Asuntos Exteriores había estado haciendo desde su regreso.

En una conferencia de enlace celebrada el 3 de mayo, la primera reunión importante después de su gira europea, Matsuoka había defendido enérgicamente su nuevo proyecto estrella –un ataque japonés a Singapur–, mientras dejaba de lado el asunto, mucho más vital, de cómo responder a Estados Unidos sobre el Borrador de Acuerdo. Tanto Hermann Göring –que invitó al ministro de Asuntos Exteriores a una opípara comida en Carinhall, su villa privada– como el propio Hitler habían presionado para que Japón se comprometiera a atacar a los británicos en Singapur y ayudar así a los alemanes. «Si yo mandara en Japón, lo haría»^[112], les había dicho Matsuoka. De regreso en Japón, Matsuoka insistió en que era necesario atacar Singapur de inmediato. Al escuchar esta propuesta en la reunión, Sugiyama, el jefe del Estado Mayor del Ejército, se quedó estupefacto. Ya había dicho a Matsuoka, antes de que éste emprendiera su gira europea, que atacar Singapur era algo impensable. Además, al contrario que Matsuoka, Sugiyama no estaba tan seguro de que Alemania fuera a dominar Europa de la noche a la mañana. «Alemania e Italia han estado preparándose^[113] para invadir las islas Británicas, construyendo tantas bases en el norte de África... y ni siquiera lo han conseguido [allí]», declaró Sugiyama. «Alemania dice que podría aplastar a Rusia en dos meses –afirmó Matsuoka, aunque desconocía el plan alemán–. Singapur no debería presentar tantas dificultades», añadió.

Sin amilanarse por el categórico rechazo a su propuesta, Matsuoka volvió

a plantear la cuestión de Singapur en la siguiente conferencia de enlace el 8 de mayo. La oportunidad y la rapidez eran cruciales, insistía. «Roosevelt está deseando ir a la guerra^[114] [en Europa]. Ya ven, apuesta a lo grande», dijo. Según Matsuoka, la victoria sobre los británicos en Singapur haría reconsiderar a Estados Unidos la posibilidad de un enfrentamiento directo con Japón: «Si Gran Bretaña se rinde [a Japón] una hora *antes* de que Estados Unidos entre en la guerra en Europa, éstos podrían cambiar de opinión y no intervenir. [Pero] si Gran Bretaña se rinde [a Japón] una hora *después* de que Estados Unidos entre en la guerra, éstos seguirán luchando [y también declararán la guerra a Japón]... Si Estados Unidos llega a entrar en la guerra, ésta será prolongada y traerá consigo la destrucción de la civilización mundial». Y lanzó la siguiente pregunta en la sala llena de ministros y miembros de la cúpula militar: «Si la guerra fuera a prolongarse durante diez años... ¿qué haría Japón?».

Nadie respondió. Matsuoka lo interpretó como una señal de que podía volver a imponer una de sus políticas, como había hecho tantas veces desde su nombramiento en el verano anterior. Ese mismo día fue al palacio a presentar su propuesta al emperador. Matsuoka siempre había asegurado –lo que redundaba a favor de su credibilidad– que Japón adquiriría más poder mediante una diplomacia hábil y enérgica que con el uso de la fuerza. Ahora estaba defendiendo un conflicto militar sin ambages. Alarmado, Hirohito convocó a Konoe, que le aseguró que la opinión de Matsuoka no representaba a la del resto del gabinete.

Convencido de que lo único que Estados Unidos respetaba era el desafío, Matsuoka estaba ofuscado por una noción falsa sobre el carácter nacional estadounidense. Buscaba llevar las situaciones al límite y recurría con frecuencia a los faroles sin saber dónde ni cuándo debía detenerse. Que nadie en el gobierno le frenara no hizo más que agravar el atolladero diplomático sobre el Pacífico. Como he señalado, el «Plan Matsuoka» se le comunicó a Hull el 12 de mayo, pero durante el mes siguiente no hubo ninguna respuesta. Había buenas razones para esta ausencia de contactos diplomáticos. El 3 de mayo Matsuoka había enviado a Washington una nota verbal (una clase de declaración diplomática que se hacía oralmente, aunque solía presentarse por escrito) en la que anunciaba, con su característico histrionismo, que la entrada de Estados Unidos en la guerra europea supondría una tragedia. Afirmó que Japón no tenía intención de salir del Pacto Tripartito. Se encomendó al embajador Nomura la tarea de transmitirla, aunque Hull ya conocía los pormenores a través de información descodificada por el servicio de

inteligencia gracias al proyecto de criptoanálisis aliado Magic.

Matsuoka también había ordenado a Nomura que propusiera un pacto de neutralidad entre Japón y Estados Unidos. Hull lo rechazó sin contemplaciones^[115] («No dudé y lo descarté de inmediato») porque le parecía impracticable y que no guardaba relación con los problemas del momento. Muchos actos de Matsuoka despertaban esa impresión. El 16 de abril, el día que Washington decidió^[116] presentar a Tokio el Borrador de Acuerdo, Hull dijo a Nomura que no le «había interesado demasiado» el Pacto de Neutralidad soviético-japonés, firmado unos días antes, porque

por algún tiempo he actuado basándome en el supuesto de que la política soviética consistía en no entrar en guerra con ningún país si no era en defensa propia, y, por otra parte, no veía de qué manera podía tener Japón una política basada en la disposición a atacar a la Unión Soviética. Era una de esas circunstancias en las que me parecía que el documento sólo ponía por escrito las relaciones y políticas ya existentes entre los dos gobiernos.

Washington no tenía prisa alguna por firmar un pacto de neutralidad con Tokio. La Administración Roosevelt había basado^[117] su política en «la información que, a principios de 1941, recibió el gobierno de fuentes fidedignas y confidenciales de que Alemania había decidido atacar a Rusia». Incluso «comunicó esta información confidencialmente al embajador soviético». Eso cambiaría todo, incluidas las relaciones entre Estados Unidos y Japón.

La Administración Roosevelt se tomó su tiempo para dar respuesta al «Plan Matsuoka» precisamente por su expectativa de que Japón se avendría con más facilidad a hacer concesiones a Estados Unidos después de que comenzara la guerra germano-soviética. El 21 de junio, casi coincidiendo con la Operación Barbarroja, respondió. La posición de Estados Unidos, expuesta en un tono desafiante parecido al que había empleado Matsuoka, se había endurecido considerablemente. El reconocimiento del Manchukúo, mencionado en el Borrador de Acuerdo de abril con gran satisfacción de los líderes japoneses, había desaparecido. Washington señalaba ahora que su interés primordial era el mantenimiento de la paz en el Pacífico y que ni Japón ni Estados Unidos debían tener proyectos territoriales en la región, negando así categóricamente el derecho de Japón a recurrir a la fuerza en el Sudeste Asiático, como pretendía Matsuoka en su plan.

En conjunto, la contrapropuesta estadounidense presentaba la región del Pacífico asiático gobernada por los principios del libre comercio y la igualdad de oportunidades. Este ideal reflejaba la concepción del mundo de Hull. Secretario de Estado de Roosevelt desde 1933, este abogado de Tennessee

que había ascendido por sus propios méritos era un crítico incansable del proteccionismo y de los bloques económicos que habían surgido en detrimento del comercio internacional desde la Gran Depresión. Pero su intransigente respuesta, que llegó poco después del más contemporizador Borrador de Acuerdo —en cuya elaboración no había intervenido el gobierno estadounidense, por supuesto—, desalentó a los japoneses.

La respuesta de Hull fue acompañada de una nota verbal dirigida explícitamente a Matsuoka, aunque no le nombrara. Al mismo tiempo que elogiaba los esfuerzos^[118] que estaban haciendo el embajador japonés y sus colaboradores, Hull lamentaba que

algunos líderes japoneses que ocupan cargos influyentes estén claramente empeñados en una política de apoyo a la Alemania nazi y a sus ambiciones de conquista, y sólo suscribirían con Estados Unidos una relación en la que Japón luchara al lado de Hitler, si Estados Unidos, de acuerdo con su presente política de autodefensa, participara en las hostilidades europeas... Mientras esos líderes mantengan esta actitud en sus posiciones oficiales y, como parece, traten de influir sobre la opinión pública de Japón en la dirección indicada, ¿no es ilusorio esperar que la adopción de una propuesta como la que se ha considerado ofrezca una base para obtener resultados sustanciales en la dirección deseada?

Esto era una rotunda condena de la desafiante advertencia que Matsuoka había hecho el 3 de mayo en el sentido de que Japón en ningún caso dejaría de cumplir los compromisos contraídos en el Pacto Tripartito. La declaración de Hull continuaba: «Este gobierno habrá de esperar alguna indicación más clara que la que hemos recibido hasta ahora de que el gobierno japonés en su conjunto desea seguir políticas de paz», lo que equivalía a un llamamiento para sustituir a Matsuoka. A su regreso de Ginebra en 1933, Matsuoka se había reunido con Roosevelt y con Hull. Al parecer, Roosevelt sintió una antipatía inmediata hacia él. El egocentrismo de Matsuoka probablemente hizo que no fuera consciente de ello, como tampoco lo era de las acciones y los sentimientos de la mayoría de la gente. Pensaba con agilidad y utilizaba las palabras y los gestos con gran efecto, pero su falta de perspicacia en el trato con los demás y su comportamiento, a menudo impredecible, le hacían inapropiado para un puesto político que exige paciencia, reflexión y destreza. Su falta de sentido del ridículo y moderación era extraordinaria. «De todos los estadistas del mundo no existe ninguno, anterior o posterior a mí, que comprenda y ame el cristianismo tanto como yo», dijo a Pío XII en el Vaticano en abril de 1941. En Moscú, dejó atónito a Stalin dándole lecciones de comunismo.

De repente a Matsuoka se le estaba escapando el control absoluto que había ejercido sobre la política exterior japonesa. Pero cuando le llegó la

noticia del ataque alemán a la Unión Soviética, intentó recuperar su influencia política. Suponiendo acertadamente que no tendría respaldos en el gobierno, Matsuoka lo soslayó y acudió directamente al emperador, a quien planteó que había que atacar a Stalin de inmediato. Hirohito estaba asombrado. Hasta hacía muy poco, Matsuoka había defendido el ataque a Singapur. Ahora decía que Japón debía atacar a los soviéticos en el norte. («Los héroes no temen cambiar de idea^[119]. Antes había propuesto un avance hacia el sur, y ahora lo he sustituido por el norte», fue la desvergonzada excusa que dio para su retractación). De acuerdo con el Pacto Tripartito, Japón no estaba obligado a unirse a Alemania en una acción militar y, sin embargo, Matsuoka hablaba como si fuera una necesidad indiscutible. Entonces, en una reunión con el embajador soviético^[120] en Japón, Constantin Smetanin, que se presentó pálido y atemorizado, Matsuoka anunció que el Pacto Tripartito «tenía prioridad» sobre el Pacto de Neutralidad Soviético-Japonés.

Cuando Konoe se enteró de que Matsuoka había defendido sin ambages entrar en guerra con la Unión Soviética, el príncipe volvió a encontrarse en una situación embarazosa. Al día siguiente fue al palacio para explicar la conducta de su ministro de Asuntos Exteriores. Konoe aseguró al emperador que la expedición militar contra la Unión Soviética sólo existía en la mente de Matsuoka. La Operación Barbarroja no hizo más que acentuar el aislamiento del ministro.

El escritor Kafu no pudo haber conocido la naturaleza exacta de los problemas internos y diplomáticos de Japón en la época del ataque alemán a la Unión Soviética. Pero sí sabía que el país no había tomado una buena dirección. Lo percibía con especial intensidad en las restricciones cada vez mayores que día a día experimentaba en su libertad creativa. Lamentó la caída de París y señaló su primer aniversario con tinta roja en su diario. Al día siguiente, el 15 de junio de 1941^[121], mientras se curaba un catarro, estaba leyendo en la cama cuando dio con las palabras de Kicho, un autor del siglo XVIII conocido por sus ensayos y críticas sociales. Al ser preguntado por un joven escritor por qué era tan osado en su trabajo, Kicho, ya anciano, respondió muy serio: «Me parece bien mostrar reserva y unas maneras exquisitas en tu comportamiento cotidiano, pero en cuanto coges la pluma, debes desprenderte de todas las inhibiciones». Admitió que, a lo largo de los años, su familia y sus amigos habían tratado de hacerle cambiar de actitud, pues temían que pudiera acabar en la cárcel por escribir lo que podría interpretarse fácilmente como críticas a las autoridades. Al final, estaba

satisfecho de haber sido fiel a su credo de registrar siempre la verdad de lo que veía a su alrededor.

Este pasaje, que Kafu copió en su diario, le hizo sentirse «muy avergonzado» de su propia conducta. Aquel mismo año, por una de sus obras publicadas algunas personas habían descubierto que llevaba un diario desde hacía muchos años. Temiendo ser perseguido, pasó toda una noche sin dormir «para eliminar las expresiones de indignación y queja [contra las autoridades] de mi diario. Y cuando salía, lo escondía en el armario de los zapatos como medida de seguridad». Impresionado, al parecer, por las palabras de Kicho, Kafu quería ahora compensar esa cobarde autocensura. Después de afirmar que los futuros historiadores se referirían a sus opiniones políticas sobre Japón como algo cierto, algo que le salía del alma y expuesto sin temor –al menos, en los confines de su diario–, escribió:

Cuando el ejército japonés inició la invasión del territorio chino, Japón afirmó que estaba allí para «castigar a la rebelde China». Pero cuando la guerra se prolongó más de lo esperado, [el gobierno] sin saber qué hacer, decidió llamarla «guerra santa», una expresión completamente vacía. Ahora el gobierno japonés proyecta la expansión hacia los mares del Sur... intentando explotar la difícil situación del ejército británico en Europa. Los responsables de ello son militares ignorantes y manipuladores despiadados, pero a la población no le entusiasma esta campaña.

Kafu pensaba que la gente no protestaba por miedo a la represión. Pero sabía que el miedo por sí solo no explicaba todo lo que había ocurrido en Japón durante la última década. Por desgracia, anotó, estaban «aquellos que intentan proclamar su lealtad y fidelidad al Estado para beneficiarse de su aprobación», lo que le llevó a la conclusión de que los «japoneses son, fundamentalmente, un pueblo acomodaticio, que carece de altos ideales y cuyo objetivo primordial es vivir el día a día sin demasiados problemas». Para estos ciudadanos indiferentes, los grandes cambios políticos que habían «traído la presente [militarización] o la Restauración Meiji» apenas significaban nada.

Cinco días después de esta entrada catártica, el 20 de junio –dos días antes de la Operación Barbarroja–, Kafu se volvía a quejar del deplorable efecto que una mala política tenía sobre la forma en que las personas leían y escribían, las dos cosas que a él más le interesaban. Una carta publicitaria de una nueva revista llamada *Amigos de Italia* le indignó. Lo mismo que la extemporánea carta del periódico de la Universidad Imperial de Tokio, en la que unos estudiantes le pedían en tono imperioso que colaborase. «La gente de hoy^[122]... me parece tan lamentable que un país tan arrogante como el nuestro vaya aterrorizando a sus vecinos». Y concluyó: «Ay, norteamericanos,

¿por qué no os levantáis ahora y hacéis que se arrepienta esta nación brutal?».

Con independencia de la dirección incierta de Japón, después de la Operación Barbarroja se produjo en el mundo un rápido realineamiento de alianzas. Los Aliados, especialmente Gran Bretaña, creían que el destino de la Unión Soviética estaba estrechamente ligado al suyo. En la tarde del 22 de junio el primer ministro Winston Churchill pronunció por la radio lo que dio en llamarse el discurso del «Cuarto punto de inflexión». También se retransmitió en Estados Unidos. «Me dirijo a ustedes esta noche^[123] porque hemos llegado a uno de esos puntos de inflexión en la guerra», comenzó. Después de enumerar los tres «acontecimientos decisivos» anteriores –la caída de Francia, el intento de invasión nazi de las islas Británicas y la entrada en vigor en Estados Unidos de la Ley de Préstamo y Arriendo ese mismo año para ayudar a los Aliados–, nombró el cuarto: la invasión de la Unión Soviética por Hitler. «Las bombas alemanas llovieron desde el aire sobre las ciudades rusas», dijo Churchill, describiendo con dramatismo el ataque sorpresa alemán. La invasión de Gran Bretaña sólo había sido suspendida temporalmente y la agresión a la Unión Soviética era una táctica de Hitler para restablecer su poder a fin de «repetir una vez más, a una escala mucho mayor de lo que se ha visto nunca», su ataque al mundo occidental. La Gran Bretaña de Churchill estaba decidida a ayudar a la Unión Soviética, aunque, en comparación con Estados Unidos, sustancialmente no había mucho que pudiera hacer.

Churchill sabía que a Roosevelt le costaría trabajo convencer a sus oponentes internos –los aislacionistas y los anticomunistas– de la necesidad de apoyar a la Unión Soviética. Aunque reconocía que «no me corresponde a mí hablar de lo que ha de hacer Estados Unidos», Churchill subrayó que «el peligro en que se encuentra Rusia es, por tanto, nuestro peligro y el peligro de Estados Unidos, lo mismo que la causa de la lucha rusa por su hogar y su patria es la causa de los hombres libres y los pueblos libres en todos los rincones del mundo».

Roosevelt pensaba lo mismo^[124] y quería animar y apoyar la resistencia soviética, pero era muy consciente de que tenía que tratar el asunto con cautela. Para entonces había llegado a la conclusión de que Estados Unidos tendría que ir a la guerra en Europa en algún momento, pero también sabía que ese momento aún no había llegado. Creía que pedir al Congreso una declaración de guerra significaría una derrota política segura para su Administración. Los militares que le rodeaban, incluidos el secretario de la Guerra, Henry Stimson, y el secretario de Marina, Frank Knox, le pidieron

que tomara medidas estratégicas inmediatas contra Alemania enviando buques escolta al Atlántico, pues preveían que Alemania derrotaría a la Unión Soviética en unos meses. No obstante, Roosevelt prefirió intensificar su política anti-Eje sin llegar a la intervención bélica.

El primero de tales pasos, demasiado nimio desde la perspectiva de Stalin, fue desbloquear unos 40 millones de dólares de fondos soviéticos que estaban congelados en Estados Unidos desde el ataque soviético a Finlandia a finales de 1939. Roosevelt tomó esa medida el 24 de junio. También se formó un equipo ad hoc para ocuparse de los pedidos soviéticos de armamento, cuyo valor ascendía a unos 50 millones de dólares. Pero debido a la reticencia institucional y a la incapacidad de los distintos organismos del gobierno para hacer frente al ingente volumen de los pedidos –Roosevelt quería que los soviéticos adquirieran el armamento sin crédito aplazado–, la ayuda estadounidense real a la Unión Soviética en el verano de 1941 fue marginal en el mejor de los casos, y Stalin tendría que resistir por sí solo durante muchos meses más.

Debido a la delicada situación en Europa, la Administración Roosevelt intentaba no entrar en guerra en el Pacífico. Después del golpe sufrido por la cuádruple alianza, Washington esperaba que Tokio reconsiderase su posición negociadora. Cuando Nomura fue a ver a Hull^[125] el día de la ofensiva alemana, Hull le preguntó «si la declaración de guerra alemana contra la Unión Soviética no podría afectar a la situación en el sentido de que al gobierno japonés le resulte más fácil encontrar una salida [para librarse de Hitler y Mussolini]».

Ciertamente, Japón no tenía obstáculos legales. En el derecho internacional, los acuerdos no se consideran vinculantes cuando se produce un cambio drástico e imprevisto en las circunstancias. La Operación Barbarroja era un cambio de ese tipo. Si Japón se hubiera distanciado entonces de las potencias del Eje, habría demostrado a Estados Unidos (y a la Unión Soviética) que se planteaba en serio la negociación con Occidente y que Alemania no estaba orquestando la política expansionista nipona. Como evidenciaba el hecho de que Konoé enviara inmediatamente a su mensajero Suzuki a sondear a Tojo, el primer ministro deseaba corregir sus pasos en falso y acercarse a Estados Unidos. (Más tarde afirmó que también había convocado una conferencia de un grupo reducido de ministros para tratar esta cuestión; no existe ningún testimonio de dicha reunión y desde luego no se celebró una conferencia de enlace sobre el tema).

Matsuoka y Tojo representaban un obstáculo para Konoe en esa dirección, lo mismo que Kido, señor guardián del sello privado, que supuestamente simpatizaba con los anglo-estadounidenses. Sin considerar en absoluto todo el daño que el Pacto Tripartito había hecho a las relaciones entre Japón y Estados Unidos, Kido defendió absurdamente ante Hirohito la importancia de que Japón siguiera siendo aliado de Hitler porque Estados Unidos otorgaba mucho valor a los tratados internacionales. La realidad era que Kido no deseaba que el emperador expresara preferencia política alguna en un sentido u otro, pues trataba de impedir que Hirohito y la casa imperial se vieran implicados en un cambio significativo de política. Al final, Konoe prefirió no hacer nada porque no quería enfrentarse a esos obstáculos internos. Como el otoño anterior había sido el principal defensor del Pacto Tripartito, probablemente pensó que perdería toda su credibilidad política si lo abandonaba con tanta rapidez.

CAPÍTULO 6

El problema norte-sur de Japón

El 23 de junio de 1941, al día siguiente de que Alemania atacara^[126] a la Unión Soviética, se emitió una orden de inteligencia, redactada en Moscú, para Richard Sorge, periodista alemán destinado en Tokio: «Informe sobre la posición del gobierno japonés respecto a la guerra de Alemania contra la Unión Soviética». Sorge, un hombre alto, con un tosco atractivo, de unos cuarenta y cinco años, era un agente soviético que operaba en Japón. Nacido en Bakú en 1895 de madre rusa, había pasado la mayor parte de su infancia en Berlín y al comienzo de la Primera Guerra Mundial se había alistado para luchar por Alemania. Sin embargo, su desilusión con esa guerra, que le dejó una cojera de secuela, le llevó a caer en los brazos del comunismo. Unos días después de la orden, Sorge recibió instrucciones del gobierno soviético de «informar sobre cualquier movilización del ejército [japonés] hacia nuestras fronteras». A Sorge le debió de parecer irónico que en Moscú ahora estuvieran tan deseosos de recibir sus informes. Stalin había descartado por poco fidedignas las advertencias específicas que Sorge había enviado sobre el inminente ataque alemán a la Unión Soviética.

Sorge llegó a Japón en el otoño de 1933. Su misión, como él mismo la definió^[127], era

observar atentamente la política japonesa hacia la Unión Soviética... y descubrir si Japón planeaba atacarla. Era la misión más importante que se nos había encomendado a mí y a mi grupo... No sería exagerado decir que ése era el objetivo de mi estancia en Japón.

Parecía que Sorge estaba disfrutando en Japón. Vivía en una casa sencilla de dos pisos llena de libros de historia y recuerdos de sus viajes, y con frecuencia se le veía montando en moto con una cazadora de cuero. De carácter afable, no tardó en convertirse en una figura popular en la comunidad de expatriados alemanes en Tokio. Logró ganarse la confianza de importantes

alemanes, como Eugen Ott, el agregado de la embajada que en 1938 sería nombrado embajador en Tokio. Esto probablemente explica que Sorge supiera con antelación hasta el día exacto en que iba a comenzar la Operación Barbarroja.

Ott apreciaba tanto a Sorge que le permitió instalarse en un despacho en la embajada alemana, donde Sorge editaba un boletín diario (y tuvo una aventura con la señora Ott). Sorge reclutó concienzudamente a los miembros^[128] de lo que se conocería como el círculo de espías de Sorge, que estaba compuesto por al menos trece hombres y tres mujeres, aunque muy pocos tenían contacto directo con él. Entre los miembros del círculo estaban Max Clausen, un ingeniero de comunicaciones por radio prusiano y educado en Moscú; Branko de Vukelic, un judío serbio educado en Croacia, que escribía en periódicos franceses y yugoslavos; Miyagi Yotoku, un pintor japonés de Okinawa educado desde muy pequeño en California; y Ozaki Hotsmi, consejero del príncipe Konoe y periodista de cierto renombre especializado en China.

Ozaki era un hombre de rostro rechoncho y mirada amable que se ganaba la confianza de todos los que le conocían. Era, con diferencia, la figura más importante del círculo de espías de Sorge. Nacido en 1901 y educado principalmente en el Taiwán colonial, donde su padre estaba destinado como corresponsal de un periódico, regresó a Tokio para estudiar en la universidad. Finalmente trabajó como reportero para el *Asahi*. De 1928 a 1932 estuvo destinado en Shanghái.

El periodo que Ozaki vivió en Taiwán y China resultó decisivo para su formación ideológica. Recordaba que su estrecho contacto^[129] con los residentes chinos en Taiwán, así como haber conocido de primera mano la dinámica de poder «gobernante-gobernado» del imperialismo colonial en «la vida cotidiana y en formas muy específicas», fueron las únicas experiencias «extraordinarias» de su infancia, por lo demás, convencional. Le repugnaba ver que incluso su padre, habitualmente una persona de buen carácter, pudiera actuar como cualquier arrogante señor colonial y golpear a un conductor de *rickshaw* que pedía más dinero. Decía que Shanghái^[130] había fortalecido su ya profunda simpatía por los movimientos nacionalistas en general y por la liberación nacional de China en particular. En su opinión, el comunismo proporcionaba a los países asiáticos una vía para liberarse del imperialismo occidental y japonés, así como una forma de que Japón y China convivieran y trabajaran por el mismo objetivo.

Sorge conoció al joven periodista Ozaki a través de Agnes Smedley, una escritora y corresponsal estadounidense conocida por su activismo en el movimiento de independencia indio (y otra de las amantes de Sorge), en Shanghái a principios de los años treinta. Sorge se encontraba en una misión para informar a Moscú sobre la situación y el comunismo en China y preguntó a Ozaki sobre la naturaleza de las actividades japonesas en ese país. Sorge describió su relación^[131] como «impecable tanto personal como profesionalmente» y la marcha de Ozaki a Tokio en 1932 fue «una pérdida terrible» para la ejecución de su misión. «Aquellas personas [Smedley y Sorge] eran^[132] fieles a sus ideologías y consecuentes en sus principios; además, tenían talento para su trabajo, al que estaban entregadas –dijo Ozaki–. Si hubieran actuado movidos por su propio interés, aunque sólo fuera mínimamente, o como si trataran de utilizarnos, yo, al menos, me habría negado y me habría apartado de ellas».

A la luz de tal admiración mutua, no es sorprendente que Ozaki se prestara a cooperar –con la condición de no recibir compensación económica alguna– cuando Sorge se lo propuso en Japón en 1934. Los dos tenían mucho en común. Su capacidad analítica, su inclinación por el estudio (Sorge tenía un doctorado en Ciencias Políticas) y un temperamento apasionado y gregario que les permitía ser tanto buenos periodistas como expertos agentes secretos.

En Japón Sorge utilizó su pertenencia al Partido Nazi para ocultar su lealtad comunista. A veces cometía alguna indiscreción. El 4 septiembre de 1939, un día después de que Gran Bretaña y Francia declararan la guerra a Alemania, casi se delata. Sorge salía de la sede de la Agencia de Noticias Alemana (DNB) cuando se topó con Robert Guillain, jefe de la sucursal en Tokio de la agencia de noticias francesa Havas. Cuando Guillain vio^[133] al reportero «nazi», empezó a despotricar: «Mi abuelo luchó contra los alemanes cuando Francia perdió en la guerra franco-prusiana en 1870. Mi padre también luchó contra los alemanes en 1914. Y eso ocurrió porque Alemania nos atacó. Parece que no os bastan dos guerras con Francia. Pues bien, lucharemos contra vosotros por tercera vez. Y ahora os aplastaremos. Ya lo verás. Alemania quedará en ruinas». Sorge respondió a la diatriba de su joven colega con una educada invitación a comer. Durante la comida Sorge le dijo: «Yo rechazo esta guerra tanto como tú... También he luchado en la Gran Guerra. Creo que la paz debería llegar al mundo. Cuando apareció Hitler, pensé que traería orden a Alemania y paz a Europa». Incluso reconoció: «Ahora veo que me he equivocado. –Y, tras un momento de vacilación,

añadió—: Soy pacifista, ¿ves?».

Sorge no podría haber actuado sin Ozaki. Le faltaba el necesario conocimiento de la lengua para operar eficazmente en la sociedad japonesa; su japonés hablado era rudimentario en el mejor de los casos. (Tampoco hablaba un buen ruso, y normalmente utilizaba el inglés y el alemán para sus comunicaciones con Moscú). Ozaki era muy valorado como analista político y comentarista de la actualidad, especialmente de las relaciones chino-japonesas. Este tema era sobre el que informaba para el *Asahi* e investigaba en el *think tank* del Ferrocarril Surmanchuriano. Con la escalada de la guerra en China, se convirtió en un famoso intelectual y personas de distintas profesiones, entre las que había militares y policías, buscaban su opinión. También era un miembro activo de la Asociación de Investigación Showa, un grupo de expertos que ayudó al príncipe Konoe a formular sus políticas. Sólo esto ya habría proporcionado a Ozaki fuentes significativas de información. Pero mucho más importante era su participación en el llamado Club de los Desayunos.

Este exclusivo club se reunía dos veces al mes a las ocho de la mañana para intercambiar información y debatir los asuntos políticos del momento. La lista de participantes era impresionante. Aunque Konoe no asistía regularmente a las reuniones, sus miembros se enorgullecían de formar el círculo más íntimo del príncipe. La mayoría pertenecían a la clase privilegiada de Japón, tenían entre treinta y cincuenta años, tendían a simpatizar con el liberalismo y el internacionalismo (mucho más que Konoe) y habían recibido una educación de élite anglo-estadounidense. Entre sus miembros estaban el secretario de Konoe, Ushiba Tomohiko; Saionji Kinkazu, nieto del príncipe Saionji (que fue compañero de viaje de Matsuoka en el Estrella Roja); el secretario del gabinete, Kazami Akira; el periodista internacional Matsuomoto Shigeharu; Inukai Takeru, novelista y tercer hijo del ex primer ministro Inukai Tsuyoshi, y Matsukata Saburo, hijo de Matsukata Masayoshi, un oligarca Meiji.

Es probable que, debido a sus impecables historiales, los miembros del club no se sintieran obligados a reservarse sus opiniones ante Konoe y seguramente ésa era la razón por la que éste los valoraba. Ozaki pertenecía al grupo por su amplio conocimiento de China y su estrecha amistad con Saionji. Ambos se habían conocido a bordo de un barco cuando en 1936 iban a una conferencia en Estados Unidos. Saionji desconocía el verdadero radicalismo de Ozaki. De hecho, Ozaki ni siquiera confió sus ideas a su

esposa, a la que, por lo demás, estaba muy unido.

A su regreso de Estados Unidos, se vieron prácticamente cada día. Parecía normal que hablaran de política cuando se reunían. Eran muy conscientes de que la política japonesa estaba yendo por un rumbo equivocado y que había que poner fin inmediatamente a la guerra con China. Más tarde, Ozaki declaró que se había relacionado^[134] con aquellos a los que había acabado utilizando como fuentes de información «con la mayor sinceridad, por nuestro común interés en la presente crisis del país».

Después de la Operación Barbarroja, los espías comunistas debían averiguar si Japón tenía la intención de atacar a la Unión Soviética. Como hemos visto, Matsuoka estaba a favor e hizo lo posible para que los alemanes pensaran que la participación de su país en la guerra era inminente, lo que aumentaba los temores soviéticos. Ahora que su fuente de información eran los extremadamente sesgados informes que el embajador Oshima enviaba desde Berlín, a Matsuoka no le cabía ninguna duda de la victoria alemana. Atacando a la Unión Soviética, Japón podría ganar territorio al mismo tiempo que convencería a los nazis de su buena fe. Según él, Japón se encontraba en una situación parecida a la de Italia en junio de 1940, cuando Mussolini decidió atacar a Francia después de que la victoria alemana fuera evidente. Pero la nueva preferencia política de Matsuoka tenía un problema fundamental: no sólo su propuesta de «atacar al norte» no iba acompañada de un desarrollo estratégico factible sino que, entre los líderes japoneses, nadie más quería una guerra con la Unión Soviética.

Aunque el ejército japonés siempre había mirado al norte y considerado a Rusia –después la Unión Soviética– el principal enemigo de Japón, había razones de peso para no respaldar a Matsuoka. La superioridad soviética sobre el ejército japonés, que no poseía los tanques pesados necesarios para combatir en Mongolia y Siberia, ya se había hecho patente durante las luchas fronterizas que se desarrollaron en Nomonhan en 1939. Japón tampoco contaba con suficientes soldados para luchar con China y con Rusia. En junio de 1941 el Ejército se unió a la presión de la Armada a favor de la expansión en la mitad meridional de la Indochina francesa.

Los estrategas militares insistían en que la transferencia de poderes por parte de las autoridades coloniales francesas a Japón debía ser pacífica, fruto de una presión «diplomática» adecuada. Después de todo, sólo en los últimos diez meses, Japón había logrado apoderarse de la mitad septentrional de la Indochina francesa y mediar en una disputa territorial entre Tailandia y la ésta

(en favor de la primera) mediante la diplomacia respaldada por amenazas y fuerza. Al ocupar toda la península Indochina, Japón no sólo establecía una base estratégica mucho más próxima a la Malasia Británica y las Indias Orientales holandesas, sino que también accedía a más arroz, estaño y caucho, lo que le permitiría luchar con China a corto plazo y quizá librar una guerra de más envergadura en el futuro. Además, a los holandeses en las Indias Orientales quizá les disuadiera la presencia nipona en su patio trasero y por fin accedieran a proporcionar más petróleo a Japón. Se suponía que no serían necesarias más aventuras militares al sur de la frontera de Indochina.

Matsuoka se opuso con vehemencia. Equivocadamente, esperaba (como muchos otros, también en Gran Bretaña y Estados Unidos) una rápida victoria alemana en la Unión Soviética, pero ahora estaba en lo cierto al temer duras represalias anglo-estadounidenses si Japón decidía ocupar más territorio colonial francés. Un paso así no dejaría duda alguna sobre las ambiciones niponas en la región; sería como lanzar una bengala a Washington. A finales de junio de 1941 las deliberaciones políticas de Tokio giraron en torno a la cuestión de si atacar al norte (la Unión Soviética) o marchar al sur. Los mecanismos y fuerzas institucionales que hicieron posible ese debate tendrían un impacto duradero en la formulación de la política de Tokio en los meses siguientes.

En líneas generales, la orientación estratégica de Japón la marcaba el Cuartel General Imperial, el órgano supremo de los estados mayores de la Armada y del Ejército. Los estados mayores presentaban propuestas estratégicas, lo mismo que los ministerios de Marina y del Ejército, que formaban parte del gobierno. En ambos ministerios, los ministros encabezaban la jerarquía institucional seguidos de los viceministros, los jefes de las distintas oficinas (como las de asuntos militares, personal, asuntos legales y suministros y contabilidad) y, finalmente, los jefes de sección (subgrupos dentro de las oficinas). Los estados mayores tenían una cadena de mando similar, con los jefes del Estado Mayor en la cúspide, seguidos de los subjefes, los jefes de división (operaciones, información y movilización) y, por último, diversos jefes de sección. Las propuestas estratégicas rara vez se formulaban a los niveles más altos; lo más frecuente era que se presentaran en los niveles de oficina y sección de los ministerios, y de división y sección de los estados mayores. Como había muchos grupos especiales tratando de promover sus intereses, llegar a una nueva política era hartamente complicado.

Si, por ejemplo, una división o una sección^[135] del Estado Mayor del

Ejército proponía una nueva iniciativa, primero debía ser aprobada, modificada y suscrita por los jefes de las demás divisiones y secciones. Sólo entonces la propuesta se debatía en una reunión conjunta del Estado Mayor del Ejército (independiente del gobierno) y del Ministerio del Ejército (parte del gobierno), a la que normalmente asistían el jefe y el subjefe del Estado Mayor y el ministro y el viceministro. Entretanto, a los jefes de oficina y sección del Ministerio del Ejército se les presentaba la propuesta del Estado Mayor del Ejército; si estaban de acuerdo, todos ellos trataban de convencer a la Armada (a su Estado Mayor y al Ministerio de Marina), así como al Ministerio de Asuntos Exteriores, los cuales tenían, a su vez, intrincados grupos y subgrupos. Conseguido el acuerdo del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Armada, los jefes del Estado Mayor, como representantes del alto mando, proponían al gabinete la inclusión de la propuesta en la agenda de una conferencia de enlace.

Este meticuloso procedimiento institucional lo llevaban a cabo estrategias militares de rango intermedio, la mayoría de los cuales ni siquiera asistían a las reuniones de enlace de los altos dirigentes. Se les designaba con el apropiado nombre de *bakuryo*, que significa literalmente «oficiales tras las cortinas». Antiguamente, la palabra *baku* (cortinas) tenía un significado doble para explicar la concentración de poder. Uno era político, sinónimo de gobierno, como en *bakufu* (shogunato), que significa «régimen tras las cortinas». El otro era estratégico y aludía a las cortinas improvisadas que se utilizaban en los campamentos durante las campañas militares para identificar al cuartel general, donde un grupo reducido de jefes discutían las estrategias. En el Japón de antes de la guerra, los *bakuryo* habían asumido tanto la misión política de negociación y coordinación con distintos órganos de poder como la tarea más práctica de planificar las estrategias. Debido al papel crucial que los *bakuryo* asumirían en la dirección de la política nipona después de julio, el término evocaba la imagen de estrategias diseñando furtivamente políticas belicosas con la excusa de asistir y asesorar a sus superiores.

A principios del verano de 1941, los tres *bakuryo* más influyentes de Japón, todos en torno a los cincuenta años, eran el jefe de la División de Operaciones del Estado Mayor del Ejército, Tanaka Shin'ichi; el jefe de la Oficina de Asuntos Militares del Ejército, Muto Akira, y el mencionado jefe de la Oficina de Asuntos Navales del Ministerio de Marina, Oka Takazumi. Muto y Oka fueron los encargados de colaborar en la crucial elaboración de un acuerdo entre el Ejército y la Armada. Tanaka, por otra parte, con frecuencia trabajaba en solitario, movido por una concepción del mundo

hostil que le convertía en el oráculo catastrofista del Estado Mayor del Ejército. Su división era la más agresiva.

Tanaka siempre presionó a favor de la línea belicista en China. Para él, no había más opción que la victoria total, y la voluntad que los líderes japoneses habían mostrado en los últimos tiempos de negociar con Estados Unidos era una vergüenza. Evitar la guerra equivalía a rendirse cobardemente y era peor que perderlo todo después de haber librado una verdadera guerra. Debido a la firmeza de sus convicciones y a su fuerte personalidad, y aunque sólo era el tercero en la cadena de mando, llegó a tener más influencia política que nadie sobre el Estado Mayor del Ejército.

A Tanaka con frecuencia le exasperaba lo que él percibía como la tendencia acomodaticia de Muto (y no se puede decir que Muto fuera un moderado). Sin embargo, Sato Kenryo, un jefe de sección en la Oficina de Asuntos Militares que dependía directamente de Muto y era estrecho colaborador del ministro del Ejército Tojo, le parecía más prometedor. Sato, de cuarenta y tantos años, había alcanzado notoriedad nacional unos años antes, al defender la Ley de Movilización Nacional en una sesión parlamentaria. Los legisladores le abuchearon y gritaron «¡Cállese!», y él abandonó la sala indignado. Evidentemente, el proceso democrático no era de su gusto.

La Armada también tenía sus halcones de rango intermedio^[136]. El principal era Ishikawa Shingo, un jefe de sección de la Oficina de Asuntos Militares del Ministerio de Marina, de edad parecida a Tanaka. En 1931, por la época del Incidente de Manchuria, escribió bajo seudónimo (y sin permiso de la Armada, lo que era motivo suficiente para apartarlo del servicio) un libro controvertido: *La crisis de Japón*. En él advertía de que Estados Unidos ambicionaba controlar Oriente desde mediados del siglo anterior e instaba a Japón a emprender una «gran marcha nacional para asegurarse su derecho a la supervivencia» ante las inminentes amenazas estadounidenses. Pensaba que las conferencias sobre reducción naval que se habían celebrado en Washington y Londres eran parte de una conspiración occidental para impedir que Japón adquiriera una posición preeminente. Como Ishiwara Kanji –que había planeado la campaña de Manchuria– en el ejército, Ishikawa ejerció una influencia poderosa sobre los jóvenes oficiales con su polémico libro, convirtiendo en simpatizantes nazis a gran parte de lo que tradicionalmente había sido una armada probritánica. Su fanática personalidad alarmaba desde hacía mucho a los mandos superiores. Le habían puesto el apodo de

«Chalado» y durante gran parte de su carrera le habían dejado de lado en los nombramientos para cargos influyentes. Pero ahora, en el otoño de 1940, Oka, jefe de la Oficina de Asuntos Navales y resuelto defensor de la alianza con el Eje, nombró a Ishikawa jefe de su División de Armamento, haciendo caso omiso de las objeciones de la Oficina de Personal.

Junto con otros correligionarios, Ishikawa formó el Primer Comité de Política de Defensa Naval (el llamado Primer Comité), que plasmaría la posición favorable a la guerra en vísperas de Pearl Harbor. Como Tanaka, creía que la guerra con Estados Unidos era inevitable y había que afrontarla heroicamente. En su opinión, la ocupación militar nipona de la Indochina francesa debía servir para preparar una guerra inevitable, no sólo posible. De hecho, Ishikawa era partidario de una potente operación militar más allá de las fronteras de Indochina para conquistar la Malasia Británica antes del fin de 1941. Ishikawa más tarde se jactaría^[137] de que «fui yo quien puso a Japón en la senda de la guerra».

Cabría decir que aquellos oficiales *bakuryo* sólo cumplían su deber de militares preparándose para la guerra al tiempo que permanecían atentos a la oportunidad de realizar avances estratégicos y territoriales. No obstante, el problema de Japón a mediados de 1941 era que la preparación para la guerra se convirtió en su único objetivo, a falta de una política nacional más amplia que la guiara. Con demasiada frecuencia los líderes se dejaron dirigir por los oficiales jóvenes a los que deberían haber contenido y adoptaron su apremiante retórica de forma acrítica. El jefe del Estado Mayor de la Armada, Nagano Osami, resumió^[138] esa actitud francamente: «Como los jefes de sección son los mejor informados, acepto sus opiniones».

Cinco décadas después, Ishii Akiho, un oficial *bakuryo*^[139] del Ministerio del Ejército que se encargó de redactar muchas de las propuestas que prosperaron, reflexionaba sobre el poder que él y sus colegas tenían en aquellos meses cruciales que condujeron a Pearl Harbor: «Aunque éramos unos imprudentes, podíamos adoptar una decisión política importante siempre que tomáramos la iniciativa. Desde luego, nuestra política podría haberse modificado en el proceso de aprobación, pero [nuestra voz] era así de importante... Por eso mi pecado es grande». En su opinión, el problema fundamental de la época era que, en la cadena de mando, nadie dudó nunca de que el Imperio japonés estuviera destinado al liderazgo regional –si no global– y que por lo tanto necesitaba expandirse a toda costa. Esto significaba que incluso si se rechazaba un programa expansionista, los estrategas

preparaban otro de igual calibre. Bien, preguntaban, «si no podemos ir ahí, entonces ¿adónde?».

De todas formas, es importante subrayar que, en junio de 1941 los fanáticos designios de Tanaka, Ishikawa y otros belicosos estrategas japoneses no eran considerados como tales por los miembros de la cúpula militar o por muchos de sus colegas *bakuryo* de los órganos de planificación. Aquellos líderes apoyaban la ocupación del sur de Indochina porque creían que era una empresa oportuna de pocos riesgos y grandes beneficios; había que aprovechar el vacío de poder en el Asia suroriental colonial mientras el resto del mundo estaba atento a los acontecimientos en Europa. Lo mismo que Matsuoka llamaba a actuar inmediatamente en el norte, antes de que Alemania acabase con la Unión Soviética, los oficiales *bakuryo* creían que la oportunidad en el sur era momentánea. Éste era el contexto del crucial debate norte-sur, cuyo resultado tendría grandes ramificaciones en la posición internacional de Japón.

El 24 de junio el Ejército y la Armada acordaron que Japón ocupara la mitad meridional de la Indochina francesa y se dejara abierta la posibilidad de atacar a la Unión Soviética si se presentaba una oportunidad favorable, como sería que las tropas soviéticas se desplazaran a gran escala desde el extremo oriente al frente europeo. El primer ministro Konoe dio su bendición al rápido consenso en parte porque vio en el cambio de objetivos la oportunidad que tanto necesitaba para sustituir a Matsuoka. No hacía tanto tiempo Konoe había contado con el empuje de Matsuoka para dirigir el gobierno. Ahora, decepcionado, Konoe se apoyaba en los militares, el mismo grupo que había tratado de controlar y refrenar a través de Matsuoka, para propiciar la caída del ministro de Asuntos Exteriores. El nuevo plan, lleno de motivos políticos no explícitos, debía ser aprobado en una conferencia de enlace antes de ser adoptado.

Las conferencias de enlace, exentas de toda formalidad ceremonial, ofrecían a los líderes la oportunidad de plantear preguntas concretas sin ambages. Siempre existía la posibilidad de que las propuestas fueran rechazadas, y todos sabían que Matsuoka se opondría. Por eso, los estados mayores del Ejército y de la Armada invitaron a los subjeses como refuerzo. Se suponía que ellos eran los expertos y que conocían bien los pormenores. (En el caso del subjesse del Estado Mayor del Ejército, Tsukada Osamu, los supuestos conocimientos no eran ciertos, pues, al parecer, dijo a sus oficiales subordinados: «Yo no entiendo de datos, así que se los dejo a ustedes»).

Habría que enfrentarse a Matsuoka. Konoé convocó una conferencia de enlace para el 25 de junio.

Al contrario de lo que se esperaba, Matsuoka se mostró sorprendentemente contemporizador. Sin muchas objeciones, secundó la ocupación militar del sur de la Indochina francesa. «Este asunto exige actuar con premura^[140] –dijo–. En vista de que ya lo hemos decidido, pongámonos a ello». Se anunció que, ese mismo día, se convocaría una reunión del gobierno (para una formalidad: ratificar la resolución de la conferencia de enlace como una decisión gubernamental), que iría seguida de la entrevista de los jefes del Estado Mayor con el emperador para informarle del plan de acción aprobado. Cuando la discusión llegó a la política de Japón respecto a la Unión Soviética, Matsuoka habló a favor de atacarla.

Desconcertado, el jefe del Estado Mayor Sugiyama respondió:

El ministro de Asuntos Exteriores propugna una política agresiva, pero el ejército no está preparado. Sólo podemos atacar cuando las condiciones en China, en el norte y en el sur sean favorables en las tres direcciones... Hay que ser consciente de que si nos apresuramos en atacar a los soviéticos, Estados Unidos podría unir sus fuerzas con ellos.

Sugiyama se equivocaba al hablar como si la invasión propuesta de Indochina no entrañara el riesgo de una intervención estadounidense. Matsuoka contestó a Sugiyama abogando por una «acción disuasoria» contra la Unión Soviética. Después de todo, sería el mayor obstáculo de todos. Los líderes concluyeron con reticencia que habría que convocar otra reunión de enlace para resolver estas diferencias.

Al día siguiente, el 26 de junio, Matsuoka apeló a la lealtad de los militares hacia Alemania, su socio de alianza, y volvió a insistir en la necesidad de atacar inmediatamente en el norte. Tsukada, subjefe del Estado Mayor del Ejército, se mantuvo inflexible^[141] en su oposición: «No sé en la política, pero en lo que respecta a las cuestiones militares, Alemania está haciendo lo que le parece. ¡Razón de más para que no consultemos [a Alemania]!». El ministro del Ejército Tojo se mostró de acuerdo con Tsukada, pero la decisión de apoyar la operación en Indochina no se tomó fácilmente. El 23 de junio se había reunido con un oficial de la División de Combustible del Ejército, que sugirió que Japón sólo podía procurarse petróleo penetrando en el sur de Indochina. Tojo estalló: «¿Me está usted diciendo que debemos^[142] robarlo?», preguntó. Le enfurecía que los ingenieros del ejército no hubieran inventado un combustible sintético a pesar de su generoso presupuesto. «No puedo informar a Su Majestad Imperial y decir: “Me temo

que debemos rebajarnos a comportarnos como ladrones”», protestó.

Con su estrechez de miras Tojo no había considerado las ominosas implicaciones políticas que tendría para las relaciones diplomáticas niponas con Occidente. Al final, dio su apoyo a la campaña en Indochina, abandonando con demasiada facilidad sus supuestas objeciones morales. Aunque la reunión de enlace del 16 de junio terminó sin que se llegara a decisión alguna, las luchas internas empezaron a pasarle factura a Matsuoka. Al término de la reunión había perdido su locuacidad habitual^[143] y dijo que aceptaba el plan militar «en general», aunque no estaba de acuerdo con él «en lo fundamental». Prometió que se explicaría al día siguiente.

Otro día, otra conferencia. En la reunión del 27 de junio, Matsuoka volvió a intentar desdecirse de su impetuoso apoyo a la invasión. Dijo que comprendía la lógica estratégica *general*^[144] del plan, pero le parecía que había un error político *fundamental* porque provocaría una represalia de los Aliados. La invasión del sur de Indochina sólo sería factible una vez que el predominio nazi estuviera firmemente asentado en Europa (lo que, según él, ocurriría muy pronto). Matsuoka rechazó el temor de Sugiyama de que Estados Unidos pudiera unir sus fuerzas con la Unión Soviética contra Japón; Estados Unidos siempre había odiado a la Unión Soviética, declaró.

Es cierto, la Unión Soviética nunca había sido un miembro apreciado de la comunidad internacional. La guerra que Hitler estaba librando en Europa había sido precipitada por las ambiciones territoriales de Stalin en Polonia y en los Estados bálticos y balcánicos tanto como por el plan maestro de Hitler. La opinión occidental se puso del lado de Finlandia cuando se negó a ceder territorios a la Unión Soviética y fue atacada a finales de 1939. El resultado fue que la Unión Soviética se convirtió en el único miembro expulsado de la Sociedad de Naciones en toda su historia. Todo esto era cierto. Pero en la reunión de enlace nadie mencionó la posibilidad de que Estados Unidos, como Gran Bretaña, odiara a la Alemania nazi más aun que a la Unión Soviética.

Matsuoka siguió insistiendo en las reuniones del 28 y 30 de junio y del 1 de julio. «Nunca me he equivocado en mis previsiones^[145] a corto plazo –dijo en una de ellas–. Pronostico que marchar al sur será un gran desastre». Muto no estuvo de acuerdo. Dándose cuenta de que la discusión no iba a ningún sitio, Matsuoka recurrió entonces a aplacar a sus oponentes. «¿Por qué no esperar [a iniciar la campaña en Indochina]^[146] otros seis meses? De todas formas, si el Alto Mando y el primer ministro están decididos a seguir

adelante con el plan a pesar de todo, no puedo oponerme a su decisión, pues yo mismo lo he respaldado».

El tono extrañamente conciliador de Matsuoka pareció debilitar la resolución de algunos líderes. El ministro de Marina Oikawa propuso al jefe del Estado Mayor del Ejército Sugiyama que el plan se pospusiera por seis meses. Kondo, el subjefe del Estado Mayor de la Armada, susurró a su homólogo, Tsukada, que considerase el aplazamiento. Pero a Tsukada no se le iba a aplacar tan fácilmente. Advirtió abiertamente a su superior, Sugiyama, que se atuviera a la propuesta original. Así lo hizo, y Konoe le apoyó. Los ministros de Economía y de Industria y Comercio, que podrían haber ayudado a los demás a ver la situación bajo un prisma más práctico, no fueron invitados a las reuniones de enlace hasta después del 30 de junio. Ya era demasiado tarde.

La aprobación para ocupar el sur de la Indochina francesa (o comportarse como ladrones, en palabras de Tojo) se otorgó formalmente en una conferencia imperial celebrada el 2 de julio. Las conferencias imperiales eran ocasiones excepcionales que, en la mayoría de los casos, marcaban el comienzo o el final de una guerra. Asistían los ministros más importantes, el secretario del gabinete para apoyar a los ministros, el director del Consejo de Planificación del Gobierno, el presidente de los consejos privados, los jefes y los subjefes de los estados mayores del Ejército y de la Armada, y los jefes de las oficinas de Asuntos Militares de los ministerios del Ejército y de la Marina (aunque el jefe de la Oficina del ejército estuvo ausente el 2 de julio por enfermedad), todos ellos ataviados formalmente con uniforme militar o frac.

«Las conferencias imperiales –dijo Hirohito en una ocasión–^[147] eran algo curioso... El emperador no tenía poder decisorio, no podía dictar la atmósfera de la conferencia [a pesar del nombre]». El emperador escuchaba la presentación de la propuesta que se iba a aprobar y el presidente del Consejo Privado hacía preguntas a los líderes en representación suya. La aprobación imperial era una mera formalidad sin fuerza vinculante. Sin embargo, llevaba el sello de la autoridad incontestada y no había precedentes históricos de que alguna vez hubiera sido revocada. Al obtener la sanción imperial, las decisiones políticas cobraban un carácter divino, apolítico, y los líderes políticos quedaban exentos colectivamente de toda responsabilidad personal por la política recién aprobada.

La conferencia del 2 de julio fue la primera de cuatro conferencias imperiales celebradas antes del ataque japonés a Estados Unidos. Tuvo lugar

en la Primera Sala Oriental del palacio Meiji, un majestuoso edificio situado en el vasto recinto del Palacio Imperial en el centro de Tokio, que había sido construido en 1889. La sala representaba una fusión entre las sensibilidades estéticas orientales y occidentales –lámpara de araña con candelabros de cristal colgando del techo, paredes adornadas con tapices de seda púrpura bordados con los tradicionales motivos florales japoneses. Las largas mesas de conferencias estaban cubiertas con telas de seda de rayas multicolores entrecruzadas. La mezcla de colores creaba esa sensación de discreta opulencia que es propia de los más bellos quimonos.

La conferencia duró de las diez de la mañana a medio día. La decisión de ocupar el sur de Indochina fue cuestionada y puesta en entredicho por Hara Yoshimichi, presidente del Consejo Privado. Los líderes debían demostrar ante el emperador que habían sopesado su decisión cuidadosamente; la sesión no tenía por objeto someterla a examen o reconsiderarla. El 2 de julio la mayor preocupación de Hara^[148] era una inquietante frase del plan de ocupación de Indochina: «El Imperio no rehuirá la guerra con Gran Bretaña y con Estados Unidos». Había aparecido en un borrador militar a principios de junio y en distintas fases de la formulación del plan los estrategas *bakuryo* la habían suprimido y reintroducido. Estaba dirigida específicamente a Matsuoka y su oposición a la ocupación de Indochina. «Ir a [ocupar] Tailandia o Indochina exige^[149] la resolución de luchar con Gran Bretaña y Estados Unidos», había dicho Matsuoka. «En ausencia de esa resolución, no estoy dispuesto a seguir tratando este asunto». A fin de imponer el plan de la ocupación, sus partidarios querían convencer a Matsuoka de su determinación.

La resolución de «no rehuirá» no era fruto de una discusión seria en el seno de las fuerzas armadas. Los estrategas belicistas como Tanaka, en el ejército, e Ishikawa, en la Armada, habían adoptado de buena gana el tono intransigente de Matsuoka, formalizándolo en su borrador. Sin embargo, esa frase suscitaba rechazo en gran parte de las Fuerzas Armadas. Para la mayoría de los miembros de la Marina la posibilidad de tener que luchar solos contra Gran Bretaña y Estados Unidos en el mar resultaba estremecedora. Sawamoto Yorio, viceministro de Marina^[150] en aquellos momentos, recordaba más tarde:

Me sorprendió [la frase de «no rehuirá»] y pregunté al ministro de Marina Oikawa sobre ella. Me dijo que él era contrario a la guerra, pero teniendo en cuenta la preocupación general del ejército con el norte... teníamos que decir algo así para impedir que el plan escapara al control de la Marina [tradicionalmente inclinada hacia el sur]. También pregunté sobre la frase al almirante Toyoda,

ministro de Comercio e Industria, que repuso para tranquilizarme: «No se preocupe, el ministro Oikawa no quiere [la guerra]».

Para los altos mandos de la Armada, la inclusión de esa frase era una forma de aparentar audacia no sólo ante el ministro de Asuntos Exteriores sino también ante el ejército. Aduciendo la necesidad de prepararse para una posible guerra, también sugirieron un incremento del presupuesto militar de la Armada.

En la conferencia imperial del 2 de julio, percibiendo correctamente la ligereza de la belicosa retórica de los líderes, el presidente del Consejo Privado, un septuagenario que llevaba lentes y bigote, y tenía formación jurídica, hizo a los asistentes una serie de preguntas relacionadas con su determinación de «no rehuir» la guerra con Occidente. Hara era conocido por sus ideas conservadoras y anticomunistas, por lo que tendía a simpatizar con la idea de atacar a la Unión Soviética, como sostenía Matsuoka, más que con la de ocupar la Indochina francesa. Pero al plantear sus preguntas le guiaba ahora el sentido común. Dijo a los líderes^[151]:

Hemos de ser precavidos con el uso de la fuerza... Una cosa es hacer que la Indochina francesa atienda nuestras exigencias aludiendo a nuestro poder, y otra muy distinta ejercerlo... No queremos que nuestra acción se vea como una «invasión»... Ustedes dicen que no rehuirían una guerra con Gran Bretaña y Estados Unidos... pero ¿cómo compaginan esa resolución con la realidad [de no estar preparados para dicha guerra]? Me inclino a creer que Gran Bretaña y Estados Unidos reaccionarían si fuéramos adelante con [la ocupación del sur de] la Indochina francesa... ¿Qué probabilidades hay de que [el nuevo plan] les induzca a unir sus fuerzas [contra Japón]? Me gustaría recibir una respuesta clara.

Tojo admitió que, en efecto, había que considerar el asunto seriamente. Matsuoka apoyó esta opinión. Pero aseguraron a Hara que la ocupación, tal y como se había planeado, no implicaría empleo de la fuerza y sería pacífica. Esto no es lo que Matsuoka pensaba realmente; en un momento determinado declaró que la posibilidad de una guerra «no puede decirse que sea nula». Pero tampoco él quería desbaratar el plan una vez llegados a la gravedad de su formulación. Hirohito, en la cabecera de las largas mesas cubiertas, escuchaba en silencio.

El carácter supuestamente pacífico y no coercitivo de la ocupación era un factor importante en el que los líderes podían insistir. El año anterior, en la ocupación de la mitad septentrional de la península de Indochina, pese al plan acordado en Tokio de una transición pacífica y diplomática, los impetuosos oficiales del cuerpo expedicionario japonés empezaron a disparar a las fuerzas francesas que se negaban a marcharse. Hubo varios cientos de bajas antes de que los japoneses pudieran arreglar el asunto con las autoridades francesas.

Este incidente reforzó la reputación de Japón en Occidente como Estado poco fiable y Hara lo tenía muy presente cuando hizo esas preguntas.

Cada vez que Hara planteaba la cuestión de la guerra con Gran Bretaña y Estados Unidos recibía respuestas vagas. Los dirigentes no se sentía obligados a discutir los pormenores en una conferencia imperial. Finalmente, Sugiyama resumió lo que pensaba la mayoría. El jefe del Estado Mayor del Ejército dijo que era muy necesario

llevar a cabo el plan propuesto a fin de neutralizar una trama anglo-estadounidense [para acorralar económicamente a Japón]. Si el plan de Alemania [de dominar Europa] sufre algún contratiempo, sí, es concebible que Estados Unidos vaya a la guerra [contra Japón]. Pero Alemania está ganando la guerra. [Con un aliado tan poderoso respaldando a Japón], no creo que los estadounidenses vayan a declararnos la guerra por la Indochina francesa. No hace falta decir que debemos llevar a cabo la ocupación de forma pacífica. Estamos tentados de llegar a Tailandia, pero eso sería acercarnos demasiado a Malasia [Británica], lo que causaría un gran problema, por lo que esta vez vamos a detenernos en las fronteras de la Indochina francesa... Nuestra intención es seguir este plan muy cuidadosamente.

Esto tranquilizó a Hara. Dijo que estaban «de acuerdo en lo básico» siempre que todos los presentes tuvieran claro que Japón debía evitar la guerra con Gran Bretaña y Estados Unidos, a pesar de los desafiantes términos de la propuesta. Todos se estaban convenciendo a sí mismos de que mientras la ocupación del sur de Indochina se realizase sin violencia física y no fuera más allá de la península, el mundo no iba a poner dificultades, y mucho menos empezar una guerra con Japón.

Hirohito tenía recelos sobre la ocupación, como revelaron las insistentes preguntas de Hara. Cuando la propuesta se presentó^[152] el 25 de junio, el día que Matsuoka impulsivamente la suscribió, Hirohito dijo: «Si nos atenemos a los principios del derecho internacional, la resolución me hace dudar». Pero ante la confianza de los líderes (y a pesar de Matsuoka, que no inspiraba confianza al emperador), esos recelos no fueron lo suficientemente grandes como para que se planteara detener el plan. El primer ministro Konoe guardaba silencio. Cuando hacía falta liderazgo político, desaparecía.

El 2 de julio la resolución de la conferencia imperial fue una ocasión decisiva para Richard Sorge. Aunque las frecuentes garantías de Matsuoka habían llevado a la embajada alemana en Tokio a contar con la participación japonesa en la guerra contra la Unión Soviética, Sorge se mostraba escéptico. Más tarde, recordaba^[153]:

Las observaciones de Ozaki sobre la situación previa a la conferencia imperial eran que el primer ministro Konoe y los miembros civiles de su gabinete no querían la guerra con la Unión Soviética, como tampoco la quería la Armada. En el seno del ejército la entrada en la guerra [junto a Alemania] contaba con un gran apoyo; sin embargo, esa postura se había ido inclinando por el

momento hacia la mera observación de los acontecimientos por el momento... El ministro de Asuntos Exteriores Matsuoka era el único que opinaba que Japón debía rechazar el pacto de neutralidad soviético-japonés, cuyo artífice había sido él mismo.

Matsuoka en persona informó al embajador Ott de la decisión de la conferencia imperial, y fue así como se enteró Sorge, que escribió^[154]:

El mensaje del ministro de Asuntos Exteriores Matsuoka contenía dos importantes aspectos de las resoluciones de la conferencia imperial. Eran: 1) en el norte, Japón se expandiría militarmente y se prepararía de todas las formas posibles para expulsar al bolchevismo. 2) En el sur, lanzaría un programa de avance activo... El embajador Ott interpretó que el énfasis recaía sobre el primer punto; de ahí que opinara que Japón concentraría sus fuerzas en el norte y en Manchuria... suponiendo que esta movilización implicaba que Japón entraría en guerra con la Unión Soviética.

Según Sorge, Ozaki «puso más énfasis en el segundo punto mencionado», lo que significaba que creía que Japón sólo lanzaría una operación militar en la Indochina francesa. Sorge sabía quién era más fidedigno^[155] y notificó a Moscú que

en la conferencia imperial se decidió que no habría ningún cambio en el plan militar sobre Saigón [en el sur de Indochina]. También se decidió allí que en caso de que el Ejército Rojo fuera destruido, Japón consideraría una acción militar contra la Unión Soviética.

El Estado Mayor del Ejército Rojo se tomó en serio este informe, por lo que hizo hincapié en la conclusión de Sorge. Pero nada garantizaba que Japón no fuera a cambiar de idea, especialmente porque parecía decidido a seguir siendo aliado de Alemania. Esta sospecha llevaría a la Unión Soviética a acercarse más a Estados Unidos.

Unos días después de la conferencia imperial, los altos mandos de la Armada fueron convocados en Tokio por el ministro de Marina y el jefe del Estado Mayor de la Armada. Cuando se les informó de lo que se había decidido, incluida la frase de que Japón no rehuiría la guerra, la mayoría se quedaron atónitos. «¿Estamos preparados^[156] para una guerra aérea?», preguntó Yamamoto Isoroku. Él conocía la respuesta mejor que nadie. Koga Mineichi, comandante de la Segunda Flota, estaba furioso. «¿Cómo pueden haber aprobado un plan de tal trascendencia sin consultarnos? ¿Qué ocurriría si realmente estallara una guerra? Entonces no pueden decirnos “Bien, salgan ahí y luchen”. ¡No podemos vencer!», dijo.

El jefe del Estado Mayor de la Armada Nagano, el principal promotor del plan de Indochina, respondió como si él no hubiera tenido nada que ver con la propuesta: «¿Qué puedo decir? Es una decisión del gobierno».

CAPÍTULO 7

Una discreta crisis en julio

La velocidad y el optimismo con que el 2 de julio se aprobó la ocupación del sur de Indochina revelaban que la mayoría de los líderes japoneses no percibían una crisis inminente. El país fue informado^[157] por el secretario del gabinete de Konoé en una conferencia de prensa de que «debido a la presente situación, recientemente se ha tomado una decisión política importante». Pero el plan de ocupación, redactado únicamente para uso interno y comunicado a la embajada japonesa en Washington, había sido descifrado por Estados Unidos al cabo de una semana. A Roosevelt le satisfizo la renuencia japonesa a atacar a la Unión Soviética, su nuevo aliado, pero le alarmó la explícita voluntad nipona de arriesgarse a entrar en guerra con Gran Bretaña y Estados Unidos por la campaña en el sur. El 1 de julio señaló al secretario de Interior^[158], Harold Ickes, que era «terriblemente importante para el control del Atlántico que contribuyamos a mantener la paz en el Pacífico. –Y añadió–: Simplemente no tengo una Armada lo suficientemente grande como para estar en ese lado, y cada pequeño episodio en el Pacífico significa menos barcos en el Atlántico».

Al mismo tiempo que adoptaban una retórica belicista, los líderes japoneses actuaban como si la diplomacia con Estados Unidos tuviera una importancia secundaria. El 10 de julio, casi tres semanas después de recibir la contrapropuesta estadounidense al intransigente planteamiento de Matsuoka, Konoé presidió una conferencia de enlace para tratar la política nipona hacia Estados Unidos. La sensación predominante era que el contenido y el tono de la respuesta estadounidense eran injustamente duros con Japón. En las nuevas exigencias se percibía una actitud de superioridad, lo que tocaba una fibra sensible en un país que tenía una profunda inseguridad, alimentada históricamente, como potencia advenediza y no blanca. Matsuoka sostenía

que la respuesta de Washington era una provocación propia de una política exterior rayana en el racismo.

Comprensiblemente, le indignó que Hull pidiera su destitución:

La declaración de Hull es extremadamente agresiva. Nomura, a pesar de que es un buen amigo mío, tuvo la escandalosa temeridad de transmitirme esta «declaración». La injerencia en asuntos internos de otro país, como la remodelación de su gobierno, es simplemente pasmosa. Esto es especialmente cierto cuando se trata de una gran potencia mundial como Japón.

Matsuoka reiteró su descontento^[159] con Hull y con Nomura así como con la forma en que se habían llevado a cabo las «conversaciones» con Estados Unidos. Estaba furioso con todos los que habían intervenido, especialmente con Konoe, que estaba sentado silenciosamente a unos metros de distancia.

Matsuoka siguió despotricando en la reunión de enlace que se celebró dos días después. «De hecho, habría que haber devuelto a Hull su nota verbal^[160] nada más conocer su contenido. Lo que dice es verdaderamente indignante... [y] no hace más que confirmar que Estados Unidos menosprecia a Japón como si fuera un protectorado o territorio suyo... Mientras yo sea ministro de Asuntos Exteriores, no puedo aceptar semejante declaración». Propuso interrumpir las conversaciones con Estados Unidos, lo que alarmó hasta a los asistentes más conservadores y antiestadounidenses.

Después de un largo silencio, Sugiyama habló. «Aunque comparto la opinión del ministro de Asuntos Exteriores –comenzó educadamente el jefe del Estado Mayor del Ejército–, las Fuerzas Armadas se enfrentan a una situación extremadamente crítica» tanto en el sur como en el norte. No podían permitirse enemistarse con Estados Unidos, independientemente de las opiniones personales: «[Es] inapropiado hablar de cortar todos los vínculos con Estados Unidos. Conviene que dejemos algo de margen para negociar».

El ministro del Interior, Hiranuma Kiichiro, habló después de Sugiyama. Delgado, de setenta y tres años, con gafas y un aire frío y distante, culto y seguro de sí mismo, Hiranuma tenía cierto parecido físico con Woodrow Wilson. Era un chovinista japonés y panasianista que pensaba que Japón estaba predestinado a conducir a Asia a un mundo mejor y más justo. Había sido primer ministro durante un breve periodo en 1939 y compartía algunas de las ideas derechistas de Konoe. Pero, al contrario que éste, no simpatizaba con el fascismo porque creía que el nacionalsocialismo y otras formas de fascismo no eran más que variantes del comunismo. Se había opuesto a los programas políticos fascistas de Konoe como la creación de la Asociación de Asistencia al Régimen Imperial en 1940.

Ese día, la inesperada locuacidad de Hiranuma revelaba su inquietud ante la posibilidad de un enfrentamiento con Occidente. «En esta ocasión», comenzó,

el Imperio tiene que evitar a cualquier precio ir a la guerra con Estados Unidos. Eso es lo más importante... [Si estallara una guerra], podría durar cincuenta o cien años. El propio ministro de Asuntos Exteriores se ha referido repetidas veces al gran espíritu japonés representado en nuestro objetivo común de «armonizar las ocho esquinas del mundo bajo un mismo techo». De acuerdo con ese espíritu, nos conviene evitar la guerra. Japón no es un país totalitario. Tampoco es un Estado liberal. Por lo que respecta a nuestros ideales, nuestro Camino Imperial es acabar con todas las guerras en el mundo. Estados Unidos quizá no entienda esto, pero abstenerse de ir a la guerra es el camino que Japón debe tomar. Así que nuestra misión es orientar a Estados Unidos para que colabore en ese empeño... Si el ministro de Asuntos Exteriores está en lo cierto al decir que los estadounidenses irán inevitablemente a la guerra, supongo que el razonamiento que les he expuesto es inútil. El ministro de Asuntos Exteriores insiste en que Roosevelt está llevando a los estadounidenses en esa dirección y que éstos le siguen. Pero entre ellos hay quienes se oponen a esta guerra... Está muy bien, como hace el ministro de Asuntos Exteriores, criticar [la nota verbal de Hull]. Pero incluso si tenemos pocas esperanzas, ¿no podríamos hacer un esfuerzo [para buscar un arreglo pacífico]?

Después del sincero alegato de Hiranuma, a Matsuoka no le quedaba más opción que decir que estaba dispuesto a negociar siempre y cuando Estados Unidos se retractara de la crítica que Hull le había dirigido. «Incluso si no hay esperanza –declaró Tojo–, hemos de perseguir la paz hasta el final. Entiendo lo difícil que esto pueda ser..., pero mientras comuniquemos con franqueza [a Washington] lo que los japoneses pensamos que es correcto, seguramente comprenderán nuestra manera de ver las cosas». Oikawa dijo: «En la Armada se piensa que el secretario de Estado Hull desea evitar una guerra en el Pacífico. Japón no desea una guerra en el Pacífico. Por tanto, ¿no hay ahí un espacio natural [para conseguir la paz]?».

Los jefes militares parecían contradecir así la decisión tomada en la última conferencia imperial de no rehuir la guerra con Gran Bretaña y Estados Unidos. A todas luces no estaban decididos a librarla. Por extraño que pueda parecer, Matsuoka no fue una excepción. Al sugerir poner término a las conversaciones con Estados Unidos, quería parecer duro y firme, y esperaba recuperar su credibilidad. Pero le salió mal. «¿Cómo es posible que militares^[161] como ustedes sean tan pusilánimes?», dijo a Tojo y a los demás. Según un relato, incluso les llamó «estúpidos» por su actitud conciliadora hacia Estados Unidos. Afirmó que los militares simplemente no entendían la diplomacia y que debían dejar de inmiscuirse y ocuparse únicamente de la guerra, como verdaderos soldados. Con estas palabras Matsuoka acabó de ofender y poner en su contra a sus colegas uniformados.

En esta desagradable situación no faltaron ironías. Nadie reconoció que

Japón ya había dado un paso para cortar sus vínculos con Estados Unidos con su decisión de ocupar el sur de Indochina. Por supuesto, Matsuoka era consciente de ese riesgo. Y ahí estaba, un hombre que en muchos sentidos conocía Estados Unidos mejor que los demás asistentes a la reunión, amenazando con abandonar las negociaciones. Esto condujo a que los líderes más conservadores, entre los que estaban Hiranuma y Tojo, le pidieran que fuera menos impetuoso en sus declaraciones.

Sí, Matsuoka había insistido anteriormente en que Japón afirmara su derecho soberano al uso de la fuerza en el sur y así se lo había comunicado a Washington. También había recomendado un ataque a Singapur a su regreso de Europa para ayudar a los alemanes en la guerra. Por difícil que les resultara comprenderlo a los otros líderes, en la mente de Matsuoka había una clara diferencia entre el tipo de acción que había propugnado con anterioridad y la reciente campaña de expansión hacia el sur, a la que se oponía. Había concebido el ataque a Singapur como un gesto rápido y disuasorio, mientras que la ocupación de Indochina presentaba el riesgo de desencadenar una gran guerra a fin de, paradójicamente, poder librar otra guerra.

En la ulterior discusión, los líderes japoneses siguieron mostrando su escaso conocimiento del mundo exterior, pues prestaron más atención al momento de su tardía respuesta a Washington que a su contenido. Sugiyama recomendó que Japón la pospusiera hasta que la campaña en el sur de Indochina hubiera terminado. Japón debía comenzar las negociaciones con las autoridades francesas de Vichy en dos días, el 14 de julio. Sugiyama dijo que dar a Estados Unidos la oportunidad de utilizar la crisis para influir en la Indochina francesa sería un error. Si la ocupación transcurría sin problemas, a Washington quizá no le gustara la iniciativa japonesa, pero no tomaría ninguna medida drástica ante una transición «pacífica» tan lejos del continente americano. No hace falta decir que Sugiyama no sospechaba que Estados Unidos ya estaba al corriente del plan japonés.

La miopía y la falta de realismo de los líderes iban de la mano con referencias retóricas a los altos ideales morales de Japón, la superioridad de su espíritu y su gran misión de liberar a toda Asia del colonialismo occidental, así como a su deseo de una resolución pacífica del punto muerto diplomático y económico. Para ellos, no había nada contradictorio en estos objetivos... siempre que siguieran siendo abstractos. Creaban una ilusión de coherencia y uniformidad ideológica en los líderes de Japón.

Cuando la conferencia tocaba a su fin, Nagano se dirigió al ministro de

Asuntos Exteriores: «Matsuoka, si tal como usted sostiene los estadounidenses no van a cambiar para nada de actitud, digamos lo que digamos, ¿por qué no hacemos lo que usted dice?». ¿Se refería a que Matsuoka debía rechazar de manera tajante la propuesta y la nota verbal de Hull y cortar así los lazos con Washington? ¿O –más probablemente– que Japón debía responder a Estados Unidos sin esperar a que la campaña de Indochina hubiera terminado? Nagano no se explicó. En cualquier caso, su pregunta impulsó al ministro de Marina Oka a censurar a Nagano, basándose en su interpretación de lo que el jefe del Estado Mayor de la Marina acababa de decir: «Puedo comprender que, por pequeña que sea la esperanza, debemos seguir haciendo esfuerzos. Pero, Su Excelencia, usted dice ahora que debemos dejar de esforzarnos por completo». Nagano se mostró de acuerdo en que su sugerencia fuera ignorada, reconociendo que no conocía lo suficiente el asunto en cuestión.

Con esta inquietante anécdota concluyó la tensa reunión de enlace del 12 de julio. Todo lo que se acordó fue demorar la respuesta a Estados Unidos hasta después de la ocupación del sur de Indochina. Konoé siguió el debate en silencio.

El 14 de julio Matsuoka, aunque se encontraba enfermo, redactó la segunda respuesta a Estados Unidos. Basándose en la propuesta conjunta del ejército y del gobierno, su contenido no era muy distinto del plan del 12 de mayo. Anunciaba a Estados Unidos que Japón no estaba en una posición más débil tras el colapso de la alianza entre Japón, Alemania, Italia y la Unión Soviética. También decía que Japón no tenía intención de abandonar el Pacto Tripartito. Requería a Estados Unidos que presionase a Chiang Kai-shek para firmar la paz con Japón y que no se inmiscuyera en la negociación.

Matsuoka quería rechazar primero la nota verbal de Hull (con una larga recriminación de su conducta) y enviar la respuesta completa a la contrapropuesta estadounidense unos días después. Konoé y otros creían que rechazar la nota verbal únicamente sería una provocación excesiva y que podría suponer el final de las «conversaciones informales» entre los dos países. Preferían enviar las dos respuestas simultáneamente. De todas formas, Matsuoka comunicó a Nomura su rechazo de la nota verbal de Hull, aunque se contuvo y no envió su larga diatriba contra Hull. El 15 de julio Matsuoka envió el borrador de la respuesta completa japonesa a Alemania para su aprobación. Esto puso a Konoé fuera de sí y por una vez actuó rápidamente. Matsuoka debía dejar de actuar por su cuenta.

El 16 de julio –casi un año después del regreso de Konoe como primer ministro de Japón y del debut de Matsuoka como su ministro de Asuntos Exteriores– el segundo gobierno de Konoe dimitió en pleno. Matsuoka no habría dimitido voluntariamente, como Konoe había esperado y como normalmente habría hecho un ministro que hubiera sufrido una derrota política como la que Matsuoka experimentó el 2 de julio. De acuerdo con la Constitución Meiji, Konoe no podía destituir a un ministro; de ahí que tuviera que dar ese rodeo para deshacerse de Matsuoka. Debido a su enfermedad, Matsuoka no asistió a la reunión del gabinete en la que se tomó la decisión. Konoe formó de inmediato un nuevo gobierno manteniendo a los miembros clave, excepto al ministro de Asuntos Exteriores, que fue sustituido formalmente el 18 de julio.

Un nutrido grupo de gente se congregó para ver al famoso héroe nacional, aún enfermo, dirigirse simbólicamente por última vez a su despacho. Cuando los periodistas le preguntaron sobre su estado de ánimo, Matsuoka compuso un modesto haiku que hacía referencia a su característica cabeza afeitada. Entre ataques de tos y caladas a la pipa recitó: «El calvo se derrumba junto al camino un día durante la estación de las lluvias».

Los japoneses, que ignoraban el motivo preciso de la destitución de Matsuoka, la sintieron como una pérdida. El estilo seguro y eficiente con el que había llevado la diplomacia de su país los había impresionado y cautivado. Además, era un genio para las relaciones públicas y sabía instintivamente qué decir y cómo moverse cuando se encontraba en público. A los japoneses eso les encantaba. De forma equivocada pero lógica, algunos suponían que la destitución de Matsuoka era señal de una guerra inminente con la Unión Soviética. La novelista Nogami Yaeko especuló^[162] en su diario con que Konoe probablemente quería atacar a la Unión Soviética de inmediato y que Matsuoka se oponía, teniendo en cuenta «lo amiguitos que son el señor Matsuoka y Stalin». Como siempre, Kafu fue más perspicaz^[163] y observó que lo ocurrido era resultado de una lucha de poder en el gobierno y no presagiaba un giro drástico en la política exterior. «Esta remodelación tiene un tufo de farsa», escribió en su diario el 18 de julio.

Era un día inusualmente frío y ventoso para mediados de julio. Kafu vio que en los campos rastrillaban y quemaban hojas, lo que le hizo imaginar que ya estaban al final del otoño. Entonces sus pensamientos vagaron hasta la Primera Guerra Mundial mientras leía el diario de guerra de Léon Bloy, *La porte des humbles* (*La puerta de los humildes*). Observó lo afortunado que era

por no tener allegados ni amigos cuya seguridad le preocupara. «El arroz sabe horrible y el azúcar es escaso, pero se puede vivir con esto. Después de todo, no es como estar en la cárcel sin haber cometido ningún delito alguno»..., algo que estaba a la orden del día en el clima político del momento. Su diario representaba lo que quedaba de su libertad, que estaba reduciéndose rápidamente y que él estaba decidido a preservar.

Poco después de su caída, Matsuoka recibió la visita de Saionji Kinkazu. El ministro de Asuntos Exteriores ya no era el arrogante personaje de otros tiempos y se había desinflado... literalmente. Había perdido cerca de quince kilos desde su regreso de Europa, probablemente debido a una recaída de la tuberculosis que había contraído en su juventud. Su casa, la antigua villa de un marqués, siempre había estado llena de aduladores y personas influyentes; súbitamente se había quedado vacía. Durante dos horas Saionji le infundió ánimos mientras bebían whisky. En los doce meses que había permanecido en el cargo, Matsuoka había logrado llevar a Japón a la misma crisis con Estados Unidos que, según había declarado, sabía cómo evitar. Con su tendencia a llevar las situaciones al límite había hecho más daño a la posición internacional de Japón del que cualquiera con mucho menos conocimiento del mundo podría haber causado.

Salía una personalidad singular y explosiva y entraba el almirante Toyoda Teijiro. Pero aquel oficial naval educado en Oxford no era el hombre adecuado para ese puesto. Aunque estaba seguro de sí mismo hasta la presunción, carecía de experiencia diplomática. Sin embargo, sí tenía los contactos necesarios entre los militares, como el embajador Nomura, un veterano de la Marina. Conocía de primera mano la situación material desfavorable de Japón ya que había sido ministro de Comercio e Industria en el segundo gobierno de Konoe, por lo que podría demostrar a sus colegas que no era aconsejable ir a la guerra en el Pacífico. No obstante, el historial de Toyoda sugería que parecía más interesado en conservar su posición y la de la Armada que en el futuro político de Japón. En el otoño de 1940, como viceministro de Marina bajo Oikawa Koshiro, presionó con fuerza a favor de la firma del Pacto Tripartito, principalmente porque significaría un incremento del presupuesto para la Armada.

En Washington Nomura estaba esperanzado. Sobreestimando la voluntad política de Konoe, concluyó que la salida de Matsuoka se había organizado para hacer posible un cambio claro en la política exterior, que incluiría la salida del Eje y la suspensión de la incursión nipona en el sur de Indochina.

Estados Unidos también tenía esperanzas. El día del ataque alemán a la Unión Soviética *The New York Times* informó que «las altas esferas de Washington esperan que la fase germano-soviética de la guerra conduzca a una nueva política. De hecho, tienen sus esperanzas puestas en que Japón no sólo rompa con el Eje en un futuro próximo sino también que dé un giro de ciento ochenta grados y se oponga a Alemania en la guerra». Aquellas esperanzas fueron efímeras. El 18 de julio Washington ya había supuesto correctamente que no habría cambios en la política nipona. Los líderes japoneses parecían pensar que la mera sustitución de unos nombres por otros bastaría para recuperar su credibilidad ante Estados Unidos. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores ya estaba coaccionando al gobierno de Vichy para que entregara sus posesiones en el sur de Indochina. Cuando los franceses se negaron, Toyoda dio a entender que Japón estaría dispuesto a emplear la fuerza para lograr su objetivo. El 22 de julio, los franceses finalmente accedieron a una ocupación nipona «pacífica», lo que daría a Japón acceso a ocho bases aéreas y dos puertos navales en la zona.

La Administración Roosevelt enseguida tuvo conocimiento del acuerdo entre Japón y Francia (de nuevo, gracias a información de inteligencia) y el 23 de julio el secretario de Estado en funciones Sumner Wells (en sustitución de Hull, que estaba enfermo) informó a Nomura de la rotura de las conversaciones entre Estados Unidos y Japón. Dos días después, Roosevelt congeló los activos japoneses en Estados Unidos. Las Indias Orientales holandesas, Gran Bretaña, Canadá, Nueva Zelanda y Filipinas hicieron lo propio. A fin de proteger las Filipinas, Roosevelt puso entonces a Douglas MacArthur al mando de las Fuerzas Armadas estadounidenses en el Extremo Oriente. Se habló de un embargo de petróleo. Los británicos estaban muy preocupados por la precaria situación de Singapur. Durante una visita a Toyoda antes del anuncio formal nipón^[164], el embajador británico Robert Craigie se opuso a la ocupación con una vehemencia inusitada: «Usted dice que estamos rodeando a Japón en Birmania, Malasia, China, etc. ¡Eso es una falsedad! Si llevan a cabo la ocupación, tendremos que ver de qué otras formas tratamos con ustedes».

A Japón todo esto le cogió por sorpresa, pero su autoengaño persistía. En una reunión de enlace celebrada el 24 de julio^[165] –en el Palacio Imperial, en vez de en la residencia oficial del primer ministro, seguramente para mayor confidencialidad–, Toyoda dijo que si Estados Unidos recurriera a un embargo total de petróleo, sería un «gran problema». El diario del Estado

Mayor del Ejército registraba que la preocupación de Toyoda era una sobre-reacción a los «históricos» informes en los que Nomura advertía sobre las represalias estadounidenses. En la entrada del día siguiente se repetía definitivamente^[166] el viejo mantra: «Estamos convencidos de que no habrá embargo [de petróleo] mientras no vayamos más allá de la ocupación militar de la Indochina francesa».

El jefe de la Primera División de Asuntos Militares del Ministerio de Marina, Takada Toshitane –que, junto con su beligerante colega Ishikawa Shingo, desempeñó un importante papel en la preparación del plan de expansión hacia el sur–, reflexionaba sobre la situación muchos años después:

No suponíamos que en Estados Unidos^[167] causaría tanta indignación nuestra ocupación de la Indochina francesa. Todos –incluido yo mismo– pensábamos que avanzar hasta el sur de la Indochina francesa no plantearía ningún problema –y no tendría por qué plantearlo–. Era un idea sin fundamento... No, no recabé la opinión de nadie como el Ministerio de Asuntos Exteriores. De alguna manera, parecíamos creerlo... Es inexcusable. Fue inexcusable.

Nomura, que desde el principio había advertido al gobierno que Estados Unidos reaccionaría de esa forma, ahora tenía que intentar minimizar los daños. El día que Roosevelt congeló los activos japoneses, el 24 de julio, Nomura visitó al presidente a las cinco de la tarde en el Despacho Oval. Estaban presentes el almirante Harold Stark y el subsecretario de Estado Welles. Éste elaboró una minuta de la reunión. Roosevelt dijo al preocupado embajador, no por primera vez, que su gobierno sospechaba que Hitler estaba tras la política japonesa en el sur. Nomura lo negó rotundamente. Roosevelt aludió a más sanciones estadounidenses contra Japón e incluso a la posibilidad de una guerra si Japón intentaba apropiarse por la fuerza del petróleo de las Indias Orientales holandesas.

Nomura respondió que él personalmente estaba en contra de los recientes actos de su país en Indochina. Roosevelt repuso que le alegraba saber que Toyoda era un viejo amigo de Nomura de su época en la Armada. Seguramente Roosevelt basaba en esto su esperanza de que todavía fuera posible detener la marcha nipona sobre el sur. Según Welles, a continuación hizo^[168] una audaz propuesta:

Si el gobierno japonés renuncia a ocupar Indochina con sus fuerzas militares y navales, o en caso de que ya se hubieran dado pasos en esa dirección, si el gobierno japonés retirara esas fuerzas, el presidente podría asegurar al gobierno japonés de que haría todo lo que estuviera en su mano para obtener de los gobiernos de China, Gran Bretaña, Holanda y, por supuesto, los propios Estados Unidos, una declaración vinculante y solemne, siempre que Japón se comprometiera a lo mismo, de considerar Indochina un país neutral de la misma forma en que hasta ahora se ha considerado a Suiza un país neutral.

Ésta era la propuesta más conciliadora que Washington había hecho hasta el momento. Reflejaba la importancia estratégica de la Indochina francesa, que proporcionaba a Estados Unidos estaño, caucho y otras materias primas de crucial importancia. Más aun, Roosevelt estaba deseoso de separar a Japón del régimen de Hitler de cualquier forma posible. Como la prioridad de Roosevelt era proporcionar la ayuda necesaria a Gran Bretaña –y ahora también a la Unión Soviética–, era necesario asegurar la paz en el Pacífico, y ello exigiría alguna creatividad. Es importante señalar que el presidente también estaba tratando a todas luces de evitar vincular las acciones japonesas en la Indochina francesa al conflicto más general de la guerra de Japón con China. Esto indicaba el deseo de Roosevelt de hacer su plan atractivo para los japoneses.

Nomura valoró la oferta, pero a Welles no le pareció optimista sobre las posibilidades de que fuera aceptada. Nomura sugirió que sólo un gran estadista sería capaz de paralizar el plan de Indochina. Roosevelt respondió que para los estadounidenses era evidente que Japón estaba siendo presionado por el régimen nazi y que le preocupaba mucho que el gobierno nipón no viera que Hitler buscaba la dominación mundial. Los desmentidos de Nomura sobre la influencia de Alemania en Japón siguieron cayendo en saco roto. Entonces, el embajador dijo a los presentes que transmitiría de inmediato la propuesta del presidente a su gobierno.

Joseph Grew, el homólogo de Nomura en Tokio, era un hombre atractivo con sesenta años. Antes de llegar a Tokio en 1932 había sido embajador en Dinamarca, Suiza y Turquía. Para él era particularmente importante que le hubieran destinado a Japón porque estaba casado con una nieta de Matthew Perry, el comodoro que forzó a Japón a poner fin a su autoimpuesto aislamiento bajo el shogunato Tokugawa. Después de ocho años en Japón, los Grew estaban muy integrados en el país y solían participar en las reuniones de la alta sociedad de Tokio.

Grew pertenecía a la clase alta bostoniana y tenía las conexiones sociales necesarias. Como Roosevelt y Welles (que estaban emparentados por matrimonio), había estudiado en Groton. También como Roosevelt y Welles, después fue a Harvard. Hablaban el mismo lenguaje, por así decirlo. Grew comprendió de inmediato el significado de la propuesta presidencial de hacer de la Indochina francesa un país neutral. Estaba entusiasmado y le pareció que podría ser un avance.

Grew recibió el informe de la reunión de Roosevelt con Nomura dos días

después. Inmediatamente fue a ver a Toyoda^[169], en la mañana del 27 de julio, «a fin de –en sus propias palabras– hacer todo lo posible para que la propuesta del presidente fuera aceptada». El embajador actuó por iniciativa propia, consciente de que no había tiempo que perder y convencido de que ninguno de los dos países deseaba la guerra. Teniendo en cuenta la naturaleza de la propuesta, estaba seguro de que había sido recibida con un suspiro de alivio por los líderes japoneses. No podía haber estado más equivocado.

Con gran asombro de Grew, el ministro de Asuntos Exteriores no sabía de qué estaba hablando el embajador. Toyoda abandonó la sala para cerciorarse de si había llegado una comunicación de esa naturaleza de Nomura. No se había recibido nada. Es posible que se produjera una obstrucción deliberada de la información por parte de los elementos pro Eje del Ministerio de Asuntos Exteriores, o quizá se tratara simplemente de un caso de incompetencia. Nomura había informado dos veces a Tokio sobre su reunión con Roosevelt: inmediatamente después, el 24 de julio, y, de nuevo, el 27 de julio.

Como es lógico, Grew se quedó atónito. Inesperadamente le correspondía explicar a Toyoda la esencia de lo que el presidente había propuesto. La reacción inicial de Toyoda fue tibia en el mejor de los casos. Dijo que lamentaba que la sugerencia del presidente llegara demasiado tarde, después de que la opinión pública ya se hubiera vuelto en contra de Estados Unidos a causa de la congelación de los activos japoneses. No veía probable que su gobierno fuera a cambiar de política.

Lo que Toyoda dijo a Grew sólo era correcto en parte. Es cierto que la prensa japonesa había empezado a emplear el término «cerco de ABCD» – donde las letras se referían a Estados Unidos, Gran Bretaña, China y Holanda–* para describir de forma sensacionalista la difícil situación económica de Japón y la virulencia del tono, que había ido en aumento. Ese tipo de cobertura alarmista y servil no era infrecuente en una sociedad no democrática. No obstante, resultaba un tanto insólito que Toyoda no respondiera más positivamente a la oferta de Roosevelt. En cualquier caso, dijo que la propuesta se debatiría con otros líderes y se daría una respuesta definitiva.

Grew sabía que no era fácil obtener de Estados Unidos el tipo de concesiones que había hecho Roosevelt. Entonces intentó convencer a Toyoda de que la marcha atrás en la política nipona entrañaría un futuro mejor para Japón. Hablando extraoficialmente, a título personal, incluso aludió a la

posibilidad de descongelar los activos japoneses si Japón respondía favorablemente a la oferta del presidente. Era «muy consciente^[170] –dijo a Toyoda– de que también hay que considerar el aspecto de “salvar la cara” en la cuestión». Añadió que a Toyoda

se le presentaba ahora una oportunidad para pasar por encima de consideraciones de esa índole y, actuando con la máxima habilidad política, tomar una decisión que no sólo le permitiría salir airoso de una situación verdaderamente terrible..., sino también, muy probablemente, pasar a la historia como uno de los grandes estadistas de Japón.

Grew no juzgó bien al ministro de Asuntos Exteriores. Esa clase de halagos podría haber funcionado con Matsuoka, pero Toyoda prefirió jugar sobre seguro en el mundo que conocía. Grew también subestimó los problemas derivados del complejo funcionamiento del liderazgo japonés. Por lo que muestran los documentos existentes^[171], la propuesta de Roosevelt ni siquiera se llegó a plantear en una reunión de enlace. Parece que Konoe decidió mantener esta propuesta extremadamente delicada dentro de los círculos más altos del gobierno.

Konoe afirmó más tarde que no reaccionó a la propuesta de Roosevelt por el momento en que la recibió. Criticó injustamente a Nomura por no haber informado antes. Si Nomura tenía la culpa de algo era de no haber insistido lo suficiente en la importancia de la propuesta. En sus anteriores comunicaciones tampoco había puesto de relieve la importancia que tenían, desde la perspectiva estadounidense, los Cuatro Principios de Hull. Debería haber dicho claramente al comienzo de las conversaciones entre los dos países que si su gobierno estaba remotamente interesado en llegar a un arreglo diplomático con Estados Unidos, debía tomarse en serio esos puntos. Los historiadores han presentado a Nomura como un buen negociador pero un mal comunicador. Quizá lo era. Pero hay que tener en cuenta que la naturaleza rudimentaria de la comunicación –principalmente por telegrama– hacía difícil comunicarse con la suficiente rapidez y amplitud.

Según Konoe, había hecho todo lo posible^[172] para aceptar la propuesta de Roosevelt en cuanto la recibió. Dijo que había probado «en cien direcciones distintas». No existen testimonios de tales esfuerzos. Sin duda, Konoe se reunió con Toyoda, con el ministro de Marina Oikawa y con el ministro del Ejército Tojo. No es difícil imaginar que Tojo, que inicialmente se había opuesto a comportarse «como ladrones» en el sur, se opusiera a un cambio de política por principio: como ya había recibido la aprobación imperial, la ocupación del sur de Indochina era sagrada.

La propuesta del presidente llegó un poco tarde, pero no se puede decir que Konoe se abalanzara sobre la oportunidad. Y ningún ministro de su gobierno era lo bastante resuelto como para «pasar por encima de consideraciones de esa índole» –léase salvar la cara y los conflictos internos–, como había esperado Grew, para revocar una política que ya se estaba aplicando.

Los líderes de Japón dejaron que la crisis diplomática se enquistara. Entretanto, su pueblo permaneció en la ignorancia de esos acontecimientos. En una campaña de recogida de fondos, se pidió a los ciudadanos que adquirieran seguros de vida nacionales. A mediados de julio, según se anunció con gran fanfarria, se habían vendido cincuenta millones de pólizas (con una población de setenta y tres millones de habitantes), lo que significaba 10.000 millones de yenes (casi el 40 por ciento del producto nacional bruto del país). La mayor parte de ese dinero se destinó a la compra de bonos del Estado para financiar la guerra en China. Poco sabía la gente que su vida tendría un valor insignificante, o incluso lo perdería por completo, gracias al gobierno al que apoyaron masivamente con el dinero que habían ganado y ahorrado con tanto esfuerzo.

El 28 de julio comenzó formalmente la ocupación japonesa del sur de Indochina, que puso Singapur al alcance de Japón. Que la campaña se desarrollase con tanta facilidad despertó las ambiciones de algunos militares, a pesar de que inicialmente habían afirmado que su objetivo no iba más allá de la península de Indochina. El último día de aquel mes, Nagano fue a ver a Hirohito al palacio con un nuevo plan de guerra. El jefe del Estado Mayor de la Marina dijo a Hirohito que había que evitar una guerra con Estados Unidos y que se oponía rotundamente al Pacto Tripartito, que, en su opinión, constituía un obstáculo en las relaciones diplomáticas con ese país. Pero en vez de proponer que Japón se retirara^[173] del pacto (seguramente porque eso sería una decisión política que no le atañía a él ni al Alto Mando), advirtió: «Si nuestros suministros de petróleo se interrumpieran, agotaríamos nuestras reservas en dos años. Si estallara una guerra, tendríamos para dieciocho meses». A fin de maximizar las posibilidades de supervivencia de Japón más allá de ese limitado marco temporal, concluyó que no quedaba «más opción que atacar».

«¿Podemos esperar una gran victoria como la que obtuvimos [sobre Rusia] en el mar de Japón?», preguntó Hirohito.

«No estoy seguro de ninguna victoria –repuso Nagano–, y mucho menos

de una victoria extraordinaria como la del mar de Japón».

«¡Pues qué guerra más imprudente sería ésa!», exclamó Hirohito.

* Aludiendo, obviamente, a esos países en inglés: «American, British, Chinese y Dutch encirclement».
(*N. de la T.*)

CAPÍTULO 8

«Nos encontramos en Juneau»

Ishii Hanako, una mujer de ojos felinos, luminosos^[174], y rostro redondo, nunca había visto a su pareja, Richard Sorge, tan hundido en los cinco años que llevaba con él. Al entrar en su estudio –una habitación acogedora con muebles sencillos, aislada del mundo exterior por cortinas de color rojo oscuro– en aquella tarde de finales de junio, le encontró echado en el diván completamente inmóvil, con una mano en la frente. Se sentó a su lado y se sorprendió al ver lágrimas en sus ojos. Sorge hundió la cabeza en su regazo y empezó a sollozar incontroladamente. «¿Por qué lloras?», le preguntó ella, abrazándole y acariciándole la espalda, sin saber qué más podía hacer para consolarle.

Hanako, a quien Sorge prefería llamar Agnes, su nombre alemán adoptivo, era una mujer pequeña que aparentaba algo menos de sus veintinueve años. Aunque no era una gran belleza, era bonita de la forma en que lo es una niña. A pesar de que llevaba los ojos muy maquillados y los labios voluptuosamente pintados, no podía evitar tener un aspecto inocente. Sorge, alto, de ojos azules, le llevaba más de quince años. La diferencia de edad parecía mayor por las profundas arrugas que surcaban su hastiado rostro. Sorge estaba llorando por la reciente noticia de la invasión alemana de la Unión Soviética.

Se habían conocido cuando Hanako trabajaba en El oro del Rin, una cervecería en Ginza. Llevaban juntos desde el verano de 1936, aunque vivían en casas separadas. Hanako sabía que él estaba agotado y se daba cuenta de que ese agotamiento no era el habitual. Durante mucho tiempo recordó cómo Sorge había perdido el control aquel día.

Sorge estaba cansado de su doble vida. Como alemán, su posición en los

servicios secretos soviéticos cada vez era más débil. La doctrina comunista que él suscribía sin reservas teóricamente soslayaba las diferencias entre países, pero cuanto más espiaba para los soviéticos, más atrapado se encontraba por esas mismas diferencias que consideraba inaceptables. La ideología comunista de Sorge, más en la línea del Komintern o del marxismo utópico, se estaba convirtiendo en un riesgo en el Moscú soviético –y rusificado– de Stalin. Casi todos los amigos de Sorge, idealistas que profesaban la doctrina leninista, habían sido purgados por Stalin en los años anteriores. En una ocasión dijo a Branko de Vukelic, otro espía que operaba en Tokio, que estaba seguro de que le matarían si le llamaban a Moscú.

Sorge también había empezado a beber demasiado. Con frecuencia, Hanako permanecía despierta leyendo en su estudio, esperando pacientemente a que su amante regresara a casa, siempre borracho. El día que Alemania comenzó la invasión de la Unión Soviética^[175], un miembro de la embajada alemana lo vio ebrio en el Hotel Imperial. Sorge estaba intentando discutir con los que se encontraban en el bar, algunos de los cuales eran franceses, británicos y estadounidenses, pero nadie prestaba atención a sus divagaciones. Gritó en inglés que Hitler era un bastardo por romper el pacto de no agresión con Stalin. El de la embajada alemana fue amable con él y le consiguió una habitación en el mismo hotel, además de prestarle dinero para que pudiera pagarla. Sorge tuvo suerte de que nadie le denunciara.

Tras la invasión nazi de la Unión Soviética, como Sorge y Ozaki habían supuesto correctamente, Japón suspendió de forma indefinida los planes de expansión en el norte y dio prioridad al sur. Pero algunos observadores aún albergaban dudas^[176] debido a una salvedad de la resolución imperial: «Si, debido a las condiciones cambiantes de la guerra germano-soviética, se produjera una situación favorable para el imperio, resolveríamos el problema del norte por la fuerza militar... habiéndonos preparado en secreto para la guerra con la Unión Soviética». Ésta era, no obstante, una cláusula que se había introducido para salvar las apariencias con el Ejército, descontento porque la Armada se jactaba de sus planes bélicos contra Gran Bretaña y Estados Unidos en el Pacífico.

A fin de no quedarse atrás respecto a la Armada, así como de estar preparado para cualquier eventualidad, el Ejército presionó para que se llevara a cabo una gran movilización, efectiva desde el 7 de julio, con objeto de que a mediados de agosto hubieran sido transportados al norte de China 850.000 soldados junto con gran cantidad de equipo militar. Como señalé antes, el

escenario con el que soñaba el ejército japonés era que los soviéticos trasladaran sus tropas del extremo oriente al frente europeo, lo que debilitaría sus defensas contra los japoneses. El nuevo plan del ejército se llamó «demostración especial», pero por su magnitud parecía más bien una movilización para la guerra. Como Ozaki recordó más tarde, aquello le hizo pensar que, después de todo, la guerra entre Japón y la Unión Soviética podría ser inminente. Desde luego, Alemania esperaba que fuera cierto, mientras que a Stalin le aterraba la perspectiva de una guerra en dos frentes. Con las tropas alemanas tan cerca de Moscú, el Kremlin necesitaba desesperadamente saber cuáles eran los planes japoneses. Sorge y Ozaki iban a estar muy ocupados.

Debido a esta nueva política militar, el Soldado U, que había vuelto a casa del frente chino en marzo de 1938 y ahora tenía treinta y cinco años, fue llamado a filas otra vez a mediados de julio. Se le explicó que el alistamiento sólo era provisional (en términos burocráticos esto significaba que incluso los que habían sido licenciados después de años de servicio activo podrían volver a ser alistados). En 1937 se había organizado una gran despedida cuando el Soldado U fue enviado a China. Esta vez no hubo celebraciones. La idea de tener que dejar a su familia una vez más le angustiaba, pero sabía que no le quedaba más remedio que cerrar su tienda, decir adiós y presentarse. Deseaba que le rechazaran tras el examen físico, pero lo pasó sin ninguna dificultad y al poco tiempo estaba preparándose para su nueva misión –todavía una incógnita– en Manchuria.

Como Tokio no reaccionaba a la propuesta norteamericana sobre Indochina, Washington empezó a aplicar el embargo de petróleo el 1 de agosto. Técnicamente, no se trataba del embargo «total» que se había propuesto en los debates en el Congreso, sino que la venta de petróleo a Japón quedaba sometida a un procedimiento de concesión de licencias mucho más estricto, pero Japón aún podría adquirir combustible de baja calidad aunque no fuera adecuado para la aviación. Halcones como Dean Acheson, secretario de Estado adjunto para Asuntos Económicos, y Henry Morgenthau Jr., secretario del Tesoro, explotaron al máximo la complejidad del sistema de concesión de licencias. La colaboración de los departamentos de Estado, del Tesoro y de Justicia garantizó que no se liberasen los fondos necesarios para llevar a cabo transacciones de petróleo con Japón. Hull, que se encontraba enfermo cuando entró en vigor la congelación de los activos a finales de julio, sólo comprendió la magnitud del embargo de petróleo a principios de septiembre.

A medida que se agudizaba vertiginosamente la crisis con Estados Unidos,

las carencias de Konoe se hicieron incluso más marcadas. Encontró excusas para no actuar, especialmente cuando se sentía acorralado, como lo estaba ahora por Arita Hachiro. El veterano diplomático, que había sido ministro de Asuntos Exteriores en cuatro gabinetes distintos –uno de ellos, el primero de Konoe–, escribió a Konoe el 1 de agosto para decirle que no debería haber permitido la ocupación del sur de Indochina mientras negociaba con Estados Unidos. Arita no siempre había sido transigente con los anglo-estadounidenses, por lo que su condena era significativa.

Konoe respondió a Arita el 3 de agosto^[177], después de la entrada en vigor del embargo de petróleo:

Fue un error pensar que [la ocupación de] la Indochina francesa no causaría un perjuicio grave... [Pero] cuando se formó el nuevo gobierno [tras la sustitución de Matsuoka], [los barcos de la Armada japonesa que habían zarpado hacia Indochina] ya habían llegado a la isla de Hainan. Era como si se hubiera disparado una flecha y nada pudiera hacerse para detenerla.

Decía que lo único que estaba en su mano era «rezar para que se produzca un milagro y una intervención divina».

¿Realmente era ya demasiado tarde para suspender la campaña japonesa de Indochina en esa fase? En términos generales, uno de los mayores obstáculos para la retirada en una guerra, especialmente si se está perdiendo, es justificar la sangre derramada y el dinero gastado. Por ejemplo, cuando el Senado estadounidense se dividió sobre la retirada de las tropas de Iraq en junio de 2006, los demócratas sostenían que la guerra ya había costado demasiado al país. La administración republicana, por su parte^[178], afirmaba que una retirada equivaldría a reconocer la derrota y utilizó el emotivo argumento de la importancia de mantener «el valor de nuestras convicciones» para seguir luchando, de forma que «la muerte de más de 2.500 soldados no haya sido en vano». Un argumento idéntico se esgrimió repetidas veces en Japón a finales de los años treinta contra la retirada de China.

Sin embargo, a principios de agosto, la retirada de Indochina todavía era posible. En aquella ocupación todavía no se había derramado sangre japonesa y, a diferencia de lo ocurrido en el norte el año anterior, no había habido resistencia local. Como teóricamente las tropas habían ido a Indochina a restablecer la paz y el orden en la región, el gobierno podría haber afirmado que se retiraban después de haber cumplido su objetivo de garantizar que ninguna potencia, ni siquiera Francia, podría reclamar la Indochina neutral. El gobierno de Konoe podría haber presentado esta «descolonización» de otra nación asiática como una victoria política. Konoe no estuvo a la altura de las

circunstancias.

El embargo de petróleo por parte de Estados Unidos, efectivo desde el 1 de agosto, constituyó un punto de no retorno en las relaciones entre los dos países porque los líderes japoneses no habían sido capaces de aprovechar la propuesta que le precedió. Ahora, sorprendidos y abrumados por lo que consideraban un castigo injustamente duro por la ocupación «pacífica», algunos empezaron a ver la guerra con Estados Unidos en términos mucho menos abstractos. «La “guerra” que se menciona en el documento del 2 de julio^[179] y en otros se introdujo principalmente para reforzar la moral», recordaba Ishii Akiho, un alto oficial de la Oficina de Asuntos Militares del Ministerio del Ejército. Pero sólo un mes después, afirmaba: «Esa frase [sobre la guerra] se convirtió en un problema real y ya no hubo otra opción que el blanco o negro».

La noticia del embargo estadounidense reveló a los ciudadanos que las cosas se estaban deteriorando rápidamente entre los dos países. Los medios de comunicación utilizaron machaconamente la expresión «cerco de ABCD» para inculcar la idea de que Estados Unidos, el principal agresor, estaba empeñado en aislar a Japón. Para legitimar la ambición japonesa de crear la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental, el importante diario *Yomiuri* publicó a mediados de agosto una serie de artículos en los que presentaba a sus lectores las culturas de varios países del Sudeste Asiático, contextualizándolas en términos de su historia colonial.

«El cerco de Japón por el llamado bando ABCD es cada vez más descarado», decía un analista.

La paz en el Pacífico se ve amenazada de nuevo por la presión económica [occidental], el chantaje y la propaganda maliciosa [empleados contra Japón]. Esas innecesarias medidas disuasorias no sólo están impidiendo nuestro valeroso avance hacia la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental sino también revelando la magnitud de la codicia [occidental]. Todas las bases militares [occidentales en el Pacífico] –que conforman una herradura desde Birmania hasta Singapur, las Indias Orientales holandesas, las islas Filipinas, Australia, Samoa, Hawái y Guam– están situadas dentro de la esfera de las naciones de Asia oriental. Pero todas ellas han sido pisoteadas por los blancos... Ahora es el momento de que prestemos atención a los cinco siglos de invasión blanca y afrontemos la realidad.

El analista proseguía dando rienda a sus prejuicios en el mismo tono. Los malasios y los indonesios eran diligentes, limpios, compasivos y sensibles: «Se parecen extraordinariamente a nosotros, los japoneses, pero carecen de capacidad económica y de conciencia política, por lo que permiten que los chinos del continente dominen su economía, mientras que políticamente son incapaces de romper con el yugo británico y holandés». A los filipinos se les

presentaba bajo una luz negativa porque habían sido absorbidos por la cultura occidental, estadounidense en particular:

El 88 por ciento de la población de las islas es de origen mixto, fruto de la unión de nativos con españoles o norteamericanos, y son cristianos. Son gente vana, muy influida por Estados Unidos, amante del baile y de la música jazz. El hecho de tener algo de sangre blanca los llena de orgullo y se consideran superiores a los japoneses. Pero lo cierto es que no tienen cultura propia y lo toman todo de los estadounidenses.

Por supuesto, estos artículos no se planteaban comparar las supuestas injusticias estadounidenses con el comportamiento arrogante y, con frecuencia, cruel del propio Japón hacia sus vecinos en su historia imperialista moderna. Pero había suficiente conciencia –y también algo de conciencia culpable– sobre lo que estaba ocurriendo en China. Haciéndose eco de los rumores^[180], Kafu anotó un día la historia de la experiencia de combate de un joven en la guerra de China.

En Hankou este joven soldado y sus compañeros irrumpieron en la casa de un médico que tenía dos hermosas hijas. El doctor y su esposa suplicaron a los soldados japoneses que no tocaran a las jóvenes y les ofrecieron todo el oro y la plata que tenían. Pero ellos se negaron y las violaron delante de sus padres; al final, ataron a toda la familia y los arrojaron vivos a un pozo del jardín.

El joven regresó a Japón con su madre y su esposa. Aunque daba la impresión de que las dos mujeres se comportaban de manera un tanto extraña y parecían trastornadas y desgraciadas, no querían decirle por qué.

Pasaron unos meses y, cuando la esposa no estaba allí, la madre se lo confesó todo: una noche, mientras él estaba en China, entró en la casa un ladrón que las ató a ella y a la esposa y las violó.

El joven enloqueció y empezó a contar públicamente historias como la de sus crímenes en Hankou. La policía militar le encarceló, pero pronto fue trasladado a una institución psiquiátrica del ejército fuera de Tokio, donde había encerrados entre treinta y cuarenta mil «locos» por efectos de la guerra.

Roosevelt estaba empezando a preguntarse si Tokio realmente estaba interesado en llegar a una solución no bélica en el Pacífico. El 26 de julio escribió a uno de sus asesores de confianza^[181], Harry Hopkins, que había desempeñado un papel decisivo en la aprobación de la Ley de Préstamo y Arriendo para facilitar ayuda estadounidense a los Aliados y que se hallaba en Londres, de camino a una reunión con Stalin en Moscú. Roosevelt dijo que aún no había recibido respuesta de Japón a su propuesta sobre Indochina. Aunque sospechaba que la respuesta de Tokio «probablemente será desfavorable», sabía que su gobierno «al menos ha hecho un esfuerzo más por evitar la expansión japonesa a[l] Pacífico Sur». De acuerdo con el deseo de Roosevelt de dar a Japón la oportunidad de responder, Washington reaccionó con calma a lo que podría haber sido un grave incidente diplomático en China. El 30 de julio, Japón estuvo a punto de hundir por error un cañonero estadounidense. El *Tutuila* estaba anclado en Chongqing y no podía descender

por el río Yangtsé, donde se había utilizado para escoltar navíos estadounidenses. Las fuerzas japonesas estaban asaltando la capital de Chiang Kai-shek para conseguir su rendición cuando algunas de sus bombas dieron en la embarcación y causaron daños en el motor exterior. No hubo bajas estadounidenses y la inmediata disculpa de Tokio, comunicada por Nomura, bastó para aplacar a Washington, que aún esperaba la respuesta nipona a la propuesta de Roosevelt sobre la Indochina francesa.

La respuesta tardó en llegar. Hasta el 6 de agosto Japón no anunció que sólo retiraría sus tropas de Indochina después de que hubiera concluido la guerra en China. Como en todas sus respuestas a las propuestas estadounidenses desde la primavera, Japón también pidió a Estados Unidos que mediara en un acuerdo de paz entre China y Japón, pero con la garantía de que la «posición regional especial» de Japón no se pondría en entredicho. Japón no sólo estaba rechazando la propuesta de Roosevelt, sino que de nuevo vinculaba el problema crónico de la guerra de China con la cuestión inmediata de la ocupación de Indochina, algo que Roosevelt había evitado cuidadosamente. Japón se comprometía a no ocupar territorios fuera de Indochina, pero tras el fracaso del apaciguamiento en Múnich, eso seguramente le sonaba a Roosevelt a promesa vacía.

Dos días después Konoé solicitó una reunión con el presidente de Estados Unidos. La idea de una cumbre se la sugirieron sus ayudantes y amigos más próximos –entre ellos, Saionji Kinkazu, Matsumoto Shigeharu y Ushiba Tomohiko, miembros del Club de los Desayunos–, que esperaban alcanzar un acuerdo de paz con Washington. Su idea era que una conferencia internacional lejos de Tokio impediría físicamente que los elementos más belicistas del ejército obstruyeran el acuerdo al que pudieran llegar los máximos dirigentes. También tenía por objeto permitir que los militaristas salvaran la cara, pues no serían responsables de lo que allí se decidiera. La cumbre ofrecía a Konoé la oportunidad de compensar sus errores pasados.

Esta táctica ya se había intentado antes. En 1930 el prestigio de un acuerdo internacional, unido al respaldo imperial, ayudó al primer ministro Hamaguchi a ratificar el Tratado Naval de Londres. Konoé, aunque mucho menos valiente y consecuente en sus actos y convicciones que Hamaguchi, pareció darse cuenta de que era necesario algo tan drástico como una reunión personal con Roosevelt para frenar la espiral descendente que él mismo había contribuido a crear. Creía que aún se podía hacer algo, a pesar de la resignación que había mostrado ante Arita.

El momento y la forma que Konoe escogió para proponer la cumbre fueron de una ineptitud asombrosa. El 4 de agosto, dos días antes de que su gobierno rechazara el plan de Roosevelt, Konoe informó a los ministros del Ejército y de Marina de su intención de proponer la reunión. A pesar de sus aparentes bravatas, en el ejército empezaba a extenderse la opinión de que el avance hacia el sur había sido un error de juicio. Aunque ningún líder fuera a asumir la responsabilidad por esa equivocación, habrían estado dispuestos a aprobar su marcha atrás, especialmente si se decidía por cauces diplomáticos. La Armada, que no estaba en condiciones de librar una gran guerra en el Pacífico, secundó de inmediato la reunión propuesta por Konoe.

El apoyo del ministro del Ejército Tojo fue más matizado^[182]. Según Konoe (que elaboraba las minutas de forma selectiva, principalmente en beneficio propio), Tojo declaró en un documento firmado que no se opondría a una reunión de Konoe con Roosevelt «si el primer ministro va a ese encuentro con plena conciencia de que su resultado puede ser una guerra con Estados Unidos». Tojo añadió que si la conferencia era infructuosa, Konoe debía seguir dirigiendo al gobierno en sus preparativos bélicos. Tojo estaba asegurándose de que el príncipe, proverbialmente evasivo, tendría que aceptar su responsabilidad en una posible guerra con Occidente. El tono imperioso de Tojo intimidó a Konoe, y seguramente por eso el príncipe lo registró en su minuta, como prueba de a lo que se enfrentaba en su propio gobierno. Pero la Armada y el Ejército habían aprobado la iniciativa de Konoe, por lo que la respuesta negativa de Japón podría haber esperado. Sin embargo, Japón rechazó la propuesta de neutralización de Roosevelt sobre una Indochina neutral y *después* solicitó la cumbre. Desde la perspectiva estadounidense, no quedaba nada que discutir. Japón había rechazado lo que para Estados Unidos era una concesión extraordinariamente generosa sin mostrar ningún interés.

El 8 de agosto, en respuesta a la sugerencia de encuentro de Konoe, Hull dijo a Nomura que el reciente mensaje de Japón imposibilitaba una cumbre. La Administración Roosevelt consideraba la ocupación nipona del sur de Indochina una expresión inequívoca de sus intenciones imperialistas, especialmente porque se había llevado a cabo *mientras* Estados Unidos esperaba una respuesta de Tokio. El ministro de Asuntos Exteriores Toyoda, sin mencionar qué concesiones concretas^[183] estaba considerando Konoe, indicó a Nomura que comunicase a Washington que la anterior respuesta japonesa sobre la ocupación del sur de Indochina no era «rígida» y que Konoe deseaba «sostener una conversación franca con el presidente, desde la

perspectiva del mantenimiento de la paz mundial». Nomura no pudo transmitir este mensaje de inmediato. El presidente Roosevelt se encontraba en aquellos momentos en la costa de Terranova, Canadá, con el primer ministro británico, Winston Churchill.

Aquel verano se estaba filmando *Paralelo 49*, una película que se desarrolla en Canadá, con un reparto extraordinario en el que figuraban Laurence Olivier y Leslie Howard. Se trata de un gran drama propagandístico que relata la historia de la tripulación de un submarino varado en Canadá. El paralelo 49, que recorre la mayor parte de la frontera entre Estados Unidos y Canadá, constituye para la tripulación alemana la fina línea entre un país en guerra y un país que está pensando entrar en guerra. Los alemanes intentan llegar a la frontera para refugiarse en Estados Unidos, todavía neutral, donde no pueden ser capturados. Al presentar la posibilidad de que los alemanes desembarcaran en la costa de Norteamérica, los creadores de la película –Michael Powell, británico, y Emeric Pressburger, un judío húngaro refugiado en Gran Bretaña– sostenían que la guerra de Hitler no debía considerarse un asunto estrictamente europeo. Les gustara o no, la guerra podría desbordarse fácilmente a territorio estadounidense desde el Atlántico Norte. Abogaban por la pronta participación estadounidense en la guerra. Churchill estaba intentado lo mismo en su reunión con Roosevelt.

Del 9 al 12 de agosto, el crucero estadounidense *Augusta*^[184] y el acorazado británico *Prince of Wales*, anclados juntos en la bahía de Placentia, albergaron una histórica cumbre anglo-estadounidense. Aunque Roosevelt aún no quería hacer a Churchill una promesa concreta, los recientes acontecimientos en Europa le estaban obligando a considerar la entrada estadounidense en la guerra europea en términos cada vez más reales. En el Congreso estadounidense se estaban produciendo acalorados debates sobre la enmienda de la Ley de Entrenamiento y Servicio Selectivos, aprobada en agosto de 1940, en virtud de la cual el ejército podía reclutar hasta novecientos mil hombres por un periodo de un año. Si se aprobaban las nuevas resoluciones, elevarían ese límite y permitirían al ejército mantener a los reclutas mientras durara la emergencia nacional y enviarlos más allá del hemisferio occidental. El Senado aprobó la ley el 7 de agosto, pero se esperaba una fuerte resistencia en la Cámara de Representantes. El resultado podría afectar de forma decisiva a la preparación del país para la guerra.

Durante la reunión, Roosevelt y Churchill congeniaron a pesar de la profunda aversión que el presidente sentía hacia el imperialismo de la vieja

Europa. La declaración conjunta que redactaron, conocida como Carta del Atlántico, especificaba los objetivos bélicos y los planes para la posguerra de los Aliados. Ambos líderes se comprometieron a apoyar a Stalin para evitar la caída de la Unión Soviética. Estaban muy influidos por la imagen positiva^[185] de Stalin que se había formado Harry Hopkins, el emisario de Roosevelt que se había reunido con el líder soviético en Moscú antes de regresar con Churchill para asistir a la conferencia. Ésta fue una coyuntura decisiva de la campaña aliada contra Hitler. A pesar de que los estrategas de Washington preveían inicialmente una rápida victoria alemana en Rusia, las semanas pasaban y la Unión Soviética estaba empezando a mostrar su obstinada resistencia ante grandes reveses militares. En los medios de comunicación estadounidenses empezaron a circular más y más imágenes favorables de la Unión Soviética, y el préstamo-arriendo, el privilegio que Roosevelt era renuente a conceder a los soviéticos, entró en vigor el 4 de noviembre de 1941.

Mientras estaba en Terranova, Roosevelt dio otro paso decisivo aprobando que Estados Unidos diera escolta armada a todos los barcos hasta Islandia a partir del 15 de septiembre. Los asesores militares más belicistas del presidente habían presionado para que hubiera convoyes de escolta en el Atlántico desde que estalló la guerra germano-soviética. El jefe de Operaciones Navales Harold Stark^[186] también los había propuesto, aunque reconocía que una medida así «casi con seguridad nos implicaría en la guerra». Churchill no obtuvo un compromiso inequívoco de Estados Unidos, pero fue lo más cerca que el cauteloso Roosevelt estuvo de aceptar que la entrada de su país en la guerra europea sólo era cuestión de tiempo. Roosevelt dijo a Churchill que Estados Unidos consideraría entrar en guerra en el Pacífico si la política japonesa adoptaba un carácter más expansionista. Sin embargo, ambos líderes aún deseaban explorar soluciones diplomáticas e incluso dar a Japón la oportunidad de salvar la cara respecto a Indochina.

El último día de la conferencia, a Roosevelt se le notificó que la Cámara había aprobado por un voto de diferencia la Ley de Entrenamiento y Servicio Selectivos. Resultaría indispensable en la movilización para la guerra.

El 17 de agosto, Nomura por fin pudo ver a Roosevelt. El presidente, que acababa de regresar de la bahía de Placentia, había accedido a recibir en domingo al siempre agobiado embajador. Hull informó que Nomura^[187] sacó del bolsillo una instrucción de su gobierno. Con una seriedad patética, declaró que Tokio «desea preservar las relaciones pacíficas entre nuestros dos países»

y que

el príncipe Konoé tiene un interés tan serio y tan sincero en el mantenimiento de estas relaciones que estaría dispuesto a reunirse con el presidente a medio camino, en términos geográficos, entre nuestros dos países para sentarse a tratar el asunto con un espíritu de paz.

El presidente respondió en términos aún más generales^[188]:

Si el gobierno japonés da más pasos para llevar a cabo una política o un programa de dominio militar por la fuerza o la amenaza de la fuerza en sus países vecinos, el gobierno de Estados Unidos se verá obligado a tomar inmediatamente las medidas que considere oportunas para salvaguardar los legítimos derechos e intereses de los ciudadanos estadounidenses y americanos, y para garantizar la seguridad y la protección de Estados Unidos.

A pesar de unas palabras tan contundentes, Roosevelt no rechazó la idea de una cumbre. Dijo que Hawái, el lugar propuesto, estaba demasiado lejos para él y sugirió Juneau, en Alaska. No era contrario al tipo de política en que las cosas importantes las decidían los grandes líderes, de forma eficiente y caballerosa, como había demostrado su reunión con Churchill. Por lo tanto, Konoé tenía una razón legítima para pensar que aún podía evitar una guerra desastrosa.

Richard Sorge tenía noticias para Moscú relacionadas con la movilización del ejército japonés en el norte. Estaba claro que se había ralentizado y en la fecha límite de mediados de agosto aún no se había completado. De hecho, el 9 de agosto el Estado Mayor del Ejército había decidido que el ejército no atacaría a la Unión Soviética, al menos en 1941. Aún no se vislumbraba una victoria alemana decisiva sobre la Unión Soviética y ningún estratega en su sano juicio sugeriría comenzar una guerra cuando el invierno siberiano se estaba aproximando. En la segunda mitad de agosto incluso el embajador alemán en Tokio consideraba extremadamente improbable la participación japonesa en la guerra.

Durante todo aquel verano el Soldado U esperó en su base de la región central de Japón a que le movilizaran. Por fin, el 24 de agosto un pequeño barco de transporte partió de Osaka con él y con otros reclutas hacia China vía Corea. Los soldados apenas tenían sitio para tumbarse. Llegaron al norte de Manchuria a principios de septiembre. La mayoría eran novatos. Al Soldado U, considerado un veterano, se le encomendó supervisar el entrenamiento intensivo en previsión de una guerra con un enemigo que aún estaba por identificar. Él y sus compañeros pasaron mucha hambre, agravada por los agotadores ejercicios físicos. Desesperados, tenían que recurrir a robar ocasionalmente verduras en los campos de los granjeros locales.

En Japón tampoco reinaba la abundancia, pero a las élites del poder les

iba bien. Ozaki se vio con su amigo Saionji el 25 de agosto, o por esas fechas, para comer en el Asia, un restaurante que se encontraba en el piso superior del edificio del Ferrocarril Surmanchuriano donde Ozaki trabajaba. La estilizada estructura moderna de hormigón reforzado se había terminado de construir en 1936, para afirmar el éxito del proyecto manchuriano de Japón. (Estados Unidos lo adquirió en 1952 y lo convirtió en un anexo de su embajada). Mientras comían, Ozaki preguntó^[189]: «Entonces, ¿ya lo han decidido?». «Sí, han decidido no hacerlo», repuso Soionji, que ahora era ayudante especial de Konoe.

Cuando Ozaki informó a Sorge que la operación en el norte del ejército japonés se había cancelado, el rostro de Sorge se iluminó de alegría y alivio. No podía imaginar Saionji que inadvertidamente había revelado una información vital para la Unión Soviética. Aunque es imposible probarlo, Stalin, paranoico por la presencia cada vez más numerosa de soldados japoneses (como el Soldado U) en el norte, quizá no habría decidido trasladar sus tropas al frente occidental si no se hubiera sentido seguro gracias a las comunicaciones de Sorge desde Tokio. El contraataque soviético, especialmente en vista de que Estados Unidos no proporcionó ayuda inmediata, quizá no hubiera sido posible sin la confianza absoluta de que Japón no atacaría en el norte. Sólo más tarde descubrió Saionji el papel que inconscientemente había desempeñado en este drama del espionaje.

Por aquellas fechas, Saioniji estaba preocupado mientras ayudaba a Konoe a organizar un encuentro con Roosevelt. Saioniji y muchos de sus amigos de sangre azul sabían que era imposible resultar vencedor en una guerra con Occidente. Matsumoto Shigeharu, el periodista educado en Yale que era descendiente directo de otro ilustre oligarca Meiji, compartía la inquietud de Saionji. «Cometí un grave error^[190] en las relaciones de Japón con China», le había confiado Konoe. Mostrando una vulnerabilidad que sólo se permitía ante sus iguales sociales, el primer ministro siguió lamentándose:

Estoy tan avergonzado que no puedo presentarme ante mis antepasados. No quiero repetir el mismo error. Y quiero evitar la guerra con Estados Unidos a toda costa. Si es posible, también quiero mejorar las relaciones con China. Voy a hacer todo lo posible para conseguirlo. ¿Me querrá ayudar?

En una reunión de enlace celebrada el 26 de agosto de 1941 se aprobó un mensaje de Konoe al presidente Roosevelt. El texto original inglés^[191] decía:

Las conversaciones informales preliminares, que se interrumpieron en el mes de julio pasado, fueron oportunas tanto en espíritu como en contenido. Pero la idea de continuar esas conversaciones y que su conclusión sea confirmada por los jefes responsables de los dos gobiernos no está a la altura de las exigencias de la presente situación, que evoluciona con rapidez y puede

producir contingencias imprevistas. Por lo tanto, considero una necesidad urgente que los dos jefes de gobierno nos reunamos primero para discutir desde una perspectiva general todos los problemas importantes que existan entre Japón y Estados Unidos relacionados con la zona del Pacífico, y para explorar la posibilidad de resolver la situación. El ajuste de los pormenores podría dejarse, si fuera necesario, en manos de negociadores competentes de los dos países tras dicha reunión. Ése es mi objetivo con la presente propuesta. Sinceramente espero que mi opinión a este respecto sea entendida y correspondida plenamente por Su Excelencia. Debido a la naturaleza de la reunión, tal y como se ha indicado, preferiría que tuviera lugar a la mayor brevedad posible.

Nomura transmitió este mensaje al presidente el 28 de agosto. Roosevelt elogió^[192] «su tono y su espíritu» y volvió a proponer Juneau como lugar de la reunión. Para Nomura, el sitio no era importante. Estaba satisfecho porque^[193], como anotó Hull, Roosevelt le había dicho explícitamente que consideraba el mensaje del primer ministro «un paso adelante», que estaba «muy esperanzado» y que estaría «muy interesado en pasar tres o cuatro días con el príncipe Konoye».

Aquella tarde, Nomura visitó a Hull en su hotel para manifestarle su gratitud por haber organizado la entrevista con el presidente. Dijo que Juneau sería un lugar tan agradable como cualquier otro y que, desde el punto de vista japonés, lo importante era que la reunión se celebrase cuanto antes. Describió la probable composición^[194] de la delegación japonesa: «Unas veinte personas, cinco de cada, pertenecientes al Ministerio de Asuntos Exteriores, a la Armada, al Ejército y a la embajada japonesa en Washington». El periodo entre el 21 y el 25 de septiembre sería apropiado para la reunión, añadió el embajador, y el primer ministro saldría de Japón unos cinco días antes que el presidente de Washington para que ambos llegaran simultáneamente.

El entusiasmo de Nomura no tardó en apagarse. Hull no estaba muy interesado en la idea de una cumbre. Aludió a las recientes «dificultades sobrevenidas respecto a ciertos puntos fundamentales que habían causado retrasos y que finalmente habían culminado en actos de Japón contrarios a las conversaciones». Evidentemente se refería a Indochina. Antes de celebrar una cumbre necesitaba respuestas más claras por parte de Japón sobre los asuntos de máxima urgencia que estaban haciendo peligrar los vínculos entre ambos países, esto es, la alianza de Japón con el Eje, las tropas niponas en el norte de China y en Mongolia Interior, y el compromiso de Japón con la aplicación del principio de no discriminación en las relaciones comerciales internacionales.

Mientras intentaba mantener la serenidad, Nomura dijo que, en su opinión, el problema chino era el que más dificultades presentaría de cara a un acuerdo previo y sugirió que se dejase para la conferencia. Hull respondió

correctamente que Estados Unidos estaba implicado en el asunto porque Japón había solicitado sus buenos oficios. «Podríamos trabajar juntos, Japón y Estados Unidos –dijo Hull–, para aprovechar el potencial de la población china de 500.000.000 de personas como nación comercial», opinión que compartía Roosevelt. Repitió que «debería haber un principio de acuerdo sobre los asuntos más importantes previamente a la celebración de la reunión» y que «la reunión debería tener por objeto ratificar el principio de acuerdo ya alcanzado». ¿No sería eso mejor para la tranquilidad de todos? A Nomura le pareció que la conferencia en Juneau ahora era mucho menos probable que hacía unos minutos.

Konoe seguía confiado en que la cumbre se iba a celebrar. El 29 de agosto él y sus partidarios se reunieron en un hotel al pie del monte Fuji para redactar una propuesta de acuerdo previo a la conferencia, como Hull había pedido. El banquero Ikawa Tadao, que acababa de regresar de Washington, y el padre Drought, uno de los dos sacerdotes católicos que habían iniciado las conversaciones informales entre Estados Unidos y Japón, asistieron para prestar su apoyo moral. Durante los últimos tres días de agosto, los reunidos en Fujiya, un lujoso hotel conocido por su servicio de té de plata y su cocina francesa, trabajaron día y noche para elaborar la propuesta. La intensidad de su trabajo sólo se vio aligerada por una o dos partidas de golf.

Dos puntos resultaban de crucial importancia. Uno era que Japón debía, «como principio general», acceder a retirarse de China. Sería la primera vez que Japón se comprometía a una retirada categórica. El segundo punto era que si estallaba una guerra entre Estados Unidos y Alemania, Japón conservaría su libertad de acción respecto a las obligaciones del Pacto Tripartito. Éste tenía por objeto tranquilizar a Estados Unidos, indicando que Japón no entraría automáticamente en guerra contra ellos. Los autores del documento tenían que moverse por una fina línea entre convencer a Washington y no aparecer débiles ante los jefes militares japoneses. Konoe intervino activamente en su redacción y, al final de su estancia, los autores pensaban que habían logrado el equilibrio adecuado.

El borrador tendría que ser discutido en una conferencia de enlace el 3 de septiembre, antes de que Konoe pudiera presentarlo como la propuesta oficial de Japón previa a la cumbre. Saionji se encargó del trabajo preparatorio necesario y sometió la propuesta a los representantes de los ministerios de Marina y del Ejército, que finalmente dieron su aprobación. Ahora le correspondía a Konoe hacer aquello para lo que estaba menos dotado:

enfrentarse a la oposición y defender su postura. Debía saber que, en último término, lo más importante era la invitación de Roosevelt a encontrarse en Juneau.

CAPÍTULO 9

Una guerra inevitable que no se podía ganar

En la mañana del 27 de agosto de 1941, un grupo de estudiantes graduados del Instituto de Investigación de la Guerra Total se congregó ante la residencia oficial del primer ministro de Japón. El ambiente era taciturno, incluso sombrío, a lo que contribuía la esporádica lluvia de finales del verano. En una gran sala iluminada por candelabros, los investigadores, cuya edad media era sólo de treinta y tres años, se encontraban cara a cara ante los miembros del gabinete. Desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, y de nuevo al día siguiente, presentaron un extenso informe. Después de considerar atentamente una serie de datos ministeriales y de haber simulado varias situaciones diplomáticas y estratégicas durante las seis semanas anteriores, el grupo concluyó que si Japón fuera a la guerra con Estados Unidos y sus aliados, perdería *necesariamente*. Si se produjera tal guerra, Japón podría vencer en algunas batallas iniciales, pero se vería forzado a librar una guerra prolongada y sus recursos disminuirían hasta agotarse por completo.

Los investigadores que hicieron esas predicciones contaban con unos diez años de experiencia profesional antes de su ingreso en el Instituto de Investigación de la Guerra Total. Éste se creó en abril de 1941^[195], sobre el modelo del Colegio de Defensa Imperial, donde los oficiales y los líderes se formaban en un programa intensivo de un año. Su objetivo era convertirse en una institución educativa de élite que preparase a los futuros líderes de Japón, tanto militares como civiles, para la grandeza.

Las altas aspiraciones de sus fundadores nunca se hicieron realidad. Cada ministerio enviaba a su mejor candidato, de forma que los alumnos eran la flor y nata de los funcionarios jóvenes. Pero a pesar de la excelente localización del instituto en el centro de Tokio, el edificio en sí resultaba

deprimente para los alumnos recién llegados. Era una modesta construcción de dos pisos que parecía especialmente incongruente, rodeada de los imponentes edificios de ladrillo rojo del distrito gubernamental. Muchos reclutas sentían que los habían rebajado a una humilde existencia de estudiantes.

Los investigadores apreciaban al primer decano del instituto, el teniente general Iimura Jo. Era un hombre amable y un lingüista extraordinario, que hablaba fluidamente francés y ruso, había enseñado en una academia militar en Turquía y había traducido muchos documentos estratégicos al japonés. Gracias a su magnetismo personal, en el instituto daban conferencias personas interesantes como Ozaki Hotsumi, el espía compañero de Sorge. No obstante, a la mayoría de los estudiantes les decepcionaba la vida que súbitamente les habían impuesto. Esperaban dedicarse a la investigación de alto nivel, y, en vez de eso, se veían reducidos a asistir a cursos de educación física y otras clases poco originales y con frecuencia mal preparadas.

Así que la propuesta de un viaje a la región central de Japón, a partir del 20 de junio de 1941, fue muy bien recibida. El grupo visitó el buque insignia de la Armada, el *Nagato*, en la bahía de Ise, donde Yamamoto Isoroku tenía su centro de operaciones. A bordo del *Nagato* y de otro buque de guerra, el *Hyuga*, ambos equipados con la última tecnología de la Armada, los investigadores asistieron a las maniobras con un permiso especial. Todo parecía ir a la perfección. Pero lo que más impresionó a los visitantes fue la capacidad de los barcos de simular con una precisión asombrosa y en una oscuridad total ataques de torpedos, guiados por un sistema de iluminación que llevaban incorporado.

Después de las maniobras, Yamamoto estaba impaciente por escuchar lo que los visitantes pensaban de su flota. Fue a ver a Higasa Hiroo, enviado al instituto desde la sede del gobernador general en Corea. Higasa respondió con la debida deferencia^[196]: «Me impresionó su sistema defensivo contra los submarinos, señor. Y también sus estrategias de bombardeo. Pero percibí cierta vulnerabilidad a los ataques aéreos».

Higasa tenía razón. Un militar de menos categoría se habría molestado por la impertinencia del joven civil, pero Yamamoto recompensó a Higasa con una botella de whisky, que para entonces era un verdadero lujo en Japón. A Yamamoto le gustó que Higasa hubiera visto más allá de lo obvio y hablado con franqueza, algo de lo que, en su opinión, las élites niponas eran incapaces. Sí, aquellos impresionantes barcos no eran tan invulnerables como parecían, y

Yamamoto habría sido el primero en reconocerlo.

Los investigadores permanecieron con la flota hasta que llegaron a la bahía de Shibushi, al sur de Japón. (Muy cerca estaba la bahía de Kinko, que guardaba un extraordinario parecido con Pearl Harbor). Fue entonces cuando la radio les informó del ataque sorpresa alemán a la Unión Soviética. Eso, y la consiguiente decisión de ocupar el sur de Indochina, dio una urgencia especial al trabajo de los investigadores.

Poco después de regresar a Tokio, participaron en un ejercicio de simulación bélica. A cada miembro se le asignó un papel en un hipotético gobierno de un país hipotético (muy parecido a Japón). Desde sus respectivos cargos, tenían que participar en una guerra hipotética con un enemigo hipotético (Estados Unidos) y sus aliados. El ejercicio comenzó el 12 de julio; no muy lejos, el ministro de Asuntos Exteriores Matsuoka asistía a su última conferencia de enlace.

Para esta guerra total, el gabinete tenía que desarrollar planes que cubrieran las áreas de la estrategia militar, la diplomacia, la ideología y la economía. Las orientaciones que los investigadores recibieron^[197] de sus instructores indicaban que «los distintos planes han de corresponder a los cambios que se prevean para los dos años siguientes tanto en el interior como en el exterior del país... Sus políticas deben estar diseñadas mes a mes o para varios meses específicos». Los investigadores debían simular los acontecimientos del mundo real con tanta exactitud como fuera posible, consultando los datos reales que los ministerios proporcionaban a los ministros. Al final, la guerra parecía más real que imaginaria.

Al comienzo del juego bélico, Japón estaba a punto de declarar la guerra a Estados Unidos. Los gobiernos estadounidense y británico habían impuesto sendos embargos contra Japón, que ahora estaba completamente aislado económicamente. Por lo tanto, tendría que ir al Sudeste Asiático a obtener recursos por la fuerza.

A los investigadores les inquietaba la premisa que habían establecido sus instructores. Creían que ocupar el Sudeste Asiático –con toda probabilidad, las Indias Orientales holandesas– hacía inevitable la guerra con Occidente, sin dar a la diplomacia la oportunidad de evitarla. La mayoría de los miembros del gabinete proyectaron que el país probablemente lograría apoderarse de los yacimientos de petróleo de Indonesia, pero que la flota enemiga anclada en Filipinas no tardaría en lanzar un ataque general contra los barcos japoneses,

lo que impediría el transporte de los recursos y frustraría todo el plan de acceder al petróleo de Indonesia. En consecuencia, Japón se vería forzado a librar con Estados Unidos una guerra a gran escala que no podía permitirse. Incluso antes de comenzar la simulación, la mayoría de los ministros habían decidido que una guerra así no se podía ganar y no se debería librar.

Mientras los investigadores presentaron su informe sobre el ejercicio de simulación al gobierno de Konoe, Tojo, como el buen estudiante que fue, no dejó de tomar notas. Cuando el informe llegó a su inequívoca conclusión de que la guerra no se podía ganar, Tojo se puso pálido, como si sus peores temores se hubieran confirmado. Sin embargo, la conclusión del informe no debería haberle sorprendido. La Oficina de Investigación de la Economía de Guerra, de su propio ministerio^[198], junto con los informes enviados por el agente del Estado Mayor del Ejército en Nueva York, habían declarado recientemente que la potencia industrial nipona era una vigésima parte de la estadounidense. Sólo había que mirar los edificios del centro de Tokio para darse cuenta de lo lamentable que era la situación material de Japón. Desde abril, todas las verjas y puertas ornamentales de hierro fundido de la era Meiji se habían desmontado. Las últimas en caer, el 23 de junio, habían sido las de la prefectura de Tokio. Los antiguos símbolos de la autoridad pública habían quedado convertidos en una tonelada de chatarra de metal para fabricar armamento.

Los edificios de ladrillo rojo seguían ahí, por supuesto, pero sus verjas de madera recién instaladas eran deprimentes. El modesto Instituto de Investigación de la Guerra Total ya no parecía tan miserable en esta nueva versión de Tokio. Era difícil recordar que apenas unos años antes esa misma ciudad había logrado ser designada sede de los Juegos Olímpicos de 1940.

Al término de la presentación de dos días, Tojo se negó a dejarse llevar por el pesimismo. Elogió el excelente trabajo del equipo, pero señaló que la investigación adolecía de un defecto crucial. «Después de todo, es un ejercicio de despacho^[199] –declaró–. Las guerras reales no transcurren como ustedes imaginan. No fuimos a la guerra contra Rusia creyendo que venceríamos, pero vencimos». Esforzándose por escamotear la cruda realidad que le acababan de mostrar, añadió: «Su trabajo no incluye elementos impredecibles, aunque yo no iría tan lejos como para decir que es una teoría inútil». Concluyó sus observaciones ordenando a los investigadores que no comunicaran a nadie más sus opiniones.

¿Esperaba Tojo que repentinamente se descubrieran yacimientos

petrolíferos en Japón, de forma que su país pudiera olvidar que hasta hacía muy poco tiempo el 90 por ciento de su petróleo procedía de Estados Unidos? ¿Contaba con que se produjera un avance decisivo en el desarrollo del combustible sintético? ¿Preveía una serie de desastres naturales que favorecieran al imperio, como los tifones que habían impedido la invasión de Japón por los mongoles en el siglo XIII? ¿O contaba con la resistencia y la elevada moral de las tropas, que deben ser tenidas en cuenta en cualquier guerra, junto a la fe en la capacidad propia para seguir luchando? El instructor Horiba Kazuo, que era militar^[200], había dicho a los investigadores: «El espíritu de Yamato es lo que le falta a Estados Unidos, y ése es el mayor recurso de nuestro país». Se refería a un rasgo supuestamente innato que hacía de los japoneses un pueblo único, resistente, disciplinado y trabajador. Esta autoatribución metafísica de singularidad es casi obligatoria en las mitologías nacionalistas.

Durante el ejercicio de simulación, quien más explícita y reiteradamente se opuso a la guerra fue el capitán de corbeta Shimura, del Ministerio de Marina. Se había graduado el primero de su promoción en la Escuela de Guerra Naval con una tesis sobre la guerra total. En una ocasión había dicho a su instructor: «Muy bien, señor, de acuerdo con que los japoneses tienen su espíritu Yamato; pero es que los estadounidenses también tienen su espíritu *yankee*. Es un error ver sólo un lado e ignorar el otro».

Desde luego, el espíritu Yamato tenía sus limitaciones. A mediados de agosto la gestión de las aguas residuales de Tokio se había convertido en un grave problema; la escasez de combustible era la causa directa de la catástrofe. Se calculaba que los más de un millón de hogares de la ciudad producían en promedio 1.200.000 metros cúbicos de residuos humanos diariamente. Los inodoros con cisterna aún no eran de uso general y había que llevar la mayor parte de los residuos a las comunidades rurales para su compostaje. Normalmente, esto se había hecho con vehículos a motor. Ahora, con la escasez de combustible, los más de trescientos hombres encargados de la recogida de las aguas fecales tuvieron que improvisar con carretas y barcas arrastradas por bicicletas, aunque cada vez estaba más claro que la demanda de aquel servicio sobrepasaba a la oferta. La sección de salud pública de la ciudad estaba inundada de quejas, pero, frustrados por la inercia burocrática, los descontentos ciudadanos empezaron a acudir directamente a la esposa del alcalde. El 16 de agosto, el diario *Kokumin Shimbun* publicó un artículo, titulado «¿Qué hacer con los excrementos?», en el que se explicaba que el

gobierno local había convocado una reunión de emergencia para resolver la maloliente situación. No se halló ninguna solución definitiva.

Además, la esposa del alcalde no era la persona más adecuada para ayudar a los desventurados ciudadanos, pues el alcalde Okubo Tomejiro era un poderoso matón que tenía otras preocupaciones que resolver el problema de las aguas fecales de Tokio. Antiguo funcionario del Ministerio del Interior, en su momento había sido jefe de operaciones de la notoria Policía Especial Superior, que en los años veinte llevó a cabo una dura persecución a gran escala de comunistas, o simplemente presuntos comunistas. Kafu anotó que, según los rumores, Okubo^[201] había chantajeado a *Chuo Koron*, la principal revista literaria, afirmando que podría presentar una demanda por difamación contra ella, y exigió 5.000 yenes al director (en comparación, el director de una escuela primaria pública en los suburbios de Tokio cobraba 145 yenes al mes).

El 3 de septiembre, el embajador Nomura recibió una comunicación oficial de Estados Unidos sobre la cumbre propuesta por Konoe. Coincidiendo con la posición de Hull, el presidente^[202] dijo que no podía acceder a que se celebrase una reunión sin que se hubiera negociado previamente un acuerdo sobre las cuestiones que había que resolver, aunque seguía siendo favorable al encuentro. Es dudoso que esto fuera una táctica deliberada para retrasar cualquier esfuerzo constructivo por la paz (como algunos han deducido del comentario de Roosevelt a Churchill en la bahía de Placentia en el sentido de que podría «mimar» a Japón por otros tres meses). Pero a Konoe le animó^[203] el hecho de que Roosevelt dijera: «Deseo fervientemente colaborar con usted en sus esfuerzos por llevar estos principios a la práctica».

Aunque los países que dirigían^[204] eran muy distintos, Konoe y Roosevelt compartían bastantes rasgos de su personalidad. Ambos procuraban evitar los enfrenamientos personales y se habían rodeado de consejeros que sostenían opiniones divergentes y con frecuencia contradictorias. En el caso de Konoe, iban desde marxistas hasta ultranacionalistas; en el de Roosevelt, desde intervencionistas hasta eurófobos. Los dos, de origen ilustre, tendían a guardarse sus pensamientos más íntimos, incluso en las reuniones del gobierno, por lo que era difícil conseguir que manifestasen su posición de forma inequívoca. Pero, al mismo tiempo, su concepción del mundo (un chovinismo japonés revisionista en el caso de Konoe y, en el de Roosevelt, un internacionalismo liberal wilsoniano) era sorprendentemente congruente.

No obstante, lo que hacía de Roosevelt un estadista muy superior era que

incluso ante consejos conflictivos, y mientras incorporaba a sus políticas ideas en apariencia contradictorias (de las que en ocasiones tuvo que retractarse), seguía sus excelentes instinto y juicio sobre lo que era políticamente practicable y trataba de conseguirlo cautelosa pero decididamente. Konoe afrontaba una situación muy delicada en su país, pero lo mismo le ocurría a Roosevelt, que debía convencer al Congreso, tener en cuenta a la opinión pública y superar trabas burocráticas. Konoe carecía de la tenacidad y del sentido de las prioridades de Roosevelt y, como su elevado estatus social se lo permitía, tenía tendencia a culpar a otros de sus fracasos. El corresponsal del *New York Times* Otto Tolischus percibió correctamente el origen de la falta de perseverancia de Konoe, así como su extraño magnetismo en el perfil del primer ministro japonés que publicó el 3 de agosto de 1941. «Como cabeza de la segunda familia más noble del país —escribió— [Konoe] está por encima de las ambiciones personales y la jefatura del gobierno es más una degradación que una promoción». Y a pesar de su hábito crónico de decepcionar a sus partidarios, seguía contando con su apoyo porque desprendía el aura de alguien a quien había que proteger y aconsejar y con quien había que identificarse: el segundo emperador de Japón.

Konoe creía que tenía que ceder ante los que representaban la línea dura en su país; era un acuerdo tácito con el ejército: éste continuaba preparando la guerra y apoyándola con declaraciones belicosas, pero permitía que el primer ministro se reuniera con Roosevelt en el exterior. Estaba persuadido de que, con esa cumbre, podría detener la deriva hacia la guerra definitivamente. En realidad, los militantes oficiales *bakuryo* estaban de acuerdo con él y esperaban que cuando se entrevistara personalmente con Roosevelt, Konoe llegaría a algún tipo de acuerdo general con Washington para evitar las hostilidades. La entrada del 29 de agosto del diario de un oficial^[205] de la Oficina de Orientación de la Guerra del Estado Mayor del Ejército expresaba muy bien este sentimiento conflictivo:

Nuestro agregado militar en Estados Unidos nos indica que el presidente estadounidense recibió positivamente el mensaje del primer ministro Konoe. Parece que la cumbre de Hawái [*sic*] va a celebrarse realmente. Cuando esto ocurra, creemos que las conversaciones no van a fracasar... Éste es el primer paso para una rendición [psicológica] ante Estados Unidos... Representará un considerable retroceso para nuestro imperio, pero tampoco queremos una guerra prolongada.

Incluso aquellos cuyo cometido era la preparación para la guerra sabían que Japón no conseguiría vencer sólo con faroles. «¡Qué idiotas son en Washington!^[206] —dijo Sato Kenryo, jefe de sección de la Oficina de Asuntos Militares del Ministerio del Ejército—. Si accedieran a reunirse con Konoe sin

condiciones, todo iría según sus deseos».

Un alto oficial de la sección de Sato, Ishii Akiho, fue nombrado confidencialmente delegado para acompañar a Konoe a Juneau, incluso antes de que la invitación presidencial estuviera confirmada. Ishii creía que la secuencia probable^[207] de los acontecimientos sería la siguiente: Konoe se reúne con Roosevelt; comunica las condiciones japonesas, previamente aprobadas por los militares; Roosevelt se niega a aceptar dichas condiciones; Konoe telegrafía la respuesta estadounidense; el ejército se indigna; el emperador interviene para reprender al ejército por su intransigencia, y los dos países llegan a un acuerdo de paz que con seguridad incluiría la retirada de las tropas japonesas de China e Indochina.

A finales de agosto y principios de septiembre, continuaban los preparativos para la guerra al mismo tiempo que para la conferencia. Parece que nadie se percató en Tokio de la contradicción inherente a esta situación. Por el contrario, ambos caminos paralelos se veían como parte de una misma campaña de preparación general.

En la conferencia de enlace celebrada el 3 de septiembre –el día en que Roosevelt dijo a Nomura que todavía no se podía organizar la cumbre–, los líderes japoneses aprobaron un plan militar conjunto que se estaba elaborando desde finales de agosto, basado en el «Esbozo de Políticas Nacionales ante la Situación Cambiante» acordado en la conferencia imperial del 2 de julio. El plan revisado, «Elementos Esenciales para Ejecutar las Políticas del Imperio», si bien recomendaba la política de mantener las negociaciones con Estados Unidos, afirmaba que Japón iría a la guerra si las conversaciones no daban fruto antes de primeros de octubre.

Los más belicistas, representados en la conferencia principalmente por los estados mayores, sostenían que la guerra debía comenzar dentro de aquel mismo año, antes de que el enemigo pudiera reforzarse, antes de la estación de los monzones en el sur y mientras el riguroso invierno mantenía al país a salvo de ataques soviéticos en el norte. «El imperio cada vez está más escaso^[208] de toda clase de recursos materiales», declaró Nagano, jefe del Estado Mayor de la Armada. Era mejor ir a la guerra mientras el imperio aún estaba en condiciones favorables de luchar; de ahí la necesidad de imponer a la diplomacia una fecha límite.

La resolución que se aprobó significaba, sobre el papel, un gran impulso a la guerra. Sin embargo, de acuerdo con una interpretación más sutil, era una

exhibición de fuerza para los militaristas. Tenían claro que habría que hacer concesiones que implicarían una retirada de tropas. Proponiendo y aprobando un plan de guerra por fases contra Estados Unidos, el Alto Mando estaba salvando la cara, pues mantenía una postura agresiva por si había que hacer concesiones diplomáticas importantes.

No todos los jefes militares estaban satisfechos con esta nueva propuesta, especialmente con su fecha límite. La discusión sobre la redacción del plan puso de manifiesto su inquietud. El ministro de Marina Oikawa no quería una definición estricta de fracaso diplomático y prefería que eso se debatiera más adelante. El jefe del Estado Mayor del Ejército Sugiyama dio su palabra de que no habría movimientos de tropas, incluido el despliegue de tropas en Tailandia, durante la cumbre de Konoe y Roosevelt. También dijo que no podría impedir que el ejército enviara materiales a la Indochina francesa. Esto alarmó a Tojo. «Pero eso revelaría nuestra intención [de prepararnos para la guerra]», protestó. «Eso es inevitable», repuso Sugiyama. Con independencia de lo que dijeran abiertamente, la mayoría creía que una solución diplomática era inminente. Eso también se debatió en la misma conferencia de enlace.

Konoe debía presentar su propia propuesta, que había sido redactada y pulida por sus amigos en el hotel Fujiya a finales de agosto. Expresaba la disposición general de Japón a retirar sus tropas de China con objeto de facilitar la reconciliación con Estados Unidos. Pero Konoe no llegó a hacerla pública. El Ministerio de Asuntos Exteriores había preparado su propuesta, y Konoe la adoptó. Saionji, uno de los principales artífices de la propuesta de Konoe, le pidió después una explicación. «Tomita [el secretario del gabinete] debería haberlo coordinado^[209] con ellos [el Ministerio de Asuntos Exteriores] previamente», masculló Konoe, y desapareció en su despacho sin más explicaciones. A Konoe le pareció que el plan del Ministerio de Asuntos Exteriores tenía suficientes concesiones como para atraer a Roosevelt a la mesa de negociaciones, así que ¿para qué complicar las cosas?

Una vez más, Konoe había decepcionado a sus más fieles partidarios, revelando que la paz en el Pacífico dependía de un hombre que ni siquiera era capaz de defender su propia propuesta en una reunión de enlace que él mismo había convocado. Entretanto, los preparativos para la guerra continuaban.

La propuesta del Ministerio de Asuntos Exteriores se envió por telegrama a Nomura a Washington al día siguiente. Ofrecía el arreglo pacífico de las tensiones en el Pacífico Sur, facilitar acuerdos comerciales no discriminatorios, la cooperación nipona con Estados Unidos en su intento de

acceder a los recursos de la región y la liberación de los activos japoneses congelados. También afirmaba que Japón estaba dispuesto a retirarse de China *en cuanto* se hubieran alcanzado los acuerdos necesarios con ese país – la principal diferencia respecto a la propuesta de Konoe, que anunciaba la retirada japonesa de China como principio general–. La propuesta del Ministerio de Asuntos Exteriores llegaría a la Administración Roosevelt el 6 de septiembre.

Mientras la diplomacia daba tropiezos, la movilización de Tokio avanzaba con precisión mecánica. El 5 de septiembre por la tarde, Konoe visitó a Hirohito en el palacio para explicarle los «Elementos Esenciales para Ejecutar las Políticas del Imperio», aprobados el 3 de septiembre, que estipulaban que los intentos diplomáticos cesarían a primeros de octubre. Ya estaba prevista una conferencia imperial para el día siguiente a fin de obtener la aprobación del emperador. Hirohito no daba crédito a lo que estaba escuchando. Los «Elementos Esenciales» parecían una movilización de guerra, que es exactamente lo que eran. Hirohito se dio cuenta rápidamente de que podían reducirse a los tres puntos siguientes, en orden de importancia:

1. El imperio no rehuiría la guerra con Estados Unidos, Gran Bretaña y los Países Bajos, y se prepararía para ello.
2. Mientras los preparativos avanzaban, el imperio seguiría esforzándose al máximo en sus contactos diplomáticos con Estados Unidos y Gran Bretaña, de acuerdo con las directrices del documento adjunto (véase más adelante).
3. Si los esfuerzos diplomáticos no habían tenido éxito a principios de octubre, el imperio declararían la guerra a Estados Unidos, Gran Bretaña y los Países Bajos a finales de octubre.

El documento adjunto mencionado en el segundo punto contenía las exigencias diplomáticas de Japón, así como hasta dónde podían llegar sus concesiones, con independencia del acuerdo previo a la cumbre. Incluían la no interferencia de Estados Unidos en la resolución de la guerra con China y la petición de que se volviera a cerrar la carretera de Birmania, que era de vital importancia para facilitar ayuda occidental a Chiank Kai-shek; a su vez, los japoneses se comprometían a no utilizar la Indochina francesa como base para el avance militar en el sur. Mientras la Unión Soviética mantuviese su neutralidad, Japón no utilizaría la fuerza contra ella. Por contra, Japón no se retiraría de la Indochina francesa ni abandonaría el Pacto Tripartito. Cuantas menos bazas diplomáticas tenía Japón, más empeñado parecía en no ceder. No obstante, se suponía que Konoe tendría libertad para hacer a Roosevelt concesiones mucho mayores a fin de evitar la guerra.

En cualquier caso, Hirohito estaba preocupado. Se daba cuenta de que

aquellas directrices ponían más énfasis en la guerra, y expresó su desaprobación a Konoe, pidiéndole que invirtiera los términos, de forma que la diplomacia se convirtiera en la máxima prioridad de Japón. «Eso no va a ser posible»^[210], repuso Konoe, aunque seguramente se daba cuenta de que ésa era una concesión que tendría que hacer para que la cumbre con Roosevelt pudiera tener lugar. Konoe estaba desafiando al dubitativo emperador, lo mismo que cuando había apoyado la firma del Pacto Tripartito. Hirohito, procurando siempre evitar una intervención política excesiva, no se opuso a Konoe con la suficiente determinación. Esta vez fue más firme. Dijo que hasta aquel momento había ignorado que los preparativos militares de Japón estuvieran tan avanzados. ¿Por qué no se le había informado?, preguntó. Konoe no quiso responder directamente, sino que sugirió a Hirohito que convocase a los dos jefes de los estados mayores, que eran estrategas profesionales y podían explicar mejor la situación exacta. Actuaba como si la política no tuviera lugar en esta resolución crucial aprobada por su gobierno.

Se convocó a Nagano y Sugiyama inmediatamente. A finales de julio Nagano había visitado el palacio con un plan de guerra, aunque, como hemos visto, en aquella ocasión dijo que no estaba seguro de que Japón pudiera vencer. A Hirohito aquello le había parecido preocupante y había consultado al ministro de Marina Oikawa sobre la posibilidad de sustituir a Nagano, pero no se tomó medida alguna. Ahora, sólo cinco semanas después, Nagano volvía con un plan más elaborado.

Mostrando una agudeza^[211] de la que era capaz cuando se sentía obligado –lo que no ocurría con frecuencia–, Hirohito hizo preguntas devastadoras a los líderes militares mientras Konoe escuchaba. Les dijo que no era posible seguir el camino de la guerra y el de la diplomacia paralelamente y que la diplomacia era prioritaria. Les preguntó que cuánto calculaban que duraría la guerra en el sur.

SUGIYAMA: Señor, tenemos previsto concluir [nuestra misión] en los mares del Sur en tres meses.

HIROHITO: Cuando estalló el Incidente de China, usted era nuestro ministro del Ejército. Recuerdo que me dijo que el conflicto habría terminado en un mes. Pero han pasado cuatro largos años ¡y todavía no ha acabado!

SUGIYAMA: El interior de China es un territorio muy extenso. Ésa es la razón de que no pudiéramos llevar a cabo nuestros planes como habíamos previsto.

HIROHITO: Dice usted que el territorio chino es muy extenso, pero el océano Pacífico es más extenso todavía. ¿En qué se basa para decirme que durará tres meses?

Sugiyama, profundamente avergonzado, no supo qué responder y ocultó su sonrojo inclinando la cabeza.

Incapaz de soportar la patética imagen de su colega, Nagano acudió en su ayuda. A pesar de las rivalidades existentes en las Fuerzas Armadas, los dos jefes de los estados mayores se llevaban bien porque Nagano era claramente el que llevaba la voz cantante. «Se puede decir que hablo en nombre del Alto Mando»^[212], comenzó Nagano.

Si comparamos las relaciones entre Estados Unidos y Japón con un paciente enfermo, éste necesita urgentemente una operación. Si no intervenimos y lo dejamos como está, el paciente cada vez estará más débil. No es que no haya esperanza de recuperación. Pero debemos decidir mientras haya una posibilidad [de que la operación tenga éxito]. El Alto Mando desea que las negociaciones diplomáticas lleguen a buen fin. Pero si fracasaran, me temo que debemos reunir valor y operar.

Mientras intentaba hacerse a la idea de la guerra, a Hirohito le resultaba difícil cuadrar las posibilidades de éxito previstas por Nagano con su anterior admisión de que no tenía confianza en la victoria. Repitió a Nagano la misma pregunta^[213] que le había hecho no hacía mucho tiempo: «¿Venceremos? ¿Puede usted decir con seguridad que venceremos?». Nagano repuso: «No puedo decir “con seguridad” porque no sólo depende de la intervención humana, sino también de la divina». Insistió en que no era la opción preferida por el Alto Mando, pero que se sentía obligado a preparar a Japón para la guerra ante la presente crisis. «Aunque sólo haya una remota posibilidad de que [la guerra] sea un éxito, debemos hacerlo», dijo.

Esto condujo a la última pregunta de Hirohito: «Entonces les pregunto de nuevo: ¿Estoy en lo cierto si entiendo que, a fecha de hoy, el Alto Mando va a hacer más hincapié en la diplomacia?». Los dos jefes respondieron afirmativamente.

El emperador, que contaba cuarenta años, intuía la debilidad de los argumentos en pro de la guerra, la absoluta irresponsabilidad de aquellos dos militares, mucho mayores que él, en su justificación y el efecto potencialmente devastador de su aprobación imperial. Hirohito se daba cuenta de la temeridad del plan porque, de hecho, no formaba parte del extraño proceso de toma de decisiones de Tokio. Su inclinación natural a evitar la guerra como patriarca del Estado-familia japonés y amante de la paz entraba en conflicto con su responsabilidad de comandante supremo de las Fuerzas Armadas, cuya función era garantizar la supervivencia de Japón mediante la preparación para la guerra; en esta ocasión, prevaleció la segunda, por lo que aceptó el plan de guerra.

Konoe, que había permanecido en silencio durante la entrevista, estaba empezando a darse cuenta demasiado tarde de la trascendencia de las decisiones que se estaban tomando. A la mañana siguiente regresó al palacio

para la conferencia imperial. Ahora deseaba que Hirohito intentara encauzar la conferencia hacia la paz y pidió ayuda a Kido, el consejero de más confianza del emperador.

La conferencia imperial comenzó a las diez de la mañana. Como en otras ocasiones, además del primer ministro, el ministro de Asuntos Exteriores, y los ministros del Ejército y de Marina, estaban presentes los jefes y subjefes de los estados mayores, los jefes de la Oficina de Asuntos Militares y de la Oficina de Asuntos Navales, el secretario del gabinete y el director del Consejo de Planificación del Gobierno. De nuevo, Hara Yoshimichi, presidente del Consejo Privado, era el encargado de hacer las preguntas en nombre del emperador.

Como en una reproducción de la entrevista de Hirohito, Hara preguntó a los dos jefes del Estado Mayor qué tenía prioridad en la política exterior de Japón: la estrategia o la diplomacia. Ninguno respondió, lo que dio lugar a un embarazoso silencio. Se suponía que Hirohito, que presidía la reunión sentado ante un biombo ceremonial dorado, permanecería en silencio, pero, para asombro de todos, tomó la palabra. «La pregunta que el presidente Hara acaba de hacer no puede ser más pertinente. Es lamentable que los dos jefes de los estados mayores no sean capaces de responderla». Entonces cogió un papel que llevaba en el bolsillo interior del uniforme militar. En él estaba escrito un poema de su difunto abuelo, el gran Meiji. Debido a su insatisfactoria entrevista con los dos jefes de los estados mayores, y también a que Konoé le había pedido aquella mañana algún tipo de intervención imperial, lo había llevado consigo. El emperador recitó^[214]:

En los cuatro mares todos son hermanos y hermanas.

Entonces por qué, ay, ¿por qué, esos vientos y olas procelosos?

Este lamento pacifista, destilado en treinta y una sílabas japonesas, había sido compuesto al comienzo de la guerra ruso-japonesa. Al leerlo en voz alta, Hirohito estaba expresando su profunda inquietud con la nueva propuesta y su deseo de que Japón evitara la guerra, o al menos eso es lo que pretendía que su comunicación indirecta transmitiera a su audiencia. Pero la recitación del poema no hizo más que crear una extraña atmósfera de autocompasión y resistencia pasiva. El emperador se convirtió en una metáfora de Japón, un país que se veía obligado a actuar de una forma que no deseaba debido a fuerzas externas incontrolables, a pesar de sus preferencias pacíficas. El poema de la paz no liberó a Hirohito de su habitual obligación imperial; en cualquier caso, aprobó la propuesta.

Es inevitable preguntarse qué habría ocurrido si Hirohito hubiera sido más explícito en su oposición a la guerra o simplemente se hubiera negado a aprobar el plan. En vez de leer un poema abierto a distintas interpretaciones, ¿por qué no dijo que la guerra estaba descartada? Es probable que el siempre cauteloso Kido, que había transmitido el deseo de Konoe de una intervención imperial aquella mañana, aconsejara a Hirohito que no expresara ningún juicio político inequívoco, por si más tarde se hacía responsable al emperador de lo que ocurriera a Japón. Sin duda, una causa de la callada objeción de Hirohito es que ni él ni Kido creían en una mediación política imperial excesiva. Otra era la personalidad del emperador –demasiado dócil para oponerse al impulso general de los preparativos bélicos, especialmente porque no había un precedente histórico de veto imperial–. (Aunque la Constitución Meiji no lo sancionaba de forma clara, se consideraba posible teóricamente, y lo que es decisivo, así lo creía el propio Hirohito). Moviéndose cautelosamente entre sus roles divino y terrestre, el emperador escogió limitarse a recitar un poema.

Aquella tarde, después de que el plazo límite de primeros de octubre hubiera recibido la sanción imperial, Konoe invitó al embajador Grew a una cena secreta en casa de un amigo. Konoe iba acompañado de Ushiba Tomohiko, un miembro del Club de los Desayunos que hablaba inglés con fluidez. También estaba presente Eugene Dooman, nacido en Osaka, que trabajaba en la embajada estadounidense. Los atendía la geisha amante de Konoe.

El secreto era necesario porque el 15 de agosto Hiranuma Kiichiro, ministro en el segundo y actual gobierno de Konoe, sufrió en su casa un atentado a manos de un ultranacionalista. A pesar de que le disparó seis veces, una de ellas en la cabeza, Hiranuma sobrevivió milagrosamente y acabó recuperándose por completo. Le habían puesto en el punto de mira sus acercamientos a Grew con la esperanza de evitar la guerra. Eso dio a Konoe qué pensar.

Durante tres horas, Konoe intentó convencer a Grew de cuánto deseaba reunirse con Roosevelt. Después, Grew escribió un pormenorizado informe^[215] al presidente, en el que resumía la reunión y le trasladaba el deseo de Konoe de que «sus declaraciones sean transmitidas personalmente al presidente con la convicción de que pueden ampliar y clarificar la propuesta que por canales diplomáticos había hecho a Washington a través del almirante Nomura». Teóricamente Konoe aún podía llegar a un acuerdo diplomático

con Washington, pero el tiempo se le estaba agotando y la facción pro guerra acababa de superar un gran obstáculo al obtener el consentimiento del emperador.

O, más exactamente, las Fuerzas Armadas, aunque divididas e inseguras sobre la viabilidad de una guerra concebida precipitadamente, se estaban convirtiendo en prisioneras de su propia retórica belicosa. Ahora que se había establecido un límite temporal específico, el impulso hacia la guerra había adquirido una dinámica interna propia.

La recomendación del gabinete simulado del Instituto de Investigación de la Guerra Total, por el contrario, se basaba en un análisis imparcial de las capacidades relativas. Es cierto que los investigadores no sabían exactamente de cuánto petróleo disponía Japón todavía, pero en todos los demás aspectos pudieron valorar empíricamente que el país no poseía los recursos necesarios para ganar una guerra con Estados Unidos. Konoé y sus ministros no podían alegar ignorancia en sus resultados. A finales del verano de 1941, el gobierno real había hecho casi inevitable en sólo diez días la guerra que, de acuerdo con un gobierno simulado, no podía ganarse.

CAPÍTULO 10

La última oportunidad

El ministro del Ejército Tojo cada vez se mostraba más vehemente sobre la necesidad de prepararse para la guerra. Para frenarle, Konoé organizó una reunión entre Tojo y Higashikuni Naruhiko. Higashikuni era un príncipe liberal –algunos dirían que libertario– que había pasado gran parte de su juventud en Europa, principalmente en Francia. Era uno de los pocos que se oponían abiertamente a la guerra con Occidente. Como era general del ejército, se suponía que Tojo tomaría en serio su recomendación de cautela. Higashikuni también era tío político del emperador Hirohito y miembro de la casa imperial, lo que reforzaba su posición. La dedicación de Tojo a la institución imperial era rayana en el servilismo, como para expiar los pecados de sus antepasados que lucharon contra los samuráis de la corte.

De nuevo, el momento escogido por Konoé fue desconcertante. La reunión se celebró al día siguiente de la trascendental resolución imperial que establecía una fecha límite diplomática a principios de octubre para una guerra a finales de octubre, de forma que sólo una retractación del emperador habría hecho que Tojo no se aferrara a esa decisión. Se decía que a Tojo se le habían saltado las lágrimas cuando relató a su subordinado cómo había recitado Hirohito el poema de paz. Pero no pensaba que el emperador fuera contrario a la guerra. Para él, el poema representaba los ánimos imperiales al ejército ante una situación que se preveía difícil.

Tojo estaba decidido a recorrer el camino que se le había trazado... y arrastrar consigo a su país si era necesario. «Al final, Estados Unidos exige^[216] que Japón se retire de la alianza tripartita y se una al bando anglo-estadounidense», dijo a Higashikuni. Pero incluso si Japón abandonaba a los fascistas y apostaba por los Aliados, continuó, «es muy probable que los anglo-estadounidenses ataquen a Japón cuando hayan dado cuenta de

Alemania».

La percepción de Tojo de la amenaza occidental era considerablemente especulativa, pero su temor era verdadero y bastante común. Creía que el Occidente liberal estaba interesado en la paz entre Japón y China sólo porque tenía planes respecto a Japón y quería ser hegemónico en toda Asia. El proyecto fundamental del secretario de Estado Hull de extender el libre comercio y la igualdad de oportunidades comerciales debía inspirar desconfianza, dadas las ambiciones de Estados Unidos. Tojo también insistía en que era inconcebible que Japón retirase sus tropas de China después de «todas las almas heroicas que han caído en las guerras japonesas», repitiendo la frase que popularizó Matsuoka cuando se presentó como político populista a principios de los años treinta. Tojo se hacía eco de un sentimiento muy extendido entre los militares. Pero él no era un soldado común sino el ministro del Ejército, y debía responder ante el gobierno. Cegado por su espíritu de servicio, se negó a ver que la guerra difícilmente se podía considerar inevitable o aconsejable. Lo que definía a Tojo era su tremenda tozudez en la persecución de los objetivos que consideraba correctos y justos. ¿Podría Higashikuni suavizar su obstinación, como esperaba Konoe?

Higashikuni era un hombre delgado, decadente, con el mentón débil característico de los nobles japoneses. Sus rasgos eran agradables aunque poco atractivos y, a diferencia de muchos de sus colegas del ejército, iba completamente afeitado. Aquel cosmopolita de cincuenta y tres años tenía la voz penetrante de un orador nato, lo que bastaba para que la gente prestara atención en cuanto se ponía a hablar. Dijo a Tojo que la situación de Japón le recordaba algo que en una ocasión le habían dicho los estadistas franceses Pétain y Clemenceau. Ambos opinaban que Estados Unidos trataría de provocar una guerra con Japón. De acuerdo con los franceses, ésta era una consecuencia geopolítica fácilmente previsible de la lucha por el control de Asia. Pero, también inevitablemente, Japón perdería dicha guerra por su relativa debilidad material. Lo mejor que podía hacer Japón era ser paciente y minimizar sus pérdidas. Higashikuni llegó entonces a lo más importante de su argumento: como el emperador y el ministro deseaban llegar a un acuerdo con Roosevelt, Tojo, como ministro del Ejército, debía plegarse a sus deseos. Si no podía seguir una política de no confrontación, debía dimitir.

A Tojo no le afectó lo más mínimo la sugerencia de Higashikuni –sin duda, compartida por Konoe, que no quería enfrentarse a Tojo directamente– de que estaba causando problemas. Respondió que si el cerco de ABCD a Japón

continuaba, el país estaba condenado a desaparecer. Si se arriesgaba ahora, sus posibilidades de vencer eran del 50 por ciento (Estaba en lo cierto sólo en la medida en que únicamente cabía ganar o perder). Desde luego, era mejor correr el riesgo que perecer sin resistencia. Estaba claro que las emociones de Tojo ofuscaban su raciocinio. Dijo al príncipe que no tenía intención de detener los preparativos bélicos.

El 8 y el 9 de septiembre, el jefe del Estado Mayor del Ejército Sugiyama visitó el palacio para explicar a Hirohito los pormenores tácticos del plan del ejército. El emperador preguntó en las dos ocasiones qué ocurriría si se producía un enfrentamiento militar en la frontera de la Unión Soviética y el Manchukuo mientras Japón estaba en guerra con Occidente. Sugiyama le aseguró que las posibilidades de que ocurriera algo en los meses de invierno eran muy reducidas y, en todo caso, el ejército siempre podría enviar al norte sus tropas de China. Pero los meses de invierno no iban a durar siempre y Japón difícilmente podría permitirse trasladar hombres de China para luchar con la Unión Soviética. (Diez días después de las irresponsables palabras de Sugiyama, el ejército japonés lanzó la Operación Changsha en un intento de controlar la región sur-central de China, pero chocó con una feroz oposición). Hirohito debería haberle respondido que librar otra guerra era inimaginable. Por el contrario, dijo a Sugiyama^[217] que «entendía la logística en que se apoyaba» la decisión, como si lo considerara un ejercicio estratégico puramente conceptual, separado de la realidad política. Quizá contaba todavía con la cumbre Konoe-Roosevelt.

Cinco veces en septiembre y el 3 de octubre el ejército anunció la movilización y la formación de unidades provisionales para el sur. La unidad de paracaidistas, que era clave para conquistar la isla indonesia de Sumatra, intensificó su entrenamiento. Esta unidad se había formado el otoño anterior. Sus organizadores habían tenido que basarse en fotografías de los paracaidistas estadounidenses para crearla. Después de haberse entrenado en una torre de caída libre en un parque de atracciones, como si fueran estudiantes universitarios que disfrutaban de las pocas actividades de ocio que quedaban en Japón, los paracaidistas realizaron con éxito su primer desembarco a finales de febrero.

La marina también intensificó sus preparativos^[218]. Del 11 al 20 de septiembre se realizaron simulacros de una invasión del sur en la Escuela de Guerra Naval. El 16 de septiembre se había llevado a cabo una simulación de un ataque a Hawái, pero el Estado Mayor de la Armada lo consideró

demasiado arriesgado e impracticable y lo descartó.

Mientras las Fuerzas Armadas japonesas trataban desesperadamente de estar a la altura de la retórica belicista de sus líderes y estrategas, Estados Unidos casi se encontró en guerra... en Islandia. Cuando Alemania invadió Dinamarca^[219] en abril de 1940, Islandia, cerca de rutas atlánticas decisivas, estaba vinculada a Dinamarca por el Acta de Unión. Gran Bretaña envió fuerzas a Islandia en mayo y Canadá mandó refuerzos. Churchill esperaba que Estados Unidos se encargara de la defensa de Islandia. En la primavera de 1941 la Administración Roosevelt había acordado asumir esa responsabilidad si el país entraba en guerra. Incluso después de la invasión alemana de la Unión Soviética, cuando los estrategas más belicistas de su Administración empezaron a pedir el despliegue inmediato de tropas estadounidenses en la región, Roosevelt se mostró cauteloso. El 7 de julio de 1941 accedió a enviar a 4.400 marines, a petición del gobierno islandés. Estaba soslayando cuidadosamente la Ley de Entrenamiento y Servicio Selectivos, cuyo futuro todavía era incierto en aquellos momentos. Al enviar a soldados profesionales^[220] en vez de a reclutas –que no podían servir fuera del hemisferio occidental–, mantenía la promesa de que sus «muchachos» no tendrían que combatir en guerras extranjeras y evitó suscitar el rechazo popular. No obstante, a esto le siguió una decisión crucial de Roosevelt durante la Conferencia Atlántica: como hemos visto, permitir que escoltas armadas estadounidenses protegieran todos los barcos hasta Islandia. Esta serie de acontecimientos fue de gran importancia para Japón. La preocupación estadounidense con el Atlántico occidental explicaba la disposición inicial de Washington en la primavera de 1941 de llegar a algún arreglo con Tokio que garantizase que Japón no intervendría en la inminente guerra estadounidense con los nazis. Japón, por supuesto, desaprovechó la oportunidad.

El 4 de septiembre de 1941 las aguas de la costa de Islandia fueron escenario de una guerra no declarada entre Alemania y Estados Unidos. El *Greer*, un destructor estadounidense^[221] con varios pasajes militares y correo a bordo, se estaba aproximando a Islandia cuando a las 8.40 de la mañana fue alertado por un bombardero británico de que cerca había un submarino alemán al acecho. El avión británico arrojó cuatro cargas de profundidad, que no dieron en el blanco, y se retiró cuando ya casi se había quedado sin combustible. El *Greer*, sin autoridad para atacar, optó por perseguir al submarino en vez de informar a la base. Tres horas después de haber sido detectado, el submarino alemán se encontraba a menos de cien metros del

barco estadounidense y lanzó un torpedo, probablemente deseoso de subir a la superficie porque se le habían agotado las baterías. Tampoco dio en el blanco. Entonces el *Greer* arrojó ocho cargas de profundidad, ninguna de las cuales causó daños serios al submarino. Un segundo torpedo del submarino alemán también falló. El *Greer* y otro bombardero británico de refuerzo lanzaron una docena más de cargas de profundidad. Los dos bandos salieron ilesos de ese encuentro que duró diez horas.

El incidente del *Greer* fue la primera escaramuza significativa de Estados Unidos con un submarino alemán. El presidente utilizó este episodio en su alocución radiofónica del 11 de septiembre para movilizar a la opinión pública contra Hitler y a favor de una guerra en la que ya había decidido entrar. No mencionó que las primeras cargas de profundidad las había arrojado el avión británico, lo que permitía interpretar el ataque alemán con torpedos como un acto de autodefensa, ni tampoco mencionó la insistente y no autorizada represalia del *Greer*. (Estos detalles se conocieron al mes siguiente, después de la investigación realizada por un comité del Senado). Pero su discurso no dejó dudas sobre su aversión al régimen nazi. «Fue un acto de piratería^[222], piratería legal y moral», declaró al país con dramatismo. «No ha sido el primero ni será el último que el gobierno nazi cometa contra la bandera estadounidense en esta guerra, pues los ataques se han multiplicado».

Citando otros cuatro casos de presuntos ataques alemanes a barcos estadounidenses y uno a un barco panameño en los meses precedentes, Roosevelt advirtió que no se trataba de incidentes aislados sino que formaban «parte de un plan general». Eran actos de «delincuencia internacional», y formaban parte de «un plan nazi para abolir la libertad de los mares y apropiarse de su control absoluto y su dominio». Continuó:

Este intento nazi de apoderarse del control de los mares no es sino el equivalente de las intrigas nazis que ahora proliferan por todo el hemisferio occidental, todas diseñadas con el mismo fin. Pues las avanzadillas de Hitler –no sólo sus agentes declarados, sino también los que, entre nosotros, han sido embaucados por él– buscan establecer puntos de apoyo [y] cabezas de puente en el Nuevo Mundo, para servirse de ellos en cuanto haya logrado el control de los mares. Sus intrigas, sus tramas, sus maquinaciones, su sabotaje en este Nuevo Mundo, son conocidos por el gobierno de Estados Unidos. Las conspiraciones se multiplican... Este ataque al *Greer* no fue una operación militar localizada en el Atlántico Norte. No fue un mero episodio de la lucha entre dos naciones. Fue un resuelto paso adelante hacia la creación de un sistema mundial permanente basado en la fuerza, el terror y el crimen.

Roosevelt dijo al pueblo estadounidense que para tratar con Alemania ya no servían de nada las notas y otras «prácticas normales de la diplomacia». Para proteger la ruta de abastecimiento de material de guerra con objeto de derrotar a Hitler, así como garantizar la libertad de movimiento de los barcos

estadounidenses por alta mar, Estados Unidos tenía que acabar sin vacilaciones con los submarinos y buques nazis. Eran las «serpientes del Atlántico» y «cuando ves una serpiente dispuesta a atacar, no esperas a que te haya alcanzado para aplastarla». Había llegado el momento de la «defensa activa». Esto significaba que los barcos estadounidenses podían atacar a los submarinos alemanes en aguas vitales para la autodefensa de Estados Unidos. Además, esas aguas vitales serían definidas por el gobierno norteamericano. Roosevelt también aprovechó la ocasión para presentar a la nación su nuevo programa que permitía escoltas estadounidenses de barcos aliados en el Atlántico, aprobado en la bahía de Placentia y que empezaría a aplicarse en cinco días.

Roosevelt había confirmado su genio para la oratoria^[223]; un sondeo realizado tras esta «charla junto a la chimenea» indicaba que el 62 por ciento de los estadounidenses apoyaban su política de disparar sin preguntar respecto a los barcos alemanes en el Atlántico. Sin embargo, como lord Halifax, el embajador británico en Estados Unidos, informó incisivamente a Churchill, la mayoría de los estadounidenses prefería permanecer al margen de la guerra europea a pesar de que aprobaran la nueva política atlántica de su presidente y su deseo de derrotar a Hitler.

Para algunos estrategas de Washington, la posibilidad de la guerra se había convertido en una preocupación acuciante. A petición del jefe del Estado Mayor del Ejército, el general George Marshall, un equipo de oficiales de rango intermedio dirigido por el comandante Albert Wedemeyer se dispuso en julio de 1941 a preparar un plan de guerra extenso, que se conocería como el Programa de la Victoria. Terminado el 25 de septiembre, establecía qué escala necesitaba la movilización militar e industrial, y recomendaba líneas estratégicas para derrotar a las potencias del Eje. Este plan resultaría indispensable al cabo de unos meses, aunque hasta el último minuto Alemania fue el enemigo principal a ojos de aquellos estrategas, que recomendaron a los líderes políticos una política de contención de Japón.

El gobierno nipón debería haberse preguntado si no llegaría pronto un día en que Washington ya no consideraría viable el intercambio de notas entre Japón y Estados Unidos y qué podría hacerse para impedir ese deterioro. Por el contrario, planeó una «defensa activa» en sus propios términos.

Después de enterarse por Sorge^[224] de que Japón no iba a atacar a la Unión Soviética, en el mes de septiembre Stalin trasladó veinte divisiones del extremo oriente a Moscú. Ahora podía concentrarse en la lucha con

Alemania. Llegó a reducir a la mitad sus tropas en las regiones orientales, mientras la situación en el frente soviético occidental no cesaba de mejorar.

Ésa era una poderosa razón para que Japón se replanteara su actitud hacia Estados Unidos. El pacto que ataba a Japón a sus socios fascistas dependía completamente de que Alemania se impusiera. Los planes estratégicos nipones seguían basándose en ese supuesto, aunque muchos miembros del Estado Mayor del Ejército estaban tomando nota de la sorprendente resistencia de la Unión Soviética. A pesar de eso, y de que no suscribían una ideología verdaderamente fascista, los líderes japoneses se negaron a hacer nada para liberarse de la alianza del Eje, con toda probabilidad porque ninguno se atrevía a reconocer su error al haber ratificado de forma acrítica la invencibilidad alemana. Por el contrario, siguió siendo una potencia fascista por asociación, lo que disminuiría sus posibilidades de llegar a un arreglo diplomático con Estados Unidos.

El 10 de septiembre Nomura se reunió con Hull en su nuevo alojamiento en el famoso Wardman Park Hotel, un impresionante edificio de más de mil habitaciones que se había construido en conmemoración del final de la Primera Guerra Mundial. Preguntó a Hull qué pensaba de la última propuesta japonesa (la que había preparado el Ministerio de Asuntos Exteriores) de acuerdo preliminar. Hull respondió que esa propuesta^[225] «reducía el espíritu y el alcance del acuerdo propuesto», mientras que sus anteriores conversaciones habían estado «relacionadas con un entendimiento amplio y liberal sobre toda la región del Pacífico». En suma, era un paso atrás.

Con toda probabilidad, la aparente limitación no hizo más que reforzar las sospechas de Hull sobre la debilidad del liderazgo de Konoe y su incapacidad para hacer imponer concesiones significativas. Para Nomura, esta reunión confirmó su opinión de que Tokio tenía que comprometerse a hacer concesiones concretas para que la cumbre tuviera lugar. Específicamente, advirtió a su gobierno que la cuestión de la retirada de las tropas de China era decisiva para Estados Unidos. Sin embargo, los líderes japoneses se resistían a aceptar esta idea.

Desde las primeras fases de las negociaciones entre Estados Unidos y Japón, la presencia de las tropas niponas en China había sido un problema, pero parece que, recientemente, su importancia había aumentado mucho a ojos de los estadounidenses. En mayo Hull se había mostrado más flexible sobre la ocupación militar de China, al menos extraoficialmente, y Nomura había transmitido esa impresión a Tokio. El banquero y diplomático

amateur^[226] Ikawa Tadao había señalado que Hull incluso sugirió reformular como «ocupación para el mantenimiento de la paz», en vez de «ocupación anticomunista», el motivo aparente de la ocupación militar de China. Ese cambio permitiría a Japón seguir ocupando la isla china de Hainan, que no se enfrentaba a una amenaza comunista inmediata.

Los acontecimientos del verano de 1941 –el ataque alemán a la Unión Soviética, el avance de Japón en el sur de Indochina, en oposición a la propuesta de Roosevelt, su insistencia en permanecer en el lado fascista y la ulterior animadversión de la opinión pública estadounidense contra Japón– parecían haber eliminado esas inclinaciones conciliatorias norteamericanas respecto a China. A China no se la podría abandonar como se había hecho con Checoslovaquia. Negociar un acuerdo entre Estados Unidos y Japón sin resolver^[227] la cuestión china ahora era, en palabras de Sumner Welles, como «preguntar si el drama de *Hamlet* podría representarse sin el personaje de Hamlet». Si Konoe hubiera propuesto^[228], como habían planteado sus amigos, que «Japón *en principio* accede a retirar sus tropas de China», las cosas podrían haber sido muy distintas. Y Konoe era el único responsable.

Tras el rechazo de Hull, una reunión de enlace del 20 de septiembre aprobó presentar a Washington otra propuesta previa a la cumbre. El texto reelaborado era idéntico en lo fundamental a la versión del 6 de septiembre, especificando que Estados Unidos mediaría en un acuerdo de paz entre Japón y Chiang Kai-shek, sin interferir en las iniciativas que Japón adoptara entretanto para resolver el conflicto; se desbloquearían los activos japoneses y se restablecería la normalidad comercial, y Japón no iría más allá de la Indochina francesa.

La nueva propuesta incluía exigencias más detalladas respecto a las condiciones de un tratado de paz con China y su tono era mucho más firme, lo que reflejaba una participación mayor de los estrategas belicistas. Percibiendo que el alcance de su gobierno se había reducido más aun, Nomura se dio cuenta de que no había nada en la nueva propuesta que pudiera ayudarle en las negociaciones. Revelaba de forma inequívoca hasta dónde llegaban su influencia sobre Tokio y el valor de Konoe.

Una de las condiciones japonesas para la paz con China inquietaba particularmente a Nomura. Tokio seguía insistiendo en la fusión de los gobiernos de Chiang Kai-shek y Wang Jingwei, el títere de Japón al que tanto odiaba Chiang. Era imposible que Estados Unidos lo aprobara. Nomura también se daba cuenta de que cualquier defensa de los intereses regionales

de Japón en Asia sería contraproducente y sólo aumentaría la inquietud estadounidense. Envió un telegrama a Tokio^[229]: «No creo que esta propuesta pueda valer». De nuevo, la queja de Nomura fue ignorada.

Al menos un militar *bakuryo* estaba descontento con la interferencia excesiva de sus colegas en la redacción de esas propuestas diplomáticas. «El Estado Mayor es un órgano^[230] cuyo cometido debería ser la defensa y la movilización del país –se quejaba Ishii Akiho, de la Oficina de Asuntos Militares del Ministerio del Ejército–. No entiendo por qué se ha estado dedicando a poner objeciones a un documento diplomático».

Incluso el almirante Toyoda, un ministro de Asuntos Exteriores que en realidad miraba por los intereses militares, tuvo que admitir que el «nuevo» plan del 20 de septiembre no representaba una propuesta atractiva para Washington. No obstante, se la comunicó al embajador Grew como material de referencia, y el 27 de septiembre ya había sido transmitida al Departamento de Estado.

Ante la aparente falta de avances en la preparación de la cumbre, Saionji Kinkazu no estaba seguro de qué podía hacer para ayudar. El primer ministro le había nombrado consejero porque confiaba en él incondicionalmente. Saionji le correspondía con la misma confianza, trabajaba duro en los proyectos de Konoe y, muy recientemente, había participado en la redacción de su propuesta frustrada. El entusiasmo que había sentido por la propuesta hacía apenas unas semanas se había apagado. Saionji había experimentado con demasiada frecuencia el temperamento volátil y la indecisión de Konoe y se sentía frustrado, aunque aún creía que su deseo de celebrar la cumbre era sincero.

A finales de septiembre Saionji recibió una llamada telefónica de su mejor amigo, Ozaki Hotsumi. Ozaki acababa de regresar de un viaje de dos semanas dando conferencias por el Manchukúo. Había sido un verano muy ajetreado para el periodista y espía. Aquella noche Saionji y Ozaki cenaron^[231] juntos en una cervecería japonesa e intercambiaron opiniones sobre las negociaciones de su país con Estados Unidos. Ozaki era completamente pesimista. Era improbable que Estados Unidos considerase seriamente alguna propuesta japonesa, afirmó, incluida la de una reunión al máximo nivel. Saionji le dijo que, a petición de Konoe, él había participado en la redacción de una nueva propuesta, que, según esperaba, daría un nuevo impulso a las cosas.

El 24 de septiembre Ozaki invitó a Saionji a la misma cervecería. El verano se estaba alargando y a los dos les apetecía una cerveza. (Al contrario que muchas otras personas, ellos aún podían^[232] permitírsela. Según el plan de racionamiento oficial de abril de 1941, en Tokio cada unidad familiar sólo podía comprar entre dos y cuatro botellas de cerveza cada seis meses). Se reunieron en un reservado, aunque su encuentro no tenía nada de furtivo. Saionji llevó consigo el borrador de la propuesta que él y sus amigos habían preparado al pie del monte Fuji y que Konoe no había llegado a presentar. Ozaki no le había pedido verla, pero a Saionji le parecía natural mostrársela a su mejor amigo. Ozaki leyó toda la propuesta sin hacer ningún comentario. Entonces se excusó de asistir a la cena que Saionji había organizado con otros amigos y se marchó, seguramente para informar a Sorge. Esta reunión sería uno de los cargos en la acusación de espionaje a que Saionji tuvo que enfrentarse más adelante.

El día siguiente, el 25 de septiembre, empezó soleado y agradable, con más de veinte grados, pero a primera hora de la tarde empezó a refrescar y a llover. La conferencia de enlace de aquel día no hizo más que aumentar el desaliento de Konoe. Los jefes del Estado Mayor Sugiyama y Nagano aunaron sus esfuerzos para que en vez del impreciso límite de principios de octubre se especificara una fecha concreta para el final de los esfuerzos diplomáticos.

El momento en que comience la guerra^[233] depende en gran medida de nuestras necesidades tácticas. Por lo tanto, no podemos permitirnos desperdiciar otro día antes de emitir un juicio definitivo sobre el éxito o el fracaso de las negociaciones diplomáticas de Estados Unidos y Japón. El 15 de octubre a más tardar tenemos que haber elegido entre diplomacia y guerra.

Con esta nueva y más rigurosa exigencia, Konoe empezó a alarmarse, aunque silenciosamente. Declinó asistir a la comida que solía organizar el Alto Mando y regresó con sus ministros más importantes a su residencia. «¿Es el plazo del 15 de octubre una exigencia irrenunciable?», preguntó a los ministros de Asuntos Exteriores, Marina y Ejército. En realidad la pregunta iba dirigida a Tojo, que se había puesto del lado de los jefes del Estado Mayor sobre la necesidad de emprender de inmediato preparativos para la guerra. Tojo se burló de Konoe y dijo que esa cuestión se había decidido formalmente en una conferencia imperial: la misión de Nomura en Washington terminaba a primeros de octubre.

Acostumbrado a ocultar sus sentimientos más íntimos, no era fácil interpretar las reacciones de Konoe. Pero el cambio que se produjo en él después de la conferencia de enlace no pasó inadvertido. El oficial *bakuryo* de

la Oficina de Orientación de la Guerra^[234] encargado en aquel momento de actualizar el diario del grupo anotó al día siguiente: «Superficialmente parece que la petición de ayer del Alto Mando [de establecer a mediados de octubre una fecha límite para la diplomacia] no ha causado gran sensación. Pero los hechos demuestran otra cosa. Da la impresión de que el estado de ánimo del primer ministro Konoe ha cambiado enormemente». El aparente deseo de Konoe de que todos pudieran salvar la cara, de hecho no era más que incapacidad para enfrentarse a sus oponentes y las consecuencias ya estaban ahí. Por fin se daba cuenta de que Estados Unidos no tenía demasiado interés en la cumbre. Aterrorizado, Konoe empezó a actuar en ese momento siguiendo su impulso más fuerte: la autoconservación.

Durante una reunión privada que mantuvo con Kido la tarde del 26 de septiembre, Konoe habló de abandonar el gobierno. Los dos habían sido compañeros en la Peers Academy y habían participado juntos en muchos actos oficiales. «Si los militares insisten en que el 15 de octubre es la fecha límite^[235] para empezar la guerra –se quejó Konoe–, ya no tengo confianza alguna. No me queda más opción que dimitir». Kido respondió:

Tú eres quien convocó^[236] la conferencia imperial del 6 de septiembre [en la que se puso el límite de principios de octubre para la vía diplomática]. No puedes dejar esa decisión en el aire y desaparecer sin más. Sería una irresponsabilidad. ¿Por qué no propones que se reconsidere la resolución? No puedes hablar así antes de haberte enfrentado a los militares. Dejar este desatino así es irresponsable.

La reprimenda de Kido evitó que Konoe dimitiera. No obstante, huyó a una villa en la antigua capital samurái de Kamakura, que sólo se hallaba a unos cincuenta kilómetros pero resguardada entre el mar y una cadena de montañas. No salió de allí hasta el 2 de octubre.

Con el príncipe fuera de Tokio, el ministro de Asuntos Exteriores Toyoda tuvo que presionar por su cuenta para que se celebrara la reunión Konoe-Roosevelt. En vez de seguir el consejo de Nomura e intentar reorientar la política nipona para presentar una propuesta más atractiva, como hemos visto, Toyoda había transmitido al embajador Grew un texto apenas reelaborado como base de acuerdo previo a la cumbre. Suponiendo que el embajador tenía gran influencia sobre el presidente porque eran viejos amigos, Toyoda había puesto sus esperanzas en los buenos oficios de Grew. Pero al utilizar otro canal diplomático y tratarlo como si fuera una línea más poderosa de comunicación con la Casa Blanca, en realidad Toyoda estaba desautorizando a Nomura.

Toyoda habló con Grew el 27 de septiembre para pedirle que explicara a

Washington el complejo funcionamiento de la Administración de Tokio, y les excusara a Konoe y a él por su falta de valor para enfrentarse a la oposición interna y negociar con ella. Insinuó que, en Juneau, Konoe podría hacer concesiones que fueran más allá de las propuestas «oficiales» de Tokio previas a la cumbre.

En un extenso comunicado de once puntos^[237] emitido el 29 de septiembre Grew escribió a Roosevelt que le «habían dicho enfáticamente en numerosas ocasiones» que antes de la reunión y las negociaciones formales propuestas «al gobierno japonés le resultaría imposible definir sus futuros compromisos y garantías más específicamente que hasta el momento». Una de las razones de esto, según explicó, era que

el antiguo ministro de Asuntos Exteriores Matsuoka, tras su retiro en julio, informó al embajador alemán en Japón con todo lujo de detalles sobre cómo habían transcurrido las conversaciones con Washington hasta aquel momento. Como en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Tokio todavía hay muchos partidarios de Matsuoka, se ha expresado el temor de que esos hombres no tengan escrúpulos en revelar tanto a los alemanes como a los extremistas japoneses cualquier información que pueda hacer insostenible la posición del actual gabinete. Aunque el gobierno japonés ya ha aceptado provisionalmente ciertos principios básicos, las definiciones y fórmulas de la política y los objetivos futuros de Japón... son tan abstractos o equívocos y están abiertos a tantas interpretaciones que confunden más que clarifican los compromisos que el gobierno japonés está dispuesto a asumir.

Por lo tanto, Grew recomendó que Estados Unidos confiara en las buenas intenciones de Konoe y organizara la cumbre. Así lo sugirió en una alambicada conjetura^[238]:

[No] me parece inverosímil la posibilidad de que el príncipe Konoye esté en condiciones de ofrecer directamente al presidente Roosevelt un compromiso más explícito y satisfactorio del que se ha manifestado en el curso de las conversaciones preliminares.

Además, Grew señalaba que debía seguirse un enfoque gradualista. Coincidió con Toyoda en que «la única alternativa... es intentar producir una regeneración del pensamiento y la actitud japoneses mediante una conciliación constructiva, en la línea de los actuales planteamientos estadounidenses».

Es bien sabido que los artífices de la política exterior suelen acudir a crisis recientes para informar de su siguiente movimiento. A algunos miembros de la Administración estadounidense, el comunicado de Grew, con su recomendación de una «conciliación constructiva», debió de sonarles a apaciguamiento. Por diferente que fuera la situación japonesa del Tercer Reich de Hitler en el otoño de 1938, la Conferencia de Múnich era un recuerdo demasiado reciente y desalentador como para ser ignorado. Aunque Toyoda hizo un buen trabajo pintando una imagen falsa del gabinete de

Konoe rodeado de enemigos pro-Matsuoka y proalemanes, no podía echar la culpa de todo a su predecesor. Con o sin Matsuoka, la identificación de Japón con el régimen nazi era inevitable. Después de todo, era un aliado del Eje. Consciente de esto, Grew insistió^[239] en que el método que estaba proponiendo a Washington no era «un supuesto apaciguamiento».

Pero Konoe no tenía un historial como para convencer a Washington de que podía confiar en él. Tanto Toyoda como el propio Konoe seguían sugiriendo que se presentarían concesiones satisfactorias e incluso sorprendentes en Juneau. No convencieron a la Administración estadounidense.

Konoe se había dado a conocer en Occidente como el autor de un artículo chovinista que hablaba contra la dictadura «anglo-estadounidense» a la Conferencia de Paz de París a principios de 1919. Era primer ministro cuando estalló la guerra de China en 1937 y fue responsable de su escalada, con la brutal conquista de las principales ciudades y zonas industriales chinas, especialmente Nanjing. Era el primer ministro que había aprobado formalmente el establecimiento del régimen títere de Wang Jingwei. Había apoyado la alianza de Japón con Alemania e Italia. «Si Estados Unidos continúa confundiendo deliberadamente^[240] las verdaderas intenciones de Japón, Alemania e Italia –dijo en un conferencia de prensa tras la firma del Pacto Tripartito–, no nos quedará más opción que la guerra». Konoe no creía que esas palabras y acciones menoscabaran su credibilidad. Después de todo, era un príncipe. Pero se engañaba.

La reunión de enlace del 25 de septiembre que había provocado el desánimo de Konoe también había aumentado el mayor temor del ministro de Marina Oikawa: una titánica guerra naval con Estados Unidos. Es cierto que, a finales de junio, al intentar expulsar a Matsuoka^[241] el normalmente cauteloso y reticente Oikawa se había jactado de que «la Armada no teme una guerra con Gran Bretaña y Estados Unidos». Oikawa sólo estaba intentando que se aprobara el plan del sur de Indochina. «Si no teme luchar con Gran Bretaña y Estados Unidos –repuso Matsuoka–, ¿qué problema sería luchar también con la Unión Soviética?» Como su ingenio no estaba a la altura del sarcasmo de Matsuoka, sólo pudo responder seriamente: «¿No se da cuenta de que entonces tendríamos que luchar contra otro país más?». Exactamente tres meses después de este intercambio de palabras con Matsuoka, Oikawa se enfrentaba a la posibilidad de tener que enfrentarse a esos tres enemigos.

Hay que decir a favor de Oikawa que, a diferencia de Konoe, él se opuso

abiertamente a los jefes del Estado Mayor del Ejército y la Marina cuando, en la reunión de enlace del 25 de septiembre, intentaron imponer mediados de octubre como fecha límite a la vía diplomática. Había esperado ralentizar, si no detener, el curso hacia la guerra. El subjefe del Estado Mayor del Ejército Tsukada, la voz más belicista en las conferencias de enlace desde el debate norte-sur, no ocultaba su descontento con la obstrucción de Oikawa. Fanático convencido de la grandeza inherente de Japón^[242], creía que su guerra era necesaria y que no se basaba en un pensamiento racional y estratégico, sino en el «espíritu moralmente justo de nuestro divino país». Aunque muchos japoneses, tanto militares como civiles, compartían hasta cierto punto la aceptación de esta concepciónseudorreligiosa del destino nacional de Japón, Tsukada la había llevado a un extremo que resultaba alarmante para un estratega experimentado. Después de la reunión dijo a sus subordinados que Tojo debería hacer entrar en razón a Oikawa a fin de que *todos* pudieran avanzar con los preparativos bélicos, como si Oikawa fuera el que tuviese que recobrar el sentido común. No obstante, incluso Tsukada hubo de reconocer que Japón no podía luchar contra Estados Unidos si la Armada no estaba dispuesta a ello.

En el ejército no todos aprobaban la obstinación de Tsukada con la guerra. Recientemente habían surgido dudas en el aparato, especialmente entre los miembros de la Oficina de Asuntos Militares del Ministerio de Ejército. Como era la encargada de la asignación de recursos en el ejército y de marcar la pauta general de la política militar en consulta con el Estado Mayor, su jefe era el tercer hombre más influyente del Ministerio del Ejército (después del ministro y del viceministro). El 29 de septiembre los miembros de la oficina se reunieron en el despacho de su jefe, Muto Akira, para examinar con cierto detenimiento los posibles escenarios futuros. Se movían en terreno conocido. El ejército no podía aceptar públicamente las exigencias de Washington – especialmente, la retirada de las tropas de China–, pero, en opinión de Muto, la guerra sería más deplorable aún. «Quizá haya una guerra en perspectiva^[243], después de todo –dijo–. Pero un solo paso en falso y la guerra puede acabar destruyendo el Estado. Simplemente no puedo estar a favor de la guerra. No la quiero, tanto más después de que el emperador dijera lo mismo [recitando el poema]». Muto había apoyado sin reservas la guerra contra China cuando estalló en 1937, pero se había dado cuenta de que había sido un «paso en falso» para Japón. Sabía que otro más podría ser su ruina.

Aquel mismo día, Yamamoto Isoroku, comandante en jefe de la Flota

Combinada, envió una advertencia al jefe del Estado Mayor Nagano. Aunque durante los últimos diez meses había estado preparando concienzudamente un ataque devastador a Estados Unidos, Yamamoto seguía convencido de que ganar una batalla o dos no significaba la victoria en una guerra prolongada. Por eso, previno a Nagano^[244]:

Nuestras simulaciones bélicas sugieren que la operación en el sur debería estar consolidada en cuatro meses más o menos, pero al precio de perder sesenta aviones. Desde luego, habría muchas más pérdidas que no estarían relacionadas directamente con el combate. Esto significa que tendríamos que reponer un número suficiente [de aparatos] para seguir luchando... Si tuviéramos que combatir con nuestras fuerzas actuales, [la única posibilidad de victoria sería] conseguir éxitos importantes en las primeras batallas.

Yamamoto seguramente quería demostrar al mundo que era capaz de lograr «éxitos importantes». Estaba hablando el jugador jactancioso que llevaba dentro. Pero el Yamamoto racional advirtió a Nagano:

Me gustaría añadir... es evidente que una guerra entre Estados Unidos y Japón sería necesariamente larga. Estados Unidos no cesará mientras Japón esté ganando. La guerra durará varios años. Entretanto, los recursos de Japón se agotarán, los barcos de guerra y el armamento quedarán dañados, será imposible reponer el material... Japón se empobrecerá.

Entonces llegó a la famosa conclusión: «No se debe librar una guerra con unas probabilidades tan pequeñas de victoria». Las dudas del máximo comandante de la Armada, un gran estratega, demostraban que el rumbo hacia la guerra marcado por los estados mayores no guardaba mucha relación con la realidad estratégica del país. Pero esa tendencia estaba lejos de ser universal en el ejército. La única esperanza de Konoe, aparte de una invitación de Roosevelt, era explotar esas diferencias de opinión. Por la tarde del 1 de octubre Oikawa fue convocado por Konoe a la villa de Kamakura en la que se había retirado. Konoe preguntó al ministro de Marina qué pensaba sobre la nueva exigencia de poner un plazo firme a la diplomacia. Oikawa respondió^[245]:

Su Excelencia, usted dice que está taxativamente contra la guerra. [Pero no ir a la guerra] significaría estar dispuesto a aceptar todas las exigencias estadounidenses a fin de que normalicemos nuestras relaciones... Si ya ha decidido seguir ese camino, tendrá todo el respaldo de la Marina y más tarde el del Ejército.

Visiblemente satisfecho, Konoe, dijo a Oikawa que se sentía más seguro.

En Tokio, Oikawa se reunió entonces con el jefe del Estado Mayor de la Armada Nagano, que, según el viceministro de Marina Sawamoto, se mostró de acuerdo en apoyar la política de evitar la guerra, lo que sugiere que hay que considerar con reservas las declaraciones belicistas de Nagano en la conferencia de enlace. Por su parte, Oikawa siempre se había sentido inseguro

sobre una guerra con Occidente y debió de recibir este principio de acuerdo entre Konoe y Nagano con un suspiro de alivio. El ministro de Asuntos Exteriores Toyoda, almirante de la Armada, también estaba de acuerdo en que había que buscar un arreglo diplomático con Estados Unidos. Lamentaba la precipitación con que la última conferencia imperial había establecido el plazo límite después de sólo una conferencia de enlace. Ahora Konoe ya se sentía lo suficientemente fuerte como para abandonar su autoimpuesto exilio y regresar a Tokio.

El 2 de octubre el embajador Nomura fue convocado a la residencia de Hull a las nueve de la noche. Le entregó una declaración en la que se instaba a Japón^[246] a aceptar los Cuatro Principios del Secretario de Estado que, de nuevo, eran: 1) respeto a la integridad territorial y la soberanía de todos y cada uno de los países, 2) apoyo al principio de no injerencia en los asuntos internos de otros países, 3) apoyo al principio de igualdad, incluida la igualdad de oportunidades comerciales, y 4) mantenimiento del statu quo en el Pacífico, excepto en la medida en que se pueda modificar por medios pacíficos. Entonces Hull pidió a Japón que presentara^[247] a Estados Unidos «una manifestación precisa de sus intenciones respecto a la retirada de las tropas japonesas de China y de la Indochina francesa». En cuanto al vínculo de Japón con las potencias del Eje, dijo: «Sería positivo si el gobierno japonés pudiera estudiar la cuestión de una posible clarificación adicional de su posición». Más enfáticamente, la cumbre no tendría lugar^[248] mientras no hubiera «una coincidencia de ideas sobre los puntos esenciales». Recordó varias veces a Nomura^[249] que, en opinión de la Administración, «para resolver la consolidación de la paz en el Pacífico no valdrá ningún arreglo circunstancial». Asimismo, le dijo que^[250] Washington creía que para minimizar la opinión pública adversa es necesario «asegurar el éxito de cualquier reunión que celebremos».

Cuando Hull le preguntó su opinión sobre el documento, Nomura expresó inicialmente su temor de que fuera una decepción para su gobierno. Los cuatro puntos de Hull exigían de Japón un cambio fundamental en sus planteamientos que no se podía realizar en un plazo tan breve. Después de todo, incluso Estados Unidos se había tomado, y aún se estaba tomando, su tiempo para convertirse en una potencia justa. Sus tratados desiguales con Japón (que no habían expirado hasta 1911), sus alianzas con Gran Bretaña y otras potencias imperialistas y sus políticas hacia las personas de color hacían que la profesión de altos estándares morales por parte de Estados Unidos le

pareciera hipócrita a muchos japoneses.

La logística de retirar todas las tropas japonesas de China era compleja. Debido a la proximidad soviética a Mongolia Interior y al norte de China, en el ejército japonés había quienes pensaban que los indicios de una retirada japonesa provocarían un avance bolchevique, temores que resultaron ser correctos cuatro años después.

A juicio de Nomura, la solución más práctica era celebrar una cumbre en la que pudieran discutirse todas esas cuestiones. Dijo a Hull, de nuevo, que su gobierno era sincero y serio en su deseo de dicha reunión. También le dijo que, debido a la situación interna de Japón, al gobierno le resultaba difícil comprometerse a algo previamente a las conversaciones. Puso de relieve que el gabinete de Konoé estaba en una «posición comparativamente fuerte» y que no creía probable la llegada de grupos reaccionarios al poder. Nomura se esforzó por explicar la característica renuencia de Konoé a enfrentarse frontalmente a sus oponentes –lo que, paradójicamente, daba fuerza y longevidad a su mandato– sin desacreditar seriamente el liderazgo de Konoé. Pero no fue fácil.

La conferencia de enlace del 4 de octubre, la primera desde la insatisfactoria conversación de Hull con Nomura, no fue intensa. El telegrama en el que Nomura informaba de su comunicación con Hull todavía no estaba completamente traducido, por lo que no pudo debatirse en detalle. Los líderes se limitaron a expresar sus opiniones generales. El jefe del Estado Mayor del Ejército Sugiyama advirtió^[251] que no se debía retrasar la decisión definitiva de prescindir de la diplomacia:

No podemos permitirnos perder tiempo. Si la decisión no se toma pronto y perdemos más tiempo, acabaremos no siendo capaces de librar una guerra, ni en el sur ni en el norte. No hace falta que lo decidamos hoy, pero debemos decidirlo [pronto].

En cuanto Sugiyama terminó, el jefe del Estado Mayor de la Marina Nagano dijo: «Ya ha pasado el momento de las discusiones. ¡Debemos [fijar un calendario para la guerra] ya mismo!».

Por supuesto, Nagano había dicho a Oikawa dos días antes que prefería evitar una confrontación militar con Occidente. Aunque Nagano era un maestro en decir cosas distintas dependiendo de con quien hablara, todos los líderes japoneses hacían lo mismo hasta cierto punto, moviéndose entre el personaje público y el privado sin ninguna sensación de deshonestidad. Además, este hábito del doble lenguaje –que resume la expresión *honne to tatemae*, «voz verdadera y apariencia»– solía considerarse una virtud útil para

evitar situaciones sociales embarazosas. La personalidad pública de Nagano, intimidatoria y casi como de matón, predominaba siempre que hablaba en nombre del Alto Mando representando los intereses estratégicos nipones. Los esfuerzos de Oikawa por oponerse a la guerra en nombre de la Armada –y de Japón– se hicieron cada vez más difíciles por cuanto carecía del apoyo de algún colega en las reuniones de enlace. Y como Oikawa comprendía intrínsecamente la importancia que tenía para Nagano mantener su fachada de seguridad como jefe del Estado Mayor, y también porque era un hombre débil, no desmintió a Nagano. Las conferencias de enlace se estaban convirtiendo en una trágica farsa en la que guardar las apariencias para no desentonar. Ante unas prioridades tan erradas, el destino de la nación japonesa quedaba en un segundo plano.

No hay registradas más palabras de Oikawa aquel día, seguramente porque no habló más. En enero de 1946, en una mesa redonda^[252] a la que asistieron antiguos altos oficiales de la Armada, dijo que habría correspondido al primer ministro, no a los representantes de la Armada, tomar la iniciativa para apartar al país de la guerra. La sospecha de que Konoé estaba intentando atribuir a la Armada toda la responsabilidad por un cambio de política puso a Oikawa en guardia y le hizo incluso más reticente de lo habitual. Oikawa, un militar de miras estrechas y entregado a su profesión, sin ningún conocimiento del mundo más allá de la institución naval, no quiso correr el riesgo de que le culparan de evitar la guerra, sin darse cuenta de que su falta de firmeza era, en buena medida, una señal de cobardía. No era el único que se engañaba: todos los líderes tomaron parte en ese juego fútil de pasar el problema a otro.

En la misma mesa redonda de la posguerra, el viceministro de Marina Sawamoto habló compasivamente de la delicada situación a que se había enfrentado Oikawa. Por difícil que fuera imaginarlo en 1946, declaró, en el otoño de 1941 uno simplemente no podía haber dicho: «La Armada no está preparada para luchar». Esto habría sido desmoralizador para los oficiales de la Armada que se encontraban en el mar. Una vez más, siempre que jefes militares adoptaban una postura contraria a los intereses de Japón, la estupidez de proteger la posición personal y la institucional había ido demasiado lejos.

Otro participante en la mesa redonda, Inoue Shigeyoshi, que se describió a sí mismo como liberal radical, estrecho colaborador de los almirantes Yonai y Yamamoto, que fue excluido de la toma de decisiones en 1941, no aceptó esas

explicaciones de la posguerra y preguntó directamente a Oikawa: «La Armada debería haberse enfrentado al Ejército [sobre la decisión]. Por el contrario, [yendo a la guerra] acabamos perdiéndolo todo, *incluidos* el Ejército y la Armada. ¿Por qué no [hizo o dijo algo]? –E insistió–: ¿Me está diciendo que no se opuso a la guerra porque tendría que haberlo hecho Konoe?». Oikawa se defendió débilmente: «¿Cómo podría la Armada haber contenido [a los belicistas] cuando el primer ministro no fue capaz de hacerlo?».

A Inoue le parecía que Oikawa habría tenido capacidad suficiente para detener el rumbo hacia la guerra. Podría haber dimitido y la Armada haberse negado a nombrar a un nuevo ministro, que debía ser elegido entre los almirantes en activo. Entonces la Armada podría haber retrasado el plazo para la guerra. Que ni Oikawa ni los altos mandos de la Armada emplearan esta táctica muestra que a pesar de lo que se dijo después, nadie utilizó su poder – ni su valor– para oponerse a una guerra que sería catastrófica para Japón.

La conferencia de enlace del 4 de octubre no dio resultado alguno. Cuanto más tiempo pasaba, más valor hacía falta para decir no a la guerra. El 5 de octubre, la Armada celebró una reunión al máximo nivel^[253] entre el ministerio y el Estado Mayor, y se consiguió acordar que «con decisión inquebrantable, el primer ministro debe reunirse con el ministro del Ejército» a fin de «tratar con él la extensión del límite temporal para las negociaciones [diplomáticas entre Japón y Estados Unidos] y la suavización de nuestras condiciones [a Estados Unidos]». El viceministro Sawamoto había sugerido inicialmente que el primer ministro, el ministro del Ejército, el ministro de Marina y el ministro de Asuntos Exteriores asistieran a la conferencia, pero Oikawa era renuente a participar, probablemente porque no quería ser visto como el único que se oponía a la guerra.

El temor de Oikawa estaba justificado. El Estado Mayor del Ejército ahora creía equivocadamente que Konoe apoyaba la opción bélica, simplemente porque no había expresado una oposición decidida. Los estrategas *bakuryo* de rango intermedio del ejército, que se estaban preparando para la contienda, atacaron a Oikawa por la aparente indecisión de la Armada. La entrada del 5 de octubre del diario de la Oficina de Orientación de la Guerra^[254] expresaba su estado de ánimo:

El primer ministro parece haberse decidido por la guerra. Esta tarde está celebrando reuniones por separado con sus ministros más importantes. En el Estado Mayor algunos estamos entusiasmados y aliviados. Nuestro único enemigo es el ministro de Marina.

Konoe se reunió con Tojo por la tarde para intentar disuadirle. El lugar era la villa privada favorita de Konoe, Tekigaiso, en la parte occidental del Tokio metropolitano, con una impresionante vista del monte Fuji. Le gustaba tratar allí los asuntos políticos más personales. No obstante, en este caso iba a ser Tojo quien llevara la voz cantante de principio a fin. «Estados Unidos nos exige que abandonemos^[255] el Pacto Tripartito, aceptemos incondicionalmente sus Cuatro Principios y detengamos la ocupación militar. Japón no puede tolerar todo esto», dijo Tojo.

«La cuestión central es la retirada de las tropas [de China]. ¿Por qué no acceder a la retirada en principio, pero dejar algunas tropas a fin de proteger los recursos?», dijo Konoe.

«Eso se llama conspirar», repuso Tojo.

Exasperado, Konoe cambió de táctica. «Consideremos la atmósfera de la conferencia imperial», dijo, refiriéndose a las dudas de Hirohito cuando leyó el poema. Preguntó a Tojo si creía que podía librarse una guerra con Gran Bretaña sin provocar la participación estadounidense. La idea había surgido recientemente en ciertos sectores de la Armada, delatando su renuencia a enfrentarse a Estados Unidos. Tojo descartó esa posibilidad. Dijo que «tras una considerable investigación» el Alto Mando ya había llegado a la conclusión inequívoca de que «desde la perspectiva de la estrategia naval, no podría librarse una guerra por separado».

Tanto la marina como el ejército mantuvieron reuniones por separado al día siguiente, el 6 de octubre, sin abordar la preparación del país para la guerra. Al máximo nivel, Sugiyama vio a Tojo por la tarde y confirmó su oposición a ceder ante cualquiera de las exigencias estadounidenses, al tiempo que insistía en comprometer al gobierno con el límite del 15 de octubre para la solución diplomática. Acordaron que el Estado Mayor del Ejército detendría^[256] «categóricamente» los posibles intentos de la marina para «echarse atrás».

A la reunión de altos mandos de la Armada asistieron el ministro y el viceministro de Marina, el jefe y el subjefe del Estado Mayor de la Armada y el jefe de la Oficina de Asuntos Militares del Ministerio de Marina. Se puso al corriente a Nagano de lo ocurrido en la última reunión, a la que no había asistido. Pese a su actitud pública evasiva, el día anterior los líderes de la Armada habían logrado crear un amplio consenso en torno a la idea de que era «una locura comenzar una guerra con Estados Unidos». Además,

acordaron que «en principio», Japón retiraría fuerzas «de las zonas [de China] en que la paz y la estabilidad estuvieran garantizadas». Esto seguramente indignaría al ejército. Según el viceministro Sawamoto, Oikawa estaba^[257]

en parte convenciéndose a sí mismo de que debía decidirse y en parte pidiendo al jefe del Estado Mayor [Nagano] que se animara cuando dijo: «Entonces, ¿es lo correcto que me aventure a una pelea con el ejército?». Nagano respondió: «Dudo que sea prudente». Esto frenó la decisión del ministro de Marina, para la que había tenido que hacer acopio de tanto valor, y arruinó la atmósfera de alta moral [contra la guerra] en un instante.

La debilidad del carácter de Oikawa era evidente para todos. Había llegado a su puesto actual por antigüedad y evitando hacerse enemigos cuando su predecesor, Yoshida Zengo, enfermó. La vaga oposición de Nagano bastó para desalentar a Oikawa porque no se sentía nada seguro de enfrentarse al ejército. Y no hubo nadie que intentara ayudar a Oikawa a recuperar su resolución.

El diario de la Oficina de Orientación de la Guerra^[258] informó el 6 de octubre de una reunión conjunta Ejército/Armada de oficiales de rango intermedio y resumía la situación:

El Ejército y la Armada siguen en desacuerdo. El ejército dice que no hay esperanza [para la diplomacia]. La Armada todavía cree que la hay y afirma que si [el ejército] reconsiderase la cuestión de la ocupación militar [y la retirada de tropas de China e Indochina], la habría. Nos preguntamos qué estará pensando el Estado Mayor de la Armada [para sugerir esa tontería]. Apenas anteayer, en la conferencia de enlace, [Nagano] declaró que ya no quedaba tiempo para «discusiones». Y ahora ¿qué?... La Armada es un enigma... Sólo se puede sentir indignación [ante la propuesta de la Armada]... [Un jefe de división de la marina dice que] prevé la pérdida de 1,4 millones de toneladas de barcos... [Otro] se pregunta si no hay alguna forma de evitar atacar a Filipinas [para evitar provocar una intervención estadounidense]. ¿De qué están hablando a estas alturas? Egoístamente, la Armada está tratando de anular la sacrosanta decisión tomada en la conferencia imperial. ¡Inaudito! ¡Qué irresponsable es la Armada! ¡Qué poco digna de confianza! ¡La Armada está destruyendo nuestra nación!

Aunque resulta difícil juzgar hasta qué punto eran representativas de todo el ejército las opiniones de este oficial, está claro que en el seno de las Fuerzas Armadas había tensiones graves.

El jefe de la División de Operaciones del Estado de la Armada^[259], Fukudome Shigeru, era quien había mostrado una sinceridad insólita en este foro:

En cuanto a las pérdidas de barcos se refiere, [se cree que] en el primer año de guerra se hundirán 1,4 millones de toneladas. El resultado de las nuevas simulaciones llevadas a cabo por la Flota Combinada [muestran] que en el tercer año de guerra no quedarán barcos para las necesidades civiles. No tengo confianza alguna [en esta guerra].

Al día siguiente, el 7 de octubre, finalmente se encontraron cara a cara los ministros de Marina y del Ejército. En una reunión del gabinete Tojo

anunció^[260]: «Sé que resulta penoso para sus oídos, pero debo decirlo. La economía de nuestros días no es una economía normal. Como tampoco lo es el estado actual de la diplomacia... Nuestra máxima prioridad ahora debería ser abrirnos paso luchando». Entonces se reunió a solas con Oikawa. Insistió, como Sugiyama había hecho, en que el ejército no permitiría que Japón aceptara los Cuatro Principios de Hull. Tampoco sería posible, en su opinión, que Japón retirase tropas de China ni en su totalidad ni en futuro próximo.

Oikawa sugirió que era el ejército el que debía reconsiderar su intransigente postura. Señaló que la propuesta estadounidense del 2 de octubre no era tan rígida como parecía sobre el papel y que aún quedaba esperanza para un arreglo diplomático. Tojo preguntó específicamente si la Armada no había cambiado de opinión desde la resolución de la conferencia imperial del 6 de septiembre. Oikawa repuso^[261]: «No, nuestra opinión no ha cambiado. Por lo que respecta a nuestra resolución para la guerra, está intacta». Para Oikawa «resolución para la guerra» quizá no significaba automáticamente ir a la guerra. No obstante, era una actitud evasiva y peligrosa, especialmente cuando Tojo estaba buscando una aclaración inequívoca.

A Tojo no le bastó con esa respuesta de Oikawa. En caso de una guerra, insistió, ¿tenía el ministro de Marina confianza en la victoria? Entonces Oikawa, con cierta honestidad que revelaba su *honne* (voz verdadera), respondió: «Me temo que no... Si la guerra se prolonga durante unos años, no sabemos cuál sería el resultado... Lo que he dicho no debe salir de esta habitación».

Tojo, el principal partidario de comenzar la guerra antes de que acabara el año, adoptó entonces una actitud sorprendentemente conciliadora. «Si la Armada no tiene confianza –dijo a Oikawa–, debemos reconsiderarlo. Habrá que dar marcha atrás a lo que haga falta, aunque, por supuesto, haya que hacerlo con la humilde admisión de nuestra gran responsabilidad». Esto significaba que los ministros responsables del gabinete debían dimitir.

Aunque con dificultades e inseguridad, los ministros del Ejército y de la Marina se estaban acercando al elusivo meollo de la cuestión: Japón –y lo que era especialmente importante, la marina– no estaba en condiciones de librar la guerra anunciada en la precipitada resolución de principios de septiembre. Pero mientras surgía esta tenue coincidencia entre los dos ministros, el jefe del Estado Mayor de la Armada Nagano mantenía su retórica belicista; como hemos visto, a su lado, Oikawa parecía tímido y excesivamente cauteloso.

Cuando Nagano ese día se reunió con su homólogo del ejército, Sugiyama, Nagano presionó a favor de la guerra. Pero ni siquiera él pudo evitar^[262] revelar sus dudas en algún momento:

NAGANO: Yo no creo que las cosas puedan resolverse diplomáticamente. Pero si el ministro de Asuntos Exteriores piensa que aún hay esperanza, estoy a favor de continuar las negociaciones... Esto no afecta en nada a nuestra convicción de que el 15 de octubre debe ser el día en que se elija entre la paz o la guerra. [Al mismo tiempo] debemos evitar perder oportunidades estratégicas... [Hemos de prepararnos para la guerra mientras negociamos porque] no estaríamos en condiciones de luchar si [el gobierno] viniera [más tarde] a nosotros y dijera... «Hemos hecho todo lo que hemos podido con la diplomacia, pero no hemos conseguido nada. Ahora les toca a ustedes...».

SUGIYAMA: Pero ¿debo entender que la Armada no se siente segura sobre la guerra?

NAGANO: ¿Qué? ¿Que no se siente segura sobre la guerra? Eso no es cierto. Por supuesto, nunca hemos dicho que la victoria esté asegurada. Así se lo he hecho saber también al emperador, pero estamos diciendo que por el momento hay una posibilidad de ganar. En cuanto al futuro, la cuestión de la victoria o la derrota dependerá de la suma de las fuerzas materiales y psicológicas... Si sigue la convicción del ministro de la Guerra de que sería difícil librarla, bien, esa clase de actitud pondría en entredicho la necesidad de los preparativos militares... En cuanto al plazo para decidir entre guerra o no, a la Armada no le importaría ampliarlo un poco... Pero ésa no es la posición del Ejército, ¿verdad? Parece que ustedes atacan de frente.

SUGIYAMA: Eso no es cierto. Estamos tratando el asunto con mucha cautela...

NAGANO: Por algo llegó el emperador a la decisión del 6 de septiembre... No debemos dudar en enviar más soldados al sur de la Indochina francesa.

SUGIYAMA: Estoy completamente de acuerdo con usted.

Esa tarde Tojo volvió a ver a Konoé en Tekigaiso. Era la reunión que Oikawa había pedido que Konoé celebrara a solas. Como dos noches antes, Konoé sugirió que si Japón accedía en principio a la retirada de tropas de China –el momento dependería de la situación concreta sobre el terreno–, la diplomacia podría tener una oportunidad. «Eso es absolutamente impensable^[263]», respondió Tojo. Konoé volvió a señalar que, en su opinión, la retirada de tropas era el principal obstáculo para la paz:

En cuanto a los Cuatro Principios, debemos aceptar el principio de la igualdad de oportunidades. Por supuesto, hay intereses especiales en China debido a nuestra proximidad geográfica, pero creo que Estados Unidos podría reconocer eso. En cuanto al Pacto Tripartito, sería difícil comprometer [la retirada nipona del pacto] sobre el papel, pero soy optimista y creo que se podría llegar a una solución en una reunión con el presidente. Sólo queda la cuestión de la ocupación militar. ¿No sería posible no empecinarse en la ocupación militar y no llamarla así? ¿Qué diría usted si esta cuestión fuera el único escollo en las negociaciones? ¿No podríamos encontrar una forma de mantener la esencia de la ocupación militar al tiempo que accedemos a una retirada de tropas?

Tojo respondió que el problema general era mucho más complejo de lo que Konoé estaba intentando que pareciera. Según él, era irreal pensar que Estados Unidos aceptaría los intereses regionales especiales de Japón en China. Además, se negó a comprometer voluntariamente al ejército a una concesión de tal envergadura cuando todas las demás cuestiones, incluida la

propia celebración de la cumbre, eran inciertas. A esto Konoe sólo pudo responder: «Los militares se toman las guerras demasiado a la ligera».

Tojo insistió en que la resolución del 6 de septiembre era sagrada y que había que mantener la fecha límite del 15 de octubre. «Usted dice que los militares nos tomamos las guerras demasiado a la ligera. En ocasiones –dijo Tojo en una de sus declaraciones más memorables (y citada anteriormente)–, uno debe reunir el valor necesario, cerrar los ojos y saltar desde la plataforma del Kiyomizu». Saltar al abismo era^[264] algo que estaba muy bien si uno se refería a sí mismo solamente, repuso Konoe, «pero si pienso en el sistema de gobierno nacional que ha durado dos mil seiscientos años y en los cien millones de japoneses que pertenecen a esta nación, yo, como persona en una posición de gran responsabilidad, no puedo hacer algo así».

Pese a sus bravatas, Tojo aún albergaba dudas. Al día siguiente, Oikawa lo visitó para saber cómo había ido su reunión con Konoe. «Hemos perdido decenas de miles de vidas^[265] por el Incidente de China. Retirarse [de China] me parece una opción insoportable –dijo Tojo, con expresión apenada–. Sin embargo, si vamos a la guerra con Estados Unidos, perderemos decenas de miles más. Estoy pensando en retirar las tropas, pero no puedo decidirme».

El aspecto más irónico de la fijación de Tojo con los que habían perecido en China era que los mandos militares japoneses en ese país estaban pidiendo encarecidamente a Japón que evitara la guerra con Estados Unidos. A principios de octubre, el comandante en jefe de las fuerzas niponas^[266] en China, el general Hata Shunroku, envió a un oficial con un mensaje para Tokio. Hata sostenía que la nación japonesa ya había agotado sus recursos de combate y por lo tanto debía aceptar las exigencias estadounidenses y poner fin a su guerra con China definitivamente. Tojo era muy consciente de lo que China le estaba costando a Japón. Pero como sus ulteriores actos mostrarían repetidas veces, las almas muertas siempre parecían contar para él más que las vivas.

Hull no se equivocaba cuando en la posguerra^[267] calificó a Tojo de «más bien estúpido», «con una mente obsesiva, estrecha y trivial», pero las razones del conflicto interno de Tojo en el otoño de 1941 eran ligeramente más complejas. Como soldado profesional, consideraba la retirada de tropas una derrota humillante. La rigidez de su carácter y sus principios le impedían que Japón aceptara los Cuatro Principios de Hull. Y, lo más grave, parecía que Tojo –y la mayoría de sus colegas militares– no comprendía cómo funcionaban los acuerdos internacionales provisionales, en los que los detalles

prácticos con frecuencia se ignoraban. O simplemente era incapaz de desviarse de su precisa forma de vida militar.

El 12 de octubre, el día que Konoé cumplió cincuenta años, no hubo celebración alguna. Tentado todavía de dimitir en cualquier momento, el primer ministro decidió hacer un último intento de ganar tiempo para la diplomacia manteniendo una reunión con el ministro de Asuntos Exteriores, el ministro del Ejército, el ministro de Marina y el director general del Consejo de Planificación del Gobierno, Suzuki Teiichi, un teniente general retirado próximo tanto a Konoé como a Tojo. Konoé creía que en este pequeño grupo tenía más posibilidades de conseguir algo.

Los convocó a las dos de la tarde en la hermosa sala de recepciones de Tekigaiso. Aunque la casa estaba construida al estilo tradicional japonés, la ornamentación de la sala era ecléctica. El mobiliario era chino y las grandes ventanas, la puerta y el techo estaban decorados con motivos reticulares *art déco*. «Debemos seguir buscando un arreglo diplomático^[268] –dijo a los asistentes–. No tengo confianza en una guerra como ésta. Si empezáramos una guerra, tendría que hacerlo alguien que creyera en ella».

Oikawa habló en términos vagos sobre lo que pensaba e insistió en que la decisión de comenzar –o detener– una guerra correspondía enteramente a Konoé. «Nos encontramos en la encrucijada de seguir una vía diplomática o de optar por la guerra –dijo–. El plazo expira pronto. El primer ministro tiene que decidir. Si decide no ir a la guerra, [para la marina] estará bien».

Como tantas veces en el pasado reciente, Oikawa debería haber dicho a sus colegas lo que pensaba realmente. Además, se equivocaba al dejar la decisión exclusivamente en manos de Konoé. De acuerdo con la Constitución, el primer ministro no tenía la prerrogativa de decidir entre la guerra y la paz: tenía que estar de acuerdo todo el gabinete. Especialmente porque el éxito de las operaciones japonesas contra los aliados occidentales dependía de la Armada, una oposición de Oikawa basada en datos concretos habría tenido un gran peso. Y, como el «liberal radical» Inoue señaló cinco años después, Oikawa tenía el poder y la responsabilidad de cuestionar la decisión del gabinete sobre la guerra y, en caso necesario, simplemente dimitir de su cargo. No es sorprendente que, una vez más, Oikawa no pudiera arriesgarse en ciertos círculos a quedar en mal lugar él mismo o toda la Armada.

Oikawa creía que podía ser evasivo porque estaba convencido de que Konoé asumiría la responsabilidad. A las doce y media de la noche anterior a

la conferencia, dos hombres se habían presentado en la residencia oficial del ministro de Marina tan inesperadamente que los había recibido en pijama. Eran Tomita Kenji, el secretario del gabinete, enviado por Konoe como emisario, y Oka, el jefe de la Oficina de Asuntos Militares del Ministerio de Marina. Tomita dijo que esperaba que la marina mostrase su oposición a la guerra, de forma que el primer ministro no se viera en el apuro de tener que decidir.

Oikawa, apoyado por Oka, soslayó el problema. Dijo a Tomita que la cuestión era esencialmente un problema «político».

No corresponde al ejército decir si podemos^[269] o no podemos ir a la guerra. Esa decisión es política y la debe tomar el gobierno. Si el gobierno decide ir a la guerra, el ejército tendrá que actuar en consecuencia, por desfavorable que sea. Mañana, en la conferencia, repetiré que, como ministro de Marina, acataré la decisión que tome el primer ministro... El príncipe Konoe tendrá que asumir la responsabilidad, declarando que desea continuar las negociaciones [diplomáticas] y [detener los preparativos bélicos].

Cuando Oikawa lanzó la pelota al tejado de Konoe en la conferencia, creía que la Armada había dado a Konoe carta blanca para declarar que era necesario abandonar definitivamente la opción de la guerra. En la reunión secreta en Kamakura había dicho a Konoe que éste tenía que estar «dispuesto a aceptar» las exigencias estadounidenses si realmente quería dar una oportunidad a la diplomacia, y que la marina apoyaría su decisión. Konoe quizá tuviera el deseo de impedir la guerra, pero le faltó valor para decirlo. También creía que, al final, era responsabilidad de la marina, no suya. Por eso, en el último momento, había pedido a Tomita que arrancara a Oikawa un compromiso claro de que la Armada intervendría de forma inequívoca. La completa ausencia de coraje en sus relaciones tuvo un efecto devastador y las convirtió en una gran farsa.

Al no poder pasar la responsabilidad a Oikawa, Konoe tuvo poco más que decir. Lo último que tenía en mente en esta conferencia reducida era cuestionar su propio buen juicio al haber apoyado la decisión de la conferencia imperial. El ministro de Asuntos Exteriores Toyoda fue el único que se aproximó a examinar el problema. Afrontó su «error» común e insistió en que las conversaciones diplomáticas debían continuar. «Si me permiten ser brutalmente franco^[270], la resolución de la conferencia imperial [del 6 de septiembre] fue impetuosa –dijo–. La celebramos aunque los documentos pertinentes llegaron a nuestras manos sólo dos días antes [y se decidió después de sólo una reunión de enlace]».

Ahora Tojo estaba irritado con Konoe. En respuesta a la afirmación de

Konoe de que no tenía «confianza en una guerra como ésta», Tojo le reprochó: «Me sorprende usted. ¿Qué quiere decir con que no tiene confianza? ¿No es algo que debería haber planteado cuando decidimos los “Elementos Esenciales para Ejecutar las Políticas del Imperio?”». Tojo insistía en que el gobierno debía mantenerse fiel a la resolución del 6 de septiembre simplemente porque había sido aprobada. Como siempre, fue enérgico en sus críticas a los demás y en ningún momento permitió que le traicionara el conflicto interno que hacía poco había revelado a Oikawa. Estaba mostrando su rostro público, su *tatema*. «¡Esto es increíble!», exclamó. Ya era demasiado tarde para modificar una resolución tan importante y, lo que era más significativo para él, «sancionada por el emperador», por vagamente que se hubiera expresado la opinión imperial.

Esta reunión se conocería como la Conferencia de Tekigaiso y su importancia radica no en lo que resolvió sino en lo que no resolvió. Sólo faltaban tres días para el 15 de octubre.

CAPÍTULO 11

Un soldado llega al poder

El 11 de enero de 1941 el gobierno dictó, como complemento a la Ley de Movilización Nacional, una serie de regulaciones que afectaban a la prensa y a otros medios de comunicación. Ya no se podía escribir o hablar oficialmente sobre cuestiones delicadas relativas a la política fiscal, la diplomacia y los asuntos militares, y se emitieron instrucciones pormenorizadas sobre la cobertura de la escasez de recursos, las previsiones meteorológicas (por su potencial valor estratégico), los problemas familiares (como el adulterio cometido por las esposas de soldados que estaban combatiendo en China) y muchos otros asuntos sociales que podrían obstruir la movilización en el frente interno. Aunque estas reglas sin duda restringían la información que facilitaban los periódicos, la libertad de prensa ya hacía tiempo que no existía en Japón.

Como señalé anteriormente, a partir del Incidente de Manchuria, los principales periódicos apoyaron descaradamente la política del gobierno, apelando al fervor patriótico para competir en una feroz guerra de circulación. Cuando los japoneses invadieron Manchuria, fueron enviados al frente de batalla numerosos periodistas que estuvieron en estrecho contacto con los militares. Se dejó de informar objetivamente. La política de la información selectiva, que se concentraba en las victorias japonesas, continuó después del estallido de la guerra con China y, en 1941, los medios nipones ya no podían desvincularse de sus peligrosas amistades con los militares.

La NHK –que poseía el monopolio de la radiodifusión pública– siempre había sobrepasado a los periódicos en su escrupuloso papel de portavoz de la política oficial. En mayo de 1938 emitió lo que se anunció como la primera retransmisión en directo de una batalla, desde un lugar anónimo en Xuzhou, en la región costera oriental de Jiangsu en China. La entusiasta voz del

corresponsal reverberó por todo Japón, mientras describía lo que estaba ocurriendo delante de él como «una victoria gloriosa». En realidad, las fuerzas enemigas se habían retirado rápidamente y apenas había habido lucha. Pero eso no es lo que dijo a los oyentes. «¡Xuzhou ha caído! ¡Xuzhou ha caído!»^[271] Sin embargo, queridos oyentes del frente interno, vuestros jubilosos vítores son prematuros. Aún nos aguarda la alegría de la victoria. Nuestra gran misión de búsqueda y destrucción sigue en marcha mientras hablo. Así que, ruego a todos los que estáis en vuestros hogares ¡permaneced despiertos toda la noche y rezad por la gran victoria de Japón!» Bajo la influencia de este llamamiento lleno de adrenalina, una multitud se reunió en el santuario de Yasukuni y formó una gran hilera para decir las oraciones de medianoche. Fue un ensayo general del gran anuncio radiofónico de la mañana del 8 de diciembre de 1941.

No todos los medios habían sido tan acríticos como la NHK o los principales periódicos. Las llamadas revistas de interés general, dirigidas a un público de un nivel intelectual medio-alto y que en su mayoría se publicaban mensualmente, contenían comentarios políticos así como artículos literarios. Ahora se encontraban en una situación especialmente vulnerable. Sus directores recibieron una lista negra de colaboradores liberales y tuvieron que presentar una relación de suscriptores, además de un avance de los números siguientes que debía ser aprobado por la División de Información del gobierno. Los tebeos infantiles no fueron una excepción. El público joven se llevó una gran decepción en el otoño de 1941 cuando una historieta de dibujos que se publicaba desde hacía diez años en una revista de chicos se interrumpió abruptamente: las aventuras y hazañas del soldado Norakuro, un perro callejero, se consideraron una falta de respeto hacia el ejército, no tanto por su crítica al militarismo japonés sino porque los soldados eran animales.

El problema práctico de conseguir papel era otra dificultad añadida que obligó a cerrar a muchas publicaciones. (Saionji Kinkazu, editor de una lujosa revista ilustrada, había interrumpido su publicación aquel año). Pero parece que algunas personas no tenían esas dificultades. Kafu se sorprendió cuando un día vio anunciadas varias nuevas revistas. «Qué increíble»^[272]. ¿No nos han dicho que tenemos que ahorrar papel? ¿Por qué publicar ahora nuevas revistas?» Todas tenían nombres que sonaban fascistas.

El grupo de teatro Takarazuka, compuesto exclusivamente por mujeres, cuyo repertorio, extremadamente popular, incluía varias revistas de estilo norteamericano, se encontraba ahora bajo una tremenda presión para que

produjeran espectáculos con temas patrióticos. Su principal atracción aquel otoño fue *Madres del gran cielo (Taiku no Haha)*, un musical sobre mujeres que protegían sus hogares en ausencia de sus esposos e hijos pilotos.

Pero incluso en este clima de censura, el gusto japonés por ciertas cosas llegadas de Estados Unidos se mantuvo sin restricciones. A principios de octubre se celebró en Tokio el torneo anual de fútbol americano. En los cines seguían proyectándose películas estadounidenses, aunque con menos frecuencia. Pero sería por poco tiempo.

Richard Sorge era cliente habitual de una tienda de *delicatessen* de Ginza que tenía un restaurante en el sótano. El 4 de octubre decidió celebrar allí su cuarenta y seis cumpleaños. El propietario, August Lohmeyer, era un antiguo prisionero alemán capturado por los japoneses en la Batalla de Qingdao, cuando Japón luchó junto a Gran Bretaña contra Alemania en la Primera Guerra Mundial. Salchichero de profesión, fundó un sólido negocio en el que vendía una variedad de carnes procesadas que aún eran exóticas en Japón. De no haber sido por la Gran Guerra, Lohmeyer, un campesino de Westfalia, nunca habría acabado en Japón. De no haber sido por su decepcionante experiencia en la guerra, Sorge, un burgués de Berlín con el título de doctor, no se habría convertido al comunismo ni estaría espiando para la Unión Soviética. La guerra volvía a ocupar ahora los pensamientos de Sorge.

Sorge y Hanako estaban bebiendo cócteles en el bar cuando él reconoció a varios detectives privados. No era infrecuente que la policía japonesa hiciera seguir a los periodistas extranjeros. Pero esa noche su presencia alarmó a Sorge. Llevó a Hanako a una mesa en la parte de atrás, donde le dijo en un susurro que Japón pronto llevaría a cabo un ataque relámpago sobre Estados Unidos.

«Pero el embajador Nomura es competente^[273]», repuso Hanako, como diciendo que la diplomacia se impondría. Su inclinación literaria y su carácter romántico quizá contribuyeron a que no fuera consciente de la tensa situación política, y no sabía hasta qué punto estaban mal las cosas entre Japón y Estados Unidos. Pero su opinión sobre Nomura reflejaba lo que deseaban creer la mayoría de los japoneses.

«Estados Unidos tiene muchas cosas en abundancia –le había dicho Sorge en una ocasión–. Japón nunca podrá vencer. Si va a la guerra, su derrota es segura». Sorge estaba satisfecho de que la tirante relación entre Japón y Estados Unidos al menos garantizaba que aquél no atacaría a la Unión

Soviética. Él había cumplido su misión de la mejor manera posible. «Si Estados Unidos no llega a un compromiso para mediados de octubre, Japón les atacará, y después irán Malasia, Singapur y Sumatra», dijo en un mensaje que había enviado a Moscú ese mismo día. La Unión Soviética ya no era un enemigo en las consideraciones estratégicas niponas. Después de ocho años, Sorge creía que su misión había terminado oficialmente. Decidió preguntar a Moscú si podía regresar a la Unión Soviética, o incluso a Alemania.

Después de la cena, Sorge fue a la embajada alemana para reunirse con sus «amigos», entre los que estaba el embajador Ott, para continuar la celebración. Hanako le vio perderse en la oscuridad. No volvería a ver a su amante.

Las cosas no podían tener un cariz peor para Konoe. Había llevado a Japón al borde de otra guerra. Cuando su liderazgo fue cuestionado por Tojo, encaminó todos sus esfuerzos a buscar una salida personal. Difícilmente se puede culpar a la Administración Roosevelt por su renuencia a confiar en Konoe, que repetidas veces había sido incapaz de presentarse como un líder creíble. Había una pequeña posibilidad de que una cumbre evitara la guerra, pero era comprensible por qué Estados Unidos quería evitar la reunión.

Dos días después de la conferencia de Tekigaiso y sólo uno antes de que finalizara el plazo para una solución diplomática, Tojo vio a Konoe antes de una reunión del gabinete. Konoe intentó por última vez que Tojo aceptara la retirada de las tropas. En esta ocasión Konoe habló^[274] con franqueza y sin ambages, consciente de que no tenía nada que perder. Dijo:

Soy responsable en gran medida del Incidente de China. Después de cuatro años, no ha terminado. Simplemente no puedo estar de acuerdo con empezar otra gran guerra cuya perspectiva es muy incierta. Sugiero que ahora cedamos a la fórmula estadounidense de la retirada y evitemos abrir el fuego entre Japón y Estados Unidos. Realmente tenemos que poner fin al Incidente de China... por supuesto, es deseable el crecimiento futuro de Japón, pero para dar un gran salto, a veces debemos ceder [ante fuerzas mayores] a fin de preservar y consolidar nuestra fuerza nacional.

Tojo también fue directo: «Creo que el argumento del primer ministro^[275] es demasiado pesimista, porque conocemos muy bien las debilidades de nuestro país. Pero ¿no se da cuenta de que Estados Unidos también tiene sus propias debilidades?». Tojo ya había decidido que, al menos con el gobierno actual, la retirada de tropas era inaceptable.

«Esto se reduce a una diferencia de opiniones –respondió Konoe–. Insisto en que lo reconsidere».

«Yo creo que es más bien una diferencia de personalidades», dijo Tojo,

profundamente conmovido.

En la reunión del gabinete que siguió, Tojo pronunció un discurso excesivamente afectado. Su tono era arcaico y utilizó con frecuencia la expresión «así pues, existe». La formalidad del discurso fue singularmente eficaz para comunicar la posición inflexible del ministro del Ejército y su profunda determinación para acabar con el liderazgo de Konoe. Dijo lo siguiente^[276]:

Con el debido respeto a los esfuerzos de los ministros de Asuntos Exteriores para normalizar las relaciones durante los seis meses pasados desde el 1 de abril, debo decir que hemos llegado al límite. Si la diplomacia hubiese de continuar, deberíamos estar seguros de su éxito... Los actos del ejército se han basado en la decisión de la conferencia imperial del 4 [sic] de septiembre. La decisión fue precedida de una deliberación suficiente por parte de cada ministro. Dicha decisión dictaba: «Si las negociaciones diplomáticas no son fructíferas para principios de octubre y sigue sin haber probabilidad de que nuestras demandas sean satisfechas, nos plantearíamos ir a la guerra contra Estados Unidos, Gran Bretaña y Países Bajos». Hoy es 14 de octubre. Dijimos primeros de octubre. ¡Pero ya es el catorce!... El ejército, pensando en finales de octubre, está movilizando a varios cientos de miles de efectivos y estamos trasladando a soldados desde China y Manchuria... Mientras nosotros hablamos ¡ellos se movilizan! Si se produjera algún avance diplomático..., tendríamos que detener el movimiento [de tropas]. Me gustaría que ustedes considerasen cómo proceder a partir de aquí.

Después de la reunión, Tojo fue a ver al señor guardián del sello privado Kido a su despacho en el palacio. Quería legitimar su ya abierta censura a Konoe y pedir su dimisión. Se quejó de la insistencia de los líderes de la marina, que no habían cambiado de opinión sobre el 6 de septiembre, a pesar de la evidente inseguridad de Oikawa. Tojo y Kido coincidieron en que, para evitar la guerra, tendrían que asegurarse de que el siguiente primer ministro se distanciaba de la problemática resolución imperial. Kido insistió en que el Ejército y la Armada debían dejar de lado sus diferencias y actuar al unísono. Tojo, en completa oposición al teatral tono belicista e intransigente del discurso^[277] que acababa de pronunciar, vino a coincidir con él: «Lo que se ha decidido, decidido está, y deberíamos dejar de perder el tiempo tratando de dilucidar quién tiene la culpa [de haber suscrito la decisión del 6 de septiembre]». Le parecía que, a esas alturas, lo que tenían que considerar era su viabilidad real.

Aquella tarde, cuando Tojo se reunió con Sugiyama en su despacho en la sede del Estado Mayor del Ejército para informarle de su entrevista con Kido, siguió quejándose de los mensajes que recibía de Oikawa en cuanto a la preparación de la Armada para la guerra. «El ministro de Marina no dice claramente^[278] que no tiene confianza –dijo Tojo–, pero desde luego habla como si no la tuviera. Si la Armada no quiere ir [a la guerra], debemos pensar

en alguna otra posibilidad».

Así que las cosas habían llegado a este punto: la Armada no decía que no quería ir a la guerra, lo que sugería que no había necesidad de articular su renuencia cuando el ejército parecía comprender los titubeos de la Armada. El ejército, que soportaría la mayor parte de la humillación pública de la retirada de tropas si se alcanzaba un acuerdo diplomático, estaba acusando a la Armada de no manifestar claramente su oposición a la nueva guerra, de forma que el ejército también tuviera que admitir su debilidad diciendo que no estaba en condiciones de combatir.

Tojo pensó que la forma más fácil de comenzar de nuevo era poner fin al mandato de Konoé. Esa tarde envió a Konoé un mensaje por medio del director del Consejo de Planificación del Gobierno, Suzuki Teiichi, en el que le pedía que se decidiera a dimitir. Suzuki explicó que debido a la inseguridad de la Armada sobre las perspectivas de la guerra, había que revocar la decisión. El procedimiento correcto para hacerlo, en opinión de Tojo, era que el gobierno que había presidido la decisión reconociera su complicidad y dimitiera. Tojo recomendó que el siguiente primer ministro fuera Higashikuni, contrario a la guerra, que, irónicamente, había censurado a Tojo hacía poco por su obstinada negativa a seguir apoyando los esfuerzos diplomáticos y le había sugerido, en nombre de Konoé, que dimitiera. La elección de Higashikuni hizo pública la nueva y sorprendente convicción por parte de Tojo de que había que descartar la opción bélica. Tojo creía que sólo un personaje imperial con experiencia militar, como el príncipe Higashikuni, sería capaz de revocar la decisión imperial de comienzos de septiembre.

La sugerencia de Tojo fue recibida con consternación por el guardián del sello privado Kido, un hombre consagrado a la institución imperial. Tras la muerte del príncipe Saionji a finales de 1940, Kido ejercía una gran influencia en la selección del siguiente primer ministro. Para Kido, la institución imperial siempre tenía prioridad sobre el interés nacional, una convicción que se basaba en el argumento circular de que la institución imperial *era* el interés nacional de Japón. Kido no era partidario de implicar al tío de la emperatriz en política, especialmente en un momento tan delicado.

Kido, un hombre bajito con bigote y gafas, tenía el aspecto del perfecto cortesano, siempre ataviado formalmente con impecables trajes oscuros. Se mantenía a la sombra del emperador como el que manejaba los hilos. Se enorgullecía de ser el guardián del palacio, que había sido transformado en la segunda mitad del siglo XIX para adaptarlo a las nuevas necesidades del Japón

moderno. Su abuelo Kido Takahoshi, un samurái Choshu y, más tarde, renombrado oligarca Meiji, había sido decisivo en la centralización del país bajo el emperador. Con frecuencia se dice que hacen falta tres generaciones para crear un caballero. El marqués Kido, como caballero de pleno derecho de tercera generación, afirmaba que sabía qué era lo mejor para el sistema político que su abuelo había contribuido a crear.

Aunque se le consideraba una influencia liberal sobre el emperador, como el difunto príncipe Saionji había señalado en una ocasión, Kido se inclinaba hacia la derecha (después de todo, había apoyado el Movimiento del Nuevo Orden creado por Konoe con el fin de centralizar Japón en 1940). Quizá simplemente estaba tratando de compensar el hecho de no ser un «verdadero» aristócrata, como Konoe o Saionji, cuyos antepasados imperiales se remontaban a más de mil años. Como quiera que fuese su linaje, se había convertido en el guardián del palacio. Y no permitiría que Higashikuni asumiera el cargo de primer ministro de Japón.

Durante toda esta agitación, el Club de los Desayunos de los consejeros de Konoe permaneció activo. El 15 de octubre sus miembros se reunieron en un restaurante para disfrutar de una comida consistente en anguila a la parrilla: un lujo en cualquier época, pero especialmente en aquellos momentos. Ozaki Hotsumi se estaba retrasando mucho. Mientras los demás empezaban a comer sin él, Kishi Dozo entró en el reservado como una exhalación. «Tengo una noticia terrible^[279] –exclamó–. Ozaki ha sido detenido. Dicen que se le acusa de espionaje».

Antes de detener al pintor Miyagi Yotoku, la policía japonesa ignoraba completamente la existencia del círculo internacional de espías de Sorge. Nacido en Okinawa, Miyagi había pasado sus años de adolescencia en California y se había sentido atraído por la doctrina marxista-leninista mientras estudiaba en una escuela de arte. Se afilió al Partido Comunista de Estados Unidos, que le envió a Japón. Allí operaba en la periferia del grupo de Sorge. Le detuvieron el 10 de octubre por su conexión con otro miembro japonés del partido que había estado implicado en actividades clandestinas sin relación con el trabajo de Sorge. Miyagi intentó suicidarse saltando por la ventana de la habitación del segundo piso donde le estaban interrogando. Después lo confesó todo, incluido su trabajo para el grupo de Sorge, que condujo al arresto de Ozaki.

La acusación de que uno de los intelectuales más conocidos y populares del círculo íntimo de Konoe era comunista y espía consternó al primer

ministro y a los que le rodeaban. Habría sido necesario ser mucho más fuerte que Konoe para afrontar las inevitables críticas. (Con la censura de prensa imperante, las actividades de Ozaki no se hicieron públicas hasta junio de 1942). Konoe dimitió del cargo de primer ministro al día siguiente, el 16 de octubre.

En realidad, Konoe ya lo tenía decidido. Estaba cansado de que se le hiciera responsable de revocar la decisión del 6 de septiembre y no era capaz de afrontar la posibilidad de una guerra con Estados Unidos bajo su mandato. Por mucho que él mismo o sus seguidores intentaran justificar su marcha y despertar simpatía por sus frustraciones, era evidente que había fracasado, miserablemente además. Su sangre azul y su formación intelectual no habían sido garantía de un liderazgo capaz. Se había mantenido en su cargo guardándose sus opiniones y accediendo frecuentemente a propuestas con las que no estaba de acuerdo, con la esperanza de que las cosas se resolvieran de forma solapada, sin enfrentamientos.

Konoe había basculado entre la izquierda y la derecha con una facilidad preocupante, en apariencia para favorecer un Japón más fuerte y más unido. Había sido primer ministro durante casi tres de los cuatro años de crisis internacional de Japón, en el curso de los cuales se había intensificado una guerra con China que Japón no podía ganar y una guerra improbable con Occidente se había convertido en una alternativa política «legítima» que llevaba el sello de la aprobación imperial.

Mientras se preparaban los cambios en el gabinete en el más absoluto secreto, a los jóvenes del imperio se les hizo sentir la urgencia de la situación de Japón de una forma muy concreta. El Ministerio de Sanidad y Bienestar anunció una campaña de «matrimonios patrióticos» para apoyar el esfuerzo de guerra en China. El 9 de octubre, unos cincuenta funcionarios, académicos, médicos y educadores se reunieron en la sala de conferencias del ministerio y durante toda la tarde trataron los objetivos que había que alcanzar. Al final estaban de acuerdo en la necesidad de reducir la edad media del primer matrimonio en tres años para los hombres y en cuatro para las mujeres, y fomentar que las parejas tuvieran más de cinco hijos; eliminar las nociones feudales de matrimonio basado en el linaje y la fortuna familiar; y simplificar y abaratar las celebraciones relacionadas con el matrimonio.

De todos los problemas que se examinaron ese día, el que se consideró más perjudicial era la tendencia, cada vez más extendida, a retrasar la edad del matrimonio, especialmente entre las mujeres. El 10 de octubre, el *Asahi*

publicó un artículo sobre la conferencia titulado «¡Casémonos en marzo!», en el que la conocida doctora y activista Takeuchi Shigeyo se hacía eco del sentimiento patriótico:

Los padres tienden a ser sobreprotectores con sus hijas... Tienden a mantener a sus hijas en casa durante varios años cuando acaban el colegio para que desarrollen habilidades domésticas como el arreglo floral, la costura y llevar la casa en general. Pero esta formación debe tener lugar cuando todavía van al colegio, de forma que se puedan casar en cuanto se gradúen. La educación escolar, especialmente la relativa a las tareas domésticas, no debe centrarse en enseñarles a cocinar al estilo occidental. Lo primero y lo más importante es que los educadores se den cuenta de que resulta imperativo enseñarles a cocinar comidas nutritivas y económicas a base de verduras.

No hacía falta un comentario experto como éste para saber que, en una época de crisis, los mecanismos sociales tradicionales de Japón – especialmente en lo que se refiere al cortejo y al matrimonio– estaban desintegrándose rápidamente. Un día de primeros de octubre Kafu charló^[280] con un hombre mayor sobre algunos de esos cambios. El hombre dijo que durante la guerra ruso-japonesa las personas no se sentían obligadas a enviar paquetes de ayuda a soldados que no conocían. Ahora, como resultado de la formación de asociaciones de vecinos, la práctica se había hecho obligatoria y cada persona debía incluir una carta de apoyo moral en el paquete que enviaba a China. (Por algo se vendían tan bien los paquetes de ayuda en los grandes almacenes. Se habían convertido en el vínculo más inmediato entre el frente de batalla y el frente interno, y en un símbolo evidente de patriotismo. La melodramática historia de un soldado que murió en combate mientras sujetaba en la mano los guijarros de la plaza del Palacio Imperial que le habían enviado en su paquete de ayuda ganó el primer premio en un concurso literario nacional en septiembre).

A Kafu también le dijeron que en los colegios se fomentaba que los niños escribieran esas cartas y las jóvenes alumnas a veces acababan manteniendo correspondencia con soldados sin que sus padres lo supieran. Esto se convirtió en una fuente de problemas como amores no correspondidos, situaciones de acoso y uniones incompatibles de jóvenes que no se habrían conocido en otro caso (esto es, si el soldado tenía la suerte de volver a casa vivo). Los soldados eran tan vulnerables como las jóvenes, pues algunas mujeres se aprovecharon de las nuevas oportunidades sociales. Había camareras y otras mujeres que trabajaban en el sector servicios que enviaban cartas de apoyo con la esperanza de conseguir futuros clientes. Kafu, que había cultivado una especie de admiración obsesiva por las mujeres marginadas de la sociedad, estaba impresionado por su instinto de supervivencia.

A primera hora de la tarde del 17 de octubre Tojo recibió una llamada telefónica de palacio solicitando su presencia de inmediato. Era una convocatoria intimidante. Tojo sospechaba que Hirohito le iba a censurar por haber favorecido la caída del gobierno de Konoe. «Ministro, usted acorraló a Konoe^[281]... dijo que renunciaría al puesto de ministro del Ejército si se mencionaba la retirada de tropas de China –dijo Sato Kenryo, el ayudante más estrecho de Tojo y el belicista jefe de sección de la Oficina de Asuntos Militares del Ministerio del Ejército–. Su Majestad quiere censurarle por eso».

«Yo no oso discutir con Su Majestad Imperial –repuso Tojo–. Aceptaré lo que diga».

Tojo era consciente de que, como ministro del Ejército, él también había formado parte, una parte crucial, del fracasado gobierno de Konoe. Para que la resolución imperial del 6 de septiembre pudiera revocarse honorablemente, había que disolver el gobierno que la había propuesto. Tojo ya había empezado a trasladarse de la residencia oficial del ministro del Ejército y estaba enviando sus pertenencias a su casa particular en un suburbio de Tokio.

Apesadumbrado pero completamente preparado, Tojo se encontró cara a cara con Hirohito a las cinco de la tarde. Se quedó atónito cuando el emperador le designó para ser el siguiente primer ministro de Japón. Tradicionalmente, el designado debía responder: «Concédame un poco de tiempo para aceptar el mandato». Pero Tojo no pudo pronunciar ni siquiera esas palabras. Hirohito se hizo cargo del embarazoso silencio de su súbdito^[282]: «Le daremos un poco de tiempo para que lo piense», dijo. Por supuesto, esto no era más que una mera formalidad.

Todo estaba ocurriendo muy deprisa. El día anterior Konoe había dimitido con todo su gabinete. Ese mismo día, se convocó apresuradamente una conferencia de destacados estadistas para examinar las principales candidaturas presidenciales. Esta conferencia se había instituido menos de diez años antes para llenar el vacío dejado por la muerte de los oligarcas Meiji, que habían dirigido de hecho el Estado japonés moderno. La integraban principalmente los anteriores primeros ministros, que debían aconsejar y ayudar al emperador en la selección del siguiente candidato. Los sorprendió cuando Kido anunció: «En estas circunstancias debemos intentar unificar la política del Ejército y la de la Armada y, más aun, volver a examinar la decisión de la conferencia imperial del 6 de septiembre. Desde esa perspectiva, considero que el ministro del Ejército Tojo debe ser nombrado

primer ministro».

Según Kido, nadie planteó ninguna objeción. Actuaba convencido de que «hace falta un ladrón para atrapar a un ladrón». Como Tojo era la persona que había insistido en que la resolución de la conferencia imperial del 6 de septiembre era sagrada, Kido pensó que lo mejor era que él se encargara de la difícil tarea de revocarla. Pero la lealtad profesional y los deberes institucionales de Tojo estaban en el ejército. Desde luego, la lógica de que la voz más declaradamente belicosa del anterior gabinete se convirtiera en el siguiente primer ministro a fin de evitar la guerra era cuestionable. Además, la problemática decisión imperial la habían tomado mancomunadamente el gobierno y el Alto Mando. Si el gobierno tenía que admitir su parte de responsabilidad por el 6 de septiembre, también debían hacerlo los dos jefes de los estados mayores. Kido no hizo esfuerzo alguno para que se destituyera a Sugiyama o Nagano y cortar por lo sano.

Contrariamente al testimonio de Kido, según el cual Tojo fue aceptado por unanimidad, algunos de los estadistas presentes en la conferencia del 17 de octubre apoyaron a Higashikuni o a otro candidato del ejército, el general Ugaki Kazushige, como el siguiente primer ministro de Japón. No obstante, ninguno presentó sus argumentos de forma tan convincente como Kido a favor de Tojo. Kido se había impuesto y el emperador, que confiaba plenamente en él, llevó a cabo la designación de Tojo. «Sin dolor no hay recompensa, ¿no le parece?»^[283], dijo el emperador a Kido. El comentario aludía al proverbio chino «Hay que entrar en la guarida del tigre para atrapar a sus cachorros». La guarida del tigre probablemente era el Alto Mando de las Fuerzas Armadas, lleno de sanguinarios y activos belicistas. Los cachorros eran una metáfora del arreglo pacífico de la crisis con Estados Unidos.

Kido se aseguró de que ni al Ejército ni a la armada les cupiera duda alguna sobre la verdadera razón del sorprendente nombramiento de Tojo, cuya finalidad era «hacer tabula rasa». Convocó a Oikawa al palacio y le habló a él y a Tojo en la antesala del salón en el que éste había aceptado la designación imperial.

Entiendo que usted [Tojo] ya ha recibido^[284] las palabras imperiales relativas a la necesidad de que el Ejército y la Armada cooperen. Debo resaltar que es deseo del emperador que, al formular la política nacional, usted no se encuentre prisionero de la resolución imperial del 6 de septiembre. Debe considerar la situación interna y la externa, profunda y ampliamente. El emperador desea que obre con cautela.

Cuando Tojo salió del palacio, en primer lugar se dirigió en su coche al santuario Meiji, después al santuario Togo (construido en honor de un héroe

de la guerra ruso-japonesa, el almirante Togo Heihachiro, que derrotó a la flota báltica del zar) y, por último al santuario Yasukuni (que alberga los espíritus de los soldados muertos en las guerras del imperio). Después de pasar aproximadamente una hora yendo de un santuario a otro en el centro de Tokio, Tojo regresó a la residencia oficial del ministro del Ejército. La noticia de su nombramiento ya había llegado a sus colaboradores, que le felicitaron. Pero el nuevo primer ministro de Japón no estaba de humor para celebraciones. Se daba cuenta de que se enfrentaba a una tarea ingente. Esa tarde, siguiendo uno de sus absurdos principios, ordenó que ningún miembro del ejército entrara en su despacho, que ahora era territorio estrictamente civil. Hizo varias llamadas telefónicas para encontrar candidatos a los puestos ministeriales. Se nombró a sí mismo ministro del Ejército y de Interior. Entonces tanteó a Togo Shigenori, un veterano diplomático que había sido embajador en la Unión Soviética, para que fuera su ministro de Asuntos Exteriores.

Togo era un dandi de sesenta años con abundante pelo gris, que estaba casado con una alemana y, en su momento, quiso dedicarse al estudio de la literatura alemana. Aborrecía el nazismo; el breve periodo que fue embajador en Alemania, de 1937 a 1938, terminó en parte por su gélida relación con el ministro de Asuntos Exteriores alemán Joachim von Ribbentrop. Ni pro anglo-estadounidense ni pro Eje, Togo era un verdadero patriota japonés. Hacía gala de su patriotismo quizá porque creía que, por brillante que fuera en su carrera profesional, corría el riesgo de que le considerasen un extraño. Había nacido en Kegoshima, una ciudad suroccidental de la isla meridional de Kyushu. Su nombre de origen era Park Shigenori y procedía de una antigua estirpe de alfareros coreanos que fueron llevados por la fuerza a Japón a finales del siglo XVI y habían conservado su lengua y su cultura a lo largo de muchas generaciones. Su padre, un próspero hombre de negocios, adquirió el apellido japonés Togo cuando Shigenori tenía cinco años. (Contrariamente a una idea muy extendida, no estaba emparentado con el almirante Togo, el Nelson de Oriente).

En conjunto, Togo era una elección más razonable de lo que lo había sido Toyoda, el ministro saliente de Asuntos Exteriores. Era un diplomático experimentado cuyas habilidades podrían resultar útiles. Pero él tenía sus reservas. Antes de medianoche fue a ver a Tojo y le preguntó si como primer ministro estaría dispuesto a hacer concesiones difíciles para evitar la guerra. El rígido militar respondió al afable diplomático que las cosas eran muy

distintas ahora. «Estoy dispuesto a volver a examinar la cuestión una vez más»^[285], dijo Tojo. Volver a examinar la cuestión implicaba arrancar concesiones al ejército, incluida la retirada de tropas ya movilizadas, para dar al nuevo ministro de Asuntos Exteriores margen de maniobra diplomática con Estados Unidos. Sobre este código de honor nació el improbable equipo Tojo-Togo.

Los principales candidatos de Tojo para el ministerio de Economía y el ministerio de Marina también quisieron que se les garantizara que el nuevo primer ministro estaba decidido a evitar la guerra con Estados Unidos. Kaya Okinori quedó convencido y se hizo cargo de la economía. Fue necesaria mucha persuasión para que Shimada Shigetaro, conocido por su postura antibélica, por fin aceptara el ministerio de Marina.

Aquel mismo día, el 17 de octubre, Richard Sorge estaba profundamente dormido cuando a las seis de la mañana le despertó una voz vagamente familiar que le llamaba desde el exterior. Hacía poco se había visto involucrado en un accidente de tráfico mientras iba en moto y en los trámites posteriores había conocido a un policía llamado Saito. Era él quien le llamaba ahora: «¡Señor Sorge! Soy Saito, de la comisaría de policía. He venido por lo del otro día».

Cuando Sorge abrió la puerta le recibió una voz diferente que dijo en alemán: «Soy fiscal. Traigo una orden de detención contra usted». El alemán estaba rodeado de un escuadrón de unos diez oficiales de policía japoneses. Esposaron a Sorge. Sus compañeros del círculo de espías Vukelic y Clausen también fueron arrestados ese día. Sorge y algunos de ellos se disponían a marcharse de Japón para siempre.

Incluso mientras llegaban noticias de más detenciones de espías extranjeros, Saionji Kinakazu seguía sin dar crédito. Se negaba a creer los cargos presentados contra Ozaki o que su amigo hubiera colaborado con Sorge. La desgracia de Ozaki tenía que estar relacionada de alguna manera con la caída del gobierno de Konoe, se dijo Saionji, y concluyó que Ozaki era víctima de una conspiración política.

Saionji, que consideraba a Tojo el hombre menos adecuado para mantener a su país fuera de la guerra, fue a verle a la mañana siguiente. «Tengo tres cosas que decirle»^[286] –anunció–. Una, no debe convertir a Japón en un Estado policial. Dos, debe apresurarse a firmar la paz con China. Tres, debe hacer todo lo posible para que tengan éxito las negociaciones entre Japón y Estados

Unidos». Tojo, lleno de suficiencia, estaba muy tranquilo. El emperador le había conferido el liderazgo de su divina nación. Descendiente de rebeldes que habían luchado contra la corte en la guerra de Boshin había llegado muy lejos. «Señor Saionji, gracias por su consejo –respondió Tojo con gélida amabilidad–. A partir de ahora será mi secretario quien se ponga en contacto con usted».

Menos de un año antes aún vivía el abuelo de Saionji, el hombre más venerado en el país después del emperador. Ahora, su protegido de otros tiempos, Konoe, el hombre que había ocupado su lugar ineficazmente, había caído y, con él, el nieto de Saionji. No hacía mucho, Tojo se había quejado a Konoe de que personas como Saionji Kinkazu, el periodista Matsumoto Shigeharu y el encarcelado Ozaki –miembros del Club de los Desayunos–, no debían inmiscuirse en las decisiones políticas de Japón. Konoe defendió a sus amigos y Tojo tuvo que callarse. Ahora las tornas habían cambiado.

Tojo adoptó el lamentable hábito de examinar el contenido de la basura de los vecinos en sus paseos matutinos. Era una especie de truco publicitario para asegurarse de que el sistema de racionamiento funcionaba bien y equitativamente, que había suficiente comida y, además, que la población estaba bien alimentada. (Tojo buscaba signos de «buenos» desperdicios, como raspas de pescado). A algunos japoneses les pareció admirable que un primer ministro se fijara en esos detalles. Pero a la mayoría le asqueó y el nuevo primer ministro recibió un ingrato apodo: el Ministro Basurero.

CAPÍTULO 12

Atrasar el reloj

Del 23 al 30 de octubre Tojo convocó sucesivas conferencias de enlace para reconsiderar la resolución del 6 de septiembre. Esta vez estaban en la agenda cuestiones esenciales que se habían ignorado en las conferencias previas como la viabilidad de una guerra total y su posible impacto sobre la economía japonesa. Al contrario que antes, asistieron a las conferencias el ministro de Economía, Kaya, y el director general del Consejo de Planificación del Gobierno, Suzuki; por fin se iban a tratar en un foro abierto las consecuencias económicas de una posible guerra. Las voces más exaltadas que pedían el mantenimiento de los preparativos bélicos –los jefes y subjefes del Estado Mayor– seguían muy presentes.

En estas conferencias de enlace más ambiciosas de finales de octubre, se valoraron las guerras en Europa y en China, las negociaciones diplomáticas con Estados Unidos y la conveniencia de que Japón siguiera siendo aliado de Alemania. Al comienzo de una de esas reuniones durante el mandato de Tojo, el 23 de octubre, el ministro de Asuntos Exteriores Togo puso en entredicho el supuesto de la victoria final alemana. Habló sin ambages^[287]:

Gran Bretaña ha ganado algo de tiempo y espacio debido a la guerra alemana con la Unión Soviética. El año que viene la probabilidad [de una victoria alemana sobre Gran Bretaña] será del 50 por ciento. Al año siguiente creo que será favorable a una victoria de Gran Bretaña. Alemania no tardará en querer un acuerdo de paz. Pero Japón no debería formular su política contando con ello.

De hecho, a Togo le parecía muy improbable que Alemania lograra arrancar un acuerdo de paz a Gran Bretaña. El Estado Mayor de la Armada creía que los alemanes probablemente tendrían dificultades en la guerra con Gran Bretaña en tierra, pero que la derrotarían en el aire y en el mar. Un representante de la Armada (no está registrado exactamente quién) añadió: «[Una invasión alemana de Gran Bretaña] sería difícil pero no imposible».

Semejante truismo no contribuyó precisamente a un debate clarificador. Era esa clase de pensamiento la que permitía observaciones tan vacías como «una victoria de Japón sobre Estados Unidos sería difícil pero no imposible».

Nagano, que había observado antes^[288] que ya había pasado «el momento de las discusiones», reiteró su opinión:

Ya hemos pasado el plazo [original de primeros] de octubre. ¿Por qué no acabamos con estas reuniones de estudio? Cada hora gastamos cuatrocientas toneladas de petróleo. La situación es urgente. Debemos decidir de una vez si vamos a la guerra o no.

Su homólogo, el jefe del Estado Mayor del Ejército Sugiyama, se mostró de acuerdo. «Llevamos un mes dando largas. No podemos permitirnos pasar otros cuatro o cinco días estudiando el asunto. ¡Hay que actuar rápidamente!»

Como hemos visto, la posición de Tojo ahora era mucho más matizada y compleja. Estaba dividido entre sus funciones de ministro del Ejército (lo que significaba que aún seguía en servicio activo), primer ministro y ministro de Interior. «Entiendo el poderoso argumento que ha presentado el Alto Mando en pro de una decisión rápida –dijo Tojo, en un intento de aplacar a los jefes de Estado Mayor–. Pero en este gobierno hay varios nuevos ministros, como los de Marina, Economía y Exteriores [y por ellos] debemos explorar detenidamente [todo lo que hay en juego] para que podamos asumir la responsabilidad [de nuestra decisión definitiva]».

Kaya se mantuvo firme ante la insistencia conjunta de los estados mayores en que los preparativos para la guerra debían continuar simplemente porque el tiempo y los recursos se estaban agotando. Con cincuenta y dos años, Kaya era relativamente joven para ser un ministro clave, aunque su aspecto le hacía parecer mayor. De hecho, guardaba cierto parecido con Togo, que tenía el rostro cuadrado, abundante pelo peinado hacia atrás y un poblado bigote. Sin embargo, Togo era delgado y elegante, mientras que Kaya era grueso y tenía tics faciales.

Kaya no era un hombre de los que se podían tomar a la ligera. Como funcionario del Ministerio de Economía había adquirido experiencia en la Oficina del Presupuesto Nacional y había asistido a varias conferencias internacionales de reducción de armamento en los años veinte como delegado del ministerio. Aunque su padre era nacionalista y su madre belicista, en su juventud había creído en los tratados internacionales y el internacionalismo liberal. En 1929, en Londres, durante la ronda preliminar de la Conferencia Naval programada para el año siguiente, había discutido con Yamamoto Isoroku, que representaba a la Armada y que aún tenía que convertirse al

credo de la reducción de armamento. Sin embargo, durante los años treinta, las convicciones políticas de ambos se invirtieron hasta cierto punto. Como ministro de Economía del primer gobierno de Konoe, el ambicioso Kaya había contribuido a convertir la economía japonesa en una economía de guerra después de que estallara el conflicto con China; también apoyó el Movimiento por el Nuevo Orden para una mayor centralización. Entretanto, Yamamoto aceptó cada vez más la tendencia general hacia el internacionalismo liberal y criticó el peligroso coqueteo de Konoe con la filosofía totalitaria.

Con independencia de sus opiniones políticas, Kaya no iba a aprobar una guerra si no la veía posible desde el punto de vista económico. «¿Me lo puede explicar de forma que lo entienda?», había sido la primera de sus insistentes preguntas en las conferencias de finales de octubre.

Mis preguntas son: ¿cómo se vería afectada la situación material si fuéramos a la guerra? ¿Qué ocurriría si no fuéramos a la guerra y siguiéramos como hasta ahora? ¿Qué deberíamos hacer si fracasaran las negociaciones diplomáticas con Estados Unidos? Etcétera, etcétera. Éstos son los asuntos en los que debemos centrarnos ahora. Creo que la cuestión del presupuesto no es nuestra principal preocupación. Los pormenores del presupuesto se podrán resolver cuando esté más clara la relación entre la oferta y la demanda de materiales [dependiendo del curso que tome Japón y de la cantidad de recursos disponibles].

Las preguntas de Kaya eran muy directas. Pero resultaban extremadamente difíciles de responder para aquellos que construían su argumento en pro de la guerra sobre una serie de supuestos de conveniencia como que Alemania mantendría su predominio en Europa, y Japón sería capaz de obtener y transportar suficientes materias primas del Sudeste Asiático cuando hubiera comenzado la guerra en el Pacífico. ¿Qué ocurriría si esos supuestos no se cumplían?

Aparte de ser el primero de los días que Tojo dedicó a revisar la cuestión de la guerra, el 23 de octubre fue una fecha simbólica para Japón en la encrucijada. La Convención sobre la Piel de Foca del Pacífico Norte, una importante iniciativa del internacionalismo liberal de una era pasada, concluyó aquel día a iniciativa de Japón. El tratado, firmado por Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón y Rusia en 1911, limitaba la caza de esos mamíferos marinos. Preocuparse por la suerte de las focas era demasiado pedir a un Estado-nación que ni siquiera podía garantizar la seguridad de sus propios ciudadanos. Habían pasado los días en que Japón aspiraba a ser un modelo como ciudadano del mundo.

En las conferencias de enlace del 24 y 25 de octubre, el Estado Mayor de la

Armada siguió manteniendo que las primeras batallas de una guerra con Estados Unidos podrían ganarse pero que la victoria dependería en último término de la situación internacional y de la fuerza psicológica de la nación japonesa. Parece que había una conciencia general de que al enemigo no se le podía vencer únicamente por la fuerza militar, que de alguna manera tendría que hacerse mediante la diplomacia. Abundaban las ironías y contradicciones: se iba a declarar una guerra porque la diplomacia no podía llegar a un resultado satisfactorio para Japón en el presente; sin embargo, cuando la guerra empezara, habría que reintroducir rápidamente la diplomacia para ponerle fin, porque Japón no disponía de recursos suficientes para un conflicto prolongado. Y las esperanzas estaban puestas en que la iniciativa en este arreglo diplomático la tomase Estados Unidos, lo suficientemente intimidado y debilitado por las primeras victorias japonesas como para pedir la paz.

Pero ¿qué ocurriría si Estados Unidos se negaba a sucumbir, como Yamamoto ya había advertido a Nagano que sería lo más probable? ¿Qué ocurriría si la ofensiva militar de Japón reforzaba la resolución de Estados Unidos, como había ocurrido con Gran Bretaña contra Hitler? Las actas de estas conferencias no atestiguan un intento razonable de debatir o responder estas incómodas preguntas.

El argumento pro guerra, con independencia de cómo se presentara, requería buenas dosis de autoengaño y falsa contabilidad a fin de que Japón pareciera preparado para una guerra prolongada. Las cifras incómodas se ignoraron. La ausencia de un debate crítico sobre las pérdidas navales proyectadas constituye un ejemplo revelador. No hace falta decir que cualquier pérdida de barcos afecta a la capacidad inmediata de combate y transporte de un país, especialmente en una guerra naval. Pero la estimación de las pérdidas por causas bélicas se prestaba a una tergiversación creativa. Al preparar nuevos datos para presentarlos^[289] en las conferencias de enlace de finales de octubre, el jefe de la Oficina de Recursos del Ministerio del Ejército, Nakahara Shigetoshi, se quedó asombrado cuando vio que las estimaciones navales proyectaban grandes pérdidas. Le parecía que, con esas cifras, Japón no podía empezar –y, mucho menos, librar– una guerra. Al día siguiente, la Armada presentó nuevas estimaciones. Estas cifras satisficieron a los dos jefes del Estado Mayor y en ellas se basó el argumento pro guerra del Alto Mando a lo largo de la reevaluación de Tojo. Las pérdidas anuales proyectadas para los tres primeros años de guerra promediaban 700.000 toneladas. Se decía que al cabo de tres años, Japón podría compensar esas

pérdidas. (La realidad es que las pérdidas navales de Japón superarían su capacidad de construcción naval en cuatro millones de toneladas después de los tres primeros años de guerra).

Los jefes del Estado Mayor no cuestionaron la fiabilidad de las cifras que habían surgido literalmente de la noche a la mañana. Por el contrario, Nagano las utilizó en beneficio de la Armada, ignorando la pregunta más importante de para qué servía una Armada potente si Japón perdía la guerra. Nagano declaró^[290]:

Para que la Armada pueda librar una larga guerra, es muy importante la reposición de la potencia naval, lo mismo que la obtención de recursos estratégicos. A fin de mantener nuestras posiciones en la decisiva región meridional, la Armada necesitaría disponer en todo momento de mil bombarderos, mil cazas y otros mil aviones para la defensa de esas zonas.

Nagano no entró en la cuestión de la capacidad real de Japón para reponer sus pérdidas, incluida la de pilotos bien entrenados, que era prácticamente imposible sustituir con rapidez. La Armada se había visto forzada a centrarse en la preparación de un reducido número de pilotos de élite. Estados Unidos, por otra parte, disponía de recursos y capacidad para entrenar a numerosos pilotos con un nivel aceptable y producir cientos de miles de aviones. La ventaja relativa de Estados Unidos se haría evidente cuanto más durase la guerra. Aparentemente, estos hechos no preocupaban a Nagano.

Kaya no era tan despreocupado. En la reunión del 27 de octubre intentó llamar la atención de los líderes sobre estos problemas fundamentales. Cuando se invitó a dar su opinión a Suzuki^[291], inmediatamente admitió la penosa situación material de Japón:

Japón no ha creado un sistema defensivo, no tiene planes a largo plazo para el mantenimiento material del Estado y organiza la distribución de materiales de año en año... Ésta es la realidad de nuestra situación. De acuerdo con nuestras proyecciones, en 1942 la provisión de materiales será el 90 por ciento de lo que fue este año... Esto significaría agotar todas nuestras reservas actuales.

Suzuki dijo que Japón tendría dificultades para mantener materialmente un conflicto, pero no llegó a plantear una objeción definitiva a la guerra. Podría haber utilizado mejor las cifras de que disponía para presentar un argumento poderoso en contra. En 1940 el Consejo de Planificación del Gobierno había comparado la producción industrial de Estados Unidos y la de Japón. De acuerdo con su investigación^[292], Estados Unidos producía más de quinientas veces más petróleo, doce veces más arrabio, nueve veces más lingotes de acero y cobre, y siete veces más aluminio que Japón. Si se incluían otras áreas de producción, como el carbón, el mercurio, el cinc y el plomo, se calculaba que la producción industrial media estadounidense era

más de setenta y cuatro veces la de Japón (mientras que, con más optimismo, el ejército había calculado que era veinte veces mayor). En aquella época podía acceder a esas abrumadoras cifras^[293] incluso un investigador en formación que trabajara para una empresa siderúrgica. Es de suponer que Suzuki poseyera datos aún más pormenorizados y actualizados que los expuestos, los cuales por sí solos ya habrían obligado a la mayoría de los líderes a enfrentarse a la realidad. Sin embargo, Suzuki no los presentó. Más tarde, a los noventa y tres años^[294], intentó explicar por qué: «Estaba deprimido... Era como si ya hubieran decidido ir a la guerra. Mi cometido era básicamente proporcionar las cifras que apoyaran esa decisión. Pero, en mi mente, no quería que [Japón] fuera a la guerra».

Al principio, a Suzuki se lo consideró una figura clave en el intento de Tojo de reexaminar la decisión del 6 de septiembre, pues Konoe le había pedido personalmente que permaneciera en su cargo tras la salida del príncipe. Pero Suzuki concluyó rápidamente que no tenía suficiente poder para llevar a cabo un cambio de política y decidió ponerse del lado donde le pareció que estaba la mayoría. Como hábil manipulador político y defensor del ejército (era teniente general recientemente retirado), también le irritaba que implícitamente se esperara de él que salvara la situación para la Armada sugiriendo que era imposible vencer en aquella guerra. En este sentido declaró en la misma entrevista de la posguerra: «Debería haber sido la Armada quien tomara la decisión [contra la guerra] en último término, porque era la Armada la que tenía que combatir. ¡Pero la Armada se negó a decir con claridad que podía!».

Así que Suzuki se limitó a pasar por encima^[295] de las preguntas de Kaya, explicando cómo podría Japón obtener los productos necesarios para la demanda interna.

[Para consumo civil], si en todo momento tuviésemos una reserva de tres millones de toneladas de materiales, sería posible mantener el nivel actual de nuestras fuerzas. No obstante, para hacer posible el empleo de tres millones de toneladas, tendríamos que construir cuatrocientas mil toneladas de barcos en 1942 y seiscientas mil en 1943. El ministro de Marina Shimada había comentado [en la anterior reunión de enlace] que sólo sería realista la mitad de esa cifra... En ese caso, sería difícil sostener el nivel actual.

Estas cifras también eran ilusorias. Nadie podía garantizar que las rutas marinas utilizadas para el transporte de mercancías militares y civiles estarían expeditas. El Estado Mayor de la Armada no había presentado ningún plan concreto para establecer un sistema de transporte seguro a fin de minimizar las pérdidas de barcos.

Así que, a pesar de la pertinencia de las preguntas de Kaya, y de las intenciones originales de Tojo, apenas se hicieron avances. El diario del Estado Mayor del Ejército resumía la situación el 27 de octubre^[296]: «1) Parece que el primer ministro no ha cambiado de idea [favorable a la guerra]; 2) el ministro de Marina mantiene su actitud vaga, pero habla principalmente en términos negativos [sobre la guerra]; 3) en conjunto, la marina tiende a proclamar que necesita más recursos; 4) el ministro de Asuntos Exteriores es directo y va al grano [contra la guerra], y parece muy seguro». (Las observaciones que hizo Togo ese día concreto no se conservan, pero el diario estaba en lo cierto. La de Togo sería la voz más enérgica de la oposición a la guerra en las últimas reuniones).

El ministro de Marina Shimada había entrado en el gobierno de Tojo a condición de que haría todo lo que estuviera en su mano para evitar la guerra. Se suponía que iba a expresar una oposición a la guerra mucho mayor que la de su predecesor, Oikawa. Pero la reunión privada que mantuvo con el almirante de la Flota Imperial, el príncipe Fushimi, el 27 de octubre parece que debilitó su firmeza. «Si no tomamos rápidamente una decisión^[297], perderemos una oportunidad», dijo a Shimada el veterano de sesenta y seis años de la guerra ruso-japonesa. Fushimi, como otros estrategas de cortas miras, creía que la Armada debía luchar mientras pudiera permitírselo y que después de un ataque relámpago a Estados Unidos sería factible una solución diplomática. Fushimi seguía siendo una figura demasiado popular, demasiado influyente y demasiado poderosa –una figura imperial– en la Armada como para que se le ignorara, incluso después de retirarse como jefe de su Estado Mayor en la primavera de 1941. (Seguramente, el mayor obstáculo para sustituir a Nagano como jefe del Estado Mayor a pesar de la recomendación de Hirohito era la protección de Fushimi).

La Oficina de Orientación de la Guerra del Estado Mayor del Ejército señalaba^[298] en la entrada de su diario correspondiente a ese día:

Parece que la conferencia no progresa... Mientras hablamos, se pierden oportunidades estratégicas preciosas, lo que, como miembros del Alto Mando, lamentamos profundamente. En esta situación es de vital importancia que nos decidamos. Entonces, y sólo entonces, podremos calibrar nuestra capacidad nacional y preparar al país para la guerra. No obstante, la situación actual es de un debate prolongado y vacilante sobre la cuestión «¿Podemos o no podemos?» sin tomar ninguna decisión. Así no se consigue nada.

La resolución de «no rehuir la guerra» tomada en julio, en la primera conferencia imperial de ese año, se había llegado a considerar, contra toda lógica, una prioridad inviolable de la política exterior japonesa. La segunda

resolución imperial, de septiembre, no hizo más que acrecentar la importancia de esa resolución dándole una dimensión temporal. El impulso había ganado fuerza y estaba resultando difícil neutralizarlo.

La conferencia del 28 de octubre abordó la idea de retrasar el conflicto con Estados Unidos hasta marzo de 1942. El Ministerio de Asuntos Exteriores y los estados mayores consideraban que para Japón era ventajoso esperar a ver qué ocurría en Europa. Se sugirió que a Estados Unidos le preocupaba la guerra en Europa y que las posibilidades estratégicas y diplomáticas de Japón mejorarían cuanto más tiempo pasara. La base implícita de esta propuesta era que Estados Unidos probablemente entraría pronto en guerra con Hitler y que para Japón sería mejor saber quién sería el vencedor de esta guerra, en vez de dar por sentado ciegamente que Alemania mantendría su predominio en Europa.

No obstante, a pesar de admitir abiertamente esas ventajas, el punto defendido por los belicistas de los estados mayores que impedía cualquier avance seguía siendo el mismo: que cuanto más esperara Japón, peor sería su situación material. Nada podía hacerles cambiar de idea. Tras haberse puesto de acuerdo previamente^[299], en la reunión plantearon que «la guerra debe comenzar en noviembre. Antes del 31 de octubre tenemos que haber decidido ir a la guerra. Queremos hacer hincapié en que el agotamiento de los recursos [mientras esperamos] es catastrófico para la Armada». Tojo no pudo mantenerse firme y se disculpó ante los dos jefes del Estado Mayor por dedicar tanto tiempo a su reevaluación. La opción de posponer la decisión se descartó tan sólo después de una sesión.

Las reuniones del 29 y el 30 de octubre se dedicaron a valorar la viabilidad material de la guerra y, en último término, las perspectivas de la diplomacia con Estados Unidos. En el frente material^[300], Kaya había dicho con anterioridad que necesitaba saber «en cifras reales cuál sería la relación entre la oferta y la demanda de materiales en caso de ir y de no ir a la guerra». Se volvió a pedir a Suzuki que expusiera sus planteamientos en nombre del Gabinete de Planificación del Gobierno. Calculó que al país le quedarían 2,55 millones de toneladas de petróleo al final del primer año, 150.000 toneladas al final del segundo y 70.000 toneladas al final del tercero. Con eso Japón apenas tendría para subsistir. No obstante, la última interpretación de Suzuki era que la lucha sería difícil pero posible.

Una vez más, el intento de Kaya de analizar racionalmente el plan bélico fue soslayado y saboteado por las demás partes. Les movían la inercia, la

autoconservación, las ventajas materiales y las convicciones irracionales. Entonces fue el turno de Togo de preguntar sobre la conveniencia de la guerra.

Si Kaya no podía hacer que los demás vieran la debilidad del argumento pro guerra desde el punto de vista material, quizá Togo podría conseguirlo desde el punto de vista diplomático. Por supuesto, las dos perspectivas estaban estrechamente relacionadas. Primero Togo expuso su posición de que la diplomacia debía imponerse y que incluso si Japón tenía que hacer concesiones mayores de las que le gustaría (incluida la retirada de tropas de Indochina y China), la paz que se alcanzara bien merecería el sacrificio.

Casi todos los presentes reaccionaron violentamente a esta sugerencia. Un comportamiento tan conciliador convertiría a Japón en un país de tercera clase y un blanco fácil para la prepotencia occidental, afirmaron los críticos. Con atrevimiento, Togo defendió sin ambages una retirada de tropas de China. «Nuestra economía sobrevivirá^[301] incluso si nos retiramos –insistió–. Cuanto antes se haga, mejor». Su actitud despertó una resistencia tan fuerte en el Estado Mayor del Ejército que Tojo propuso un alambicado compromiso: Japón accedía a retirarse de grandes áreas de China a condición de tomarse su tiempo para hacerlo en otras, «lo que viene a ser “para siempre”».

Esto desencadenó una discusión surrealista sobre el marco temporal aceptable para llevar a cabo la retirada de China: las sugerencias iban de veinticinco a noventa y nueve años. Después de mucho porfiar ambas partes, llegaron a un acuerdo general de veinticinco años para la retirada de tropas del norte de China, Mongolia Interior y la isla de Hainan, en caso de que Estados Unidos exigiera un plazo concreto; otras tropas estacionadas en China se retirarían a los dos años de la firma del acuerdo con China. La retirada de la Indochina francesa tendría lugar después del «establecimiento de la paz» y «el final de la guerra de Japón con China». Para Togo, era mejor que nada.

El 30 de octubre se decidió mantener el Pacto Tripartito sin cambios. Respecto a las condiciones propuestas por Estados Unidos, la mayoría de los líderes prefirieron no aceptar los Cuatro Principios de Hull como precondiciones oficiales para continuar las negociaciones, aunque reconocían que habría que mantener lo que Tokio ya hubiera expresado a Washington a favor de ellos. Daba la impresión de que creían que los hechos debían contar más que las palabras. Afirmaban que no podía producirse un cambio de actitud hacia el libre comercio de la noche a la mañana, como si se tratara de

abandonar un estilo de ropa por otro más a la moda. El predominio de este tipo de argumento demostraba que los líderes japoneses en 1941 eran, en su conjunto, incapaces a la hora de llevar a cabo una negociación internacional. No se daban cuenta de que en las negociaciones diplomáticas con frecuencia las palabras contaban más que los hechos, o, al menos, que las palabras debían venir antes que los hechos.

Togo seguía insistiendo en que el gobierno tenía que indicar de alguna forma su aceptación, de entrada, de los Cuatro Principios, sin vincularla a ninguna condición previa, a fin de mostrar a Estados Unidos la seriedad del deseo japonés de evitar un conflicto armado. De nuevo Tojo ofreció un compromiso entre los estados mayores y Togo, y sugirió proponer que los principios de libre comercio se aplicaran al resto del mundo antes de que Estados Unidos pudiera exigir de Japón su aplicación exclusiva en China. Al mismo tiempo, Japón abandonaría sus reclamaciones de intereses especiales en la región.

Así, se preparó el esbozo diplomático general o Plan A. Incluía un calendario para la retirada de tropas, el libre comercio en China si se aplicaba primero al resto del mundo y el mantenimiento de la alianza tripartita, al mismo tiempo que se evitaba una aceptación categórica de los Cuatro Principios de Hull. La tenacidad de Togo mostró que era posible arrancar concesiones a los militares y que el anterior gabinete había cedido con demasiada facilidad al Alto Mando. No obstante, Togo estaba inquieto porque sabía demasiado bien que la buena diplomacia no podía ir de la mano de urgentes preparativos bélicos. También le sorprendió que la Armada no hubiera acudido^[302] en su apoyo durante su lucha contra los belicistas.

Ya suponía que el ejército adoptaría una línea dura. Pero había esperado que la Armada tuviera una actitud más moderada, y mis esfuerzos se basaban en el supuesto de que los miembros de la Armada estarían de mi lado. Sin embargo, en la conferencia de enlace me asombró ver que eran inflexibles sobre la cuestión de la retirada de tropas, entre otras cosas.

Togo no recibió apoyo de la Armada en parte porque el ministro de Marina Shimada, a raíz de su reunión con el príncipe Fushimi, había decidido apoyar los preparativos bélicos. Shimada confió al viceministro de la Guerra^[303] Sawamoto: «No podría perdonarme si perdiéramos una oportunidad para la guerra sólo por mi oposición como ministro de Marina». Togo ignoraba que Shimada había cambiado de postura. Intentó ganarse al ministro de Marina a través de su red de poderosos veteranos de la marina de mentalidad más liberal, como un exprimer ministro y un exministro de Marina, aunque todo fue en vano.

Irónicamente, sólo Nagano pareció simpatizar en cierta medida con el intento de Tojo de reanimar la vía diplomática. Cuando la discusión llegó a un punto muerto por la intransigencia del Estado Mayor del Ejército sobre el principio de no discriminación en el comercio con China, Nagano preguntó inesperadamente: «¿Por qué no? ¿Por qué no acceder a una política comercial no discriminatoria? ¿Por qué no mostrarles lo magnánimos que somos?». Es probable que quisiera asegurarse de que la diplomacia tenía alguna posibilidad de éxito, de forma que aún se pudiera evitar la guerra sin que la Armada –o él– parecieran rehuirla. Sus palabras y actos de dos días después apoyan esta interpretación.

Al término de la reunión del 30 de octubre, los dos ministros del gabinete de Tojo contrarios a la guerra, Kaya y Togo, estaban agotados. Se habían mantenido reuniones casi cada día de la semana. Tojo, con su meticuloso estilo burocrático, cubrió todos los temas que había anunciado en la primera reunión. Pero sería muy exagerado decir que se habían reconsiderado y debatido honestamente todas las alternativas existentes.

El destino del país se iba a decidir el 1 de noviembre.

CAPÍTULO 13

Al borde del abismo

Cuando Tojo habló con el jefe del Estado Mayor del Ejército Sugiyama a las 7.30 de la mañana del 1 de noviembre, era evidente que el primer ministro cada vez albergaba más dudas sobre la guerra. Trató de convencer a Sugiyama de que reconsiderara su postura belicista y le explicó que en la reunión de enlace que iban a mantener más tarde esa mañana se discutirían tres opciones: no ir a la guerra, ir a la guerra y prepararse para ella rápidamente o continuar con las negociaciones diplomáticas sin descartar por completo la posibilidad de la guerra. «Mi intención es tomar el tercer camino»^[304], dijo Tojo.

La tarde anterior, Tojo había consultado con miembros clave del gobierno entre los que estaban Shimada, Togo, Kaya y Suzuki. Tojo dijo ahora a Sugiyama que «el ministro de Marina, el ministro de Economía y el director del Consejo de Planificación del Gobierno estaban de acuerdo en apoyar el tercer escenario». Tanto Tojo como Sugiyama sabían que Togo prefería la primera opción pero que estaría dispuesto a aceptar la tercera. Tojo sugirió que Sugiyama también la secundara.

Las condiciones de Shimada fueron registradas en el diario de la Oficina de Orientación de la Guerra: «Como era de esperar, [el ministro de] Marina no dejaba de repetir “Necesitamos acero. Necesitamos aluminio. Y necesitamos níquel. Y si no nos los proporcionáis no podemos librar la guerra”». La entrada estaba llena de envidiosa furia (el ejército y la marina rivales hasta el final), pero en ningún momento parecían conscientes de que defender una guerra temeraria sería un acto de extremo egoísmo y un incalculable perjuicio para la nación.

Resulta difícil de creer retrospectivamente, pero el mayor temor de Sugiyama en este momento decisivo de la historia seguía siendo que la

Armada tratara de conseguir que le asignaran más recursos militares sin comprometerse con la guerra. «Hemos empezado a dirigir doscientos mil efectivos desde Japón y desde China [hacia el sur, como parte de los preparativos para los combates en el Sudeste Asiático] –dijo a Tojo–, dando prioridad a esta movilización sobre las demás campañas que hay que librar en otros lugares. Si enviamos soldados a los mares del Sur para replegarlos de inmediato sin combatir, eso podría enfriar su moral». Verdaderamente, una extraña justificación para la guerra. Además, según dijo, pediría que 1) se abandonara la idea de normalizar las relaciones con Estados Unidos, 2) se tomara la decisión de ir a la guerra, 3) se fijara a principios de diciembre la fecha del comienzo de la guerra, 4) se ultimara la estrategia y 5) se utilizara una diplomacia (engañosa) que contribuyera a poner a las Fuerzas Armadas en una posición ventajosa para la guerra.

«No voy a cambiar la opinión del Alto Mando –repuso Tojo–. No obstante, creo que sería difícil convencer a Su Majestad Imperial». Irónicamente, el palacio estaba esperando que Tojo hiciera exactamente lo que él esperaba del emperador: contener a los belicistas.

La conferencia de enlace empezó a las nueve de la mañana, poco después de la reunión privada de Tojo con Sugiyama. Duraría diecisiete horas y sería una de las más notorias de la historia de Japón.

El primer tema que se iba a presentar ese día era la cuestión de la distribución de recursos entre la Armada, el Ejército y el Consejo de Planificación del Gobierno si estallaba la guerra. Se propuso que, para 1942, la Armada recibiera 1,1 millón de toneladas de acero ordinario; el Ejército, 790.000 toneladas, y el Consejo de Planificación del Gobierno, para consumo interno, 2,6 millones de toneladas. Humillado, Sugiyama preguntó a Shimada^[305]: «¿Con todo ese acero se decidirá finalmente [a favor de la guerra]?». El ministro de Marina se limitó a hacer un gesto de asentimiento a Sugiyama. Después de varias horas de discusión, se llegó a un acuerdo tácito y se ratificó el plan de asignaciones.

Entonces Tojo intentó llevar la reunión a la cuestión central: ¿iba a ir Japón a la guerra o no? Con su estilo formalista, trató de encauzar la respuesta examinando los tres escenarios que había mencionado anteriormente a Sugiyama: no habría guerra, habría guerra, se mantendría la diplomacia paralelamente a los preparativos bélicos. En un *déjà vu*, Kaya retomó su interpelación crítica^[306] y preguntó con impaciencia a los jefes de la Armada: «Si fuéramos a la guerra ahora, ¿estaría Japón en condiciones de seguir

luchando dentro de un par de años? ¿Seguirá siendo probable que Estados Unidos ataque a Japón dentro de tres años si no vamos a la guerra?».

«Las probabilidades de victoria [de la opción de guerra inmediata] no están claras», repuso el almirante Nagano. Pensaba que «del 50 por ciento».

Sobre la posibilidad de un ataque estadounidense, Kaya dijo: «No sé si conseguiríamos ganar una guerra naval».

Nagano respondió que sería mucho mejor si Japón luchase «ahora en vez de esperar tres años... porque el fundamento necesario para sostener la guerra habrá estado bajo nuestro control». Con «fundamento necesario» se refería a los recursos del Sudeste Asiático.

«Si las probabilidades de victoria en el tercer año de guerra siguieran siendo altas –observó Kaya–, diría que lo mejor es ir a la guerra. Pero, según Nagano, ese punto no está claro. Es más, me parece dudoso que Estados Unidos vaya a atacarnos. No creo que sea prudente ir a la guerra ahora».

Al contrario de lo que Tojo había dicho a Sugiyama aquella mañana, Kaya se oponía categóricamente a ir a la guerra. Togo se mostró de acuerdo: «No creo que las flotas estadounidenses vayan a venir a nuestras costas. No es necesario que vayamos a la guerra ahora».

«Recuerden el proverbio que dice: “No te limites a esperar el ataque del enemigo” –dijo Nagano–. El futuro está poco claro. No está de más incrementar nuestra seguridad. En tres años resultará más difícil vencer la defensa en el sur y las flotas enemigas serán más numerosas».

Nagano invocó el pasaje de *El arte de la guerra*, de Sunzi (Sun Tzu), tergiversando interesadamente el texto. La máxima de Sunzi recomienda una preparación general, incluso para el improbable caso de que uno sea atacado. (No sostiene que haya que provocar una guerra extremadamente arriesgada que, en otro caso, no se produciría, e incluso desaconseja ir a la guerra por un sentimiento de humillación e irritación, e insta a intentar someter al enemigo sin lucha y obtener los objetivos políticos por medios no violentos. Sobre todo, impone la necesidad de conocer perfectamente la potencia del enemigo antes de lanzar una guerra). Kaya replicó: «Bien, entonces ¿cuándo diría usted que debemos comenzar esa guerra para ganarla?». Nagano, que no había percibido la ironía en la pregunta de Kaya, o la estaba ignorando, respondió con firmeza: «¡Ahora! Más tarde no se presentarán más oportunidades para la guerra».

Tojo pensó que había conseguido el apoyo de Suzuki para seguir con la diplomacia, pero se equivocaba. Suzuki no mostró inseguridad alguna sobre la guerra, aunque al cabo de los años dijera que en su fuero interno se oponía y le angustiaba. Suzuki afirmó entonces que la guerra era deseable después de todo: «A Kaya le preocupa tener asegurado material de guerra suficiente y parece pensar que estaríamos en desventaja en los años 1941 y 1942. Pero no hay necesidad de preocuparse. En 1943 las cosas estarán mejor si vamos a la guerra». Eso es lo que le había dicho el Alto Mando. Viniendo de un hombre que había afirmado hacía poco que Japón no tenía un «sistema defensivo» ni «planes a largo plazo para el mantenimiento del Estado», la declaración de Suzuki no podía ser más sorprendente e irresponsable.

Kaya y Togo no ocultaron su disgusto ante la idea de que la diplomacia se convirtiera en una herramienta para desviar la atención de los preparativos bélicos. El subjefe del Estado Mayor de la Armada, Ito Seiichi, no estaba de acuerdo: «Desde el punto de vista de la Armada, pueden continuar con la diplomacia hasta el 20 de noviembre». A su homólogo en el ejército, Tsukada, le pareció que era un plazo demasiado generoso para el gobierno. «Desde la perspectiva del ejército, puede [seguir con la diplomacia] hasta el 13 de noviembre, ¡pero no podemos admitir ni un día más después de esa fecha!»

«Por naturaleza, la diplomacia requiere muchos días y noches para conseguir sus objetivos —observó Togo—. Como ministro de Asuntos Exteriores, no puedo llevar a cabo gestiones diplomáticas si no tienen probabilidad alguna de éxito. Necesito la garantía de que dispondré del tiempo y las condiciones necesarios para lograrlo. Huelga decir que hay que evitar la guerra». Togo preguntó de cuánto tiempo dispondría para gestiones diplomáticas reales, lo que dio lugar al siguiente intercambio entre él y el subjefe del Estado Mayor del Ejército.

TSUKADA: Insistimos en que la diplomacia no debe interferir en las estrategias. No queremos que las volubles condiciones de la diplomacia dicten o trastoquen nuestros planes estratégicos, y por eso exigimos que la fecha del 13 de noviembre sea el plazo definitivo para la diplomacia.

TOGO: El 13 de noviembre. ¡Eso es horrible! La Armada dice que el 20 de noviembre.

TSUKADA: Prepararse para operaciones estratégicas implica una «conducta estratégica»... El 13 de noviembre es el último día antes de que comiencen todos los preparativos que se consideran «conducta estratégica».

Tsukada sostenía que movilizar al ejército en previsión de la guerra, incluso sin declarar la guerra de manera formal, necesariamente propiciaba choques con las fuerzas enemigas. Por lo tanto, insistía, los preparativos bélicos en sí mismos equivalían a «conducta estratégica» o ir a la guerra. Esto

era un argumento forzado, hasta para un militar, lo que impulsó a Nagano a puntualizar: «Los pequeños choques no representan más que conflictos locales. No son lo mismo que las guerras». Tojo y Togo expresaron la opinión de que la diplomacia debería llevarse de forma honorable, con esperanza de éxito. Tsukada aceptó esta condición de mala gana, aunque se aseguró de obtener el compromiso de los demás para respetar el plazo diplomático: «Se pueden buscar soluciones diplomáticas hasta el 13 de noviembre, pero, más allá de esa fecha, significará infringir la autoridad del mando supremo».

Mientras caía la noche, la atmósfera se iba haciendo cada vez más sofocante. Los largos silencios eran interrumpidos por el lejano canto de los grillos afuera o por las polémicas que surgían cada cierto tiempo. Incapaces de acordar un calendario para la diplomacia, los líderes hicieron una pausa de veinte minutos, durante la que el Estado Mayor del Ejército llamó al jefe de su División de Operaciones, Tanaka Shin'ichi, a fin de preparar la estrategia para el resto de la conferencia. El Estado Mayor de la Armada hizo lo propio, convocando a Fukudome Shigeru, jefe de Operaciones Navales. Al final, se acordó que el Alto Mando estableciera el 30 de noviembre como fecha límite para la diplomacia.

Durante esta pausa, el jefe de la Oficina de Asuntos Americanos del Ministerio de Asuntos Exteriores, Yamamoto Kumaichi, que se encontraba allí como ayudante de Togo, se encontró con Nagano en el zaguán. Nagano le dio una palmadita en la espalda. «Bien, querido Yamamoto^[307] –le preguntó–, ¿será capaz el Ministerio de Asuntos Exteriores de solucionar este lío con la diplomacia? Si lo consigue, la Armada estaría encantada de poner todo en manos del Ministerio de Asuntos Exteriores». Sorprendido, Yamamoto sólo pudo repetir la opinión de Togo de que no se daban las condiciones necesarias para propiciar un buen resultado diplomático.

La abrupta propuesta de Nagano revelaba que era el más indeciso de todos, a pesar de su dura fachada. En las últimas conferencias había aludido a su preferencia por dar una oportunidad a la diplomacia. Cada vez le resultaba más difícil ocultar su inseguridad. Peor, Nagano no tenía fe alguna en el plan ofensivo que acababa de aprobar. Durante los meses anteriores, el almirante Yamamoto Isoroku había estado intentando perfeccionar su plan ofensivo con la ayuda de dos pilotos, el contraalmirante Onishi Takijiro y el capitán Genda Minoru. También había contado con Kuroshima Kameto, un excéntrico oficial próximo a los cincuenta años cuya vehemencia a favor del plan de la ofensiva naval abrumaba incluso a Nagano.

Nacido en 1893 en Hiroshima, a los tres años Kuroshima perdió a su padre, un modesto albañil, y creció con sus tíos. Era un solitario que rara vez mostraba sus emociones. Tras realizar sus estudios en una escuela nocturna, fue el primero de su promoción en ser admitido en la Academia Naval y, más tarde, en la elitista Escuela de Guerra Naval. Esto le debió de parecer un sueño a aquel huérfano de condición humilde que había recibido una educación formal mínima y cuyos años formativos coincidieron con el auge de la Armada después de la guerra ruso-japonesa. En los debates de los estudios estratégicos se caracterizó por sus propuestas insólitas.

Seguramente a petición de su antiguo condiscípulo Yamamoto, Shimada, que entonces era comandante de la Segunda Flota, recomendó a Kuroshima para un puesto crucial de planificación. En octubre de 1939, aunque le faltaba antigüedad, entró a formar parte del equipo de Yamamoto. Kuroshima era una extraña elección desde cualquier punto de vista convencional. Alto, flaco, de rostro demacrado y calvo, tenía un aura ascética que hizo que sus colegas le llamaran Gandhi. Pero sus hábitos habrían horrorizado a Mahatma. Rara vez se bañaba y fumaba constantemente, dejando la ceniza por todas partes. Para concentrarse, se encerraba a oscuras en una habitación llena de incienso, desnudo, durante varios días seguidos. Cuando por fin llegaba la inspiración, ponía sus planes por escrito como un poseso.

Tales excentricidades podrían haber sido un obstáculo serio para su carrera. Pero, al parecer, no molestaban en absoluto a Yamamoto. De hecho, da la impresión de que le hacían pensar que Kuroshima no era un estratega corriente. Yamamoto observó que Kuroshima era el único oficial que se atrevía a contradecirle, el único que le sugería cosas que nunca se le habrían ocurrido a él. Reconocía que tenía muchos otros oficiales excelentes, pero le decepcionaba que siempre le dieran respuestas idénticas a una pregunta. En la planificación de su operación especial en el Pacífico, se cansó de escuchar recomendaciones de cautela y de que le dijeran que lo que proponía era técnica y logísticamente imposible. Por el contrario, Kuroshima estaba decidido a ayudarle a hacer realidad lo imposible.

Con la asistencia de Onishi y Genda para los pormenores técnicos, Kuroshima perfeccionó lo que se convirtió en el plan definitivo de Yamamoto para Hawái. La operación era una apuesta nada convencional y, como tal, entrañaba graves riesgos. Como se ha mencionado antes, el obstáculo más inmediato era la imposibilidad de realizar ataques aéreos con torpedos en las aguas de Pearl Harbor, cuya profundidad apenas llegaba a los 12 metros en

promedio. Pero en el otoño de 1941 se habían perfeccionado los torpedos, de forma que la profundidad a la que tenían que hundirse para poder navegar se redujo drásticamente, por lo que era menos probable que se empotraran en el lecho marino. Los pilotos habían recibido un entrenamiento magnífico^[308] para volar extremadamente bajo, lo que impediría que los torpedos se hundiesen a demasiada profundidad. El entrenamiento había comenzado en septiembre en el sur de Japón –en la zona de la bahía de Kinko, en Kagoshima, elegida por su parecido con Pearl Harbor– y se había intensificado en octubre. Pero ninguno de los pilotos, excepto sus dos líderes, sabía el verdadero propósito de sus esfuerzos.

Cuando el plan de Hawái se presentó en Tokio, fue rechazado rotundamente por el Estado Mayor de la Armada. El plan se basaba en el despliegue de una gran proporción de los recursos navales japoneses, incluidos seis portaaviones (de diez, aunque había más en construcción). La operación en el Sudeste Asiático quedaría expuesta al desviar la tan necesaria ayuda aérea, y la Armada se arriesgaría a perder por completo su dominio de los mares y del aire. Las simulaciones llevadas a cabo en septiembre en la Escuela de Guerra Naval no hacían más que confirmar la convicción del Estado Mayor de que el plan era demasiado arriesgado.

No obstante, Yamamoto no se rindió. Kuroshima fue a Tokio a presionar con pasión a favor del plan. Al final recurrió a la amenaza de que Yamamoto y todos sus partidarios estaban dispuestos a dimitir si no se adoptaba el plan de Hawái. Desesperado por no perder a Yamamoto, Nagano se vio obligado a aprobarlo el 20 de octubre, precisamente cuando Tojo formaba su gabinete. Tal era la confianza de Nagano en la capacidad de Yamamoto para preparar esta excepcional operación. No tenía otros estrategias a los que acudir, aunque aún dudaba sobre la viabilidad del audaz plan de Yamamoto. Esto contribuye a explicar la repentina petición de ayuda de Nagano al Ministerio de Asuntos Exteriores, a pesar de sus llamamientos explícitos a la guerra en las conferencias de enlace. Por el contrario, el ministro de Marina Shimada, que había entrado en el gobierno de Tojo con la intención de detener la guerra, ahora era completamente favorable a ella.

«¿No podría ampliarse el plazo^[309] hasta el 1 de diciembre? ¿No podríamos dejar que la diplomacia siguiera su curso durante un poco más de tiempo?», preguntó Tojo a los oficiales militares cuando la reunión se reanudó después de la pausa. Tsukada estaba indignado. «Por supuesto que no. Es imposible prolongarlo más allá del último día de noviembre. ¡Imposible!» El ministro de

Marina preguntó patéticamente a Tsukada: «Cuando dice el 30 de noviembre, ¿a qué hora exactamente se refiere? Supongo que nos puede dar hasta las doce de la noche». Tsukada respondió fríamente a Shimada: «Sí, tienen hasta las doce de la noche». La guerra parecía cada vez más imparable.

La discusión pasó entonces a los términos de las negociaciones diplomáticas con Estados Unidos. Togo sabía que el Plan A sería insuficiente para los estadounidenses, así que, en la mañana del 1 de noviembre, dio instrucciones a su ministerio para que presentara el Plan B con la esperanza de obtener más margen de maniobra para la diplomacia. Lo diseñó con la ayuda de un veterano diplomático, Shidehara Kijuro, y un antiguo embajador en Gran Bretaña, Yohida Shigeru, ambos desesperados por evitar la guerra. El plan alternativo fue sometido a debate a las diez de la noche, trece horas después del comienzo de la reunión. Estipulaba que tanto Japón como Estados Unidos se abstendrían de realizar conquistas militares en el Pacífico Sur, cooperarían mutuamente para garantizar el acceso a las necesarias materias primas de las Indias Orientales holandesas, volverían a sus relaciones comerciales anteriores a la congelación de los activos nipones por parte estadounidense y Estados Unidos se comprometería a vender petróleo a Japón.

La mayor concesión que se pedía a los militares estaba enterrada en una nota separada. Explicaba que Japón estaba dispuesto a reubicar inmediatamente a sus tropas del sur de Indochina en la mitad septentrional de la península. También se comprometía a retirarse completamente de Indochina cuando se hubiera consolidado la paz en el Pacífico en general o en China en particular. Y, en caso necesario, el presente plan dejaba abierta la puerta a nuevas iniciativas sobre el principio de la no discriminación en el comercio global y sobre el Pacto Tripartito. El Plan B representaba el intento de Togo de neutralizar la peliaguda cuestión de cómo excluir la guerra de China de la negociación, al menos por el momento, y de restablecer las relaciones diplomáticas en las condiciones en que se encontraban antes de julio, cuando la Administración Roosevelt pensaba que podía llegar a acuerdos con Tokio a fin de concentrar los esfuerzos estratégicos estadounidenses en el Atlántico y mantener las cosas controladas en el Pacífico.

Como era de esperar, los belicistas Tsukada y Sugiyama se opusieron con vehemencia a una retirada inmediata incondicional de las tropas japonesas del sur de Indochina. Esto dio lugar a otra acalorada discusión entre Tsukada y

Togo. «En conjunto, creo que la forma en que hemos llevado las negociaciones hasta el momento no ha sido acertada —empezó Togo—. Deberíamos limitar nuestras condiciones y zanjar el “problema del sur” para resolver la situación en China en nuestros propios términos». Sabía que la retirada de las tropas japonesas de Indochina sería una medida provisional, pero la veía como una de las pocas acciones concretas que Japón podía llevar a cabo dentro del poco tiempo que le quedaba.

Tsukada se opuso: «No vamos a retirar las tropas del sur de Indochina... [porque] si lo hiciéramos, Estados Unidos habría conseguido su objetivo. Entonces podría interferir en nuestros asuntos siempre que quisiera». No creía que se fueran a restablecer las relaciones comerciales entre los dos países porque «Estados Unidos no va a dejar de apoyar a Chiang Kai-shek. El petróleo especialmente no va a llegar a Japón [ni siquiera después de la retirada de Indochina]». Afirmó que, «dentro de medio año, habremos perdido la oportunidad para la guerra».

Al final, se propuso una especie de compromiso: añadir una cuarta condición al Plan B: el gobierno estadounidense no se inmiscuiría en los intentos de paz entre Japón y China. Togo esperaba que si Estados Unidos rechazaba esta condición japonesa, él podría suprimirla más adelante. Pero volver a introducir la cuestión de China y presentarla junto con el «problema del sur», privaba a Tojo de un plan alternativo más manejable cuyo principal objetivo había sido simplificar su diplomacia.

Incluso con esta concesión, a Tsukada le siguió enfureciendo la sugerencia de la retirada de Indochina. Exigió que el Plan B se descartara por completo y gritó a Togo que debía «arreglarse con el Plan A». Pero Togo, que no estaba dispuesto a dejarse intimidar, se mantuvo igualmente firme. La creciente tensión obligó a Tojo a volver a suspender la reunión por diez minutos.

Durante esta pausa los militares trataron de aceptar el Plan B, lo que la mayoría consideraba la escandalosa concesión de trasladar las fuerzas de ocupación del sur al norte de Indochina. Pero se especuló que, en cualquier caso, los factores relacionados con China probablemente impedirían el éxito del Plan B. Lo más preocupante, desde la perspectiva de los estados mayores, era tener que pasar varios días más debatiendo el Plan B mientras Japón quizá dejaba pasar la oportunidad de un ataque decisivo. Al final, fue posible convencer incluso a Tsukada de que aceptara el Plan B, aunque sólo fuera porque creía que haría más probable el fracaso de la diplomacia.

En último término, la conferencia de enlace más larga de la historia terminó sólo con un acuerdo provisional. La fecha propuesta para la operación militar sería comienzos de diciembre y se prepararían las estrategias necesarias. Si se podía llegar a un acuerdo diplomático con Estados Unidos antes de las cero horas del 1 de diciembre, la operación militar se suspendería ineludiblemente. Togo ahora tenía el Plan A y el Plan B a su disposición, pero no le quedaba mucho tiempo para la diplomacia. Kaya y Togo seguían sin encontrar convincentes los argumentos en pro de la guerra y no comprendían por qué los demás asistentes no lo veían de la misma forma.

La conferencia acabó a la una y media de la mañana del 2 de noviembre.

Togo no estaba obligado a aprobar la resolución provisional de la conferencia. Tanto él como el ministro de Economía Kaya o cualquier otro ministro podría haber vetado la resolución e impedido su aprobación, que requería la unanimidad. De acuerdo con la Constitución Meiji, un ministro respondía directamente ante el emperador, lo que significaba que el primer ministro no podía destituir a un ministro sin más. (La realidad era que, a instancias del primer ministro, un ministro solía dimitir, pero, como hemos visto, no ocurrió así con Konoe y Matsuoka y, hasta cierto punto, con Konoe y Tojo). Una actitud desafiante de vetar la resolución y después negarse a dimitir seguramente habría conducido a una crisis de gobierno. Otra forma de sabotear la resolución habría sido que un ministro dimitiera. Esto no habría impedido su aprobación, pero la habría desacreditado considerablemente. A principios de noviembre de 1941 cualquiera de estas dos opciones habría significado un ataque abierto al gobierno y al Alto Mando, por el daño que podía infligir en los urgentes preparativos bélicos que ya habían comenzado. Después de la conferencia Togo pensó en dimitir. Ésa le parecía la forma más sencilla y eficaz de continuar su valiente resistencia y era evidente que esta posibilidad preocupaba al sector duro del ejército. Dimitiendo, Togo habría rechazado el intento de «reevaluación de Tojo», al tiempo que habría demorado los preparativos bélicos.

Togo pidió consejo a Hirota Koki, exprimer ministro así como ministro de Asuntos Exteriores en cuatro gobiernos distintos. Conocido por su cautela, Hirota recomendó a Togo que no dimitiera, pues su cargo podría ser ocupado por un candidato favorable a la guerra. Esto era posible, por supuesto. Era mejor que Togo siguiera trabajando por la paz con Estados Unidos, insistió Hirota. Togo decidió continuar. Esto también significaba que las concesiones

que había arrancado a los militares no se desperdiciarían.

A mediodía del 2 de noviembre Togo dijo a Tojo que actuaría basándose en las decisiones de la noche anterior. Kaya también había aceptado las decisiones provisionales. Tojo les prometió todo su apoyo en su trascendental empresa diplomática. También dijo que les ayudaría a encontrar formas de hacer más concesiones si Estados Unidos mostraba algún interés por el Plan A o por el Plan B. Aseguró a Togo que, por avanzados que estuvieran los preparativos bélicos, se detendrían inmediatamente en cuanto se produjera un avance diplomático. Togo dijo que si Japón no podía llegar a un acuerdo diplomático para evitar la guerra, dimitiría. Tanto Togo como Kaya estaban empezando a aceptar lo impensable.

A las cinco de aquella tarde, Nagano y Sugiyama presentaron al emperador un pormenorizado plan de guerra que no se había revelado en las conferencias de enlace por razones de seguridad. Esta entrevista imperial sólo tenía por objeto preparar a Hirohito para otra conferencia imperial, prevista para el 5 de noviembre. Los detalles operativos incluían el plan de Yamamoto del ataque a Hawái, cuya fecha se había fijado definitivamente para el 8 de diciembre (7 de diciembre hora local). La previsión meteorológica para ese domingo era ideal, pues la luna proporcionaba una luz favorable que facilitaba el ataque japonés antes de la madrugada.

Hirohito, visiblemente triste, reiteró su preferencia por una solución diplomática. También preguntó a los jefes del Estado Mayor sobre algunas cuestiones técnicas^[310], admitiendo que «quizá sea inevitable que sigamos con los preparativos para las operaciones militares». Expresó su preocupación por el tiempo previsto para las campañas en el Sudeste Asiático, que se emprenderían en conjunción con el ataque a Pearl Harbor («Ustedes me han dicho que los monzones impedirían el desembarco de nuestras tropas... ¿Podrán desembarcar?» «¿Cómo está el tiempo en Malasia?»). Aunque Hirohito aún no había perdido la esperanza en la diplomacia, también él parecía estar haciéndose a la idea de una guerra inminente. Se podía racionalizar que, yendo a la guerra, Japón estaría manteniendo el control sobre su futuro. ¿Acaso no era mejor actuar, tomar la iniciativa, que permanecer inmóvil?

El 4 de noviembre, se reunió el Consejo Supremo de la Guerra. Estaba presente el emperador, así como sus asesores militares, incluido el príncipe Higashikuni. Nadie puso objeciones a la resolución de la nueva conferencia de enlace según la cual la diplomacia y los preparativos bélicos irían en

paralelo. Si a las cero horas del 1 de diciembre no se había podido alcanzar un acuerdo con Estados Unidos, eso significaría la guerra. Cuando se dirigió a los asistentes, Tojo hablaba como si tuviera una personalidad escindida. A pesar de que acababa de prometer a Togo que apoyaría sus gestiones diplomáticas, Tojo estaba dando a entender ahora que la guerra era segura y, además, algo bueno. Éste era su *tatema*, el rostro que adoptó en este acto formal, en el que estaban presentes el emperador y los pesos pesados de las Fuerzas Armadas. Tojo estaba desempeñando el papel de un soldado heroico, más que el de un líder político con sentimientos conflictivos. «Si nos limitamos a quedarnos de brazos cruzados^[311] –dijo– y permitimos que nuestro país vuelva a ser el “pequeño Japón” de otros tiempos, estaríamos mancillando su deslumbrante historia de dos mil seiscientos años».

El 5 de noviembre el teatro político continuó en la elegante Primera Sala del Este del Palacio Meiji, que fue escenario de la tercera conferencia imperial del año. En presencia del emperador, se pidió a Togo que explicara las perspectivas de la diplomacia japonesa. Su papel era apoyar plena y categóricamente la última resolución, que ahora iba a ser rubricada por el emperador. En vez de presentar una agenda antiguerra, Togo basó su discurso en el supuesto anticolonialista de que Japón se estaba embarcando en una gran misión para salvar a Asia. Anunció su compromiso con la supervivencia no sólo de Japón sino de toda Asia, de forma que ideológicamente estaba justificando la guerra a la que con tanta vehemencia se había opuesto en las conferencias de enlace. Togo, el más valeroso y racional de los líderes, empezaba a sonar como todos los demás que afirmaban no querer la guerra al mismo tiempo que contribuían a hacerla inevitable. Se culpó a la otra parte del fracaso de los intentos realizados desde abril para llegar a un entendimiento con Estados Unidos. Japón era un país perseguido, insistía Togo.

El presidente Roosevelt se está aprovechando^[312] de la fuerte posición económica estadounidense. Como si ya hubiera entrado en la guerra, está ayudando a Gran Bretaña y recurriendo a una política económica cruelmente opresiva contra Japón. Desde mediados de abril de este año, hemos participado en negociaciones extraoficiales para la normalización de las relaciones entre Estados Unidos y Japón. El gobierno imperial ha sido honesto y justo en su actitud en esas negociaciones desde el principio, buscando la estabilidad del este de Asia y la paz mundial.

Y siguió hablando en esa vena sobre lo pacientemente que Japón había intentado llegar a un acuerdo, aunque sus esfuerzos, incluida la nueva propuesta presentada a finales de septiembre, habían sido en vano. «Si las cosas continúan como están ahora –dijo–, me temo que las negociaciones no tienen perspectiva alguna de resolverse rápidamente». Incluso si este discurso

no reflejaba la voz más íntima de Togo (*honne*), estos pronunciamientos oficiales mostraron que Togo estaba abandonando el valor de sus convicciones, aunque, sin duda, había hecho más que nadie en los círculos de toma de decisiones al máximo nivel para impedir la guerra.

Todos los líderes afirmaron su derecho a decidir el destino de Japón comenzando una guerra, mientras que, paradójicamente, insinuaban que no poseían el control último sobre el destino del país que dirigían. Sobre todo, estaban ansiosos de absolverse de toda responsabilidad por las consecuencias que pudiera tener su tortuosa decisión, presintiendo que serían realmente devastadoras. La conferencia imperial, un ritual seudorreligioso cuya finalidad era despolitizar las grandes decisiones políticas, permitía que ningún grupo ni individuo se viera obligado a soportar la enorme carga del sombrío futuro de Japón.

CAPÍTULO 14

«Entre amigos nunca está dicha la última palabra»

«Entre amigos nunca está dicha la última palabra»^[313], dijo el presidente Roosevelt, con el encanto natural de un estadista patricio, a sus dos visitantes japoneses. Era a última hora de la mañana del 17 de noviembre de 1941. Uno de los visitantes era el embajador Nomura, a quien, en el último medio año, se le había visto con frecuencia en la Casa Blanca. El otro era menos conocido: Kurusu Saburo. Kurusu era mucho más bajo que Nomura, tan alto como muchos de sus colegas estadounidenses, pero tenía un aire de tranquila autoridad. Todo en él era educado y sofisticado. Con cincuenta y cinco años tenía abundante cabello ligeramente canoso, peinado con pulcritud hacia atrás. Sus elegantes trajes, su fino bigote, sus gafas de montura de plata, la forma en que se levantaba el sombrero para saludar a los periodistas, todo revelaba una personalidad refinada. Pero precisamente por sus maneras impecables, Kurusu podía parecer un tanto distante, incluso frío, a quienes no le conocían. Diplomático experimentado, había sido designado por el gobierno de Tojo enviado especial en Estados Unidos y había llegado a Washington sólo dos días antes.

En realidad, Kurusu había asumido sus nuevas responsabilidades en la noche del 3 de noviembre. Después de un día agradable aunque agotador de visitar museos y pasear por el viejo Tokio con su hijo, ingeniero aeronáutico del ejército, le despertó a media noche un policía de una comisaría cercana. «Por favor, preséntese de inmediato en la residencia oficial del ministro de Asuntos Exteriores», le dijo el agente, que había sido enviado porque la línea telefónica de la casa de Kurusu no funcionaba. Aunque Kurusu se preguntó al principio si este aviso no tendría algo que ver con sus pronunciamientos privados contra la guerra, pronto vio que estaba equivocado. Se apresuró a ir a la residencia oficial de Togo. Allí le recibieron, en una sala brillantemente

iluminada, el ministro de Asuntos Exteriores, con expresión tensa, y varios de sus más próximos colaboradores, todos ellos igualmente serios.

Togo resumió la historia de las conversaciones informales entre Estados Unidos y Japón, señalando que la situación debía mejorar de forma drástica urgentemente. Para ello, el embajador Nomura necesitaba a un hombre capaz con experiencia contrastada en negociaciones internacionales. Como primer cónsul general de Japón en Manila, Kurusu había establecido excelentes relaciones con Filipinas y en 1919 su magnífica actuación impidió la aprobación de un proyecto de ley que habría llevado a que fueran confiscadas las propiedades agrícolas gestionadas por japoneses. Aunque estaba casi retirado, la cualificación de Kurusu era la idónea. Se le preguntó si estaría dispuesto a ir a Washington.

Cuando Tojo sucedió a Konoé en el gobierno, Nomura había solicitado dejar su puesto y no era la primera vez. Una vez más, se lo denegaron. Cabe imaginar la frustración de Nomura cuando tuvo que continuar él solo trabajando por un arreglo pacífico en Washington, donde se le consideraba un extraño en su propia embajada. Su frustración podría haberle vencido si hubiera conocido el plazo límite para un acuerdo diplomático. Ignoraba que en Tokio se había discutido, decidido, reconsiderado y vuelto a aprobar una fecha específica para la movilización militar. Con el nuevo plazo fijado para el último día de noviembre, Tokio no podía permitirse sustituir a Nomura. Más bien, el agotado embajador hubiera necesitado que se enviase a alguien para ayudarlo.

La explicación oficial para el envío de Kurusu fue el mal inglés de Nomura: lo cierto es que Togo no tenía una gran opinión de Nomura como diplomático. «En esta peligrosa emergencia^[314] –escribió Togo más tarde–, no nos podíamos permitir destituirle o titubear demasiado». Por eso Togo «le envió instrucciones casi demasiado detalladas sobre los formatos del tratado, por ejemplo, que el embajador no manejaba bien». Togo había llegado a la conclusión de que no bastaría con telegramas llenos de instrucciones.

En esa reunión a media noche con Togo, a Kurusu se le informó del contenido de los planes A y B, que habría que proponer a Estados Unidos en las semanas siguientes. Cuando Kurusu regresó a casa hacia las dos de la mañana, asombró a su familia anunciando que se marchaba a Estados Unidos casi inmediatamente.

Kurusu pasó las veinte horas siguientes tratando de familiarizarse con las

«conversaciones informales» que Japón y Estados Unidos habían mantenido desde la primavera. Leyendo los documentos y hablando con las partes interesadas en el Ministerio de Asuntos Exteriores, se enteró de que, en realidad, al principio se había pensado que las conversaciones iban bien. Para él estaba claro que el momento crucial había sido la ocupación japonesa del sur de la Indochina francesa en julio. Yamamoto Kumaichi, de la Oficina de Asuntos Estadounidenses, le aseguró que haría todo lo que estuviera en su mano para convencer a los militares de que detuvieran sus preparativos bélicos si Kurusu percibía aunque sólo fuera un destello de esperanza para el éxito de las negociaciones. Yamamoto tenía una buena razón para pensar que podía hacerse, pues recordaba que Nagano le había dicho que «la Armada estaría encantada de poner todo en manos del Ministerio de Asuntos Exteriores».

Aquella tarde, poco antes de su inminente partida, Kurusu visitó a Tojo. No se conocían personalmente. Kurusu vio al primer ministro relativamente relajado. Había cambiado su habitual uniforme caqui por un kimono, aunque seguía siendo formal. Tojo le dijo que había informado al emperador del nombramiento especial de Kurusu. Siguió diciendo que, de acuerdo con su valoración^[315], «la probabilidad de éxito en las negociaciones con Estados Unidos es del 30 por ciento». Pero le parecía que aún tenían tiempo. Creía que Estados Unidos todavía no estaba preparado para la guerra y que la opinión pública estadounidense era claramente contraria a ella. Estados Unidos no disponía de materias primas como caucho y estaño, dijo Tojo, por lo que era improbable que arriesgase su acceso al Sudeste Asiático declarando la guerra a Japón.

«Haga todo lo posible y regrese con un acuerdo», dijo Tojo. Para consternación del diplomático, añadió: «Pero Japón no podría ceder en la cuestión de la retirada de las tropas». Si se hacía esa concesión, no podría enfrentarse a los espíritus de los hombres que habían muerto por el emperador en todas las guerras modernas de Japón. Evidentemente, éste era el discurso típico de Tojo, que había impedido al tercer gobierno de Konoé buscar un arreglo diplomático con Estados Unidos. Sin embargo, Tojo no era tan intransigente sobre esta cuestión como sus palabras sugerían. Había ayudado a Togo a obtener importantes concesiones de los militaristas en las recientes conferencias de enlace. El Plan B ofrecía al menos el calendario para una retirada de China; y comprometía a Japón a una rápida retirada del sur de Indochina como paso preliminar para la retirada de toda la Indochina francesa y China. En efecto, Tojo había avanzado mucho sobre la cuestión de la

retirada de las tropas, probablemente porque comprendía su importancia, a pesar de sus constantes referencias a los espíritus heroicos de los muertos en la guerra.

A Kurusu le pareció que Tojo era demasiado optimista. Explicó que había accedido a encargarse de esa difícil misión porque estaba convencido de que tratar de evitar la guerra era el servicio que debía prestar al pueblo japonés y su emperador. Su misión estaba destinada a los vivos, no a los muertos. «¿Estará usted dispuesto a apoyar las gestiones diplomáticas si se alcanzara un acuerdo entre los dos países a pesar de la previsible oposición?», preguntó Kurusu. Tojo repuso: «Sí, desde luego». El máximo diplomático japonés se dio cuenta en ese momento de la tremenda delicadeza de la situación: aunque Tojo, como soldado, no podía prometer abiertamente humillantes concesiones militares, Kurusu entendió que, en efecto, estaría dispuesto a soportarlas siempre que Kurusu tuviera el compromiso de la otra parte. Esto le dio alguna esperanza.

Cuando estaba terminando la reunión, Tojo dijo a Kurusu que el plazo para las negociaciones concluía al final de noviembre. Lo dijo de una manera inquietantemente despreocupada. Togo no había mencionado eso a Kurusu. Como le quedaban menos de dos semanas, Kurusu se dio cuenta entonces de que el verdadero obstáculo era el tiempo del que disponía.

A pesar de sus indudables intelecto y experiencia, la elección de Kurusu fue desafortunada desde el punto de vista de las relaciones públicas. Para el mundo exterior, Kurusu sólo era conocido como el hombre que firmó el Pacto Tripartito y se fotografió junto a Hitler en el momento álgido de la amistad germano-japonesa. En realidad, se oponía rotundamente al pacto, pero se vio obligado a firmarlo como embajador japonés en Alemania en el otoño de 1940. Kurusu nunca quiso el puesto de Berlín y lo había rechazado varias veces. Estaba dispuesto a retirarse tras haber sido embajador en Bélgica, donde estuvo destinado de 1936 a 1939. Su periodo en Bruselas coincidió con el estallido y la escalada de la guerra de China con el primer gobierno de Konoé. En calidad de embajador intentó propiciar una solución al conflicto con la mediación de los gobiernos belga y francés. Sabía que Japón no tenía planes coherentes para esa guerra ni, lo que era peor, un líder efectivo. La escalada se produjo porque, en sus propias palabras^[316], «el gobierno siempre se dejaba arrastrar por los *faits accomplis* sobre el terreno sin perspectivas de solución a largo plazo». Peor aún, «no [había] coordinación en el seno del Ejército ni entre el Ejército y la Armada», y todo el mundo estaba

«preocupado salvando la cara y evadiendo responsabilidades».

Kurusu no podía haber imaginado que las cosas empeorarían tan rápidamente cuando él y su familia, junto con una multitud de espectadores entusiasmados, recibieron a los pilotos que batieron el récord con el *Kamikaze* en el aeropuerto de Bruselas en abril de 1937. Aceptó la embajada de Berlín en 1939 con la única esperanza de evitar que la diplomacia de Japón continuara con su línea de desatinos. Una vez en Berlín, siguió buscando formas de resolver la guerra de China con la mediación de Alemania. Pero cuando parecía que las cosas empezaban a moverse en la dirección correcta, Konoe, en su segundo mandato, reconoció a la China de Wang Jingwei y, de esa forma, se enemistó con Chiang Kai-shek para siempre.

Kurusu pronto quedó apartado de todas las comunicaciones importantes entre los líderes alemanes y los japoneses. El gobierno de Hitler consideraba que a través de Kurusu no podría atraerse a Japón tanto como deseaba y el acuerdo sobre el Pacto Tripartito lo cerraron apresuradamente Matsuoka y un enviado alemán en Tokio. No obstante, como Kurusu fue fotografiado junto a Hitler, su reputación quedó manchada para siempre.

Kurusu estaba tan asqueado por ésta y otras experiencias en Alemania que pidió ser relevado de su puesto, y se le permitió abandonar Berlín en febrero de 1941. Tras su regreso a Japón llevó una vida recluida y rechazó cargos en el gobierno, incluida una cartera en el gabinete de Tojo. No obstante, no podía rechazar la llamada de emergencia a Washington. Deseaba sinceramente un arreglo pacífico de las diferencias entre Estados Unidos y Japón. En su fuero interno era pro anglo-estadounidense. Quizá como hijo de un próspero industrial que había llevado a cabo el desarrollo urbano del cosmopolita puerto de Yokohama, valoraba de forma innata el liberalismo mercantil. Esa ciudad portuaria fue una ventana al mundo durante la rápida modernización de Japón y era conocida por sus habitantes prácticos y poco propensos al sentimentalismo como Kurusu.

Kurusu también tenía un interés personal en el futuro de Estados Unidos y Japón. Estaba casado con una estadounidense de Nueva York, hija de británicos (su padre era un sacerdote anglicano). Kurusu quería hacer todo lo que estuviera en su mano para evitar una guerra entre los dos países que más significaban para su familia. Sería una misión peligrosa. En el Estado Mayor del Ejército había quienes decían abiertamente que deseaban que su avión se estrellase. Acompañado por deseos como éstos, Kurusu partió para Taiwán muy temprano en la mañana del 7 de noviembre.

Nomura tendría que continuar solo hasta mediados de mes, dada la duración del viaje de Kurusu. Togo esbozó a Nomura los planes A y B. «Las próximas negociaciones son^[317] nuestro último intento –escribió Togo–. Nuestra contrapropuesta es literalmente definitiva a todos los efectos... Si no podemos llegar a un compromiso rápido, eso significará, lamentablemente, la ruptura de las negociaciones y de las relaciones entre los dos países». Mientras que la fecha límite real eran las cero horas del 1 de diciembre, a Nomura se le dijo que había que llegar a un acuerdo antes del 25 de noviembre. Tampoco se le informó sobre la significativa concesión militar que Togo había conseguido para el Plan B: la retirada inmediata de tropas del sur de Indochina. Togo calculaba que, si todo lo demás fallaba podría utilizar esa baza en el último momento para rentabilizarla al máximo en las negociaciones.

Nomura empezó sus gestiones. El 7 de noviembre se reunió con el secretario de Estado Hull y le presentó el Plan A. Hull ya lo conocía por sus fuentes de inteligencia, pero dijo al embajador que necesitaba algún tiempo para estudiarlo y considerarlo. El 10 de noviembre Nomura se reunió con Roosevelt. El presidente no hizo ninguna referencia concreta^[318] al Plan A pero empleó el término «modus vivendi» para describir lo que ambos países estaban intentando lograr. Dijo que él, Nomura y Hull «sólo habían pasado unos seis meses buscando una solución para nuestras relaciones y las de otros países del Pacífico». Había que tener más paciencia. En su opinión, un modus vivendi no sólo era «un acuerdo temporal y oportuno, sino que también tiene en cuenta la existencia humana real». Nomura se marchó de la reunión con la impresión de que el presidente estaba considerando un arreglo provisional de las diferencias con Japón, en vez de exigir su resolución permanente con un cambio de política completo e inmediato.

Desde la perspectiva estadounidense, dada la preocupación de Roosevelt con la guerra en Europa, era deseable posponer cualquier conflicto armado en otro frente lejano. Washington no tenía prisa. Nomura sí. Para conseguir algo concreto antes del autoimpuesto plazo de Tokio, necesitaba una respuesta más concreta de Roosevelt a los puntos del Plan A, lo que solicitó al presidente el 10 de noviembre y, de nuevo, a Hull el 12 de noviembre. Cuando Wakasugi Kaname, el ministro consejero, visitó^[319] al subsecretario de Estado Joseph Ballantine el 13 de noviembre, dijo que «el público [japonés] está impacientándose y a punto de caer en la desesperación». Esto era una falsedad flagrante, pues presentaba a Japón como si fuera una democracia abierta e

informada, cuyo «público» supiera lo que estaba en juego en Washington.

Wakasugi había dicho a Ballantine que Tokio consideraba que sus conversaciones eran de naturaleza formal, ya que el embajador Nomura presentaba las instrucciones que recibía de Tokio al presidente en persona. Sin embargo, el gobierno estadounidense, según Ballantine, consideraba que las negociaciones «aún están en la fase de conversaciones exploratorias informales». Añadió que el gobierno de Estados Unidos esperaba hablar con China y con otras partes interesadas, en caso necesario, y que sólo entonces podría llegarse a «una fase de negociaciones» entre Japón y Estados Unidos.

El 14 de noviembre, un Nomura exasperado envió un telegrama a Togo. «Si la situación lo permite^[320] –recomendó el embajador al ministro de Asuntos Exteriores–, no deberíamos precipitarnos por uno o dos meses. Tenemos que tranquilizarnos y contemplar el mundo en su totalidad, y esperar y perseverar hasta que pensemos mejor qué camino tomar en el futuro». Este argumento, perfectamente razonable, casi no venía a cuento, dado el ajustado plazo, e irritó a Togo porque en el fondo sabía que Nomura tenía razón.

El 15 de noviembre Nomura, acompañado de Wakasugi, se reunió con Hull en su residencia. Se entregó a Nomura una nota verbal y un borrador extraoficial de una declaración conjunta de Estados Unidos y Japón sobre la política económica y la igualdad de oportunidades. Hull no había aceptado^[321] el punto japonés de que la igualdad de oportunidades debía aplicarse al resto del mundo antes de implantarse en China: «[Japón no podía esperar que] Estados Unidos asuma la responsabilidad por las prácticas discriminatorias que existan en zonas fuera de su jurisdicción soberana ni proponer incluir en un acuerdo con Estados Unidos una condición que sólo podría cumplirse con el consentimiento y la cooperación de todos los demás gobiernos», explicó. Pero, al menos, estaba discutiendo un punto concreto de los propuestos en el Plan A. Wakasugi preguntó si sería posible que Japón recibiera una respuesta rápida por parte de Estados Unidos a los demás puntos. Nomura preguntó si ahora podría decirse legítimamente que las «conversaciones informales» habían pasado la fase exploratoria y que los dos países estaban manteniendo negociaciones formales. Eso causaría cierto efecto en Tokio. Hull respondió negativamente y pidió a Wakasugi que tomara nota atentamente de lo que iba a decir. «Si queremos llegar a una solución negociada^[322] para la zona del Pacífico», la Administración estadounidense podría hacerlo «únicamente sobre la base de conversaciones exploratorias». Sólo después de que Hull considerase apropiado compartirlo

con «Gran Bretaña, China y los holandeses», no tendría nada que objetar en llamar «negociación a lo que tuviera lugar más adelante». ¿Qué diríamos a nuestros amigos, preguntó a los japoneses, si esos países se enteraban por la prensa de que estábamos «negociando con Japón sobre cuestiones que también les afectaban a ellos sin haber sido consultados?» Al término de la reunión Hull hizo la esperanzadora observación de que mientras estuvieran claras las intenciones pacíficas de Japón respecto a la no discriminación en los asuntos comerciales, así como al Pacto Tripartito, él pensaba que «podían sentarse como hermanos y encontrar alguna solución a la cuestión de las tropas japonesas estacionadas en China».

El 16 de noviembre Togo respondió^[323] al telegrama de Nomura en el que urgía a abandonar la fecha límite. «Lamentablemente –escribió Togo–, debido a diversos factores, no podemos esperar y perseverar hasta que sepamos mejor cómo va a ser el mundo en el futuro... No podemos alterar el hecho de que hemos de alcanzar rápidamente un compromiso en esta negociación».

El día antes, Kurusu había llegado por fin a Washington. En Tokio Togo le había dado^[324] instrucciones pormenorizadas sobre los distintos formatos en que el Plan B –en caso de que el Plan A fuera rechazado– debía ser presentado a la Casa Blanca, cada uno de los cuales ofrecía condiciones ligeramente distintas. La primera de las tres versiones del Plan B era la que se aprobó en la conferencia imperial del 5 de noviembre. Estipulaba que 1) no se realizarían más conquistas militares en el este de Asia y en el Pacífico Sur, 2) los dos países cooperarían para garantizar el acceso a las materias primas de las Indias Orientales holandesas, 3) las relaciones comerciales volverían a las condiciones anteriores a la congelación de los activos nipones por parte de Estados Unidos y 4) no habría injerencia estadounidense en una paz chino-japonesa. En esta versión, la disposición japonesa para retirarse de Indochina, hacer concesiones sobre una política comercial no discriminatoria y explorar las interpretaciones japonesas del Pacto Tripartito sólo aparecían como «observaciones adicionales».

En la segunda versión, los primeros cuatro puntos permanecían invariables y las tres «observaciones adicionales» se elevaban a la categoría de apartados formales (numerados de 5 a 7 respectivamente). Estos nuevos apartados también tenían varias salvedades en forma de «observaciones adicionales», las más destacables de las cuales eran las condiciones relacionadas con la retirada de tropas: Japón estaría dispuesto a trasladar inmediatamente las suyas del sur al norte de la Indochina francesa «en caso de

que se llegara a un acuerdo» entre Estados Unidos y Japón.

La tercera versión, que, en opinión de Togo, sería la mejor recibida en Washington, afirmaba claramente en el apartado 5 (no como «observación adicional») que Japón estaba dispuesto a «trasladar a la parte septentrional de la Indochina francesa sus tropas estacionadas en el sur de la Indochina francesa».

Así pues, el cometido más crucial encomendado a Kurusu era utilizar las distintas versiones para obtener la máxima ventaja, según las instrucciones de Togo. Nomura y Kurusu prácticamente no tenían libertad diplomática alguna.

Poco antes de partir de Tokio, Kurusu pasó por la embajada estadounidense. Quería agradecer a Joseph Grew que le hubiera organizado un vuelo transpacífico en un Clipper para llevarle a Washington. «¿Va a presentar una nueva propuesta?», preguntó Grew con aparente interés. Aún tenía fresco en la memoria el intento de convencer a su gobierno de que diera a Konoé una oportunidad en la cumbre. Grew había insistido entonces en que si bien no se podían presentar por escrito propuestas concretas con anterioridad a la reunión, era seguro que el príncipe ofrecería en persona condiciones favorables a Estados Unidos. Había esperado que Kurusu llevase alguna concesión importante. «No», respondió Kurusu. Grew se quedó visiblemente desanimado. Él y la llorosa señora Grew desearon mucha suerte a Kurusu.

Kurusu se preguntó si la Administración estadounidense tendría una actitud favorable hacia él. No sólo había firmado el Pacto Tripartito, aunque fuera involuntariamente, sino que también carecía de la importancia política de un miembro del gobierno. ¿Podría convencer a los estadounidenses de que los líderes japoneses realmente deseaban evitar una confrontación militar? Llegados a ese punto, ¿bastaría el Plan B en alguna de sus formas?

El 17 de noviembre Kurusu, acompañado de Nomura, fue conducido por Hull desde su despacho en el Departamento de Estado a la Casa Blanca para reunirse con Roosevelt por primera vez. Aunque no se puede decir que fuera relajada, la atmósfera tampoco fue especialmente tensa. Kurusu salió de la reunión animado por lo que él interpretaba como la voluntad estadounidense de continuar las «conversaciones». Comunicó a Roosevelt que su llegada no representaba ninguna presión añadida sino un esfuerzo especial por parte de Japón para hallar una base común. Al describir el punto de vista japonés, Kurusu pidió al presidente que viera la situación desde la «perspectiva»

japonesa. Fue entonces cuando Roosevelt señaló: «Entre amigos nunca está dicha la última palabra».

Esta frase tenía un significado especial para los japoneses. Roosevelt había repetido las palabras que casi tres décadas antes había pronunciado el secretario de Estado William Jennings Bryan a Chinda Sutemi, el embajador japonés en Estados Unidos. El servicio histórico de Chinda a los dos países fue llevar cerezos a Washington y plantarlos en las orillas del río Potomac. Pero, para los japoneses, el nombre de Chinda estaba igualmente unido a su oposición a la Ley de la Tierra y los Extranjeros de 1913. Esta ley, dirigida principalmente a la floreciente comunidad japonesa, impedía adquirir propiedades a los residentes extranjeros que no tuvieran derecho a la ciudadanía estadounidense. (La Ley de Naturalización de 1870 estipulaba que todas las personas de origen asiático que no hubieran nacido en Estados Unidos no tenían derecho a la ciudadanía). La protesta de Chinda al presidente Wilson no obtuvo ningún resultado; la ley del Estado de California fue precursora de la Ley federal de Inmigración de 1924, que incluía la Ley de Exclusión de los Asiáticos.

Para muchos japoneses, esas medidas eran una manifestación evidente del racismo innato de los norteamericanos blancos hacia los pueblos no blancos. Tales medidas de exclusión impulsaron en parte a los japoneses a emigrar a otros lugares y fueron utilizadas interesadamente como pretexto para la expansión imperialista de Japón en el resto de Asia. No obstante, a pesar de varios retrocesos en sus relaciones diplomáticas a lo largo de los años, el mantra diplomático de Bryan siempre había sido alentador para el gobierno japonés en sus relaciones con Estados Unidos. A Kurusu le emocionó profundamente que Roosevelt lo citara.

Roosevelt pareció más que receptivo a los planteamientos de Kurusu. Se mostró abierto sobre el tema de China y declaró que era consciente de las dificultades logísticas de una retirada inmediata de tropas y de que era una cuestión delicada desde el punto de vista japonés. Aunque no sabía si existía ese término diplomático, expresó el deseo de actuar como «presentador» entre China y Japón. Estados Unidos no «mediaría», y mucho menos «intervendría», en los términos de un acuerdo de paz, sino que se limitaría a reunir a las dos partes negociadoras, como Japón había solicitado.

Hasta ahí, muy bien. Kurusu se daba cuenta de que la cuestión más problemática para Roosevelt –más aun que la retirada de China– era el estatus de Japón en el Pacto Tripartito, y se dispuso a abordarlo. Kurusu reconoció

que a Japón le resultaría difícil desvincularse del Pacto Tripartito, al menos formalmente. Pero si Japón llegaba a un «acuerdo general» con Estados Unidos, ese acuerdo «eclipsaría» al Pacto Tripartito y lo convertiría en papel mojado. A los líderes estadounidenses, radicalmente opuestos al régimen nazi y a su ideología, les resultaba difícil encontrar algún valor en esta declaración, hecha por el hombre que había firmado el pacto de Japón con Hitler. Hull, que nunca se calló lo que pensaba sobre este tema, intervino entonces para expresar su total desacuerdo con lo que Kurusu acababa de decir.

Al término de la reunión, Kurusu pensaba que, en términos generales, había sido un éxito. Nomura se sentía más seguro con la soltura lingüística y social de su colega más joven. Por tanto, el informe que enviaron a Tokio mencionaba algunos gestos de interés significativo por parte de Estados Unidos. Pero esta impresión optimista no era compartida por la otra parte. Hull no podía ocultar su desagrado cuando escribió el memorándum de la reunión. No estaba dispuesto a aceptar nada que no fuera la salida formal nipona del Eje. Se mostró despectivo con el^[325] «engañoso intento [de Kurusu] de minimizar la importancia del Pacto Tripartito».

Joseph Grew siempre se había esforzado por comprender y comunicar la perspectiva japonesa. Hull, aunque estaba mostrando una gran paciencia, se inclinaba más a escuchar a Stanley Hornbeck, del Departamento de Estado, que estaba firmemente convencido de que, por lo que respectaba a Tokio, resultaba más útil utilizar el palo que la zanahoria. En una reunión anterior con Nomura, Hull había dicho^[326] que le resultaría muy difícil «hacer creer a la población de este país y a la de todas las naciones pacíficas que Japón estaba actuando con miras a la paz». Después de todo, «estaba ligado por una alianza al agresor más flagrante que ha aparecido en el planeta en los últimos dos mil años». Si el gobierno de Estados Unidos «llegaba a un acuerdo con Japón, mientras Japón seguía obligado con Alemania», Hull creía que podrían «lincharme».

Dada la aversión de Hull a los nazis y, por extensión, a sus «amigos», veía con escepticismo el nombramiento de Kurusu como embajador especial. El propio Kurusu tampoco se hizo ningún favor cuando declinó la invitación de Hull a seguir discutiendo el Pacto Tripartito, entre otras cosas, inmediatamente después de la reunión con Roosevelt. Fue una decisión que Kurusu lamentaría profundamente, aunque nunca dio una explicación clara de por qué rechazó esa oferta. Quizá le parecía que necesitaba un día más para preparar la reunión o, más probablemente, recibir instrucciones de Togo.

También debía de estar físicamente agotado después de su largo viaje. Cualquiera que fuera la razón, ese día Hull^[327] se formó una opinión sobre Kurusu, que permaneció invariable, como la escribió en su memorándum de la reunión:

En conjunto, el embajador japonés y el embajador Kurusu no presentaron nada nuevo. El embajador Kurusu alegó constantemente que no había razón alguna para que existieran diferencias de peso entre los dos países y que era preciso encontrar formas de resolver la presente situación. Dijo que el primer ministro Tojo está muy deseoso de llegar a un acuerdo pacífico a pesar de que es un Hombre del Ejército... En repetidas ocasiones el presidente contestó hábilmente a los comentarios del embajador Nomura y también del embajador Kurusu, especialmente respecto a los tres principales puntos que separan a nuestros dos países [la igualdad de oportunidades comerciales, la retirada de China y el Pacto Tripartito]. No se hizo esfuerzo alguno por resolver esas cuestiones en la reunión.

Mirando atrás en 1948^[328] Hull dijo que le «pareció desde el principio que [Kurusu] era falso».

Los numerosos informes que se estaban recibiendo en Washington sobre los discursos belicosos de los políticos japoneses no iban a facilitar la misión de Kurusu. El discurso que Tojo pronunció en la Dieta^[329] el 17 de noviembre, justo cuando Kurusu empezaba su misión, fue particularmente perjudicial debido a la amplia cobertura que recibió. Tojo habló en la primera sesión «parlamentaria» que iba a ser grabada y filmada. (Como se ha señalado, el sistema parlamentario japonés estaba suspendido desde la formación de la Asociación de Asistencia al Régimen Imperial durante el segundo mandato de Konoé). El discurso fue transmitido por la NHK y al día siguiente apareció en todos los noticiarios destinados al público general. Estudioso de la propaganda nazi, Tojo trató activamente de agitar y movilizar a la nación japonesa mediante el uso de los medios audiovisuales.

Aunque Tojo dijo que la situación política japonesa era «crítica», el discurso, que no daba detalles concretos, no resultó especialmente novedoso para la población. Explicaba a grandes rasgos que las cosas no iban muy bien porque Japón seguía sometido a las presiones de aquellos que no comprendían sus intenciones pacíficas. Dio las gracias a los soldados que combatían en China y aseguró a la nación que la caída del régimen de Chiang Kai-shek estaba próxima y que, a la luz de la inestable situación en la Unión Soviética desde junio, se estaban tomando ciertas medidas para salvaguardar las fronteras septentrionales japonesas. En cuanto al sur, Tojo insistió en que Japón se había visto forzado a ocupar el norte de la Indochina francesa porque «Gran Bretaña, Estados Unidos y Países Bajos habían intensificado sus políticas económicas exclusionistas contra Japón». La ocupación del sur de

Indochina pretendía ser un «paso defensivo» adicional para contrarrestar esas políticas. Pero también había sido «recibido con recelo y temor por esos mismos países, lo que los había llevado a congelar los activos japoneses y a implantar una sanción total de facto». En su opinión, esto era «un acto agresivo y hostil equivalente a un conflicto armado».

Tojo dijo que su gobierno aún estaba haciendo todo lo posible por alcanzar una solución pacífica, pero también sugirió que no iba a ser fácil. Por lo tanto, la nación tenía que unirse, «ocurra lo que ocurra», para garantizar un futuro más prometedor para Japón, para Asia y para el mundo. Concluyó el discurso agradeciendo a los japoneses que habían participado en la movilización y expresó su respeto y gratitud hacia las «almas heroicas de los muertos en combate» para proteger a su nación.

El discurso de Tojo, que precedió a la ceremoniosa aprobación bicameral de una nueva política acompañada de un incremento especial del presupuesto militar, se caracterizó, en palabras del corresponsal Otto Tolischus, por «algo de esa extraordinaria habilidad con el lenguaje que con frecuencia es intraducible». En su crónica publicada en *The New York Times* el 18 de noviembre de 1941 Tolischus citó el discurso de Tojo de la siguiente forma:

Resolver los problemas en el este de Asia tan rápidamente como sea posible y asegurar para siempre la coprosperidad entre las naciones del este de Asia, contribuyendo así a la paz mundial, son las políticas nacionales inamovibles del Imperio japonés. El gobierno debe romper con la presente situación crítica, al mismo tiempo que afronta debidamente las situaciones en el interior y en el exterior del país, y ello sin cometer ningún error en la ejecución de las políticas nacionales.

Los japoneses no debieron de alarmarse demasiado por la firmeza del discurso de Tojo. La contundencia de su lenguaje ya no causaba efecto alguno porque se abusaba de ella habitualmente. Sin embargo, en la medida en que sirvió para presentar a la población japonesa la voz de Tojo, el discurso fue un éxito. Su forma de hablar, afectadamente formal –caracterizada por el frecuente uso de las expresiones «por consiguiente» y «así pues»– se hizo tan familiar al oído japonés que los niños enseguida empezaron a imitarla.

El impacto de aquella sesión tan publicitada fue mayor en Estados Unidos. No era así como hablaban los políticos amantes de la paz. Al mismo tiempo que declaraban su preferencia por ella, parecía que los líderes japoneses, empezando por Tojo, daban prioridad a los preparativos para la guerra y proclamaban sin rebozo sus intenciones bélicas. Tolischus observó que los discursos pronunciados por Togo y por Tojo en la Dieta «muestran a las claras la inminencia de un enfrentamiento definitivo entre Japón y Estados Unidos». Aunque citó la frase de Togo: «No es en absoluto imposible una

conclusión amistosa de las negociaciones», el corresponsal escribía que «aquí, la impresión general, tanto en los círculos diplomáticos como en los extranjeros, [era que los discursos] no contribuían en nada a esa solución negociada en el Pacífico que Japón dice desear».

Al día siguiente, el 19 de noviembre, Tolischus envió otra crónica en la que citó un discurso de Shimada Toshio. El veterano político y exministro de Agricultura explicó que la política que se estaba siguiendo era vital para tratar el «cáncer del Pacífico [que] habita en las mentes de los arrogantes líderes estadounidenses, que están buscando la hegemonía mundial e incluso inmiscuyéndose en Europa con su ayuda a Gran Bretaña». La misión de Japón era extirpar ese cáncer esgrimiendo un gran cuchillo y librando su «desinteresada guerra sagrada». Y, lo que era más preocupante, añadió que «hay otras formas de hacer entrar en razón a gente así».

En Washington se tenía la impresión de que Japón había decidido entrar en guerra. Ya casi no quedaban ciudadanos estadounidenses en Tokio. Durante algún tiempo, a pesar de las tensiones diplomáticas y la guerra de China, el número de estadounidenses no había dejado de aumentar, llegando a más de mil en 1940. Pero en noviembre de 1941 sólo quedaban doscientos, la cifra más baja en las tres últimas décadas.

Kurusu tenía que superar en Washington mucho más que su equívoca imagen pública.

A pesar de las hostilidades entre Estados Unidos y Alemania^[330], Estados Unidos se estaba manteniendo apartada de la guerra de Hitler. Después del incidente del *Greer*, un submarino torpedeó al destructor estadounidense *Kearny* en la costa de Islandia el 17 de octubre y causó once muertos. Roosevelt habló entonces como si la contienda fuera inminente, pero no pidió al Congreso una declaración de guerra. El 31 de octubre Estados Unidos volvió a sufrir otra agresión cuando un submarino atacó al destructor *Reuben James*, que formaba parte de un convoy de escolta, cerca de Islandia. Se hundió y perecieron 115 hombres. Tampoco en esta ocasión hubo una petición de declaración de guerra; de hecho, la reacción de Roosevelt a este desastre fue sorprendentemente mesurada. Tenía en mente a la oposición aislacionista interna, a la opinión pública contraria a la guerra, que el país no estaba preparado para una movilización general y, cada vez más, la incertidumbre de las relaciones con Japón en el Pacífico.

Tras el incidente del *Reuben James*, el Senado aprobó una resolución el 7

de noviembre para revocar determinadas secciones de las Leyes de Neutralidad, y la Cámara hizo lo propio el 13 de noviembre. En ambas votaciones el margen de diferencia no fue muy grande (50-37 en el Senado y 212-194 en la Cámara), lo que justificaba la cautela de Roosevelt. Estados Unidos podía ahora armar sus barcos mercantes e ir a zonas de combate con cualquier tipo de carga. Precisamente cuando los legisladores de Washington por fin estaban empezando a solucionar las trabas legales para entrar en una guerra que consideraban probable en el Atlántico, la situación también empezaba a complicarse en el Pacífico. Cada día había más tropas japonesas en la Indochina francesa. En respuesta, Gran Bretaña y Estados Unidos incrementaron sus defensas en Malasia y Filipinas. En los mares del Sur reinaba una atmósfera preocupante.

Una vez más, el Soldado U se vio afectado de forma directa por el nuevo plan de movilización japonés. Se le había llamado a filas por un posible ataque a la Unión Soviética en el verano de 1941, que, como ya sabemos, nunca se produjo. En cualquier caso, al comienzo del otoño se le encargó supervisar el entrenamiento de sus compañeros menos experimentados en el norte de Manchuria, mientras luchaba contra el hambre permanente y las chinches. A finales de octubre, él y su unidad fueron enviados a la cosmopolita ciudad de Harbin, que había sido remodelada por los rusos, en el sur de Manchuria. Allí se le dio un pico y una pala y se le puso a trabajar en la construcción de búnkeres militares durante cuarenta días seguidos. El esfuerzo le dejó una cojera crónica en la pierna izquierda. A mediados de noviembre su unidad recibió órdenes de abandonar Harbin de inmediato; ni siquiera pudo despedirse de su cuñada, que vivía en esa ciudad. No obstante, el Soldado U y sus amigos salieron de la estación de ferrocarril con optimismo. Creían que su «llamada provisional» por fin había terminado y que los mandaban a casa. Mantuvieron su alegre estado de ánimo durante los tres días que duró el viaje en vagones atestados.

Pero su optimismo se vino abajo cuando llegaron a Dalián, un gran puerto de Manchuria. Se les ordenó que se cambiaran el uniforme de invierno por el de verano y se les entregaron máscaras y guantes de mosquitero. No sabían cuál era su destino, pero estaba claro que no volvían a casa. Junto con otras unidades subieron a bordo de un gran barco. Mientras duró el viaje sobrevivieron con un poco de arroz con algas, por lo que siempre estaban hambrientos. Cada día hacía más calor. Por fin, el barco se detuvo. Se rumoreaba que estaban en el estrecho de Taiwán. Cuando subieron a cubierta, se quedaron asombrados al ver una impresionante flota de naves japonesas.

Después de repostar, zarparon todos juntos. La escolta naval, que incluía aviones y barcos de guerra, hizo que los soldados se sintieran seguros. La temperatura seguía subiendo y el hambre y la sed del Soldado U no dejaban de aumentar, pero aún no sabía adónde le llevaban.

Este traslado de tropas al sur no era más que un aspecto del programa ofensivo japonés. Antes, el 7 de noviembre, el Estado Mayor de la Armada había emitido la primera orden de movilización de guerra. El 10 de noviembre se seleccionó a diez marinos para una misión submarina de apoyo al ataque aéreo a Pearl Harbor. En la misión iban a participar cinco minisubmarinos, cada uno de los cuales portaría dos hombres y dos torpedos, que actuarían como «torpedos tripulados». Su alcance era reducido y una vez estuvieran en el puerto, las probabilidades de supervivencia de estas tripulaciones se consideraban extremadamente bajas. Yamamoto, contrario a cualquier estrategia que presupusiera la muerte de sus hombres, había rechazado el plan repetidas veces durante los meses anteriores. Pero los jóvenes oficiales que lo habían desarrollado insistieron en que se ejecutara. Al final, Yamamoto cedió, con la condición de que los oficiales siguieran investigando la forma de que las tripulaciones pudieran regresar vivas y se comprometieran a maximizar esa posibilidad.

Así se aprobó lo que, de hecho, equivalía a una misión suicida. Esta forma de actuar reflejaba la lógica de la propia decisión sobre la guerra: mientras hubiera la más mínima probabilidad de éxito, merecía la pena correr el riesgo. El 18 de noviembre, después de realizar sus últimos ejercicios, un grupo de seis portaaviones, cuyo destino era Hawái, zarpó hacia la bahía de Hitokappu, situada en el extremo septentrional del archipiélago japonés. Los portaaviones partirían desde allí para evitar ser detectados por otros barcos. El vicealmirante Nagumo Chuichi, de cincuenta y cuatro años, estaba al mando de esta Primera Flota Aérea. Comandante de la vieja escuela, prácticamente sin experiencia en la aviación, había sido nombrado sólo por su antigüedad.

Ese mismo día, en Washington, Nomura y Kurusu se reunieron con Hull, que, como el día anterior, insistió en que no era aconsejable que Japón permaneciera en la alianza fascista. Volvió a decir que no comprendía por qué Japón se obstinaba en cumplir su tratado con Hitler. Alemania no tenía precisamente un gran historial de fidelidad a sus socios. Hull subrayó a los diplomáticos japoneses^[331] que mientras Japón siguiera siendo aliado de los fascistas, no sabía si «podría hacerse algo para alcanzar un acuerdo satisfactorio con Japón». Dijo que Estados Unidos había podido «llegar hasta

ahí, pero antes que superar un determinado punto, nos detendremos y asumiremos las consecuencias». No estaba dispuesto a comprometer lo que consideraba sus principios morales básicos. Kurusu sólo podía repetir que un acuerdo entre Estados Unidos y Japón «eclipsaría» al Pacto Tripartito y rogó a Hull que comprendiera que «los grandes barcos no pueden virar con rapidez, sino que tienen que maniobrar lenta y gradualmente».

Entonces llegó el momento más notable, con diferencia, para Nomura en sus contactos con Washington. Nomura sugirió a Hull que Japón retiraría sus tropas del sur de Indochina, de forma que los dos países pudieran «[volver] al estatus existente antes de esa fecha en julio... antes de que [Estados Unidos] pusiera en vigor las medidas de congelación». Nomura estaba jugando su mejor carta: la concesión que Togo había arrancado a los militares. Kurusu probablemente le había informado de ella.

Hull no pareció impresionado por la sugerencia de Nomura. Dijo que Japón podría estar actuando simplemente en interés propio con la retirada de las tropas para trasladarlas a otros lugares «igualmente censurables» y que a su gobierno le resultaría difícil revocar el embargo si no «creía que los japoneses habían tomado definitivamente un rumbo pacífico y renunciado a los planes de conquista». Nomura insistió. Explicó que los japoneses estaban cansados de combatir en China y que el gobierno estadounidense podía estar seguro de que Japón tenía la intención sincera de dar un primer paso tangible hacia la paz.

El objetivo de Nomura era conseguir una distensión momentánea, en vez de aspirar a un plan exhaustivo ideal que difícilmente podría acordarse –y mucho menos aplicarse– en un futuro próximo. Era su forma de demostrar a Washington que Japón se tomaba muy en serio la idea –planteada por Roosevelt– de crear un *modus vivendi*. Al término de la reunión, Hull había cedido hasta el punto de comprometerse a consultar con los británicos y los holandeses la nueva propuesta japonesa. Era una señal de que, utilizando la expresión de Hull, las discusiones estaban progresando de la fase de «conversaciones exploratorias» a la de «negociaciones formales». Los dos negociadores japoneses estaban muy animados con esta perspectiva.

Kurusu envió un mensaje a Tokio^[332] inmediatamente después de esta reunión con Hull. Escribió en términos apremiantes que tanto él como Nomura pensaban que Washington estaba abierto a negociaciones y que sería una locura recurrir a alguna medida precipitada e irreversible sólo porque la otra parte no accedía de inmediato a todas las condiciones propuestas por

Japón. El comunicado de Kurusu también ponía de relieve que Roosevelt y Hull cada vez eran más firmes en su exigencia de que Japón cortara sus vínculos con Alemania. Aunque quizá no fuera posible abandonar el pacto de forma inmediata, Kurusu creía que Japón debía dar alguna indicación clara de que se estaba alejando de Hitler. Teniendo en cuenta la limitación temporal de las negociaciones, Kurusu sostenía que lo mejor sería buscar un acuerdo en la línea de la última propuesta de Nomura y retirarse del sur de la Indochina francesa. Cuantas más condiciones presentara Japón con esta propuesta, más difícil les resultaría a ambos gobiernos emprender un diálogo productivo. Concluyó el mensaje diciendo que a él y a Nomura les gustaría llegar a algún acuerdo con Roosevelt antes del 22 de noviembre, fecha en que estaba previsto que el presidente abandonara Washington.

Durante los dos días siguientes todo pareció marchar bien para los dos enviados japoneses. Recibieron varias informaciones extraoficiales de que la Administración Roosevelt estaba considerando seriamente la propuesta de Nomura. En la mañana del 19 de noviembre, el padre Walsh, uno de los dos sacerdotes que habían puesto en marcha las «conversaciones informales» el año anterior, visitó a Kurusu en la embajada japonesa. Debido a sus estrechos vínculos con Frank Walker, director general de Correos y devoto católico, afirmó que tenía acceso a información confidencial. Walsh felicitó a Kurusu por el previsible éxito^[333] de su misión, pues, según dijo, era probable que Estados Unidos aceptara la propuesta de Nomura.

Animados, Nomura y Kurusu visitaron a Hull en su residencia aquella noche. En efecto, Hull parecía optimista. En su opinión, un acuerdo^[334] sobre este asunto «permitiría a los líderes japoneses reforzar su postura e inclinar a la opinión pública en pro de un rumbo pacífico», aunque, como también reconoció comprensivamente, «podría llevar algún tiempo» convencerla. Los representantes de los dos gobiernos por fin estaban hablando el mismo lenguaje y parecían a punto de dar un primer paso concreto hacia su objetivo común.

Esta esperanzadora atmósfera se evaporó en un instante cuando Nomura recibió un telegrama que Togo le envió el 20 de noviembre. Togo estaba furioso porque Nomura se hubiera desviado de sus meticulosas instrucciones y hubiera tomado esa iniciativa diplomática. Como Togo aún no había recibido la respuesta estadounidense al Plan A, no había autorizado a su equipo de Washington a presentar el Plan B. Nomura, dijo Togo, no debería haber separado la retirada de tropas de Indochina de los demás puntos del

Plan B y convertirla en una propuesta aislada.

La indignación de Togo en parte podía explicarse por lo que consideraba la imprudencia de un diplomático no profesional. Orgullosa, se comportaba como si las conversaciones fueran suyas y los diplomáticos en Washington meros transmisores de sus órdenes. Para Togo, la actuación de Nomura era el caso típico^[335] de un enviado que olvida que «su deber es llevar a cabo órdenes» y promete demasiado a la otra parte. Quizá simplemente estaba dando rienda suelta a su frustración, pues sabía que era improbable que los militares accedieran a una retirada unilateral de tropas. (El ejército especialmente querría algo a cambio, como una solución favorable a la guerra de China). Quizá sólo estuviera agotado y desmoralizado. Cualesquiera que fueran las razones, Togo estaba decidido a sabotear la iniciativa de Nomura en vez de tratar de negociar con los militares, incluso aunque Tojo le había prometido su apoyo.

«No hay margen alguno para esa maniobra»^[336], dijo Togo a los embajadores en Washington. Era «lamentable, dada la delicada situación interna», que Nomura hubiera ido más allá de sus instrucciones. Togo le ordenó que presentara inmediatamente la llamada Propuesta Final de Japón, una versión del Plan B que consistía en: 1) suspensión de los avances militares más allá de Indochina, 2) cooperación para acceder a los recursos de las Indias Orientales holandesas, 3) vuelta de las relaciones comerciales a las condiciones anteriores a la ocupación del sur de Indochina por Japón, 4) abstención de Estados Unidos de intervenir en una paz chino-japonesa y 5) retirada de las tropas japonesas del sur de Indochina. Después de todo, se volvía a introducir la cuestión china. El intento de Nomura de dar un empuje definitivo a la diplomacia había sido inútil. «Si no podemos obtener la aprobación estadounidense para esta plan [el Plan B] –había escrito Togo–, simplemente tendremos que aceptar la posibilidad de que las conversaciones hayan fracasado».

CAPÍTULO 15

La Nota de Hull

No hay duda de que la diplomacia, por su propia naturaleza, exige paciencia. Pero el plazo que Tokio se había autoimpuesto para un acuerdo con Estados Unidos hacía la espera excepcionalmente difícil, incluso para un diplomático experimentado. Kurusu, desesperado por recibir la respuesta de Hull al Plan B, presentado el día anterior, visitó al secretario de Estado en su residencia el 21 de noviembre. Ahora iba a tomar *él* una iniciativa audaz, dijera Togo lo que dijera.

Kurusu entregó a Hull el borrador de una carta en la que anunciaba que Japón actuaría con independencia de sus socios del Pacto Tripartito en caso de que Estados Unidos entrara en guerra en Europa. La presentó como una propuesta estrictamente privada, pero que, en lo esencial, reflejaba la posición actual del gobierno japonés. En realidad, Kurusu se había limitado a copiar un pasaje de las instrucciones de Togo del 20 de noviembre acerca de cómo explicar la postura del gobierno sobre el Pacto Tripartito. Togo había prohibido su uso inmediato^[337]; Kurusu y Nomura debían «abstenerse de presentar esta explicación [a Estados Unidos] mientras no se haya alcanzado un acuerdo».

Togo no quería que las referencias que había hecho a la salida de Japón de la alianza fascista cayeran en manos de Estados Unidos. Si no se llegaba a un acuerdo con ese país, temía que la Administración estadounidense pudiera utilizarlas con fines propagandísticos para introducir una cuña en la coalición enemiga. Pero Kurusu no creía que fuera sensato ocultar esta información crucial a Estados Unidos, pues estaba convencido de que la renuncia de Tokio al Pacto Tripartito podría inclinar la balanza de las negociaciones. Kurusu sospechaba que una promesa escrita de que Japón había dejado «en lo sustancial» el Pacto Tripartito significaría mucho más para Estados Unidos si

la presentaba el propio firmante de este pacto. Así que presentó a Hull su nota personal^[338]:

Como Su Excelencia sabe muy bien, yo soy quien firmó dicho tratado siguiendo instrucciones de mi gobierno, y es un motivo de gran satisfacción hacer ahora la siguiente declaración, que, confío, servirá para disipar la mencionada falsa impresión [sobre las obligaciones contraídas por Japón en el Pacto Tripartito].

No hace falta decir que este tratado no infringe, ni puede infringir, en ningún sentido la soberanía de Japón como Estado independiente.

Además, como declara el artículo III del Pacto, Japón se halla en situación de interpretar sus obligaciones con libertad e independencia, y no está sujeto a la interpretación que las otras partes contratantes puedan hacer del mismo. Me gustaría añadir que mi gobierno no está obligado por el mencionado tratado ni por ningún otro compromiso internacional a colaborar o cooperar en cualquier agresión de una tercera potencia o potencias.

Mi gobierno nunca lanzaría al pueblo de Japón a la guerra a instancias de una potencia extranjera; sólo aceptará la guerra como necesidad última e ineludible para mantener su seguridad y preservar la vida nacional contra una injusticia activa.

Espero que la presente declaración le ayude a disipar completamente la extendida sospecha a la que Su Excelencia se ha referido repetidas veces. He de añadir que, cuando se haya alcanzado un Entendimiento completo entre nosotros, no habrá ningún impedimento para que Su Excelencia publique la presente comunicación.

Al leer esta declaración, Hull dijo que quería mostrársela a alguien y preguntó a Kurusu si podía quedarse con ella. Animado por esta respuesta, Kurusu preguntó si ese alguien era el presidente. La respuesta fue que no. ¿Quiere presentarlo en una reunión del gabinete? De nuevo, no. Hull no facilitó más información, pero Kurusu se arriesgó y dejó el documento en sus manos.

Por lo que respectaba a Kurusu, su reunión de treinta minutos con Hull fue esperanzadora. Hull incluso mantuvo brevemente con él la clase de charla trivial por la que Roosevelt era más conocido. «Embajador, ya que ha venido hasta aquí^[339], lo correcto sería que le invitase a comer o a una partida de golf –dijo Hull a Kurusu–. Pero ya sabe lo ocupados que estamos todos. Y, en todo caso, me parece que el golf dura mucho. He llegado a la conclusión de que ese juego no es compatible con los asuntos de Estado». Hull parecía inusualmente alegre y compasivo. Elogió a Kurusu por su inteligente uso de la palabra «eclipsar» para sugerir que el Pacto Tripartito en realidad era papel mojado. Entonces empezó a recordar con aparentes nostalgia y afecto experiencias de cuando trabajaba con los delegados japoneses en la Conferencia Económica de Londres de 1933, e incluso mostró cierta simpatía con el deseo japonés de crear un orden regional. (Después de todo, los Cuatro Principios de Hull también representaban un intento –aunque más pacífico– de crear una apariencia de orden regional en Asia). Dijo que podía

comprender muy bien el concepto, aunque el nombre Esfera de Coprosperidad de Asia Oriental le parecía bastante alambicado.

Y lo que era más importante para Kurusu, Hull parecía apreciar sinceramente los esfuerzos que él y Nomura estaban haciendo por llegar a una solución diplomática, a pesar de las tremendas presiones y restricciones que les imponían los belicistas de su país. Se lamentó de que él también conocía la frustración de no poder conducir la diplomacia sin obstrucciones políticas. Parecía que, finalmente, Hull se estaba abriendo a Kurusu, y eso era muy buena señal. Cuando le dio la mano al despedirse, el diplomático japonés notó que Hull tenía fiebre. «Cuídese, por favor»^[340], dijo Kurusu y se marchó tras jugar, sin ninguna certeza de éxito, la que le parecía su última carta.

El memorándum de Hull de esta reunión^[341] con Kurusu fue extremadamente breve y no muy alentador desde el punto de vista japonés:

Miré el papel y después pregunté al señor Kurusu si tenía algo más que ofrecer sobre la cuestión de un arreglo pacífico. Respondió que no. Dije que no pensaba que esto fuera a ser de especial utilidad y lo descarté. Esto es prácticamente todo lo que se dijo de importancia.

Cuando Kurusu y Nomura visitaron a Hull al día siguiente, el 23 de noviembre, el secretario de Estado se había recuperado del catarro y volvió a mostrar su habitual personalidad profesional. No dio una respuesta concreta sobre el Plan B. Por el contrario, expresó su desconfianza sobre las intenciones pacíficas japonesas. Condenó la entrada de Japón en el sur de Indochina durante el verano incluso mientras hablaba con Nomura sobre la posibilidad de dar marcha atrás. Dijo que el petróleo que Japón había adquirido^[342] la primavera pasada «no se había utilizado para el consumo civil normal», como se le había hecho creer. También se refirió a las cada vez más frecuentes declaraciones contra Gran Bretaña y Estados Unidos en la prensa japonesa.

Hull se preguntaba por qué^[343] no había «algún estadista japonés que respaldara a los dos embajadores predicando la paz». ¿No sería posible, preguntó el secretario, «que un estadista japonés diera un paso al frente y dijera que Japón quería la paz?» «¿No le gustaría [a Japón] disfrutar de una paz que no tuviera que alcanzar y mantener luchando?» «¿[Por qué Japón] había introducido todo^[344] lo que quería al mismo tiempo en su propuesta [cuando], avanzando gradualmente, en treinta o cuarenta días podría ponerse en marcha un movimiento de paz?» Indicó que prefería con mucho el planteamiento de Nomura de centrarse en un solo objetivo al Plan B de Togo.

Hull también señaló el evidente «peligro de bloquear el avance

incluyendo la cuestión china en la propuesta». Esto confirmaba lo que Nomura y Kurusu habían temido desde el principio: «Aplicar ese punto de la propuesta japonesa significaría impedir que Estados Unidos interpusiera sus buenos oficios en un acuerdo de paz entre Japón y China». Incluir como condición la no interferencia en la paz entre Japón y China reducía considerablemente las posibilidades de que el Plan B llegara a progresar.

Nomura se resistía a abandonar toda esperanza. Una respuesta –cualquier respuesta– de Estados Unidos significaba que las conversaciones continuaban. Pensaba que mientras hubiera una posibilidad remota de paz, un gobierno razonable no abandonaría la diplomacia. Le parecía que si podía conseguir que Estados Unidos respondiera de forma directa aunque sólo fuera a un punto del Plan B, las negociaciones podrían seguir, a pesar de la fecha límite de Tokio, para la que sólo faltaban tres días. Por eso Nomura preguntó a Hull si en la actual propuesta nipona había algún punto que fuera aceptable para Estados Unidos o cuya modificación quisiera sugerir a Japón. Pero, lamentablemente, no obtuvo una respuesta clara. Hull dijo que él no podía «llevar todo el peso» y preguntó si el gobierno japonés no podría esperar hasta que él hubiera tenido tiempo de tratarlo con los representantes de las partes interesadas (los holandeses, los chinos y los británicos). Como no quería presionar demasiado a Hull e indisponerlo aún más, Nomura accedió a esperar.

El mismo día, Nomura recibió un telegrama de Togo en el que le informaba que, por fortuna, el plazo inicial del 25 de noviembre se había ampliado hasta el 29 de noviembre. Pero no habría^[345] «absolutamente ningún cambio más después de esa fecha». A partir de entonces la situación progresaría «de forma automática». El telegrama explicaba que el plazo se había ampliado porque se había tenido en cuenta el «tiempo de espera necesario para concluir todo el procedimiento [diplomático]». Dentro del plazo concedido, los diplomáticos japoneses debían gestionar «no sólo la firma oficial sino también el intercambio de documentos oficiales con Gran Bretaña y Países Bajos». Togo adjuntó un borrador de los documentos oficiales que debían ser intercambiados y firmados por las partes interesadas. Era improbable que llegara a utilizarse, y Togo lo sabía. Pero ése era el procedimiento formal.

En la tarde del 25 de noviembre^[346] Hull preparó una respuesta estadounidense que proponía una tregua y exigía de Japón la retirada inmediata del sur de la Indochina francesa (la concesión que ya estaba

incorporada en el Plan B), así como la reducción a veinticinco mil efectivos de su presencia militar en el norte de la Indochina francesa. A cambio, Estados Unidos descongelaría los activos japoneses y reanudaría las relaciones económicas con Japón, aunque con algunas restricciones. La duración del *modus vivendi* sería de tres meses, pero podría ampliarse a iniciativa de cualquiera de las partes.

Por intransigente que fuera Hull en su posición moral, y con independencia de su opinión personal sobre Japón o sus diplomáticos, fue un negociador pragmático y extremadamente paciente con los japoneses. Y el nuevo plan reflejaba sus constantes esfuerzos por hallar un compromiso –un *modus vivendi*, como había sugerido Roosevelt a los japoneses– que diera a Estados Unidos más tiempo para consolidar sus defensas en Filipinas y prepararse para la guerra en Europa. Pero a la mañana siguiente Hull ya había descartado completamente el plan. Varias razones explican este repentino cambio de actitud. Una era que los chinos y los británicos se oponían a un compromiso estadounidense con Japón (mientras que los holandeses apoyaban el *modus vivendi* de Hull). La explicación que dio Hull una vez acabada la guerra^[347] fue que «la lejana posibilidad de que Japón accediera al *modus vivendi* no justificaba asumir los riesgos que entrañaba persistir en la idea, especialmente el peligro de que se hundieran la moral y la resistencia chinas, e incluso de que se desintegrara la propia China». Pero, dado el momento de su decisión, casi con seguridad la razón más probable de que diera marcha atrás fue el informe sobre la movilización de tropas japonesas en los mares del Sur, especialmente al sur de Taiwán, que llevó a la Administración Roosevelt a la conclusión de que Japón se disponía a atacar en cualquier momento.

Por supuesto, no era ningún secreto que ambos países ya se estaban movilizando en los mares del Sur. Y Roosevelt conocía la comunicación del 22 de noviembre en la que Togo informó a la embajada japonesa de que, después del 29 de noviembre, las cosas avanzarían «de forma automática». Basándose en esta comunicación interceptada^[348], al parecer, el presidente dijo a sus consejeros el 25 de noviembre que Japón probablemente atacaría a Estados Unidos el 1 de diciembre, «pues es notorio que los japoneses atacan sin avisar». El secretario de la Guerra de Roosevelt^[349], Henry Stimson, anotó en su diario que, en la reunión, la cuestión central fue cómo «llevar [a los japoneses] a disparar el primer tiro sin exponernos a un peligro excesivo». Aunque Roosevelt preveía una ofensiva militar japonesa, subestimó la

capacidad de Japón para lanzar un ataque verdaderamente destructivo. La noticia de la concentración de tropas en el sur probablemente le condujo a creer en la inminencia de un ataque japonés contra objetivos británicos, holandeses o estadounidenses en el Sudeste Asiático. Cuando llegó a esta conclusión, su opinión sobre los negociadores japoneses en Washington debió de endurecerse: o eran estúpidos o, peor aún, estaban intentando ganar tiempo con duplicidades.

En los sombríos primeros días de la Segunda Guerra Mundial, a Roosevelt le parecía vital que Estados Unidos entrara en el conflicto contra Alemania. Ahora creía que había llegado el momento de enfrentarse a Japón. Esto no significa suscribir en ningún sentido la llamada teoría de la puerta trasera, según la cual Roosevelt y Churchill tramaron la entrada de Estados Unidos en la guerra en Europa a través de la guerra con Japón. Como Japón se había negado a unir sus fuerzas con Alemania contra la Unión Soviética, era posible que Alemania se negase a luchar contra Estados Unidos en defensa de Japón. Nadie puede decir con seguridad qué habría ocurrido. Lo que sí se sabe es que cuando el Departamento de Estado convocó a Nomura y Kurusu a última hora de la tarde del 26 de noviembre, no recibieron el *modus vivendi* sino otro documento que Hull había redactado al mismo tiempo. Titulado oficialmente «Esbozo de la Base Propuesta para un Acuerdo entre Estados Unidos y Japón», ha pasado a la historia como la Nota de Hull. Pidió a los dos emisarios japoneses que lo leyeran atentamente.

La segunda parte del documento, «Pasos que han de dar los Gobiernos de Estados Unidos y Japón», constaba de diez puntos y contenía información decisiva. Proponía un acuerdo multilateral de no agresión entre Estados Unidos, Japón, Gran Bretaña, China, Países Bajos, la Unión Soviética y Tailandia. Habría un acuerdo multilateral parecido sobre el mantenimiento de la integridad territorial de la Indochina francesa y la igualdad de oportunidades comerciales en ese territorio.

Pero la misión de los diplomáticos japoneses no era negociar un acuerdo multilateral. Tokio había dejado muy claro que Japón quería un acuerdo bilateral con Estados Unidos, al que los demás gobiernos pudieran sumarse después, también bilateralmente. Los japoneses no tenían tiempo ni interés en proyectar una paz internacional a gran escala como la que estaba proponiendo Estados Unidos.

Las exigencias estadounidenses respecto a China desanimaron aún más a los emisarios. Éstas se plasmaban en los puntos tercero, cuarto y quinto^[350]:

el gobierno de Japón debía retirar todas las fuerzas militares, navales, aéreas y policiales, de China y de Indochina; los gobiernos de Estados Unidos y de Japón acordarían no apoyar militar, política o económicamente a ningún gobierno o régimen en China que no fuera el gobierno nacional de la República de China con su capital provisional en Chongqing; y ambos gobiernos renunciarían a cualquier derecho extraterritorial en China, incluidos los derechos e intereses contemplados en pactos internacionales, y derivados de ellos, así como los derechos y concesiones obtenidos en virtud del Protocolo bóxer de 1901.

El esbozo comprendía una relación de propuestas que, como sabían ambas partes, no se podría negociar y aprobar en tan poco tiempo. Exponía la visión estadounidense de Asia a largo plazo, basada en los principios de la libertad de comercio y la igualdad de oportunidades, y muy probablemente fue redactado como complemento del descartado plan de *modus vivendi* que contenía la opinión estadounidense sobre aspectos concretos del Plan B. Como documento independiente, el esbozo daba la impresión de que Estados Unidos estaba exigiendo a Japón una rendición incondicional sin haberle vencido en una guerra. «Eclipsaba» a los japoneses en cuanto a poner «todo lo que querían en una propuesta». Aunque estaba marcado como^[351] «provisional y no vinculante», Hull era muy consciente –y así lo reconoció más tarde– de que «no pensábamos seriamente que Japón aceptaría nuestra propuesta».

Los delegados japoneses intentaron que Hull rebajara las demandas estadounidenses antes de que el documento saliera del despacho. Sus esfuerzos fueron en vano. Cuando Kurusu señaló que no era realista pretender que el gobierno japonés se quedara de brazos cruzados viendo caer al gobierno de Wang Jingwei, Hull sugirió que el gobierno de Wang no tenía capacidad para unir a China y que no merecía la pena perder el tiempo hablando sobre un régimen fracasado. Kurusu señaló que a esas alturas Japón no podía cambiar de repente su metodología diplomática y aceptar acuerdos multilaterales. Hull tampoco quiso tratar esa cuestión.

Nomura preguntó si no podría hablar directamente con el presidente, refiriéndose al reciente comentario de Roosevelt de que entre amigos nunca está dicha la última palabra. Con aparente renuencia, Hull accedió a organizar una reunión. Kurusu manifestó su temor^[352] a que «pueda interpretarse que [esta] propuesta significa el final». ¿No había alguna posibilidad de que Estados Unidos aún estuviera interesado en un *modus vivendi*? La respuesta

fue que no. Hull dijo que había hecho todo lo que había podido.

El día que se emitió la Nota de Hull, el movimiento de tropas japonés en los mares del Sur había causado una reacción firme en Washington. Pero mucho más significativo fue que, ese mismo día, la flota del vicealmirante Nagumo, con el buque insignia *Akagi* a la cabeza, zarpara furtivamente de la bahía de Hitokappu. A la tripulación se le acababa de notificar por primera vez el objetivo de su misión. El plan estaba envuelto en tal secreto que ni siquiera Tojo estaba informado de sus detalles. Si antes de que expirara el plazo se llegaba a un acuerdo diplomático, los barcos darían media vuelta y regresarían. Ahora eso parecía extremadamente improbable.

CAPÍTULO 16

Saltar desde la elevada plataforma

La Nota de Hull no concretaba una fecha límite, pero se consideró un ultimátum cuando llegó a manos del gobierno japonés hacia mediodía del 27 de noviembre.

Su contenido consternó a Togo. «Perdí toda esperanza^[353] –recordaba más tarde–. Intenté imaginar que tragaba [con las demandas], pero no había manera de que me pasaran por la garganta». Le parecía que la nota negaba premeditada y categóricamente todos los esfuerzos que los dos países habían hecho en las conversaciones, como si nunca hubieran tenido lugar. Para los que estaban impacientes^[354] por emprender una acción militar, la nota fue «prácticamente un milagro», señaló un oficial *bakuryo* del Estado Mayor del Ejército. Ahora parecía del todo imposible una solución diplomática.

La mayoría de los líderes japoneses vieron la nota como una provocación y una vergüenza. Su tono arrogante, por no mencionar sus difíciles condiciones, vino a confirmarles que los estaban humillando e intimidando. También les dio la oportunidad de abandonar las luchas intestinas y responsabilizar de todo a la otra parte. Se dio más crédito a la emotiva historia de que Japón sufría la persecución de las potencias ABCD. Estados Unidos era el principal culpable, pues estaba estrangulando a Japón mientras ayudaba a Chiang Kai-shek y a los británicos en sus respectivas guerras tras una fachada de supuesta neutralidad, apenas disimulada.

No hace falta decir que esta lectura japonesa denotaba un caso de memoria selectiva. Era Japón quien había ocupado el sur de Indochina sin responder a la propuesta de neutralización de Roosevelt. Era Japón quien no había hecho lo suficiente por disipar el temor estadounidense a su alianza con Alemania, incluso después de que la Operación Barbarroja proporcionara a

Tokio una oportunidad perfecta para desmarcarse. Era Tojo quien, con sus beligerantes discursos públicos, daba la impresión al mundo de que Japón se había convertido en una dictadura militar en toda regla –aunque, irónicamente, la singular construcción del consenso en Japón apenas podría describirse como dictadura y el palacio había nombrado a Tojo con la esperanza de frenar el impulso hacia la guerra–. Y, sobre todo, el plazo, que ya estaba a punto de vencer, para el final de las negociaciones diplomáticas se lo habían impuesto los propios líderes japoneses. El autoengaño generaba ahora un abrumador sentimiento de autocompasión.

La hija de Togo, Ise, observó un cambio físico en su padre. Hasta la llegada de la nota^[355], había mostrado una gran energía; después del 27 de noviembre, parecía abatido. Veía la nota no sólo como un insulto al gobierno japonés, sino también como un rechazo personal. Con la idea de dimitir, consultó a varios funcionarios relacionados con la política exterior, incluido el exministro de Asuntos Exteriores Sato Naotake. Sato intentó convencerle de que la nota no debía desesperanzarle de esa manera y que su misión ahora era hallar la forma de soslayarla.

El conde Makino Nobuaki, un destacado internacionalista liberal de la escuela de Saionji, reaccionó a la nota con un suspiro. «¡Verdaderamente está muy mal escrita!»^[356], dijo el octogenario, lamentando la sequedad del tono y las exigencias estadounidenses. No obstante, creía que la misión de Togo era evitar que la guerra se considerara inevitable. Transmitió su consejo a Togo a través de su yerno Yoshida Shigeru, antiguo embajador en Gran Bretaña.

La decisión entre la guerra y la paz requiere la máxima cautela. Confío en que el ministro de Asuntos Exteriores no cometerá errores en el tratamiento de la situación ni en la dirección que tome. Si entráramos en guerra con Estados Unidos, y desbaratásemos en un instante todo lo que hemos conseguido desde la Restauración Meiji, el ministro de Asuntos Exteriores, como uno de los líderes del gobierno, no tendría justificación alguna.

Yoshida dijo a Togo que, cualesquiera que fueran las verdaderas intenciones^[357] de la Nota de Hull, en términos estrictamente diplomáticos y legales no constituía un ultimátum y no ponía un plazo a los actos de Japón. Yoshida animó al ministro de Asuntos Exteriores a adoptar una postura política desafiante dimitiendo. «Si dimite –dijo a Togo–, el gobierno quedará paralizado y los militares imprudentes tendrán que pensárselo dos veces». Yoshida sugirió a Togo que se reuniera con el embajador Grew, que estaba dispuesto a explicar que la nota no debía considerarse un ultimátum. Togo pensaba que esa conversación no serviría de nada. Completamente desanimado, se veía como un héroe tratado injustamente (por Washington, no

por sus oponentes en Japón) y le parecía que ya no había nada que hacer. Quizá había llegado poco a poco a esta conclusión cuando decidió apoyar la resolución de la última conferencia imperial. La Nota de Hull sólo le ayudó a reconciliarse con ella.

Roosevelt y Hull recibieron a Nomura y a Kurusu en el Despacho Oval el 27 de noviembre. A pesar de haber advertido a sus colaboradores más próximos^[358] de que Japón podría atacar a Estados Unidos el 1 de diciembre, Roosevelt, el diplomático por excelencia, recibió animadamente a los japoneses, disimulando su desconfianza. Cuando se sentaron, les ofreció cigarrillos y Nomura aceptó y le dio las gracias. Entonces, el presidente acercó una cerilla para que Nomura encendiera el cigarro. Éste, ciego del ojo derecho a consecuencia de lesiones que sufrió en China, al principio no veía la cerilla. Sonriendo, Roosevelt extendió más el brazo y ayudó a Nomura a encender el cigarro. La atmósfera no podía ser más amigable.

Después de algunos comentarios intrascendentes sobre su falta de tiempo para descansar en el campo, el presidente empezó a hablar sobre Alemania. Dijo que Estados Unidos y Japón, como aliados en la Primera Guerra Mundial habían sufrido la incapacidad alemana para comprender la psicología de otras naciones. Kurusu comprendió que esa observación era la forma indirecta pero resuelta del presidente de criticar la locura de Japón de seguir siendo aliado de Alemania.

Entonces Nomura llevó la conversación al motivo de su visita y deploró que Estados Unidos no ofreciera una propuesta alternativa a la Nota de Hull. El presidente contestó como si ya lamentara la inevitable conclusión. Él y su gobierno agradecían^[359] y apreciaban el esfuerzo del «elemento de paz en Japón», que se había esforzado por apoyar «el movimiento para alcanzar un acuerdo negociado en la zona del Pacífico». Aunque aún no había perdido toda la esperanza, el presidente consideraba que la situación era «seria» y dijo que «hay que reconocer ese hecho».

Roosevelt continuó como si estuviera recapitulando ceremoniosamente los últimos acontecimientos para concluir la reunión, y recordó las conversaciones que había mantenido con Nomura desde abril. Dijo que la ocupación del sur de Indochina había sido como «un baño de agua fría» para su Administración y que los más recientes «movimientos y declaraciones japoneses, que apuntan de forma inequívoca a la conquista mediante la fuerza, ignorando toda posibilidad de un acuerdo pacífico y los principios en que éste se apoya», suscitaban el temor a tener que soportar otra decepción. Además

de los pronunciamientos chovinistas de los medios de comunicación japoneses, el presidente tenía en mente el mencionado movimiento de tropas en el sur, así como el rumor de que Japón estaba a punto de firmar un pacto militar con la neutral Tailandia. Subrayó lo decepcionado que estaba con los líderes japoneses, los cuales «seguían expresando su oposición a los principios fundamentales de la paz y el orden». Si, «por desgracia [Japón] decide seguir el hitlerismo y toma el camino de la agresión», dijo, Estados Unidos estaba convencido de que Japón sería «el gran perdedor».

En respuesta, Nomura trató de apelar a la nostalgia del presidente, recordándole que se conocían desde hacía treinta y cinco años, y le pidió su ayuda para encontrar una forma de salir de la crisis. Sin embargo, ya había desaparecido la atmósfera amistosa del principio. Estados Unidos no iba a hacer modificaciones significativas a la Nota de Hull y éste rechazó tajantemente la sugerencia de Nomura. «Mientras el elemento contrario a la paz que controla el gobierno no se decida definitivamente a actuar y a manifestarse en una dirección pacífica –dijo–, no habrá conversaciones que puedan llevar a algún sitio, como se ha demostrado de forma palmaria».

Tras la marcha de los diplomáticos japoneses, el Departamento de Estado, normalmente tan cauteloso a la hora de divulgar detalles de las conversaciones con Japón, informó sobre cómo estaba la situación en una conferencia de prensa. Su mensaje fue que Estados Unidos había hecho todo lo que había podido. *The New York Times* publicó este artículo el 28 de noviembre:

Todos los esfuerzos de Estados Unidos para resolver sus diferencias con Japón parece que se agotaron ayer y que corresponde a Tokio dar el siguiente paso, que puede ser diplomático o militar. El presidente Roosevelt, acompañado del secretario Hull, mantuvo una reunión de cuarenta y cinco minutos con los emisarios japoneses... que ahora esperan la reacción oficial de Tokio a la Nota de Hull, en la que se reafirma la posición fundamental de este país sobre su política en Extremo Oriente. La reunión tuvo lugar al poco tiempo de saberse que refuerzos japoneses se dirigían a la Indochina francesa... La Nota del secretario Hull, entregada a los diplomáticos el miércoles por la noche, fue recibida con calma en los círculos informados de Tokio, lo que sugiere que los japoneses esperaban esa respuesta a sus exigencias.

El gobierno estadounidense ya había dicho públicamente que ahora dependía de Japón si iba a la guerra o no: exactamente lo contrario de lo que los líderes japoneses se estaban diciendo a sí mismos.

Sin duda era erróneo decir que la Nota de Hull «fue recibida con calma en los círculos informados de Tokio». Hubo errores de juicio por ambas partes. Pero los errores habían sido inducidos y agrandados hasta volverse inmanejables en buena medida por la forma errática e inflexible en que Tokio había llevado

su política exterior durante muchos meses, especialmente desde la ocupación del norte de Indochina y la firma del Pacto Tripartito con Alemania e Italia. Es muy posible que Roosevelt subestimara la capacidad militar y la planificación táctica de Japón y sobreestimara su vínculo con el régimen nazi. Pero, en último término, era evidente que correspondía a Japón, no a Estados Unidos, evitar la guerra, por humillante, dolorosa e imposible que esa opción pudiera parecerles a sus líderes. El calendario estratégico y las reglas burocráticas que limitaban las opciones de Tokio no habían sido creados por Estados Unidos, aunque los líderes japoneses estuvieran dispuestos a convencerse a sí mismos de que los habían forzado a la guerra. Se podían engañar pensando que eran la parte a la que se había tratado injustamente, y que, a pesar de todo, Japón se había mostrado flexible con Estados Unidos. Pero incluso las concesiones japonesas esbozadas en los planes A y B sólo se habían planteado recientemente, con demasiado retraso, después de las presiones de Togo. Ahora que la Nota de Hull ayudaba a los incongruentes líderes japoneses a lanzarse a una guerra que temían, éstos no tenían de su parte más que autocompasión, ira y, lo que es más importante, la audacia del jugador. Estados Unidos, por otro lado, podía permitirse librar una guerra larga, aunque también tuviera que luchar con Alemania. «Serán pulverizados»^[360], fue la contundente predicción de Churchill sobre el futuro japonés.

Sin duda, no todos los sentimientos de injusticia japoneses eran imaginarios. Además, dichos sentimientos se sustentaban en un temor al mundo exterior arraigado en la historia moderna de Japón. Pero resulta demasiado fácil presentar la guerra que Japón iba a comenzar como una guerra por Asia contra el arrogante Occidente. En la imagen global de un choque de razas-civilizaciones, todas las potencias occidentales (es decir, blancas) aparecían juntas sin distinciones como el enemigo potencial de Japón. En la misma conferencia imperial del 5 de noviembre que sancionó el plazo final para las negociaciones diplomáticas, Hara, presidente del Consejo Privado, elaboró en estrecha consulta con Kido, guardián del sello privado, las preguntas que iba a plantear en nombre de Hirohito: «Si Japón va a entrar en la guerra»^[361], debemos considerar qué va a ocurrir con las relaciones entre Alemania y Gran Bretaña y entre Alemania y Estados Unidos». Hara no confiaba en Alemania, ni en ninguna otra potencia «blanca» en realidad. Le había molestado que Hitler afirmara que los japoneses eran una raza de segunda categoría. Teniendo en cuenta que Alemania no había declarado la guerra directamente a Estados Unidos, temía que Japón pudiera verse en una

situación comprometida si entraba en el conflicto.

¿Los ciudadanos estadounidenses tendrían una actitud contraria a Japón similar a la que tenían contra Alemania? ¿O Japón les indignaría más que Hitler? Una vez que Japón entrara en guerra con Estados Unidos, temo que Alemania, Estados Unidos y Gran Bretaña podrían llegar a un acuerdo entre ellos para dejar a Japón a un lado. Su odio hacia la raza amarilla se dirigiría inmediatamente contra Japón, sustituyendo su odio hacia Alemania. Debemos prepararnos para esa posibilidad... Debemos considerar cuidadosamente los factores de las relaciones raciales y asegurarnos de que el Imperio japonés no se quedaría solo, rodeado de las razas arias.

Para Hara, las «razas arias» comprendían todas las potencias blancas. Sin duda, la sensibilidad japonesa estaba a flor de piel.

Con todo, la humillación racial y la susceptibilidad no siempre impidieron a los líderes japoneses pensar sensatamente. Como hemos visto, al término de la guerra chino-japonesa de 1895, Japón optó por soportar la vergüenza de la Triple Intervención. Entonces, Rusia, Alemania y Francia se unieron contra Japón para anular las condiciones del Tratado de Shimonoseki de acuerdo con sus intereses imperialistas. En contra de buena parte de la opinión popular de la época, el gobierno, dirigido por el primer ministro Ito Hirobumi y el ministro de Asuntos Exteriores Mutsu Munemitsu, decidió no declarar una guerra en protesta, consciente de las escasas probabilidades que tenían de ganarla. Por el contrario, Japón optó por retirarse voluntariamente de la península de Liadong a cambio de una indemnización adicional. Los líderes tomaron una decisión prudente en congruencia con el objetivo más general de una rápida modernización.

Pero en noviembre de 1941 no había líderes del calibre de los gobernantes Meiji. Así se puso de manifiesto cuando el 29 de noviembre los antiguos primeros ministros de Japón se reunieron para comer con el emperador a petición de éste con objeto de tratar la Nota de Hull. Ninguno de ellos era partidario de la guerra. Pero la mayoría rehuyó hacer explícita su opinión, dando por sentado que no tenían poder para cambiar la política establecida. El almirante Yonai, un antinazi declarado cuyo efímero gobierno en 1940 acabó con la vuelta de Konoe como primer ministro, sí expuso su opinión. «Les pido que me disculpen por expresar mi opinión con crudeza^[362], pero creo que no debemos caer en la miseria absoluta en nuestro esfuerzo por evitar una miseria gradual», dijo Yonai. Lo único que podía conseguir con esta críptica y comedida observación fue demostrar al resto de los líderes que, en el fondo, seguía oponiéndose a la guerra.

En realidad fue el príncipe Konoe quien más cerca estuvo de articular una objeción. Preguntó si realmente era necesario que Japón recurriera a la guerra:

«¿No podemos mantener el statu quo? En otras palabras, ¿no deberíamos esperar hasta que llegaran las dificultades e intentar salir ahora de este punto muerto?». Pero esto era muy poco para llegar tan tarde precisamente del hombre que debería haber hecho esa misma pregunta antes de respaldar las resoluciones imperiales en julio y, de nuevo, en septiembre. Los antiguos líderes de Japón simplemente no hicieron un esfuerzo concertado por apoyar y animar al temeroso emperador a ponerse a la altura del desafío, a emplear su autoridad para detener la movilización bélica.

En la conferencia de enlace que se celebró después de esta comida imperial, se anunció que los preparativos para la guerra se encontraban en sus últimas fases y que se esperaba la ayuda inmediata de Alemania e Italia en el conflicto. Togo ni siquiera había sido informado de cuándo comenzaría el ataque. «¿Queda todavía tiempo para la diplomacia?»^[363], preguntó a Nagano. «Aún queda algo de tiempo», fue la respuesta del jefe del Estado Mayor de la Armada. Togo volvió a preguntar: «¿Qué día tienen previsto abrir fuego las Fuerzas Armadas?... Si no sabemos [la fecha], no podemos hacer las gestiones diplomáticas [para ayudar a la causa militar]». «De acuerdo – dijo Nagano–. Es el 8 de diciembre ¿Por qué no lleva la diplomacia de forma que nos ayude a ganar batallas?»

Al otro lado del océano, aislados de la atmósfera de fatalismo suicida que estaba empezando a extenderse por doquier en Tokio, Nomura y Kurusu creían que si alguien podía cambiar el rumbo de las cosas era el emperador. Repetidas veces habían oído a Roosevelt y a Hull lamentar que no hubiera estadistas japoneses que declararan públicamente sus deseos de paz. Los emisarios japoneses eran conscientes de que los estadounidenses desconfiaban profundamente de las intenciones pacíficas de Japón.

El 26 de noviembre, poco antes de recibir la Nota de Hull, Kurusu tomó la iniciativa de decir a Togo que, como último recurso, habría que solicitar una intervención imperial para impedir el fracaso de las negociaciones diplomáticas. La idea de Kurusu era pedir a Roosevelt que enviara un mensaje al emperador para manifestarle su deseo de mantener la paz en la región del Pacífico y de que Estados Unidos y Japón cooperaran. El emperador podría entonces responder en el mismo sentido. (Kurusu sabía que el emperador nunca podría tomar la iniciativa en ese intercambio). Esto, según esperaba Kurusu, permitiría que las negociaciones comenzaran de nuevo.

Kurusu recomendó a Togo que, para una solución a largo plazo en el Sudeste Asiático, Japón sugiriera la creación de una zona neutral que

comprendiera la Indochina francesa, las Indias Orientales holandesas y Tailandia. Esto beneficiaría a ambas partes no sólo contribuyendo a acallar las sospechas estadounidenses sobre las intenciones niponas en el sur, sino también impidiendo cualquier intento estadounidense de ocupar las Indias Orientales holandesas invitados por los colonizadores holandeses. Concluía el mensaje con el ruego^[364] de que deseaba «sinceramente que el mensaje le sea comunicado al guardián del sello privado Kido y sea respondido con urgencia».

Nomura apoyaba sin reservas el plan de Kurusu. Togo lo rechazó de inmediato, pero de todas formas se lo planteó a Kido. El guardián del sello privado no quiso oír hablar de ello^[365] y dijo que no era «el momento apropiado» para que el emperador se involucrara. No obstante, en el palacio había alguien que sí era muy favorable a la intervención de Hirohito. El 30 de noviembre, el contraalmirante Takamatsu Nobuhito, de treinta y seis años, que acababa de ser transferido al Estado Mayor de la Armada, visitó a su hermano mayor, Hirohito, en el palacio.

Los hermanos, que se llevaban cuatro años, mantenían una relación de confianza, a pesar de que Hirohito había sido criado separado de sus hermanos más pequeños en previsión de su ascenso al trono imperial. Al enérgico y deportista príncipe Takamatsu se le consideró inicialmente partidario de la guerra. Pero lo que dijo a Hirohito aquel día desmintió su reputación. «La Armada no puede permitirse luchar^[366] –dijo a su hermano mayor, según el memorándum de Kido–. Da la sensación de que, si fuera posible, la Armada preferiría evitar una guerra con Estados Unidos. Si dejamos pasar esta oportunidad, será imposible evitarla. La Armada empezará a movilizarse para el combate el 1 de diciembre. Después de esa fecha, [la guerra] será incontenible».

Hirohito confesó francamente a su hermano su temor a una posible derrota japonesa. Takamatsu repuso que eso era razón de más para que el emperador actuara de inmediato. Hirohito sentía agudamente el peso de su responsabilidad, pero dijo que no le correspondía ir en contra de una decisión que le habían presentado el gobierno y el Alto Mando, especialmente cuando no existía un procedimiento constitucional claro para el veto imperial. «Si yo no hubiera aprobado la guerra, Tojo habría dimitido^[367], se habría producido un gran golpe de Estado y a su vez eso habría dado lugar a absurdos argumentos en pro de la guerra», explicó Hirohito más tarde. Pero al no actuar, permitió que se impusieran los «absurdos argumentos en pro de la

guerra». Kido convocó a Tojo al palacio después de que el príncipe Takamatsu se marchara, para que el emperador pudiera clarificar las preguntas que aún tuviera sobre cómo se iba a desarrollar la operación. Tojo no quiso entrar en detalles sobre el plan de ataque y dijo que sería preferible que lo hicieran Nagano y el ministro de Marina Shimada. «Las estrategias navales lo son todo^[368] [en esta guerra]», afirmó.

Llegaron los dos hombres de la marina. Repitiendo la ya conocida línea oficial de que la Armada estaba dispuesta, dijeron que sólo esperaban la orden imperial para entrar en combate. Hirohito preguntó qué ocurriría si Alemania no se unía a Japón. (Estaba haciéndose eco del temor de Hara de que los «arios» pudieran coaligarse contra Japón). Shimada, para^[369] «tranquilizar y calmar su mente imperial», dijo que el Imperio japonés no contaba con la ayuda alemana.

Sin embargo, en la hipótesis de una guerra de Japón contra Estados Unidos y sus aliados siempre se había contado con una victoria alemana o, al menos, con el predominio alemán en Europa. El «Plan para Facilitar la Conclusión de la Guerra con Estados Unidos, Gran Bretaña y Países Bajos», aprobado en la conferencia de enlace del 15 de noviembre, decía:

Nuestro objetivo es destruir rápidamente las bases situadas en Extremo Oriente^[370] que pertenezcan a Estados Unidos, Gran Bretaña y Países Bajos, a fin de asegurar nuestra supervivencia y defensa, al tiempo que intentamos activamente obtener la rendición del régimen de Chiang Kai-shek, cooperando con Alemania e Italia para obligar a los británicos a que se rindan primero e intentar privar a Estados Unidos de la voluntad de seguir luchando.

Una derrota alemana, o la reconciliación alemana con las potencias aliadas, nunca formó parte del plan de guerra oficial japonés.

Sus leales súbditos no estaban siendo honestos con el emperador. En vez de animarle a detener la guerra, le estaban haciendo creer que los engranajes ya habían empezado a moverse «automáticamente» y que Japón debía arriesgarse a una drástica operación para curar el «cáncer del Pacífico».

Casualmente, ese mismo día, el diario *Hochi* informó de «Noticias increíblemente positivas para los enfermos de cáncer». Cierta profesor Okada de la Universidad Imperial de Nagoya había descubierto una cura definitiva para todos los tipos de cáncer, decía el artículo. El profesor afirmaba haber conseguido la remisión del cáncer en la docena de pacientes que había tratado desde abril con un tratamiento de inyecciones intravenosas de mucosa gástrica y duodenal. De todas formas, el profesor matizaba su proeza con modestia y reconocía la posibilidad de que volvieran las células cancerosas,

aunque no le parecía probable. Confiaba en que entonces se las podría volver a tratar con el mismo método y obtener los mismos brillantes resultados.

No hace falta decir que no había una cura milagrosa para el cáncer de Japón.

El 1 de diciembre de 1941 Hirohito convocó una conferencia imperial, la cuarta en cinco meses. La atmósfera era solemne. La fecha límite para las negociaciones diplomáticas ya había expirado. La conferencia debía aprobar la decisión de entrar en guerra contra Estados Unidos, Gran Bretaña y Países Bajos. Al «debatir» la cuestión, no hubo nada nuevo en las declaraciones del gobierno y del Alto Mando. Hirohito permaneció en silencio durante toda la sesión. Hara hizo preguntas sobre la neutralidad de Tailandia e, inesperadamente, sobre la preparación de Tokio ante bombardeos aéreos, como si presintiera la devastación de la ciudad. También creía que era necesario aclarar algunos pormenores de la Nota de Hull. En su opinión, no era tan evidente que la exigencia de retirada de las tropas niponas de China también incluyera al Manchukúo, el Estado títere de Japón. Dio a entender que, si no era así, ¿no sería posible considerar la nota menos dura de lo que les había parecido inicialmente? Togo no estaba seguro. Pero ya era demasiado tarde para ocuparse de esos detalles. Esta conferencia imperial, como las que la precedieron, había sido convocada únicamente con fines ceremoniales.

Al final, Hirohito dio su aprobación^[371]:

Nuestras negociaciones con Estados Unidos basadas en la resolución de los «Elementos Esenciales para Ejecutar las Políticas del Imperio» [revisados] del 5 de noviembre, no ha concluido [con éxito]. El Imperio irá a la guerra contra Estados Unidos, Gran Bretaña y Países Bajos.

El 2 de diciembre Yamamoto Isoroku envió por radio un mensaje desde el *Nagato*, anclado en el mar Interior, no lejos de Hiroshima. Iba dirigido a la Primera Flota Aérea del vicealmirante Nagumo, que se dirigía a Pearl Harbor y estaba a punto de cruzar la línea internacional de cambio de fecha del meridiano 180. La comunicación decía: «Escalen el monte Niitaka 1208».

Japón entraba en guerra el 8 de diciembre.

EPÍLOGO

El nuevo comienzo

En la noche del 18 de junio de 1942, el *Gripsholm*, de la Swedish American Line, zarpó de Nueva York llevando a bordo a un grupo de japoneses que habían estado detenidos en varios campos improvisados, uno de ellos en Ellis Island. A cambio, el gobierno japonés había enviado el *Asama Maru* desde el puerto de Yokohama, y, más tarde, el barco italiano *Conte Verde* desde Shanghái, con ciudadanos norteamericanos y sudamericanos para devolverlos a sus países.

Entre los rostros notables del grupo japonés estaban Nomura y Kurusu. El día del ataque a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, los dos soportaron la humillación pública más vejatoria que quepa imaginar para un diplomático. Para garantizar el éxito de las operaciones militares en Hawái y Malasia, el gobierno japonés mantuvo a los dos embajadores en la ignorancia sobre su decisión de ir a la guerra. Se les notificó la intención de Tokio de romper las relaciones diplomáticas sólo unas horas antes del ataque.

La incapacidad de la embajada japonesa para llevar a cabo las urgentes instrucciones de Tokio tampoco ayudó a Nomura y a Kurusu en su última misión de comunicar a la Casa Blanca el final de las conversaciones diplomáticas. Tokio había ordenado a Nomura y a Kurusu que se reunieran con Hull a la una de la tarde, poco antes de que cayera la primera bomba sobre Pearl Harbor. Como el comunicado diplomático, que constaba de catorce partes, tardó en mecanografiarse, los dos diplomáticos fueron conducidos al despacho de Hull a las 2.20 de la tarde, sin saber que su país ya había atacado a Estados Unidos.

Hull había leído unas páginas del documento japonés cuando empezaron a temblarle las manos. Los dos emisarios no podían entender la aparente furia

de Hull. Cuando terminó de leerlo^[372] (no por primera vez; Roosevelt había recibido los telegramas decodificados a las diez de la mañana), se volvió a Nomura y dijo:

Debo decir que en todas mis conversaciones con usted... nunca he dicho una palabra que no fuera cierta. Así lo atestiguan las actas. En mis cincuenta años de servicio público no he visto un documento más plagado de falsedades y distorsiones: infames falsedades y distorsiones a una escala tan monumental que nunca imaginé hasta hoy que algún gobierno del planeta fuera capaz de manifestarlas.

Los dos emisarios japoneses se marcharon mudos de confusión, todavía ignorantes de la enorme duplicidad diplomática en la que ellos mismos habían participado sin saberlo.

Como era domingo, a su llegada al Departamento de Estado se habían cruzado con pocos periodistas o funcionarios. Al marcharse, tuvieron que esquivar la aglomeración de reporteros. Los llevaron de regreso a la embajada. Las gruesas verjas de hierro se cerraron al paso del coche diplomático y la policía tuvo que contener a la furiosa muchedumbre que se había congregado frente al edificio. Sólo entonces los dos embajadores recibieron la noticia de que Japón había atacado Pearl Harbor y se dieron cuenta de que Hull ya había sido informado de ello cuando se reunieron.

Antes de marchar a Washington^[373], Nomura había sido advertido por el almirante Yonai, su viejo amigo de la Armada: «Ten cuidado... los elementos que tenemos por aquí son de los que no dudarían en quitarte la escalera bajo los pies después de haberte convencido de que subieras». Yonai tenía razón.

En los meses que siguieron al comienzo de la guerra en el Pacífico, Nomura, Kuruusu y otros ciudadanos japoneses esperaron la deportación en instalaciones vacacionales abarrotadas que habían sido convertidas temporalmente en campos de detención (alojamientos lujosos en comparación con los campos donde internaron a numerosos inmigrantes japoneses y estadounidenses de origen japonés). En Hot Springs, Virginia, y después en White Sulphur Springs, West Virginia, Kuruusu tuvo tiempo suficiente para reflexionar sobre lo que había fallado en su intento de asegurar la paz entre los dos países en el último momento.

Aunque eran muy conscientes de la urgencia de su misión, los dos embajadores no sabían –y Tokio se había asegurado de que no lo supieran– exactamente lo escasas que eran sus posibilidades. El 30 de noviembre, Yamamoto Kumaichi, de la Oficina de Asuntos Estadounidenses del Ministerio de Asuntos Exteriores, les había llamado por teléfono a

Washington. Hablaron en un código creado apresuradamente. Tokio quería que los diplomáticos mantuvieran sus esfuerzos para evitar la guerra, les dijeron. Por eso, Nomura y Kurusu trabajaron febrilmente después del plazo límite del 29 de noviembre y propusieron el 1 de diciembre que su gobierno pidiera a la Administración Roosevelt una reunión de emergencia de representantes de los dos países, preferiblemente en Honolulu. Nomura recomendó que enviaran emisarios al máximo nivel y esperaba que el vicepresidente Henry Wallace asistiera por parte de Estados Unidos.

Kurusu no supo hasta el verano de 1942 lo que había ocurrido realmente durante aquellos últimos diez días anteriores al ataque japonés. En el Singapur ocupado por Japón, donde el *Gripsholm* hizo una breve parada, Kurusu oyó a oficiales del ejército comentar lo difícil que les había resultado preparar los ataques en los días que precedieron al bombardeo pues los jefes militares de Tokio no habían decidido ir a la guerra hasta el 26 de noviembre.

Ésta fue una revelación estremecedora y decepcionante para Kurusu. Que el 26 de noviembre los jefes militares *hubieran decidido* realmente ir a la guerra confirmaba que a él y a Nomura se les había dicho que continuaran con las gestiones diplomáticas en un intento deliberado de engañar y confundir a la otra parte. Desde luego, en la misión de los embajadores hubo momentos que delataron la inminente intención de Tokio de abandonar la vía diplomática, especialmente después de recibir la Nota de Hull. En una comunicación de Tokio del 28 de noviembre^[374] Togo expresó su «consternación y sorpresa» por el contenido de la nota e insinuó al equipo de Washington que no tardaría en romper las negociaciones. Pero Togo también había indicado a los embajadores que esperasen las directivas oficiales que llegarían en tres días. Ese documento, «Opiniones del Gobierno Imperial», sería entregado a la Casa Blanca al término de sus conversaciones. Hasta entonces, debían continuar normalmente.

Ese documento oficial no llegó nunca. El 3 de diciembre Togo indicó a los emisarios diplomáticos que siguieran presionando a Estados Unidos. Las palabras exactas de Togo fueron^[375]: «[El Plan B] constituye, en mi opinión, la mejor forma de avanzar para superar esta difícil situación, y eso es lo que ustedes deben explicar a los estadounidenses». Incluso el espinoso problema de China, según Togo, podría resolverse por medios pacíficos: Tokio simplemente estaba pidiendo a Estados Unidos que dejara de ayudar a Chiang Kai-shek sólo después de que las conversaciones de paz, «introducidas» por el presidente Roosevelt, se hubieran materializado. Esto había dado a Nomura

y a Kurusu nuevas esperanzas de una reconciliación diplomática. Todavía el 5 de diciembre pidieron a Hull que reconsiderase el Plan B, que la Administración Roosevelt no había rechazado formalmente, a pesar de haber emitido la Nota de Hull. Y, ese mismo día, Roosevelt envió un telegrama de paz a Hirohito. Todo en vano.

Que Kurusu y Nomura entregaran el mensaje^[376] de ruptura de las relaciones diplomáticas después del ataque a Pearl Harbor ha sido objeto de un apasionado debate durante décadas en el Japón de la posguerra. Hay varias razones convincentes aunque discutibles para la persistencia de este debate. En primer lugar, la entrega tardía del mensaje permitió a Roosevelt hacer una dura condena de la duplicidad de Japón, que ha pasado a la historia en su discurso como el «Día de la infamia». La conducta japonesa legitimó el llamamiento del presidente a la guerra no sólo contra Japón sino también contra los aliados fascistas de Japón en Europa. La hipótesis de que Roosevelt y Churchill conocían el inminente ataque japonés a Pearl Harbor, pero permitieron que ocurriera a fin de justificar la entrada de Estados Unidos en la guerra en Europa sigue excitando la imaginación de algunos.

Hay quienes creen que ciertos oficiales *bakuryo* organizaron la entrega tardía del último mensaje para asegurarse de que el ataque comenzara sin previo aviso. El hecho de que los miembros de la embajada que no prepararon los documentos a tiempo nunca fueron castigados –en algunos casos, incluso ascendieron después de la guerra– abona esta opinión.

La realidad es que el retraso en la entrega del mensaje se debió a una combinación de dos factores: la embajada no estaba preparada y Togo había cedido a la exigencia de los militares para garantizar el éxito de sus planes ofensivos. El almirante Yamamoto insistió en que Tokio notificase a Estados Unidos la intención beligerante de Japón por anticipado. Lo mismo hizo Hirohito, en congruencia con su deseo de que Japón se atuviese a los principios generales del derecho internacional. El 3 de diciembre el Ministerio de Asuntos Exteriores redactó un memorándum definitivo para ser entregado a Hull que contenía una frase en la que se indicaba la posible declaración de guerra japonesa de acuerdo con la Convención de La Haya. Pero Togo permitió que se suprimiera esa parte del documento. El envío de este delicado comunicado a Washington se dejó deliberadamente para el último momento a fin de asegurar el secreto más absoluto de los planes militares.

Incluso si el documento se hubiera entregado a Hull antes del ataque a Pearl Harbor, no habría eliminado el elemento de sorpresa –ni tampoco la

ilegalidad– de la ofensiva nipona. La entrega tardía en Washington reforzó la posición de Roosevelt, ayudándole a unir al país en torno a la bandera, pero él mismo manifestó que el sigilo de la estrategia de Pearl Harbor y el uso de la diplomacia para ocultar los preparativos fueron la parte más abominable de la conducta japonesa. Y así se lo transmitió a su país en un discurso convincente y brillante cuando el 8 de diciembre habló ante una sesión conjunta del Congreso:

Una hora después de que los escuadrones aéreos japoneses hubieran comenzado a bombardear Oahu, el embajador japonés en Estados Unidos y su colega entregaron al secretario de Estado una respuesta formal a un reciente mensaje estadounidense. Aunque esta respuesta afirmaba que parecía inútil continuar las negociaciones diplomáticas, no contenía amenaza alguna ni aludía a la guerra o a un ataque armado.

Tres días después del ataque a Pearl Harbor, talaron cuatro de los más grandes y hermosos cerezos japoneses junto a la laguna del West Potomac Park en un acto de vandalismo. Los árboles, que en el pasado habían sido un símbolo de amistad entre Estados Unidos y Japón, entre los que no debería haberse dicho «la última palabra», se convirtieron en objeto del intenso odio estadounidense. Siguiendo el lema nacional de «recuerda Pearl Harbor», Estados Unidos fue a la guerra contra Japón, la guerra que los belicistas de Tokio estaban tan deseosos de librar para, en palabras del jefe del Estado Mayor del Ejército, no «enfriar la moral [de los soldados]».

El 20 de julio de 1942 el *Gripsholm*, tras recoger y acomodar a bordo como se pudo más detenidos japoneses en Río de Janeiro, llegó al puerto de Lourenço Marques (Maputo) en el Mozambique portugués. Dos días después, el *Asama Maru* y el *Conte Verde*, con la bandera japonesa del sol naciente, anclaban en el mismo puerto en el océano Índico. Fue allí donde tuvo lugar el intercambio de ciudadanos entre los países en guerra. Los japoneses de América del Norte y del Sur se organizaron discretamente e hicieron transbordo a los barcos procedentes de Japón. No hubo contacto directo entre quienes estaban en campos enfrentados. Pero mientras esperaban en el puerto, Nomura y Kurusu distinguieron la alta figura del embajador Grew en el otro grupo. Él también los reconoció. Kurusu recordó entonces su entrevista^[377] con Grew la noche antes de partir a Washington a principios de noviembre del año anterior. La incómoda distancia física que los separaba era una prueba palpable de que la paz les había eludido. Los tres se saludaron quitándose el sombrero en silencioso reconocimiento.

Los barcos que llevaban a los ciudadanos japoneses llegaron a Yokohama, la ciudad de Kurusu, el 20 de agosto de 1942. Para entonces, Japón había

perdido su predominio en el mar. El equilibrio de poder había cambiado. Del 4 al 7 de junio la Armada Imperial japonesa libró una de las batallas navales más devastadoras de la historia moderna, la batalla de Midway. Los mismos hombres que habían planeado el ataque a Pearl Harbor prepararon la estrategia de Midway con la esperanza de acabar definitivamente con la presencia de Estados Unidos en el Pacífico. La operación acabó en un desastre para Japón. Para entonces, el código militar japonés había sido descifrado por Estados Unidos (mientras que en el momento del ataque a Pearl Harbor sólo se había descifrado el código diplomático). La Armada japonesa fue derribada de su glorioso pedestal sólo seis meses después de haberlo alcanzado.

La mayoría de los japoneses desconocía todo esto. El resplandor eufórico de Pearl Harbor aún no se había apagado cuando llegaron los barcos con los retornados de Occidente. Nomura y Kurusu fueron recibidos con una serie de celebraciones de bienvenida, que incluyeron un banquete imperial y una comida con el primer ministro. Era como si el gobierno estuviera deseoso de compensar el menosprecio con que había tratado a los máximos representantes de Japón durante la crisis diplomática, que los había convertido en enemigos públicos en Estados Unidos. En los campos de detención fueron víctimas de demostraciones de odio: «¿Quién es Kurusu?»^[378] ¡Le voy a retorcer el cuello!», apareció escrito en un muro. Ahora, de regreso en Japón, los elevaban repentinamente al estatus de héroes nacionales que habían hecho frente a la prepotencia de Washington hasta el último momento.

Kurusu comparaba la práctica de la diplomacia con hacer dibujos en la arena de una playa. Con independencia de cuántos tratados y alianzas hubiera conseguido un diplomático, un solo movimiento en la política gubernamental podía borrarlo todo. «Quiero dejar algo más tangible»^[379] a la posteridad, algo que dure más, aunque no sea más que un puente», dijo su hijo, Ryo, que decidió estudiar ingeniería en vez de seguir los pasos de su padre. Ryo nunca llegó a construir ningún puente. Aquel piloto ingeniero de la Armada Imperial Japonesa, nacido en Chicago y de origen japonés y estadounidense, perdería su joven vida en febrero de 1945, en la guerra que su padre no había logrado detener.

Los audaces aviadores del *Kamikaze*, a los que Kurusu había recibido entusiasmado en Bruselas en abril de 1937, también perdieron la vida en la guerra. El joven, Iinuma, murió en Phnom Penh poco después de Pearl Harbor. (Le mató la hélice de un avión en marcha cuando él caminaba por la

pista, lo que llevó a especulaciones sobre su posible suicidio). Menos de dos años después, su mejor amigo y compañero de vuelo, Tsukagoshi, desapareció en una misión. En octubre de 1944, la unidad de pilotos kamikazes de la armada japonesa lanzaría su primer ataque en el golfo de Leyte, en Filipinas, al mando del contraalmirante Onishi Takijiro, uno de los principales arquitectos del ataque a Pearl Harbor. La notoriedad de esa misión mortal pronto eclipsaría los logros de los dos pilotos originales del *Kamikaze*.

La violinista Suwa Nejiko, buena amiga de la familia Kurusu, con una ciega dedicación a su música y una ingenuidad política a la que ni siquiera son inmunes los artistas más grandes, decidió continuar sus estudios en el París ocupado con su mentor ruso, Boris Kamensky. La antigua niña prodigio viajó frecuentemente a Alemania, donde tocó con Hans Knappertsbusch y la Filarmónica de Berlín. Joseph Goebbels le regaló un Stradivarius en febrero de 1943. Sería capturada por las tropas estadounidenses y mantenida en confinamiento en Estados Unidos. Por fin regresó a Japón, después de casi una década en Europa, en diciembre de 1945. Para entonces el país estaba completamente en ruinas.

No obstante, cuando Kurusu y Nomura regresaron en el verano de 1942, Tokio estaba empobrecido pero aún seguía en pie. Los dos diplomáticos sobrellevaron los diversos actos de bienvenida que se les impusieron. En uno de ellos Hirohito no expresó sentimiento alguno por la situación de Japón y sólo tuvo palabras para elogiar sus esfuerzos profesionales. El príncipe Takamatsu, más directo^[380], dijo a Kurusu que lamentaba que la diplomacia no hubiera prevalecido y que la guerra se hubiera impuesto.

En la comida con el primer ministro^[381], Tojo habló de las reservas que el gobierno –y él mismo– habían sentido a medida que se acercaba la decisión de entrar en guerra a finales de noviembre de 1941. Como era de esperar, dijo que su gobierno se había visto obligado a elegir esa vía por la incesante persecución de Washington. Por lo que respectaba a Japón, la guerra nunca había sido la opción preferida. También dijo que si el mensaje de Roosevelt al emperador hubiera llegado tres días antes, la guerra podría haberse evitado. (Al embajador Grew le llegó el mensaje de paz de Roosevelt el 7 de diciembre en Japón, después de que hubiera estado retenido en Tokio durante diez horas por orden del Estado Mayor del Ejército, a fin de sabotear cualquier iniciativa de paz en el último momento; Hirohito lo recibió media hora antes del ataque a Pearl Harbor. De hecho, Kurusu había propuesto con tiempo suficiente, el 26 de noviembre, el intercambio de mensajes de paz

entre Roosevelt y Hirohito, pero no logró convencer a Togo y a Kigo de que el intento merecía la pena).

Con independencia de la interesada lectura que Tojo hizo de la inflexibilidad estadounidense, la raíz del problema en el gobierno japonés fue la misma durante todo 1941: ninguno de sus máximos líderes, pese a sus ocasionales protestas, tuvo suficiente voluntad, deseo o valor para frenar el impulso hacia la guerra.

Particularmente en el caso de los jefes y subjefes de los estados mayores, resultó mucho más fácil sumarse a los llamamientos a prepararse para la guerra de los estrategas *bakuryo* que intentar detenerlos. El lenguaje agresivo dio a esos jefes una sensación ilusoria de poder y valentía cuando el resto de los líderes titubeaban y vacilaban entre la guerra y la paz, incapaces de articular un no rotundo. Las conferencias de enlace y las conferencias imperiales contribuyeron a dar a cada uno la sensación de que no tenía responsabilidad individual alguna.

De abril a diciembre de 1941, los líderes japoneses tomaron una serie de decisiones que constituían un fatídico camino hacia la guerra, aunque al principio muchos fueran incapaces de darse cuenta de ello. Pero, con cada paso, se reducía el margen de maniobra. No obstante, la guerra con Occidente que en ningún caso podía ganarse fue completamente inevitable. Pese al riesgo de perder todo lo que se había logrado desde Meiji, los líderes acabaron sucumbiendo a una estrategia destructiva –y autodestructiva– teóricamente dirigida a maximizar las probabilidades de supervivencia y preservación de Japón a corto plazo y, más ambiciosamente, construir una Asia para los asiáticos bajo el liderazgo de Japón a largo plazo. Esos objetivos nunca fueron realizables ni a corto ni a largo plazo porque su planificación no fue realista. Japón se encaminó a la guerra como un jugador, animándose con la probabilidad de obtener ventajas iniciales al tiempo que se engañaba pensando que, llegado el momento, podría «tomar el dinero y correr», aunque correr nunca fue una opción en este juego.

Es cierto que el ataque a Pearl Harbor fue aclamado por una nación en general poco informada como una victoria extraordinaria, al menos al principio. Muchos optaron por verlo como una decisión honorable y heroica tomada por Japón en pro de un futuro mejor para Asia. Parece que incluso el emperador se mostró encantado al conocer la noticia de la victoria de Pearl Harbor. Sin embargo, los habitantes de las zonas del Sudeste Asiático que habían quedado recientemente bajo control japonés en su mayor parte

despreciaban el liderazgo interesado y arbitrario de Japón. Incluso veían la ocupación más hipócrita que el colonialismo occidental por la distancia que había entre los altos ideales que profesaba Japón y el carácter caprichoso y desorganizado de su gobierno, que con frecuencia los abocó a la pobreza y la brutalidad. Por eso se ha dicho muchas veces que Pearl Harbor fue un brillante triunfo táctico, pero un terrible error estratégico. Pero ¿fue realmente un triunfo táctico? En la mañana del 7 de diciembre de 1941 el vicealmirante Nagumo acertó el ataque de sus fuerzas en contra de la opinión de Fuchida Mitsuo, coordinador jefe y el piloto de bombardero que lideró la primera oleada de ataques. Del primer grupo de 183 aviones sólo se perdieron 9, pues apenas sufrieron ataques en represalia. En la segunda oleada se perdieron 20 aviones de 167. Nagumo se desanimó por este incremento y decidió regresar.

Por lo tanto, como señalé antes, quedaron prácticamente intactos los depósitos de combustible, los astilleros y otras instalaciones estadounidenses. Japón tampoco pudo infligir ningún daño a los submarinos y los portaaviones estadounidenses, que no se encontraban allí en aquellos momentos. Esto, junto con el hecho de que las aguas poco profundas del puerto facilitaban la reparación de los barcos dañados, permitió la rápida recuperación de la potencia naval estadounidense en el Pacífico.

En cuanto a los tripulantes del submarino que Yamamoto envió como torpedos humanos poco antes de los ataques aéreos, sus muertes sirvieron de poco aparte de para fines propagandísticos. Los principales periódicos (no los cuarteles generales) los aclamaron como «Nueve dioses militares». (Fueron enviados diez; uno sobrevivió y fue hecho prisionero por Estados Unidos, pero eso lo ignoraban los ciudadanos japoneses corrientes). Cuando se celebró el primer aniversario del comienzo de la guerra, se convirtieron en la pieza central del culto a los héroes nacionales.

Otro gran momento del primer aniversario fue una película producida por el Ministerio de Marina, *La batalla naval de Hawái a Malasia (Hawai Mare Oki Kaisen)*, que se estrenó al público el 3 de diciembre de 1942. El personaje principal es un piloto cadete, un muchacho del campo que, a base de constancia y esfuerzo, se transforma en un piloto de élite de la Armada Imperial. La película, con una pomposa banda sonora de marchas militares y temas wagnerianos, alcanza su momento culminante con los bombardeos japoneses en Hawái y la batalla naval en Malasia, y termina con la declaración de guerra del imperio a Estados Unidos y sus aliados. Pero, por el momento, los líderes de Tokio sólo podían explotar las victorias de Hawái y

Malasia.

El Soldado U sabía muy bien que la vida en la guerra era muy distinta de lo que describían las películas de propaganda. Continuó su periplo por los frentes. El 8 de diciembre de 1941, a bordo de un barco cuyo destino aún no se había anunciado, su unidad fue informada de la declaración de guerra de Japón. Tras navegar por la bahía de Cam Ranh, en el Sudeste Asiático, su barco entró en el Mekong y repostó en Saigón, y finalmente depositó a los soldados en el sur de Tailandia. Iban a tomar parte en la histórica batalla contra los británicos por el control de Malasia. Sobrevivió a la batalla.

Tras la caída de Singapur en febrero de 1942, al Soldado U se le encomendaron tareas de vigilancia en Kota Medan, en el norte de Sumatra, donde la situación era relativamente tranquila y los ocupantes japoneses, según creía él, se llevaban bien con los locales. Allí no pasó hambre, pero echaba de menos su hogar, así que se puso muy contento cuando en diciembre de 1942 le dijeron que le licenciaban por ser demasiado mayor. El viaje de regreso a casa fue otra aventura arriesgada. Su barco tuvo que sortear constantes ataques de torpedos hasta que, una noche, él y otros soldados, llenos de entusiasmo, subieron a pequeños botes para desembarcar en Hiroshima sumidos en la oscuridad más absoluta porque todas las luces se mantenían apagadas por la guerra. Los botes chocaron unos con otros. Algunos hombres cayeron al agua helada y perecieron. Algunos fueron rescatados. El Soldado U estaba entre ellos.

A mediados de 1944 la previsión de que se avecinaban cosas peores condujo a una nueva política en el frente interno. El gobierno, todavía dirigido por Tojo, anunció un programa de evacuación de los escolares de primaria de trece ciudades metropolitanas. Los niños, de edades comprendidas entre los ocho y los doce años, fueron trasladados al campo, donde vivían en grupos numerosos; muchos de ellos era la primera vez que se separaban de sus padres. Normalmente se los alojaba en habitaciones, extremadamente rudimentarias y abarrotadas, de templos budistas y pensiones tradicionales. En total, unos ochocientos mil niños urbanos sufrieron esta evacuación colectiva, que se caracterizó por el hambre constante, la añoranza del hogar y la vida espartana. Constituiría una parte importante de la memoria de su generación.

Los diarios y las revistas presentaron el programa de evacuación en términos positivos; informaron que los niños estaban disfrutando del fresco aire del campo y publicaban fotos de sus sonrientes –aunque claramente

desnutridos– rostros. Una foto mostraba a un grupo de los más pequeños en cuclillas en el suelo del cuarto de baño formando un gran círculo en el que cada niño lavaba la espalda del que tenía delante. Parecía que se lo estaban pasando bien, pero sus cuerpos desnudos, asombrosamente flacos, hacen que uno se pregunte cómo les quedaba energía para sonreír, y mucho menos para lavarse.

Sin acceso a más comida que la poca que se les proporcionaba, los niños evacuados estaban siempre hambrientos. Su pasatiempo preferido era dibujar comida. «Bizcochos, albóndigas de masa, pastas^[382], tortas de frutas, caramelos, *crackers* de arroz... todo eso dibujábamos, cada una de las cosas apetitosas que recordábamos –relataba una mujer–. Entonces nos enseñábamos los dibujos unos a otros y disfrutábamos hablando de lo maravillosamente bien que sabrían si pudiéramos comerlas». Se les decía constantemente que no se quejaran ni se mostraran infelices en las cartas que escribían a casa, y los maestros revisaban todo su correo antes de enviarlo. La censura estatal y la confiscación de correspondencia, legalizadas en octubre de 1941, se ejercieron voluntariamente incluso a este nivel.

Este improvisado programa de evacuación fue una respuesta directa a la amenaza de un desembarco estadounidense en tierra firme japonesa, que parecía especialmente probable después de que Estados Unidos capturase Saipán, dos mil quinientos kilómetros al sur. La isla cayó el 7 de julio de 1944 y más de 55.000 japoneses, incluidos civiles, murieron allí. (Saipán, mandato japonés por una resolución de 1920 de la Sociedad de Naciones, tenía en 1943 una población japonesa de 29.348 habitantes, entre los cuales había taiwaneses y coreanos que, por su estatus colonial, constaban como japoneses). El vicealmirante Nagumo y otros comandantes de la Armada ordenaron a sus soldados que «murieran como héroes» y se convirtieran en el «dique del Pacífico» contra Estados Unidos. Nagumo sentó precedente suicidándose el 6 de julio, antes de la caída de la isla. De los civiles se esperaba el mismo «sacrificio último» cuando les faltara la protección militar. Demasiados eligieron la muerte en vez de la rendición, a veces coaccionados por los soldados japoneses que quedaban, para asegurarse de que nadie sufriría la vergüenza de ser hecho prisionero.

La inolvidable prueba de fidelidad patriótica fue filmada por los marines estadounidenses. Civiles, muchos de ellos mujeres, algunas con bebés y niños, se dirigen con paso inseguro hacia el borde de los acantilados volcánicos para el salto final. Se percibe una leve duda y un temor

momentáneo cuando miran al vacío, al abismo de agua negra. Pero su fuerza de voluntad les hace vencer el miedo y saltan. ¡*Banzai!* («¡Larga vida!» o, más exactamente en este caso, «¡Larga vida al emperador!») era frecuentemente la última palabra de aquellos súbditos leales al imperio. En las islas de Tinian, Guam y Okinawa se suicidarían más civiles ante el avance de Estados Unidos.

Las pérdidas japonesas en el Pacífico eran tan enormes que ya no se podían mantener en secreto por más tiempo. La nación se enteró del desastre de Saipán, así como de la dimisión del gobierno de Tojo, el 18 de julio de 1944. Dos días después de la caída de Tojo, el 20 de julio, tuvo lugar la Operación Valquiria, el atentado contra Hitler que más cerca estuvo de tener éxito. Con renovado fanatismo, el Führer seguiría dirigiendo Alemania hasta su suicidio.

Alemania sin Hitler habría sido un país distinto inmediatamente. Pero Japón sin Tojo fue muy parecido a como había sido con él. Permanecían los mismos fallos institucionales y culturales que propiciaron su decisión de ir a la guerra y, en todo caso, los sacrificios materiales y humanos de los años de guerra hacían aún más difícil a cualquier líder poner término al conflicto. Algunos esperaban asestar otro golpe decisivo a Estados Unidos, de forma que Japón no sufriera una derrota total. Otros, igualmente engañados, creían que Alemania o la Unión Soviética intervendrían como mediadores de paz. Algunos fanáticos de los círculos dirigentes querían seguir luchando a cualquier precio. Incluso cuando en las altas esferas no quedaba duda alguna de que Japón iba a perder la guerra, harían falta trece meses más, otros dos primeros ministros, la destrucción completa de las principales ciudades japonesas y dos bombas atómicas, para que el emperador alzara la voz –según algunos, valientemente; según otros, demasiado tarde– y pusiera fin a una guerra que se había librado sin ningún plan concreto de éxito. La preferencia crónica de los líderes por creer lo que deseaban creer, la autopreservación y su preocupación por salvar la cara, que en 1941 había culminado en la decisión más temeraria del país, tuvo un eco familiar en 1944 y 1945.

Entretanto, la vida tenía que seguir, y continuaba la evacuación de niños. El 22 de agosto de 1944 unos seiscientos niños, en tránsito de Okinawa a Kagoshima, perecieron en el mar. Los submarinos estadounidenses ya habían llegado hasta allí. El improvisado programa de evacuación acabó en marzo de 1945 y se pidió a las familias de las ciudades que hicieran lo necesario para poner a sus niños a salvo. Las reuniones familiares con frecuencia fueron

brutalmente breves. Muchos niños de Tokio fueron devueltos a casa justo a tiempo para sufrir el peor (aunque no el último) de los bombardeos que sufrió la ciudad: el de la madrugada del 10 de marzo, en el que Kafu perdió su casa.

Con la destrucción de casi cada ciudad japonesa y el anuncio constante de las pérdidas militares, la moral de la población no podía ser más baja. Sobrevivir a la muerte –por enfermedad, hambre o por las bombas incendiarias que abrasaban por igual a bebés y a ancianos– se había convertido en la prioridad nacional. Una madre enloquecida que abrazó a su bebé hasta el punto de ahogarlo mientras buscaba refugio durante un bombardeo; una niña que trataba de mantenerse a flote en un río lleno de personas agonizantes que se aferraban a ella; gente que iba sorteando montones de cadáveres quemados mientras buscaba a sus seres queridos: historias como éstas se estaban volviendo demasiado frecuentes. El Palacio Meiji, donde se habían celebrado las conferencias imperiales, ardió en mayo de 1945, lo que obligó a los líderes a mantener las dos últimas conferencias imperiales antes de la rendición incondicional de Japón en un refugio antiaéreo.

La vida en el campo era menos peligrosa, pero también allí había escasez. Los niños pequeños competían inocentemente para ver quién recogía más tubérculos, un sustituto del arroz, y saltamontes, una valiosa fuente de proteínas y calcio para los niños. A los estudiantes se les enviaba a los bosques a recoger resina de pino para hacer carburante (que nunca llegó a funcionar), y a todos los hogares se les ordenó que entregaran sus objetos de metal, incluidos cubos y cazos, para fabricar aviones. «Debemos de estar perdiendo la guerra»^[383], dijo un muchacho del campo, deduciendo que, en otro caso, el gobierno no caería tan bajo como para tomar los utensilios de cocina de gente modesta. Pero sin quejarse, y con cierto fatalismo, el país soportó tiempos terribles como si se trataran de implacables desastres naturales y no de origen humano.

En medio de todo esto, un grupo muy selecto de japoneses, principalmente oficiales militares pero también realizadores de cine, estudiantes universitarios y otros civiles, tuvieron la rara oportunidad de ver las películas que los británicos habían dejado atrás en el Sudeste Asiático. Una de ellas fue *Lo que el viento se llevó*. A los japoneses les asombró la calidad, la superioridad técnica y el *glamour* de esa saga de casi cuatro horas. Se preguntaban cómo podrían derrotar a un país que había conseguido producir una película tan extraordinaria. (Otra película que dejaron fue la

producción de Disney de 1937 *Blancanieves y los siete enanitos*, cuya calidad era muy superior a la tecnología de animación japonesa).

El 17 de agosto de 1945, tres días después de que el emperador anunciara por radio la derrota absoluta de Japón, el príncipe Higashikuni se convirtió en el primer (y, muy probablemente, el último) primer ministro elegido por la casa imperial. Le correspondió a él desarmar al país, entregárselo a las fuerzas de ocupación aliadas, firmar el documento en el que aceptaba la rendición incondicional de Japón y, lo que era más importante, levantar la moral de una nación completamente devastada.

El príncipe era un orador convincente que hablaba con sencillez. El 5 de septiembre se dirigió a una sesión parlamentaria, en la que estaban presentes militares estadounidenses, e insistió en que los japoneses no se pararan a preguntarse cómo había empezado la guerra y mirasen hacia delante. Planteó que todo el país, con sus cien millones de habitantes, era culpable y, por lo tanto, todo el país debía arrepentirse. El mismo país al que se había dicho, hasta hacía muy poco, que debía luchar hasta el final, armado sólo con lanzas y cascos de bambú. El argumento de Higashikuni tenía cierto mérito, especialmente a finales del verano de 1945, cuando los japoneses tenían tanto trabajo por delante. Pero sus palabras marcaron la pauta para que los líderes japoneses, así como quienes los seguían, soslayaran la cuestión fundamental de la responsabilidad: ¿quién fue responsable de comenzar la guerra? La sugerencia de que la guerra podría haber sido innecesaria era demasiado penosa para ser aceptable por los japoneses, después de haber perdido tanto y a tantas personas en ella. Pero esta falta de atención, legitimada como política oficial, a su vez favoreció la tentación general de prescindir de otras clases de responsabilidades, tales como afrontar los crímenes de guerra y la memoria de la guerra una vez hubo terminado.

Esto, por supuesto, no significa que la gente pudiera olvidar por lo que había pasado. Contrariamente a la opinión más extendida, en Japón se han hecho varios intentos serios de examinar aspectos del pasado bélico del país. El Soldado U, que llegó a los ochenta y cuatro años, tuvo suficiente tiempo para reflexionar, discreta y calladamente, sobre sus experiencias. Aunque nunca habló de ellas en vida, le preocupaban lo suficiente como para dejar un testimonio escrito cuya existencia ignoraba incluso su familia.

No obstante, al decir que cada japonés era responsable de la guerra, Higashikuni estaba dando a entender que nadie era culpable, fundiendo y diluyendo la responsabilidad real de los líderes que llevaron a Japón a esa

decisión trascendental. El príncipe Konoé, que reapareció como figura pública en el gobierno de Higashikuni, fue sin duda el primero en apoyar esta línea argumental. Los políticos conservadores, en el poder durante la mayor parte de la posguerra, aceptaron con sumo agrado una interpretación tan parcial e incompleta del pasado japonés. A pesar de los esfuerzos de algunos ciudadanos, académicos y periodistas para que se llevara a cabo un debate más honesto, resulta difícil negar que la tendencia oficial de Japón ha sido apartar la mirada de lo que no es agradable ni deseable en su historia. Y esta pauta fue perpetuada^[384] tanto, si no más, por lo que Kafu había descrito tan perspicazmente en vísperas de Pearl Harbor como la fundamental indiferencia hacia la política de muchos japoneses, absortos en su «objetivo primordial... vivir el día a día sin demasiados problemas», como por el desatinado deseo de parte de la derecha politizada de glorificar la guerra perdida.

En 1952 finalmente se estrenó al público en Japón *Lo que el viento se llevó*, que se convirtió en un gran éxito de taquilla. Muchos japoneses se identificaron con la vehemente, impetuosa e indómita belleza sureña Scarlett O'Hara, decidida a superar cualquier obstáculo, incluso después de haber perdido casi todo lo que era importante para ella. Sus famosas últimas palabras –«mañana será otro día»– encontraron eco en la generación de japoneses de la posguerra que estaba intentando vislumbrar un futuro mejor entre la destrucción de la guerra. Eso es exactamente lo que Japón decidió hacer, y ésa es la razón por la que el pasado, con su improbable historia de cómo fue posible la guerra, se convirtió en otro país.

Agradecimientos

¿Por qué atacó Japón a Estados Unidos en Pearl Harbor? Al tratar de responder a esta pregunta aparentemente sencilla, a veces me he sentido como si yo también me hubiese lanzado ciegamente desde la plataforma del templo Kiyomizu. Es indudable que sobreviví al salto por toda la inspiración y ayuda que he recibido en el camino. Kazuo Osugi siempre fue generoso con su tiempo y sus consejos, mientras que sus libros fueron para mí extraordinarios modelos de erudición disciplinada a la que yo debía aspirar. Naoki Inose me ayudó amablemente a clarificar algunas cuestiones relativas a su trabajo pionero sobre el Instituto de Investigación de la Guerra Total. Tali Kfir me dio la oportunidad de leer las excelentes memorias de su padre, Yaoki Iijima, coescritas con su madre, Geneva Cobb Iijima.

En 2009, la invitación de Takashi Shiraishi para que me incorporara como investigadora al Instituto Nacional de Graduados para Estudios Políticos de Tokio, cuando me encontraba luchando por poner en marcha el proyecto del nuevo libro, supuso un bienvenido alivio. En 2010 una cátedra de profesor visitante en la Universidad Hebrea de Jerusalén me ofreció la oportunidad de poner mi trabajo a prueba. Estoy especialmente agradecida a Yuri Pines por leer mi manuscrito con sus vigilantes ojos y a los estudiantes que asistieron a mi seminario por su *feedback* positivo, que me proporcionó el incentivo para terminar el primer borrador del libro.

No puedo agradecer lo suficiente a Christopher Szpilman su amistad, su generosidad y sus incisivos comentarios en distintas fases de la escritura. Edward Chancellor me hizo reflexivos comentarios e indicaciones que me orientaron en la reescritura del manuscrito.

La idea de este libro me la sugirió hace siete años Jin Auh, mi agente y mayor apoyo en todo el proceso. Le agradezco su fe inalterable en mi capacidad para afrontar el desafío y su sentido del humor, que fue de gran

ayuda. Tengo una deuda especial con Scott Moyers, por llevarme a la Wylie Agency. Agradezco a Steve Wasserman que asignara mi trabajo a un editor consumado como Jonathan Segal en Knopf. Sin sus comentarios y su meticulosa preparación del texto, este libro simplemente no se habría podido terminar. Joey McGarvey y Meghan Houser siempre fueron receptivos a mis preguntas, mientras que Maria Massey, Cassandra Pappas, Lorraine Hyland y Jason Booher, del equipo de producción, contribuyeron enormemente a la finalización del libro. Con todos ellos tengo deudas de gratitud.

Por último, he de dar las gracias a amigos y allegados. Hiroko Wakunaga, Ikumi Okamoto, Nina Jrushcheva, Betsy Opio y Laura Bresler me proporcionaron un tremendo apoyo moral y práctico. Antonia Phillips no escatimó esfuerzos para ayudarme con las ilustraciones. Brigitte Lacombe hizo generosamente la fotografía de la autora. Gewn Robinson y Willem Diepraam fueron los primeros en leer el manuscrito terminado. Les agradezco sus útiles comentarios y su gran entusiasmo. Mi tía Hiroko Anzai y mi prima Miki Anzai Kawakatsu especialmente me ayudaron y dieron ánimo. Mis padres, Kimiko y Kensuke Hotta, apoyaron el proyecto sin reservas y me ayudaron de todas las formas imaginables. Tengo la mayor deuda de gratitud con mi esposo, Ian, y con nuestra hija, Josephine, pues sin ellos mi vida estaría terriblemente falta de amor, risas y un verdadero sentido de la perspectiva.



1. El príncipe heredero Hirohito (centro), con veinte años, durante su visita al primer ministro David Lloyd George (a su derecha) en mayo de 1921.



2. El emperador Hirohito, jefe supremo de las fuerzas armadas, en 1941.



3. Kido Koichi, señor guardián del sello privado –el consejero de más confianza del emperador–, era quien controlaba el acceso al palacio.



4. Uno de los pocos testimonios gráficos que tenemos de una conferencia imperial con la presencia de los máximos líderes civiles y militares en enero de 1938.



5. Actores y público celebran llenos de júbilo la caída de Nanjing en el Teatro Kabukiza en diciembre de 1937.



6. En las grandes ciudades empezó a racionarse el arroz en abril de 1941. En el cartel de este centro de distribución pone: «A partir de hoy aumenta la distribución».



7. Mucho antes del embargo total de petróleo estadounidense en agosto de 1941, la escasez de crudo en Japón condujo a la invención de coches que funcionaban con carbón.



8. El príncipe Konoé Fumimaro disfrazado de Hitler en una fiesta de disfraces celebrada en la víspera de la boda de su hija en la primavera de 1937, poco antes de ser nombrado primer ministro de Japón.



9. Kōnoe moderó su postura belicista en su discurso radiofónico del 3 de noviembre de 1938, en el que anunció que Japón iba a atacar a China para construir un «nuevo orden en Asia oriental» en beneficio del conjunto de Asia



10. En la firma del Pacto Tripartito en Berlín, en septiembre de 1940, están presentes el embajador Kurusu Saburo (izquierda), el ministro italiano de Asuntos Exteriores Galeazzo Ciano (centro) y Hitler.



11. Konoé lanza vítores *banzai* en la ceremonia de fundación de la Asociación de Apoyo al Régimen Imperial, creada en octubre de 1940.



12. A principios de 1941 el gobierno de Konoe envió al almirante Nomura Kichisaburo a Washington, D. C., con la esperanza de evitar las hostilidades. Joseph Grew, el embajador estadounidense en Japón, fue a despedirle a la estación de Tokio.



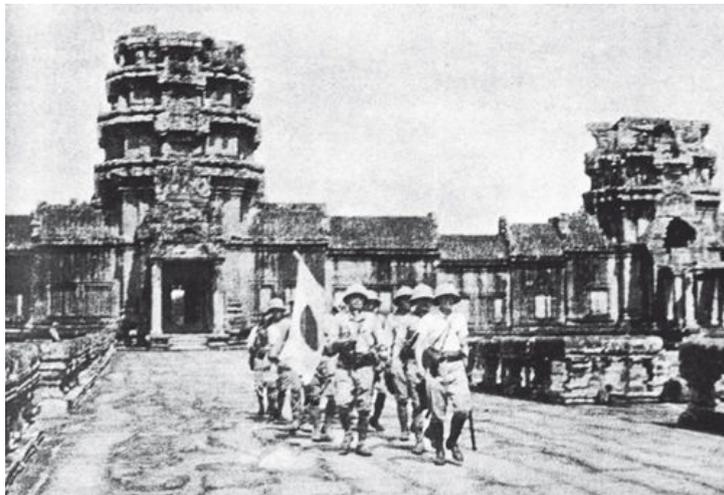
13. El ministro de Asuntos Exteriores Matsuoka Yousuke (en el centro), un excéntrico educado en Estados Unidos, con dotes para la publicidad, fue el artífice de la política pro-Eje del gobierno de Konoe. En la primavera de 1941 fue recibido en la estación Anhalter de Berlín. A su izquierda aparece Joachim von Ribbentrop, ministro nazi de Asuntos Exteriores.



14. Matsuoka negoció un acuerdo de neutralidad con Stalin, firmado el 13 de abril de 1941. En la fotografía se están despidiendo en la estación Yaroslavski de Moscú.



15. Konoe (en la primera fila, a la derecha) prescindió de Matsuoka en el nuevo gobierno que formó el 18 de julio de 1941 con Oikawa Koshiro (en la segunda fila, a la izquierda) como ministro de Marina, Toyoda Teijiro (en la tercera fila, a la izquierda) como ministro de Asuntos Exteriores, Tojo Hideki (al lado de Oikawa) como ministro del Ejército y Suzuki Teiichi (con traje claro, detrás de Konoe) como director general del Consejo de Planificación del Gobierno.



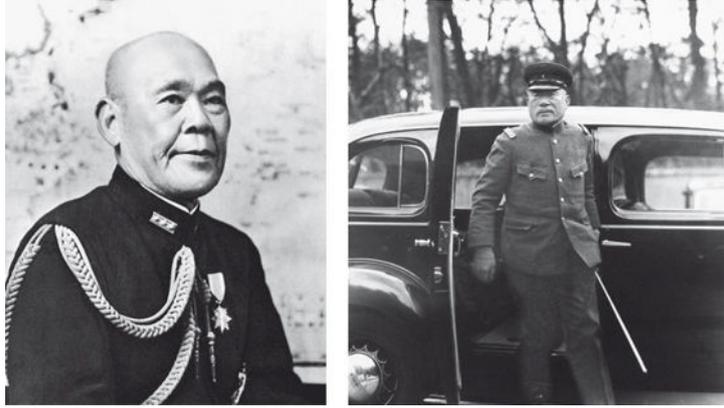
16. El 2 de agosto de 1941 los soldados japoneses desfilan a las afueras de Saigón con la bandera del sol naciente.



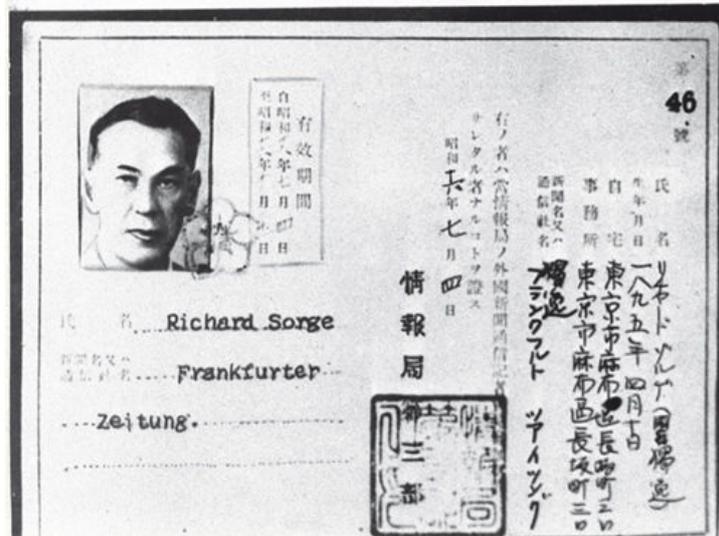
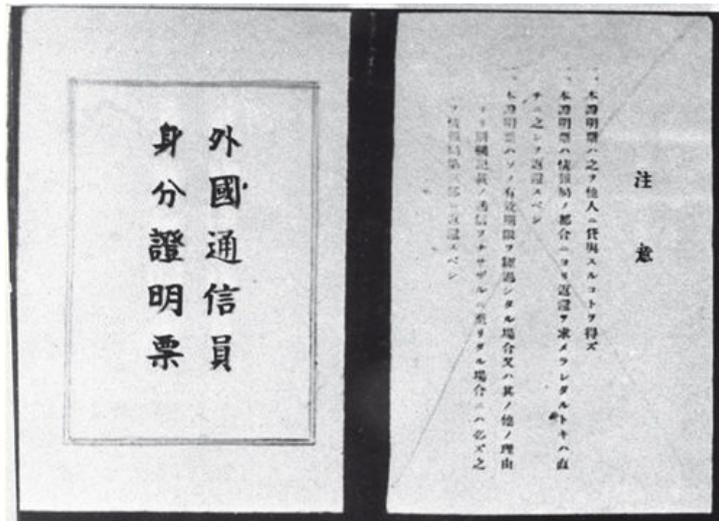
17. La reunión que mantuvieron en agosto de 1941 el presidente estadounidense, Franklin D. Roosevelt, y el primer ministro británico, Winston Churchill, en Terranova, Canadá, para tratar el futuro de su alianza y la guerra en Europa culminó en la Carta del Atlántico.



18. El almirante Yamamoto Isoroku era contrario a la alianza de Japón con el Eje. Esta fotografía se tomó en noviembre de 1940, poco antes de que empezara a diseñar su estrategia para Pearl Harbor.



19. Nagano Osami (arriba), jefe del Estado Mayor de la Armada, y Sugiyama Hajime (derecha), jefe del Estado Mayor del Ejército, presionaron insistentemente para que se iniciaran los preparativos bélicos en el verano y el otoño de 1941.



20. El periodista alemán Richard Sorge era un espía soviético que operaba en Tokio en vísperas de la guerra en el Pacífico. La fotografía muestra sus credenciales de corresponsal extranjero.



21. Ozaki Hotsumi, conocido periodista y comunista encubierto, ayudó a Sorge a infiltrarse en la élite política japonesa.



22. Ozaki se aprovechó de su estrecha amistad con Saionji Kinkazu, que, como ayudante de Konoe, tenía acceso a información del gobierno.



23. En Washington, el secretario de Estado Cordell Hull conduce al embajador Nomura (izquierda) y al recién llegado diplomático Kurusu del Departamento de Estado a la Casa Blanca para entrevistarse con Roosevelt en noviembre de 1941.



24. Togo Shigenori, veterano diplomático, fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno de Tojo, tras la dimisión de Konoe el 18 de octubre de 1941.



25. Pearl Harbor después de los bombardeos japoneses, el 7 de diciembre de 1941.



26. Un grupo de personas lee en Osaka las noticias escritas a mano de los ataques japoneses a Estados Unidos y sus aliados.



27. El príncipe imperial Higashikuni Naruhiko durante su intervención en la primera sesión de la Dieta, el parlamento japonés, en la posguerra, el 5 de septiembre de 1945.

Notas

[1] «Daihon'ei Kaigun bu Happyo», 8 de diciembre de 1941,
[http://cgi2.nhk.or.jp/shogenarchives/sp/movie.cgi?
das_id=D0001400296_00000](http://cgi2.nhk.or.jp/shogenarchives/sp/movie.cgi?das_id=D0001400296_00000). <<

[2] Masaki Hiroshi, *Chikakiyori*, en *Showa Nimannichi no Zenkiroku (5) Ichioku no «Shintaisei»*, Harada Katsumasa, Ozaki Hotsumi, Matsushita Keiichi y Mikuni Ichiro (eds)., Kodansha, 1989, 277. <<

[3] Nagai Kafu, *Kafu Zenshu* (24), Iwanami Shoten, 1994, 428-429. <<

[4] *Showa Nimannichi no Zenkiroku (5)*, 276-277. <<

[5] Tomaru Shigeru, «Rajioten no Mae wa Hitodakari», en «Watashi no Junigatsu Yoka», Nishiha Kiyoshi (ed)., <http://www.rose.sannet.ne.jp/nishiha/senso/19411208.htm#tomaru>. <<

[6] Nagai Kafu, *Tekiroku Danchotei Nichijo (2)*, Iwanami Bunko, 1987, 159.

<<

[7] Kato Yoshiko, *Saito Mokichi no Jugonen Senso*, Misuzu Shobo, 1990, 124.

<<

[8] Yomiuri Shimbun, *Kensho Senso Sekinin (1)*, Chuo Koron Shinsha, 2006, 55. <<

[9] No obstante, hay que señalar que, cuatro días antes del ataque, Japón había informado a Rusia de que ponía fin a sus relaciones diplomáticas y le advertía que se reservaba el derecho de actuar con entera libertad. <<

[10] Takeuchi Yoshimi, «Daitoa Senso to Warera no Ketsui (Sengen)», *Chugoku Bungaku* 82 (1942): 482-484. <<

[11] Yaoki Iijima, como se lo relató a Geneva Cobb Iijima, «Growing Up in Old Japan», memorias autopublicadas, 2010, 19. <<

[12] Suzuki Shun, «Fuan to Yatta to iu Kimochi», en «Watashi no Junigatsu Yoka», <http://www.rose.sannet.ne.jp/nishiha/senso/19411208.htm#suzuki>. <<

[13] Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*, Nueva York: Oxford University Press, 1995, 312. <<

[¹⁴] Así se muestra en *December 7th*, la película de propaganda de la flota estadounidense que dirigieron en 1943 John Ford y Gregg Toland. <<

[15] Winston S. Churchill, *The Grand Alliance*, vol. 3 de *The Second World War*, Londres: Cassell, 1950, 540. <<

[16] Tojo Hideki, «Oomikotonori wo Haishi Tatematsurite»,
[http://cgi2.nhk.or.jp/jpnews/movie.cgi?
das_id=D0001300464_00000&seg_number=001.](http://cgi2.nhk.or.jp/jpnews/movie.cgi?das_id=D0001300464_00000&seg_number=001) <<

[17] Konoe Fumimaro, *Heiwa e no Doryoku*, Nihon Denpo Tsushinsha, 1946, 94. <<

[18] Hosokawa Morisada, «Konoeko no Shogai», en *Konoe Nikki*, Kyodo Tsushinsha, 1968, 150. <<

[19] Yomiuri Shimbun, *Kensho Senso Sekinin (1)*, 56. <<

[20] Takahashi Aiko, citado en *Showa Nimannichi no Zenkiroku (6) Taiheiyo Senso*, Harada Katsumasa, Ozaki Hotsumi, Matsushita Keiichi y Mikuni Ichiro (eds)., Kodansha, 1990, 54. <<

[21] Nagai, *Tekiroku Danchotei Nichijo* (2), 253-254. <<

[22] *Ibíd.*, 255. <<

[23] Marius B. Jansen, «Monarchy and Modernization in Japan», *Journal of Asian Studies* 36, núm. 4, agosto de 1977: 617. <<

[24] Masao Maryuyama, *Thought and Behaviour in Modern Japanese Politics*, edición y traducción de Ivan Morris, Oxford: Oxford University Press, 1979, 88-89. <<

[25] Yamamoto a Nagano, jefe del Estado Mayor de la Armada, 29 de septiembre de 1941, citado en Gomikawa Junpei, *Gozen Kaigi*, Bunshun Bunko, 1984, 9. <<

[26] «Informal Conversations Between the Governments of the United States and Japan, 1941», 19 de mayo de 1942, en U. S. Department of State, *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States and Japan, 1931-1941*, Washington, D.C.: Government Printing Office, 1943, 2: 326. <<

[27] Nagai, *Tekiroku Danchotei Nichijo* (2), 140. <<

[28] *Ibíd.*, 146. <<

[29] Joseph C. Grew, *Turbulent Era: A Diplomatic Record of Forty Years, 1904-1945*, Cambridge, Mass.: Riverside Press, 1952, 2: 1258. <<

[30] *Ibíd.*, 1257. <<

[31] «Konoe Naikaku no Dekibae», *Osaka Mainichi Shimbun*, 3 de junio de 1937. <<

[32] Fujiwara Akira, *Showa no Rekishi (5)*, Shogakukan, 1944, 91-92. <<

[33] Ashida Hitoshi, erróneamente atribuidas a «Hitoshi Asa», citado en Otto D. Tolischus, «Synthesis of Japan», *New York Times*, 3 de agosto de 1941. <<

[³⁴] Ikeda Sumihisa, citado en Fujiwara, *Taiheiyo Senso* (5), 108. <<

[35] Konoe Fumimaro, «Kokuminseifu wo Aite to sezu» (16 de enero de 1938), Gaimusho, *Nihon Gaiko Nenpyo narabi ni Shuyomonjo (2)*, Hara Shobo, 1966, 386. <<

[36] Yamaura Kan'ichi, «Konoe Shuhen no Henkan», *Kaizo* (noviembre de 1938), 120. <<

[37] Saionji Kinkazu, *Kizoku no Taijo*, Chikuma Gakugei Bunko, 1995, 153.

<<

[38] *Ibíd.*, 135-137. <<

[39] Konoe Fumimaro, «Eibei Hon'i no Heiwa Shugi wo Haisu», reimpresso en *Sengo Nihon Gaikoronshu*, Chuo Koronsha, 1995, 52. <<

[40] Hosokawa, «Konoeko no Shogai», 122. <<

[41] Konoe Fumimaro, *Sengo Obei Kenbunroku*, Chuko Bunko, 1981, 138. <<

[42] Saionji Kinkazu, *Saionji Kinkazu Kaikoroku «Sugisarishi Showa»*, Ipec Press, 1991, 160. <<

[43] Nagai, *Tekiroku Danchotei Nichijo* (2), 145. <<

[44] *Osaka Asahi*, 22 de septiembre de 1941; *Osaka Mainichi*, 22 de noviembre de 1941. <<

[45] *Showa Nimannichi no Zenkiroku (4) Nicchusenso e no Michi*, Harada Katsumasa, Ozaki Hotsumi, Matsushita Keiichi y Mikuni Ichiro (eds)., Kodansha, 1989, 237. <<

[46] Todo lo relativo al Soldado U procede de Ushiotsu Kichijiro, «Jibunshi», <http://www.rose.sannet.ne.jp/nishiha/taikenki/ushiotsu/>. <<

[47] Citado en Fukada Yusuke, *Bibonare Showa: Suwa Nejiko to Kamikazego no Otokotachi*, Bunshunbunko, 1985, 124. <<

[48] *Showa Nimannichi no Zenkiroku* (6), 39. <<

[49] David J. Lu, *Japan: A Documentary History*, Londres: M. E. Sharpe, 1997, 448. <<

[50] «Sumitsuin Honkaigi Giji Gaiyo» (26 de septiembre de 1940), B1-176 (KK24-25), 2-3, en http://d-arch-ide.go.jp/kishi_collection/b1.html. <<

[51] «Matsumoto Joyaku Kyokucho 'Nichidokui Sangokujoyaku ni kansuru Sumitsuin Shinsaiinkai Giji Gaiyo'» (26 de septiembre de 1940), B1-173 (KK24-25), 28, ibíd. <<

[52] Toyoda Jo, *Matsuoka Yosuke: Higeiki no Gaikokan (2)*, Shincho Bunko, 1983, 362. <<

[53] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 53. <<

[54] Kido Koichi, *Kido Koichi Nikki (2)*, Tokyo Daigaku Shuppan, 1980, 870.

<<

[55] Boeicho Boeikenshusho Senshishitsu, *Senshi Soshō: Daihon'ei Rikugunbu, Daitō Senso Kaisen Keii (4)*, Asagumo Shimbunsha, 1974, 110; Osugi Kazuo, *Shinjuwan e no Michi: Kaisen Hisen Kokonotsu no Sentakushi*, Kodansha, 2003, 221. <<

[56] Saionji, *Saionji Kinkazu Kaikoroku*, 190-191. <<

[57] Saionji, *Kizoku no Taijo*, 82. <<

[58] Kase Toshikazu, *Senso to Gaiko (2)*, Yomiuri Shimbunsha, 1975, 104. <<

[59] Paul Schmidt, el traductor de Hitler, al secretario de Matsuoka, citado en Toyoda, *Matsuoka Yosuke (2)*, 433. <<

[60] Toyoda Jo, *Matsuoka Yosuke: Higeiki no Gaikokan (1)*, Shincho Bunko, 1983, 106. <<

[61] James L. McClain, *Japan: A Modern History*, Nueva York: W. W. Norton, 2002, 419. <<

[62] Stewart Brown, «Japan Stuns World, Withdraws from League», United Press, 24 de febrero de 1933. <<

[63] **Ibíd.** <<

[64] Toyota, *Matsuoka Yosuke (1)*, 538-549. <<

[65] *Ibíd.*, 24-25. <<

[66] Brown, «Japan Stuns World». <<

[67] Toyota, *Matsuoka Yosuke* (2), 181. <<

[68] *Ibíd.*, 182. <<

[69] Hayasaka Takashi, *Shikikan no Ketsudan: Manshu to Atsu no Shogun*
Higuchi Kiichiro, Bungei Shinsho, 2010, 131-149. <<

[70] Saionji, *Saionji Kinkazu Kaikoroku*, 190-191. <<

[71] *Ibíd.*, 70-71. <<

[72] *Ibíd.*, 197. <<

[73] Kase, *Senso to Gaiko (2)*, 35. <<

[74] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 234. <<

[75] *Ibíd.*, 236. <<

[76] Kase, *Senso to Gaiko (2)*, 105. <<

[77] Konoe, *Heiwa e no Doryoku*, 46. <<

[78] «Dai 21-kai Renraku Kondankai», 22 de abril de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, Inaba Masao, Kobayashi Tatsuo, Shimada Toshihiko y Tsonuda Jun (eds)., Asahi Shimbunsha, 1988, 410-411. <<

[79] «Memorandum by the Secretary of State», 2 de mayo de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:411. <<

[80] «Memorandum by the Secretary of State», 16 de abril de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:407. <<

[81] Tajiri Akiyoshi, citado en Toyoda, *Matsuoka Yosuke (2)*, 514. <<

[82] «Draft Proposal Handed by the Japanese Ambassador (Nomura) to the Secretary of State», 12 de mayo de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:420-425. <<

[83] Toyota, *Matsuoka Yosuke (1)*, 107-108. <<

[84] «Memorandum by the Secretary of State», 11 de mayo de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:416. <<

[85] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 257. <<

[86] «Memorandum by the Secretary of State», 16 de abril de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:407. <<

[87] *Ibíd.*, 409. <<

[88] Toyota, *Matsuoka Yosuke* (2), 400. <<

[89] Julia Meech-Pekarik, *The World of Meiji Print: Impressions of a New Civilization*, Nueva York: Weatherhill, 1986, 149. <<

[90] *Ibíd.*, 154. <<

[91] Ryusaku Tsunoda, Wm. Theodore de Bary y Donald Keene, *Sources of Japanese Tradition*, Nueva York: Columbia University Press, 1958, 705-706.

<<

[92] Jansen, «Monarchy and Modernization in Japan», 614. <<

[93] Geoffrey Best, «Peace Conferences and the Century of Total War: The 1899 Hague Conference and What Came After», *International Affairs* 75, núm. 3 (1999): 619-620. <<

[94] Masuda Masao, «Senjika no Morioka Chugaku», <http://morioka-times.com/topics/bungei/senjika/senji2.html>. <<

[95] Fuchida Mitsuo, *Shinjuwan Kogeki Sotaicho no Kaiso: Fuchida Mitsuo Jijoden*, Kodansha, 2007, 20-22. <<

[96] Jawaharlal Nehru, *An Autobiography: With Musings on Recent Events in India*, Londres: John Lane, 1939, 16. <<

[97] Yamamoto Yoshimasa, *Chichi, Yamamoto Isoroku*, Kobunsha, 2001, 21.

<<

[98] *Ibíd.*, 22-23. <<

[99] *Ibíd.*, 125-130. <<

[100] *Ibíd.*, 25. <<

[101] Sheldon Garon, *State and Labor in Modern Japan*, Berkeley: University of California Press, 1987, 158. <<

[102] Hayashi Kyujiro, *Manshujihen to Hoten Soryoji*, Hara Shobo, 1978, 145-146. <<

[103] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 162. <<

[104] Hando Kazutoshi, *Shikikan to Sanbo*, Bunshun Bunko, 1992, 109. <<

[105] *Ibíd.*, 131. <<

[106] «The Ambassador in Japan (Grew) to the Secretary of State», 27 de enero de 1941, 711.94, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:133. <<

[107] Genda Minoru, *Shinjuwansakusen Kaikoroku*, Bunshun Bunko, 1988, 11-23. <<

[108] Kase, *Senso to Gaiko* (2), 45. <<

[109] *Ibíd.*, 44. <<

[110] Inose Naoki, *Showa Jurokunen Natsu no Haisen*, Bunshun Bunko, 1986, 181. <<

[111] *Showa Tenno Dokuhakuroku*, Terasaki Hidenari y Mariko Terasaki Miller (eds)., Bunshun Bunko, 2010, 67. <<

[112] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 33. <<

[113] «Dai 21-kai Renraku Kondankai», 3 de mayo de 1941, *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 412. <<

[114] «Dai 21-kai Renraku Kondankai», 8 de mayo de 1941, *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 415; la cursiva es mía. <<

[115] «Memorandum by the Secretary of State», 7 de mayo de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:412. <<

[116] «Memorandum by the Secretary of State», 16 de abril de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:406. <<

[117] «Informal Conversations Between the Governments of the United States and Japan, 1941», 19 de mayo de 1942, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:328. <<

[118] «Oral Statement Handed by the Secretary of State to the Japanese Ambassador (Nomura)», 21 de junio de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:485-486. <<

[119] «Dai 36-kai Renraku Kondankai», 30 de junio de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 460. <<

[¹²⁰] *Kase Toshikazu Kaisoroku (1)*, Yamate Shobo, 1986, 179. <<

[121] Nagai, *Tekiroku Danchotei Nichijo* (2), 142-143. <<

[122] *Ibíd.*, 145. <<

[123] Winston S. Churchill, «The Fourth Climacteric», 22 de junio de 1941, <http://www.winstonchurchill.org/learn/speeches/speeches-of-winston-churchill/809-the-fourth-climacteric>. <<

[124] Ian Kershaw, *Fateful Choices: Ten Decisions That Changed the World, 1940-1941*, Nueva York: Penguin, 2008, 302-304. <<

[125] «Memorandum of a Conversation», 22 de junio de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:493. <<

[126] «Doitsu no tai Sobieto Senso ni kakawaru Nihonseifu no Tachiba ni tsuiteno Joho wo Hokoku seyo», 23 de junio de 1941, núm. 6058/6897, en Shimotomai Nobuo y NHK Shuzaihan, *Kokusai Supai Zoruge no Shinjitsu*, Kadokawa Shoten, 1992, 321. <<

[127] Richard Sorge, «*Zoruge no Shuki (2)*», octubre de 1941, en *Gendaishishiryō (1)*, Misuzu Shobo, 1962, 180. <<

[128] «Zoruge wo Chushin toseru Kokusaichobodan Jiken», en *Gendaishishiryō (1)*, 4-21. <<

[129] Ozaki Hotsumi, «*Ozaki Hotsumi no Shuki (1)*», junio de 1943, en *Gendaishishiryō (2)*, Misuzu Shobo, 1962, 5. <<

[130] *Ibíd.*, 8. <<

[131] Sorge, «Zoruge no Shuki (2)», 160. <<

[132] Ozaki, «*Ozaki Hotsumi no Shuki (1)*», 8. <<

[133] Shimotomai y NHK Shuzaihan, *Kokusai Supai Zoruge no Shinjitsu*, 162-163. <<

[134] Ozaki, «*Shuki (1)*», 12-13. <<

[135] Hatano Sumio, *Bakuryotachi no Shinjuwan*, Asahi Shimbunsha, 1991,
24. <<

[136] Hando, *Shikikan to Sanbo*, 101. <<

[137] Yoshida Toshio, *Kaigun Sanbo*, Bunshun Bonko, 1993, 293. <<

[138] *The Final Confrontation: Japan's Negotiations with the United States*, James William Morley (ed.), David A. Titus (trad.), Nueva York: Columbia University Press, 1994, 109. <<

[139] Ishii Akiho, entrevista televisada, *NHK Supesharu: Gozen Kaigi*, 15 de agosto de 1991. <<

[¹⁴⁰] «Dai 32-kai Renraku Kondankai», 25 de junio de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 445-446. <<

[141] «Dai 33-kai Renraku Kondankai», 26 de junio de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 456. <<

[¹⁴²] Inose, *Showa Jurokunen Natsu no Haisen*, 157-159. <<

[143] «Dai 33-kai Renraku Kondankai», 26 de junio de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 456. <<

[144] «Dai 34-kai Renraku Kondankai», 27 de junio de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 457. <<

[145] «Dai 36-kai Renraku Kondankai», 30 de junio de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 460. <<

[146] *Ibíd.* <<

[¹⁴⁷] *Showa Tenno Dokuhakuroku*, 56. <<

[148] *The Final Confrontation*, Morley (ed.), 128. <<

[149] «Dai 25-kai Renraku Kondankai», 22 de mayo de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 418. <<

[150] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 101. <<

[151] «Gozen Kaigi», 2 de julio de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 464-466. Todas las citas que siguen de esta conferencia provienen de la misma fuente. <<

[152] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 277. <<

[153] «Dai 34-kai Jinmon Chosho», 17 de marzo de 1942, en *Gendaishishiryō* (1), 287. <<

[154] «Dai 41-kai Jinmon Chosho», 11 de marzo de 1942, en *Gendaishishiryō* (1), 275. <<

[155] Comunicaciones núms. 163, 165, 166, y 167, 10 de julio de 1941, en Shimotomai y NHK Shuzaihan, *Kokusai Supai Zoruge no Shinjitsu*, 322; las cursivas son del original. <<

[156] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 102. <<

[157] *Showa Nimannichi no Zenkiroku* (6), 73. <<

[158] Kershaw, *Fateful Choices*, 300. <<

[159] «Dai 38-kai Renraku Kondankai», 10 de julio de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 471. <<

[160] «Dai 39-kai Renraku Kondankai», 12 de julio de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 472-474. Todas las citas que siguen de esta conferencia provienen de esta fuente, a menos que se indique lo contrario. <<

[161] Toyoda, *Matsuoka Yosuke* (2), 538. <<

[162] *Showa Nimannichi no Zenkiroku (6)*, 76. <<

[163] Nagai, *Tekiroku Danchotei Nichijo* (2), 147. <<

[164] «Joho Kokan Yoshi», 26 de julio de 1940, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 484. <<

[165] «Dai 41-kai Renraku Kaigi», 24 de julio de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 488. <<

[166] Hatano, *Bakuryotachi no Shinjuwan*, 117. <<

[167] Takada Toshitane, entrevista televisada, *NHK Supesharu: Gozen Kaigi*, 15 de agosto de 1991. <<

[168] «Memorandum by the Acting Secretary of State», 24 de julio de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:529. <<

[169] «Memorandum by the Ambassador in Japan (Grew)», 27 de julio de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:535. <<

[170] *Ibíd.*, 536. <<

[171] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 315. <<

[172] Konoe, *Heiwa e no Doryoku*, 71. <<

[173] Kido, *Kido Koichi Nikki (2)*, 895-896. <<

[174] Shimotomai y NHK Shuzaihan, *Kokusai Supai Zoruge no Shinjitsu*, 166-167. <<

[175] *Ibíd.*, 159-160. <<

[176] «Josei no Sui ni tomonau Teikoku Kokusaku Yoko», 2 de julio de 1941, *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 467. <<

[177] Correspondencia, 3 de agosto de 1941, *Kensei Shiryoshitsu Shushu Monjo*, núm. 1159, Biblioteca Nacional de la Dieta. <<

[178] Kate Zernike, «Senators Begin Debate on Iraq, Visions in Sharp Contrast», *New York Times*, 22 de junio de 2006. <<

[179] Hatano, *Bakuryotachi no Shinjuwan*, 118. <<

[180] Nagai, *Tekiroku Danchotei Nichijo* (2), 144. <<

[181] Roosevelt a Harry Hopkins, 26 de julio de 1941,
<http://docs.fdrlibrary.marist.edu/PSF/BOX3/T32DoO.HTML>. <<

[182] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 320. <<

[183] Toyoda a Nomura, telegrama 162, 12 de agosto de 1941, en Gaimusho, *Nichibei Kosho Shiryo*, parte 1, 162. <<

[184] Kershaw, *Fateful Choices*, 315-317. <<

[185] *Ibíd.*, 308. <<

[186] *Ibíd.*, 304. <<

[187] «Memorandum by the Secretary of State», 17 de agosto de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:554-555. <<

[188] «Oral Statement Handed by President Roosevelt to the Japanese Ambassador (Nomura)», 17 de agosto de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:556-557. <<

[189] Saionji, *Saionji Kinkazu Kaikoroku*, 231. <<

[190] *Ibíd.*, 208. <<

[191] «The Japanese Prime Minister (Prince Konoye) to President Roosevelt»,
27 de agosto de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:573. <<

[192] «Memorandum by the Secretary of State», 28 de agosto de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:571. <<

[193] *Ibíd.*, 572. <<

[194] «Memorandum of a Conversation», 28 de agosto de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:576-578. Todas las citas que siguen de la reunión provienen de esta fuente. <<

[195] Inose, *Showa Jurokunen Natsu no Haisen*, 45. Publicado originalmente en 1983, este libro incluye entrevistas llevadas a cabo por los miembros supervivientes del instituto. <<

[196] *Ibíd.*, 76-78. <<

[197] *Ibíd.*, 119. <<

[198] Akimaru Jiro, entrevista televisada, *NHK Supesharu: Gozen Kaigi*, 15 de agosto de 1991. <<

[199] Inose, *Showa Jurokunen Natsu no Haisen*, 193-194. <<

[200] *Ibíd.*, 122. <<

[201] Nagai, *Tekiroku Danchotei Nichijo* (2), 118. <<

[202] «Memorandum by the Secretary of State», 3 de septiembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:588-589. <<

[203] «President Roosevelt's Reply to the Japanese Prime Minister (Prince Konoye), Handed to the Japanese Ambassador (Nomura)», 3 de septiembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:592. <<

[204] Las caracterizaciones de Roosevelt son de Steven Casey, «Franklin D. Roosevelt», en *Mental Maps in the Era of Two World Wars*, Steven Casey y Jonathan Wright (eds)., Londres: Palgrave Macmillan, 2008, 217-218. <<

[205] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 145-146. <<

[206] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 331. <<

[207] *Ibíd.*, 331-332. <<

[208] «Dai 50-kai Renraku Kaigi», 3 de septiembre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 507-508. Todas las citas de esta conferencia provienen de esta fuente. <<

[209] Saionji, *Saionji Kinkazu Kaikoroku*, 211. <<

[210] *Showa Tenno Dokuhakuroku*, Terasaki Hidenari y Mariko Terasaki Miller (eds)., Bunshun Bonko, 2010, 74. <<

[211] Konoe, *Heiwa e no Doryoku*, 86-87. <<

[212] *Ibíd.*, 87. <<

[213] Hando, *Shikikan to Sanbo*, 122. <<

[214] Konoe, *Heiwa e no Doryoku*, 87. <<

[215] «Memorandum by the Ambassador in Japan (Grew)», 6 de septiembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:604-606. <<

[216] Citado en Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 346-347. <<

[217] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 170. <<

[218] *Ibíd.*, 170-171. <<

[219] Kershaw, *Fateful Choices*, 312. <<

[220] *Ibíd.*, 313. <<

[221] *Ibíd.*, 319. <<

[222] Franklin D. Roosevelt, «Fireside Chat 18: On the *Greer* Incident», 11 de
septiembre de 1941,
<http://millercenter.org/scripps/archive/speeches/detail/3323>. <<

[223] Kershaw, *Fateful Choices*, 322-324. <<

[224] Shimotomai y NHK Shuzaihan, *Kokusai Supai Zoruge no Shinjitsu*, 220.

<<

[225] «Memorandum of a Conversation, 10 de septiembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:613-614. <<

[226] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 349. <<

[227] «Memorandum by the Under Secretary of State (Welles)», 13 de octubre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:685. <<

[228] Matsumoto Shigeharu, *Konoe Jidai: Janarisuto no Kaiso (2)* (Chuko Bunko,1987), 200; las cursivas son mías. <<

[229] Nomura a Toyoda, telegrama 865, 28 de septiembre de 1941, en Gaimusho, *Nichibei Kosho Shiryo*, Hara Shobo, 1987, parte 1, 320. <<

[230] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 351. <<

[231] Saionji, *Saionji Kinkazu Kaikoroku*, 326. <<

[232] *Showa Nimannichi no Zenkiroku* (6), 55. <<

[233] «Dai 55-kai Renraku Kaigi», 25 de septiembre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 528-529. <<

[234] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 172-173. <<

[235] Kido, *Kido Koichi Nikki (2)*, 909. <<

[236] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 174. <<

[237] «The Ambassador in Japan (Grew) to the Secretary of State», 29 de septiembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:649. <<

[238] *Ibíd.*, 650. <<

[239] *Ibíd.*, 647. <<

[²⁴⁰] Toyoda, *Matsuoka Yosuke* (2), 362. <<

[241] «Dai 32-kai Renraku Kondankai», 25 de junio de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 446. <<

[242] «Dai 66-kai Renraku Kaigi», 1 de noviembre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 553. <<

[243] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 177. <<

[244] *Ibíd.*, 187. <<

[245] *Ibíd.*, 182. <<

[246] «Oral Statement Handed by the Secretary of State to the Japanese Ambassador (Nomura)», 2 de octubre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:658. <<

[247] *Ibíd.*, 660. <<

[248] «Memorandum of a Conversation», 2 de octubre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:655. <<

[249] *Ibíd.* <<

[250] *Ibíd.*, 656. <<

[251] «Dai 57-kai Renraku Kaigi», 4 de octubre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 530. <<

[252] Extractos de la conferencia citados en Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 183-186.

<<

[253] *Ibíd.*, 190. <<

[254] *Ibíd.*, 188. <<

[255] *Ibíd.*, 189. <<

[256] *Ibíd.*, 191-192. <<

[257] **Ibíd.** <<

[258] *Ibíd.*, 190-191. <<

[259] *The Final Confrontation*, Morley (ed.), 213. <<

[260] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 360. <<

[261] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 197. <<

[262] *Ibíd.*, 193-194. <<

[263] *Ibíd.*, 198-200. Todas las citas de esta reunión provienen de esta fuente, excepto cuando se indica lo contrario. <<

[264] Konoe, *Heiwa e no Doryoku*, 94. <<

[265] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 365. <<

[266] *Ibíd.*, 367. <<

[267] Cordell Hull, *The Memoirs of Cordell Hull*, Nueva York: Macmillan, 1948, 2:1054. <<

[268] «Gosho Kaigi», 12 de octubre de 141, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 531-533. <<

[269] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 203-204. <<

[270] «Gosho Kaigi», 532. <<

[271] Retransmitido en un documental televisivo, *NHK Supesharu* «*Nihonjin wa Naze Senso e to Mukattanoka (3)*», 27 de febrero de 2011. <<

[272] Nagai, *Tekiroku Danchotei Nichijo* (2), 146. <<

[273] Shimotomai y NHK Shuzaihan, *Kokusai Supai Zoruge no Shinjitsu*, 223-224. <<

[274] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 212. <<

[275] Konoe, *Heiwa e no Doryoku*, 95-96. <<

[276] «Kakugi ni okeru Rikugun Daijin Setsumei no Yoshi», 14 de octubre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Micho (Bekkan)*, 533-534. <<

[277] «Rikugun Daijin Setsumeigo Kyuchu ni Okeru Kido, Tojo Kaidan Yoshi», 14 de octubre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 535.

<<

[278] **Ibíd.** <<

[279] Saionji, *Saionji Kinkazu Kaikoroku*, 220. <<

[280] Nagai, *Tekiroku Danchotei Nichijo* (2), 153-154. <<

[281] Inose, *Showa Jurokunen Natsu no Haisen*, 85-87. <<

[282] *Ibíd.*, 87. <<

[283] Kido, *Kido Koichi Nikki (2)*, 918. <<

[284] *Ibíd.*, 917. <<

[285] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 388. <<

[286] Saionji, *Saionji Kinkazu Kaikoroku*, 217. <<

[287] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 233-234. <<

[288] «Dai 59-kai Renraku Kaigi», 23 de octubre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 537-538. Todas las citas de esta conferencia provienen de esta fuente. <<

[289] Nakahara Shigetoshi, entrevista televisada, *NHK Supesharu: Gozen Kaigi*, 15 de agosto de 1991. <<

[290] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 246-247. <<

[291] «Dai 62-kai Renraku Kaigi», 27 de octubre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 539. <<

[292] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 249. <<

[293] *Ibíd.*, 421. <<

[294] Inose, *Showa Jurokunen Natsu no Haisen*, 184. <<

[295] «Dai 62-kai Renraku Kaigi», 539. <<

[296] *Ibíd.*, 540. <<

[297] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 402. <<

[298] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 256. <<

[299] «Dai 63-kai Renraku Kaigi», 28 de octubre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 541. <<

[300] **Ibíd.** <<

[301] «Dai 65-kai Renraku Kaigi», 30 de octubre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 541-548. Todas las demás citas de esta conferencia provienen de esta fuente. <<

[302] Togo Shigenori, *Jidai no Ichimen: Taisen Gaiko no Shuki*, Chuko Bunko, 1989, 318-319. <<

[303] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 402. <<

[304] «Tojo Rikusho to Sugiyama Socho tono Kaidan Yoshi», 11 de noviembre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 548-549. Todas las citas de esta reunión provienen de esta fuente. <<

[305] Gomikawa, *Gozen Kaigi*, 284. <<

[306] «Dai 66-kai Renraku Kaigi», 1 de noviembre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 550-551. <<

[307] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 407. <<

[308] Fuchida, *Shinjuwan Kogeki Sotaicho no Kaiso*, 104-108. <<

[309] «Dai 66-kai Renraku Kaigi», 551-552. <<

[310] *The Final Confrontation*, Morley (ed.), 264. <<

[311] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 413. <<

[312] «Gozen Kaigi», 5 de noviembre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 573. <<

[313] Kurusu Saburo, *Homatsu no Sanjugonen*, Chuko Bunko, 2007, 88. <<

[314] Togo, *Jidai no Ichimen*, 331. <<

[315] Kurusu, *Homatsu no Sanjugonen*, 26-27. Todas las citas que siguen de esta reunión provienen de esta fuente. <<

[316] *Ibíd.*, 221-222. <<

[317] Togo a Nomura, telegrama 725, 4 de noviembre de 1941, en Gaimusho, *Nichibei Kosho Shiryo*, parte 1, 385. <<

[318] «Memorandum by the Secretary of State», 10 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:718. <<

[319] «Memorandum of a Conversation», 13 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:730-731. <<

[320] Nomura a Togo, telegrama 1090, 14 de noviembre de 1941, en Gaimusho, *Nichibei Kosho Shiryo*, parte 1, 428. <<

[321] «Oral Statement Handed by the Secretary of State to the Japanese Ambassador (Nomura) on November 15, 1941», en U. S. Department of State, *Papers*, 2:734. <<

[322] «Memorandum of a Conversation», 15 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:732-734. <<

[323] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 422. <<

[324] Sato Motoei, «Togo Gaisho wa Nichibei Kaisen wo Soshi Dekita», *Bungei Shunju* (marzo de 2009): 313. <<

[325] «Memorandum by the Secretary of State», 17 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:740. <<

[326] «Memorandum of a Conversation», 14 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:733. <<

[327] «Memorandum by the Secretary of State», 17 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:742-743. <<

[328] Hull, *The Memoirs of Cordell Hull*, 2:1062. <<

[329] Véase http://cgi2.nhk.or.jp/shogenarchives/jpnews/movie.cgi?das_id=D0001300461_00000&seg_number=002. <<

[330] Kershaw, *Fateful Choices*, 326. <<

[331] «Memorandum of a Conversation», 18 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:745-750. Todas las demás citas de esta reunión provienen de esta fuente. <<

[332] Kurusu, *Homatsu no Sanjugonen*, 96-97. <<

[333] *Ibíd.*, 98. <<

[334] «Memorandum of a Conversation», 19 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:751. <<

[335] Togo, *Jidai no Ichimen*, 338. <<

[336] Togo a Nomura, telegrama 798, 20 de noviembre de 1941, en Gaimusho, *Nichibei Kosho Shiryo*, parte 1, 467. <<

[337] Kurusu, *Homatsu no Sanjugonen*, 105. <<

[338] «Draft Letter Handed by Mr. Saburo Kurusu to the Secretary of State»,
21 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:756-757.

<<

[339] Kurusu, *Homatsu no Sanjugonen*, 106. <<

[340] *Ibíd.* <<

[341] «Memorandum by the Secretary of State», 21 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:756. <<

[³⁴²] «Memorandum of a Conversation», 22 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:757. <<

[343] *Ibíd.*, 758. <<

[344] *Ibíd.*, 761. <<

[³⁴⁵] Togo a Nomura, telegrama 812, 22 de noviembre de 1941, en Gaimusho, *Nichibei Kosho Shiryo*, parte 1, 478-479. <<

[³⁴⁶] Kershaw, *Fateful Choices*, 368-370. <<

[347] Hull, *The Memoirs of Cordell Hull*, 2:1081. <<

[348] Henry Stimson, citado en las notas, Kershaw, *Fateful Choices*, 558. <<

[349] *Ibíd.* <<

[350] «Outline of Proposed Basis for Agreement Between the United States and Japan», 26 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2: 769. <<

[351] *The Final Confrontation*, Morley (ed.), 313. <<

[352] «Memorandum of a Conversation», 26 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:766. <<

[353] Togo, *Jidai no Ichimen*, 375. <<

[354] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 463. <<

[355] Togo Shigehiko, *Sofu Togo Shigenori no Shogai*, Bungei Shunju, 1993, 278. <<

[356] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 464. <<

[357] **Ibíd.** <<

[358] Kurusu, *Homatsu no Sanjugonen*, 111-112. <<

[359] «Memorandum by the Secretary of State», 27 de noviembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:770-772. Todas las citas de esta reunión provienen de esta fuente. <<

[360] Churchill, *The Grand Alliance*, 539. <<

[361] «Gozen Kaigi», 5 de noviembre de 1941, 569-570. <<

[362] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 481. <<

[363] «Dai 74-kai Renraku Kaigi», 29 de noviembre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 592. <<

[364] Kurusu, *Homatsu no Sanjugonen*, 121. <<

[365] *Ibíd.*, 122. <<

[366] Kido, *Kido Koichi Nikki (2)*, 928. <<

[367] *Showa Tenno Dokuhakuroku*, 89-90. <<

[368] Osugi, *Shinjuwan e no Michi*, 483. <<

[369] *Ibíd.* <<

[370] «Dai 69-kai Renraku Kaigi», 15 de noviembre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 585. <<

[371] «Gozen Kaigi», 1 de diciembre de 1941, en *Taiheiyo Senso e no Michi (Bekkan)*, 596. <<

[372] «Memorandum of a Conversation», 7 de diciembre de 1941, en U. S. Department of State, *Papers*, 2:787. <<

[373] *The Final Confrontation*, Morley (ed)., 19. <<

[374] Togo a Nomura, telegrama 844, 28 de noviembre de 1941, en Gaimusho, *Nichibei Kosho Shiryo*, parte 1, 505-506. <<

[375] Togo a Nomura, telegrama 878, 3 de diciembre de 1941, en Gaimusho, *Nichibei Kosho Shiryo*, parte 1, 530. <<

[376] Para una exploración crítica del debate, véase Takeo Iguchi, *Demystifying Pearl Harbor: A New Japanese Perspective*, David Noble (trad)., International House of Japan, 2010. <<

[377] Kurusu, *Homatsu no Sanjugonen*, 164. <<

[378] *Ibíd.*, 139. <<

[379] *Ibíd.*, 211. <<

[380] *Ibíd.*, 167. <<

[381] **Ibíd.** <<

[382] *Showa Nimannichi no Zenkiroku (6)*, 336. <<

[383] Iijima, «Growing Up in Old Japan», 20. <<

[384] Nagai, *Tekiroku Danchotei Nichijo* (2), 143. <<